

## NODOS QUE CONFORMAN LA RED RELATA

### NODO CARIBE - ORIENTE

Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina,  
La Guajira, Atlántico, Bolívar, Cesar, Córdoba, Sucre,  
Santander, Norte de Santander.

### NODO CENTRO

Arauca, Boyacá, Caquetá, Cundinamarca,  
Guaviare, Casanare, Huila, Tolima.

### NODO SUROCCIDENTE

Antioquia, Caldas, Cauca, Risaralda, Quindío,  
Chocó, Valle del Cauca, Nariño.

## CÓMO VINCULARSE

### ASISTENTES

Póngase en contacto con el director del taller que le  
interesa. La información sobre los talleres se encuentra  
disponible en la página web de RELATA. Ingrese a  
*[www.Mincultura.gov.co](http://www.Mincultura.gov.co)*

### TALLERES

La vinculación de nuevos talleres a RELATA se hace  
por medio de una convocatoria pública que  
se abre anualmente.

\* \* \*

Red de Escritura Creativa (RELATA)

Dirección de Artes del Ministerio de Cultura de Colombia

Carrera 8 # 8-43. Bogotá, D.C., Colombia

[redrelata@mincultura.gov.co](mailto:redrelata@mincultura.gov.co)

Teléfono (57-1) 342 4100, ext. 4018

Los textos que integran esta antología son el resultado del trabajo realizado en los talleres de la Red de Escritura Creativa (RELATA), que reúne 59 talleres presenciales y 3 virtuales. La selección de los textos la hicieron los directores de los talleres. En el caso de los ganadores y las menciones de honor del Concurso RELATA, la evaluación y la deliberación estuvieron a cargo de una terna de jurados conformada por Ramón Cote Baraibar, Beatriz Helena Robledo y Álvaro Robledo Cadavid. En conjunto, las 70 piezas literarias de la *Antología RELATA 2019* son evidencia de la multiplicidad de voces que tiene esta Colombia diversa.

Los textos están dispuestos de acuerdo con el género: cuento, poesía, dramaturgia, novela, crónica; y en orden estrictamente geográfico de sur a norte.



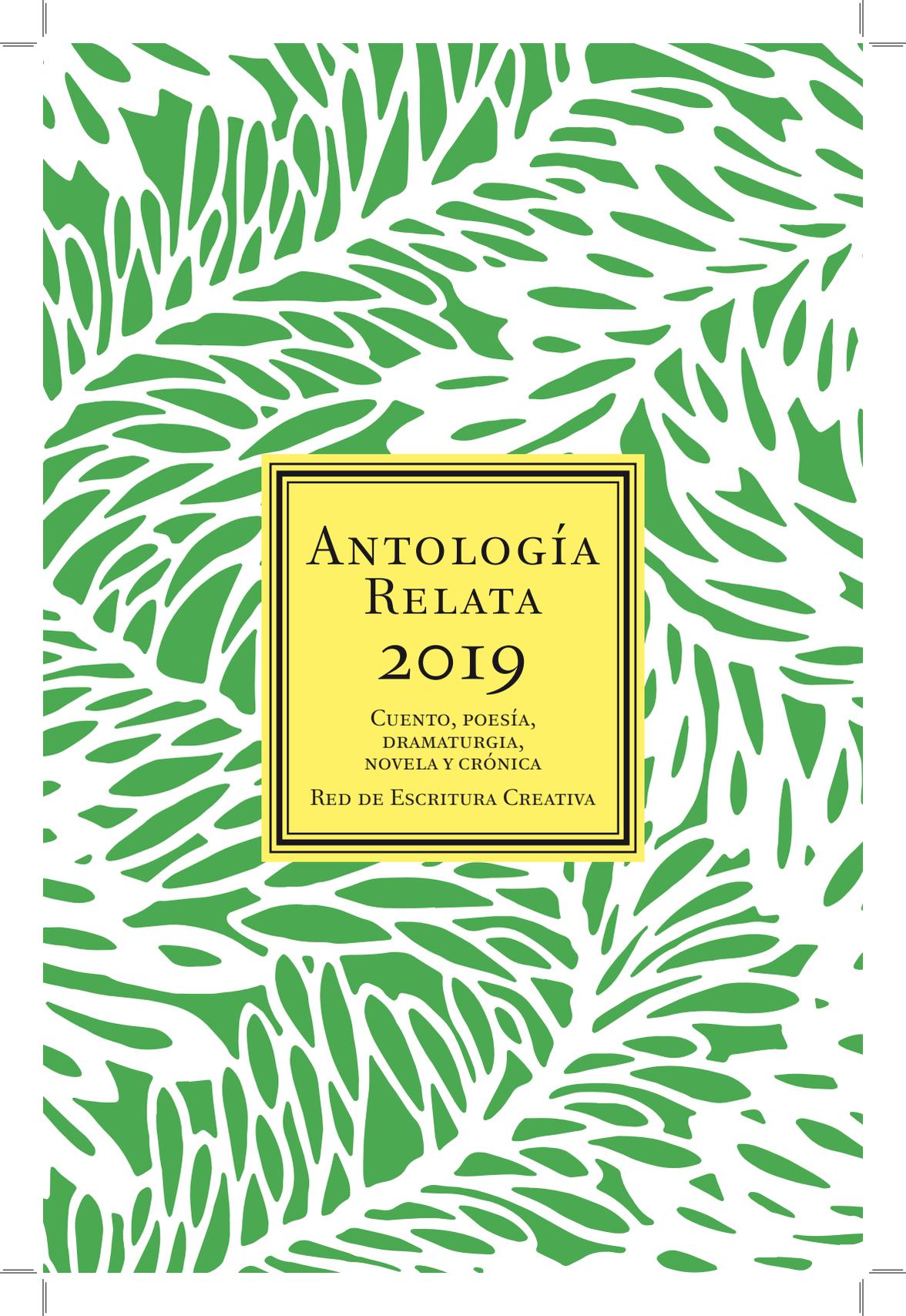
ISBN: 978-958-753-342-2



9 789587 533422

The image features a decorative background with a repeating pattern of stylized green leaves. A central horizontal yellow bar contains the title text. The text is in a black, serif font, centered within the bar.

# ANTOLOGÍA RELATA 2019



ANTOLOGÍA  
RELATA  
2019

CUENTO, POESÍA,  
DRAMATURGIA,  
NOVELA Y CRÓNICA

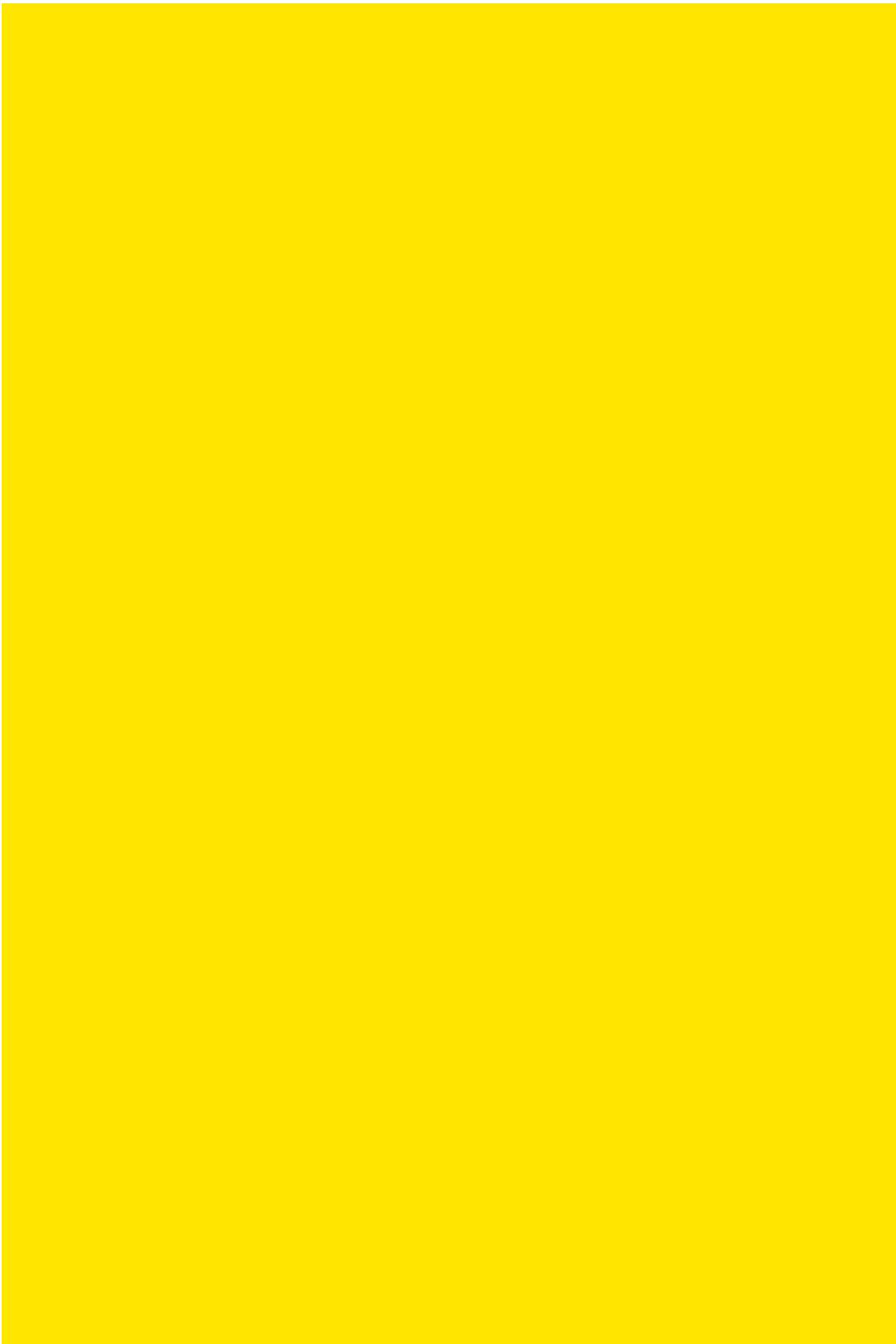
RED DE ESCRITURA CREATIVA

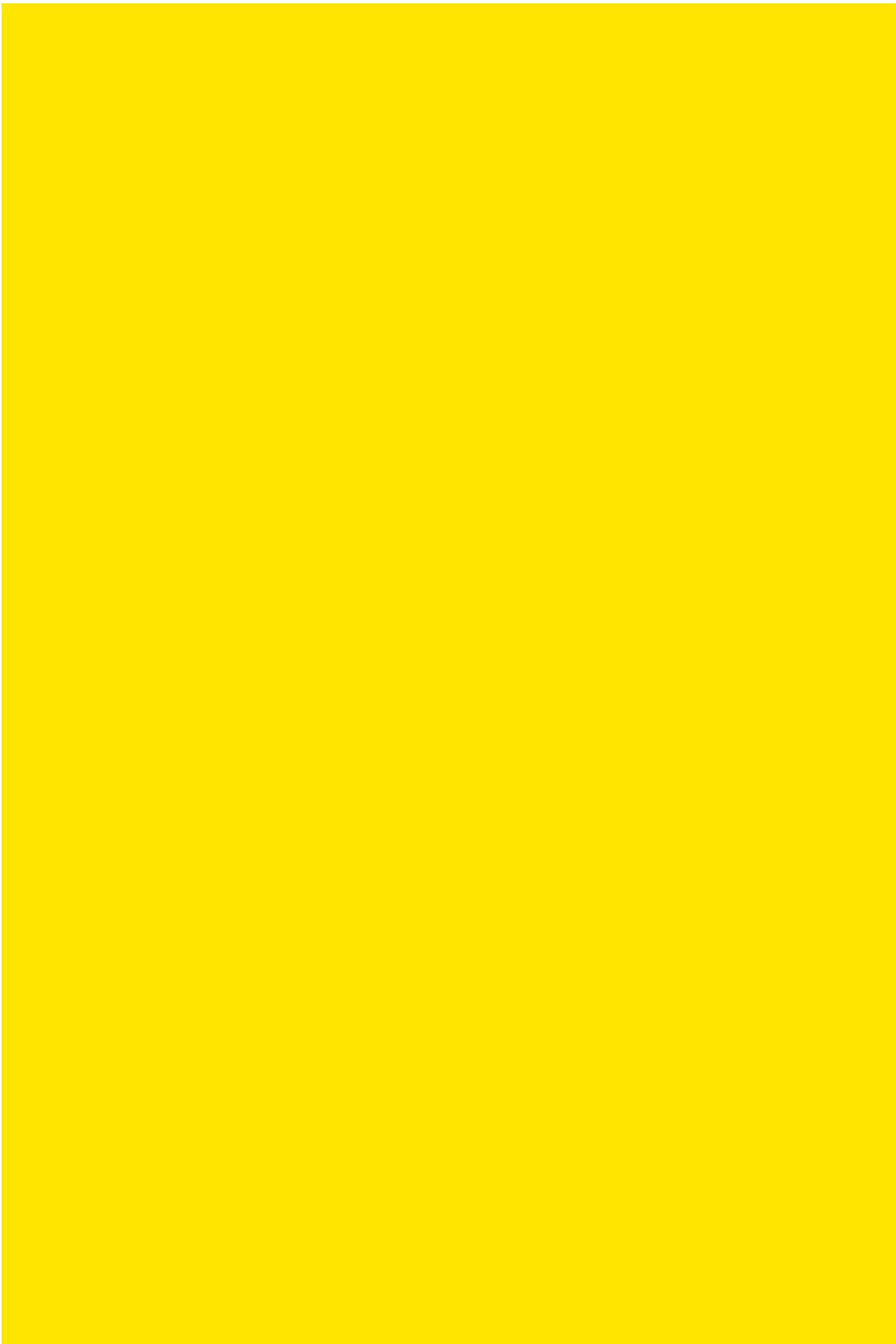
# RELATA

RELATA es un programa que agrupa y fortalece talleres de escritura creativa en el territorio nacional. Está integrada por talleres que han surgido en diferentes regiones de Colombia por iniciativa de docentes, escritores, bibliotecarios y lectores apasionados que a partir de su vocación han implementado estrategias de formación para estimular la lectura crítica y, sobre todo, la escritura como una manera de expresarse libremente desde su propio universo creativo.

Los talleres vinculados a la Red cuentan, en la mayoría de los casos, con el respaldo de otras entidades públicas o privadas (alcaldías, secretarías e institutos departamentales de cultura, bibliotecas, universidades y fundaciones) que apoyan su proceso con recursos económicos o con aportes en infraestructura y logística.

El Ministerio de Cultura no solo acoge y valida estos ejercicios propios de cada territorio, sino que lidera la Red como instancia organizativa que permite la consolidación de datos, la transferencia de conocimiento, brinda asesoría técnica, viabiliza la visita de un escritor en una de las sesiones del taller y la asistencia de los directores al Encuentro Nacional RELATA, que se realiza anualmente en el marco de la Feria Internacional del Libro de Bogotá. Como memoria del proceso, cada año el ministerio se encarga de hacer el proceso editorial y la impresión de la *Antología RELATA*, publicación que incluye los mejores textos creados en los talleres.



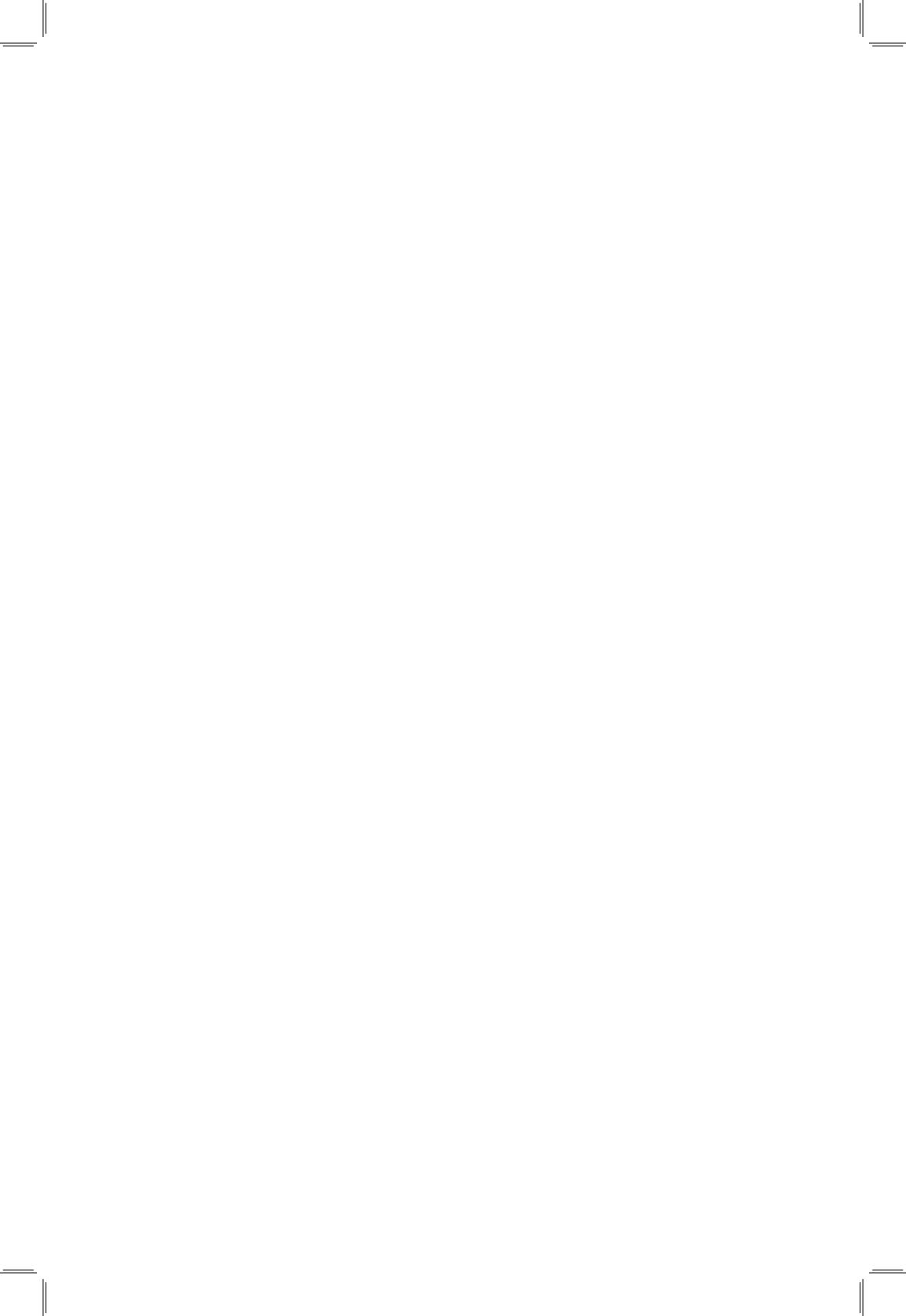




# ANTOLOGÍA RELATA

Talleres Literarios







# ANTOLOGÍA RELATA

CUENTO, POESÍA, DRAMATURGIA,  
NOVELA Y CRÓNICA

Talleres Literarios

# 2019

Red Nacional de Talleres  
de Escritura Creativa



# ANTOLOGÍA RELATA 2019

## CUENTO, POESÍA, DRAMATURGIA, NOVELA Y CRÓNICA

### Talleres Literarios 2019

RED DE ESCRITURA CREATIVA (RELATA)

MINISTRA

Carmen Inés Vásquez Camacho

VICEMINISTRO DE CREATIVIDAD  
Y ECONOMÍA NARANJA

Felipe Buitrago Restrepo

SECRETARIA GENERAL

Claudia Isabel Victoria Niño Izquierdo

DIRECTORA DE ARTES

Amalia de Pombo Speche

COORDINADORA DEL GRUPO  
DE LITERATURA Y LIBRO

María Orlanda Aristizábal B.

ASESORES DEL GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO

Vanessa Morales Rodríguez

Daniela Mercado Pineda

Ángela Amarillo Castro

Ana Ximena Oliveros González

EDITOR

Cristian Valencia Hurtado

© Ministerio de Cultura,  
República de Colombia

© Red de Escritura Creativa (RELATA)

© Derechos reservados para los autores

TEXTOS LOGRADOS EN LOS TALLERES DE  
ESCRITURA CREATIVA DEL AÑO 2019

CORRECCIÓN DE ESTILO

Elkin Rivera Gómez

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Carlos Díazgranados Cubillos

ALIADOS DE RELATA

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA

DIRECTORA

Diana Patricia Restrepo Torres

DEPARTAMENTO DE RED DE BIBLIOTECAS

BANCO DE LA REPÚBLICA

Ana Aurelia Roda Fornaguera

BANCO DE LA REPÚBLICA

JEFE DE SERVICIO AL PÚBLICO

Luis Roberto Téllez

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES

(IDARTES)

GERENTE DE LITERATURA

Alejandro Flórez

COORDINADOR DE ESCRITURAS DE BOGOTÁ

Ricardo Ruiz Roa

PRIMERA EDICIÓN: NOVIEMBRE DE 2019

ISBN 978-958-753-342-2



# ÍNDICE



PRESENTACIÓN	13
INDICACIONES DE USO	15
GANADORES CONCURSO RELATA 2019	
NARRATIVA	
OROPEL	
Eugenio Gómez Borrero	19
LA PRESEA	
Edwin Tobón González	24
A CAMBIO DE MÁSCARAS	
Julián David Cangrejo Patarroyo	29
ENURESIS NOCTURNA	
Harold Hernán González Rendón	33
EL ASESINATO CUÁNTICO DEL SEÑOR MONTINARI	
Cristhian Villegas Peláez	39
POESÍA	
ANIMALES LÍRICOS	
Luis Alberto Murgas	46
VASIJA	
Ricardo Torres Ortega	49

TEJAS, LLAVES, PUERTAS, CASAS	
Rebeca Urazán Benítez	52
EMZAC CHIBIZINE	
Angélica Mireya Rodríguez Guarnizo	55
LO QUE NOMBRO	
Juan Sebastián Sánchez González	57
TEXTOS REPRESENTATIVOS DE LOS TALLERISTAS DE TODA LA RED DE ESCRITURA CREATIVA RELATA	
CUENTO	
AGUACATE CON AMOR	
César Augusto García Arias	63
MANOS SUCIAS	
Richard Mejía	66
LA MANO DE DIOS	
Daniela Medina	69
EL ARTE DE BAILAR-ME	
Jessica Mondragón	71
CINCO ELEMENTOS	
Orlando Salazar Montes	74
EL ÚLTIMO	
Marianella Vélez	77
EL CAMINO DE REGRESO	
Rubén Darío Figueroa Ortiz	80
EL GRABADOR	
Pionono González	85
NATURALEZA INMISERICORDE	
Héctor Ancizar Vargas Obando	92

DELIRIO	
John Hoyos Henao	95
LUCILA Y LOS CALZONES	
Olga Lucía Jaramillo	99
HIPATIA	
Gloria Alzate de Uribe	104
MATEN AL LEÓN	
Álvaro Mejía Murillo	107
MI ANGELITO DE LA GUARDA	
Claudia Dayana Mejía Avellaneda	114
PECAS DE AGUA	
Daniela Méndez Bernal	120
MATÓN DE GUAYO BLANCO	
Juan Andrés Rodríguez Murillo	125
DISMORFIO	
María Victoria Acevedo Ardila	131
EL ÚLTIMO CHANCE	
César Augusto Ramírez Orjuela	134
LA VISITA	
Mario Castro Ibarra	140
¡LA GRAN LUCHA POR UN SUEÑO!	
Edna Lizeth Vargas Vargas	145
LECCIÓN APRENDIDA	
Luisa Fernanda Mesa Franco	147
VELO DE SOMBRAS	
Michelle Andrea Natalie Calderón Ortega	149
¿EL REGALO ES PARA MÍ O PARA TI?	
Jairo Centeno	151

MEMORIAS DE MINERVA	
Jefferson Stiven Cuesta Ruiz	155
MI DULCE LUCÍA	
Daysi Plata	159
NUEVO LOOK	
Ladys Lemas Garay	162
OBSESIÓN	
Luz Elena Hernández Galeano	165
CABEZAS TROFEO	
María Alejandra García Mogollón	170
LA TORTUGA NICOLASA VS. LA RANA ZOOLÍMPICA	
Juan Esteban Clavijo Macías	173
LA LEYENDA DE “PUEBLORO”	
Cristian David Peinado Bayona	175
ESPERANDO	
Aurora Elena Montes	177
DE BARBIE Y OTROS JUEGOS PERVERSOS	
Cindy Herrera	182
ESTA VEZ FUE DIFERENTE	
Giovanny Araújo Medrano	187
ROTAR	
Miguel Ángel Ortega	191
POESÍA	
SI ES VERDADERO EL AMOR	
Alejandra Caldera Castro	194
UN GRAN AMOR	
Hugo Aurelio Bastidas Ruales	197

POEMAS	
Héctor Fernando Cortez	199
ESCUCHA	
Álex Duván Cardozo	204
POESÍAS	
Jesús Albeiro Zuluaga López	207
LA VENTANA	
Fernanda Melo Rodríguez	210
UNA SOMBRA	
Héctor Augusto Cuestas Venegas	211
CATARSIS NOCTURNA	
Leandro Sabogal	213
POCAS PALABRAS	
Johan Sebastián Barbosa Montenegro	219
EL BARCO	
Karen Viviana G. Álvarez	224
LOS DÍAS DESPUÉS	
Yenifer Eliana Sepúlveda Galvis	226
NO ME HE OLVIDADO	
Juan Andrés Fuentes Aveflaneda	228
QUIMERA DEL PANTANO DE VARGAS	
Elocadio Ortega Carvajal	231
LA BAÑERA	
Francisco Mejía	234
¡SOY MUJER!	
Doris Eliana Arcila Toro	237

ME HE MUERTO DOS VECES Mailin Jimena Cárdenas	239
GOTAS, ASTILLAS Y RENUNCIAS Michelle Andrea Natalie Calderón Ortega	241
FLOR EN MAYO Samir Ortiz Altamiranda	246
QUE TE ACOJA LA MUERTE CON TODOS TUS SUEÑOS INTACTOS Héctor Díaz Zuleta	248
PRONOMBRES Jenniffer Crawford	251
TODAS LAS PROMESAS ROTAS Cristian Arrieta Morales	253
DRAMATURGIA	
LOS COMEMAPAS Elizabeth López	256
LA TELARAÑA DE MAMÁ Abril M. Pimentel	265
NOVELA	
LA VEGA (FRAGMENTO) Diego Ortiz Valbuena	272
CRÓNICA	
LOS TESOROS QUE REGALAN LAGUNA GRANDE Y NAVÍO QUEBRADO Rosalba Polanco Mayorga	278
RIOHACHA SIN NOMBRAR RIOHACHA Andrés Calderón Bernal	285





# PRESENTACIÓN



Los textos que componen esta antología podrían considerarse sagrados si se miran a la luz de todos los esfuerzos que confluyen en ellos. No solo está la diligencia del Grupo de Literatura y Libro de la Dirección de Artes del Ministerio de Cultura; también están el tesón y la experiencia de cada uno de los directores de taller en sus regiones. Solamente ellos saben la cantidad de obstáculos que deben superar año tras año. Relata no sería posible sin su capacidad de entrega, que es casi monástica, y sin su experiencia como escritores y directores de taller.

Tal vez el gran logro del Ministerio de Cultura es haber articulado todo ese amor y esa capacidad regional en beneficio de un objetivo común: que en cada rincón del país haya un taller para enseñar este bello oficio de la escritura.

Esta antología podría considerarse un homenaje a todos los que hacen que los talleres sean una realidad. A cada una de las personas del ministerio que trabajan y sueñan entre cartapacios de números; a las administraciones locales, que terminan dando el “sí” a última hora... pero lo dan; al personal del aseo, que llama por su nombre a cada uno de los alumnos; a los que proveen de agua y café las reuniones; a los que patrocinan de una u otra manera un par de versos y dos cuentos; a los maestros, que son un bien social; a los alumnos por querer aprender y enseñar nuevas formas de estar vivo; a todas esas cotidianidades regionales que hacen la patria.

A todos ellos, porque con su trabajo silencioso —parafraseando a Borges— están salvando el mundo.

CRISTIAN VALENCIA HURTADO  
Editor



# INDICACIONES DE USO



Los textos están dispuestos de acuerdo con el género: cuento, poesía, dramaturgia, novela y crónica; y en orden estrictamente geográfico, de sur a norte.





GANADORES  
CONCURSO RELATA 2019





NARRATIVA



EUGENIO GÓMEZ BORRERO  
Ganador  
Categoría Directores de Talleres

Taller Voces en el Estero  
Buenaventura, Valle del Cauca

## OROPEL



En marzo de 2009, pese a las prohibiciones ambientales, Zaragoza se convirtió en la mina de oro a cielo abierto más grande del mundo. La esperanza de ocho mil almas en busca de la tierra prometida. A la cuenca del río Dagua entraron ilegalmente doscientos treinta y seis retroexcavadoras —tres de ellas del alcalde de turno—, decenas de prostitutas, mineros de todas partes de Buenaventura, compradores de oro de Medellín, Corea y Brasil, cientos de paras, mucho mercurio y un tal Tony Golden. El hombre de blanco del que nadie sabía nada ni quería preguntar nada. El mismo que todos los viernes de fin de mes, a las cuatro de la madrugada, en una Toyota Hilux de placas azules, recogía el producido de la mina.

Atraídas por la fiebre del oro también llegaron Dalía, Jazmín y Margarita. Sabían que en unos meses vendiendo amor en Zaragoza ahorrarían lo que ni en tres años hubieran ganado en el burdel más caro de Medellín. Las tres paisas armaron un cambuche con plástico verde, letrina de porcelana y tres catres con doble colchón de paja, y se dedicaron a llenar el socavón de sus orgasmos con pepitas de oro.

El trío floral trabajaba en equipo, se repartía clientes y dividía ganancias por partes iguales. Todas las tardes del lunes, frente al agonizante río, compensaban los desvelos tasando una y otra vez sus ahorros. Jazmín, la pelirroja del *piercing* de Mickey Mouse en el ombligo, quería montar un salón de belleza en Yarumal (Antioquia); Margarita, la rubia monumental de trenzas gruesas como vikinga, anhelaba darle a su

mamá una casita, y Dalía, una pelinegra flaquísima de labios carnosos, soñaba con viajar por Suramérica y escribir sus memorias.

De las tres, Dalía era la única que amaba follar. En un librito rojo anotaba el apodo, el número y una frase sugestiva de cada uno de los amantes de la mina. Según sus cálculos, trescientos cuarenta y siete y medio hasta la fecha, incluido el enano caleño de quien estuvo tragada quince días: *Pitufo (78), florecitas rojas, motor fuera de borda, galleticas de coco. ¿Cómo puede haber tanta pasión en ese cuerpito?* Pero en su diario de polvos raros aún faltaba el más importante de todos. El mismo que, desde la primera noche, las tres hermanas de oficio se juraron no atender mientras estuvieran en Zaragoza.

Durante el tiempo que estuvieron nunca pararon de llegar motos, camperos y chivas atestados de bateas, picos, palas y sueños. Frente a ellas, se levantó de la nada un pueblo con casas de paredes de plástico, columnas de guadua, baños al aire libre y un mercado persa donde vendían de todo. El trío, a pesar de sus diferencias, supo sobrevivir a las balaceras, los derrumbes, las otras putas, el chantaje policial, el mercurio, el desbordamiento del río y uno que otro borracho picado de matón. Después de un año de esfuerzos, Dalía, Jazmín y Margarita habían logrado ahorrar lo suficiente. El día de su partida, por seguridad, no le avisaron a nadie. Ese viernes, a la madrugada, las esperaba en el kilómetro 29 un Carpati con destino al terminal de Buenaventura.

Ya de salida, una Toyota de placas azules frena en seco delante de ellas. De la camioneta desciende Tony Golden. Viste todo de blanco, parece un oficial de la marina. Lleva camisa de manga corta con cuatro botones dorados, pantalón de preses perfectos, zapatos de cuero impecables y gafas negras de espejo. Tony las saluda con la cabeza, cruza el barrizal y entra a una bodega a recoger el oro. Margarita y Jazmín responden el saludo con la mano y apresuran el paso, pero Dalía las detiene.

—Mamazotas, necesito un último favor. Díganle al del Carpati que me espere. Ustedes saben que no me puedo ir así.

—¿Así cómo? Oye, Jazmín, ¿y a esta qué bicho le picó?

—Y yo qué voy a saber.

—Vos tenés lo de tu casa, vos lo de tu salón de belleza... pero a mí me falta él.

—¿Podés dejar la bendita arrechera por un minuto en la vida?

—No, Jazmín, no es solo arrechera. Mi librito rojo sin Tony no tie-

ne sentido. Es su poder, su elegancia, su misterio. He fantaseado un año con esta noche. ¡Muchachas, por favor, solo necesito 30 minutos! Miren, lo que él me pague se lo regalo a ustedes.

—¡Maldita sea! ¿Ya se te olvidó?

—Ay, Margarita, no vas a empezar otra vez con ese cuento de los zapatos...

—El día que lo vimos atravesar el barrizal y salir con los zapatos sin una mancha de barro, las tres sentimos miedo.

—Por eso dijimos que con él no. Por qué crees que a ese tipo nadie se le arrima, nadie le habla, no tiene escoltas, ese señor tiene algo, ese man está rezao. Ay, Margarita, no vas a empezar a llorar, que esta no se merece tus lágrimas.

—Es que tengo mucho miedo.

—Ay, mona no se ponga así... tan linda... no va a pasar nada... Yo también tengo miedo, pero no sé cómo explicarlo... Esta sensación me está quemando.

—¿En serio, Dalia? Yo me voy. ¡A esta maricona le importa un culo el juramento que hicimos! Ya, Margarita, dejá de llorar. Por mí, hacé lo que te dé la puta gana.

—Dalia, por favor, vámonos... vámonos... vámonos...

—Ay, mona, no llore más. Frescas, que en 30 minutos les caigo.

—Sí en media hora no estás en el Carpati, nos vamos. ¡Margarita, soltala! ¿Oíste? Nos vamos.

Dalia exhala profundamente excitada, las ve partir y sonrío. Saca un labial rojo, repinta sus labios hechos para afilar el placer y se dirige hacia Tony. Sabe que se le va la vida en este lance, así que se para frente a él con determinación y lo besa en la comisura de los labios. Él ni se inmuta y esto la excita aún más. Sin dudarlo, le quita las gafas, se las pone, da media vuelta y se mete al cambuche. Tony acepta el juego, sacude sus relucientes zapatos contra la tierra y la sigue.

Dalia, de rodillas, le baja la bragueta a Tony, pero él la detiene. Saca del pantalón una bolsita transparente con pepitas de oro y las esparce sobre su miembro como si fueran granos de sal marina. El corazón de Dalia se agita, piensa en sus memorias, el sueño cumplido, en viajar y sus amigas. Se relame los labios y se funde en una eterna felación dorada. No sabe si tragarse las pepitas o escupirlas, con un ojo mira a Tony y con el otro dónde caen. En medio del chasquido de su lengua y el sonido del oro al caer, Dalia se imagina escribiendo en su librito rojo: *Tony Golden (663). Por fin.*

Tony se viene y todo queda en silencio. Dejan de oírse las ranas, los grillos, el viento, las motobombas, las dragas, el río. Él se sube el cierre, le quita las gafas a Dalía, se las pone de nuevo y se marcha. Ella no se mueve, se queda un largo rato mirando el vacío en estado catatónico. De pronto, una súbita sonrisa la saca de su trance. Se toca los labios y no lo puede creer. Rápidamente, se limpia los granitos de la boca y los deja caer en un platón metálico. Se apresura a recolectar las pepitas del suelo pero tiene la sensación de que entre más recoge, más granitos aparecen. Sabe que la están esperando, quiere detenerse y no puede, un deseo irrefrenable de seguir acumulando oro se apodera de ella. No entiende cómo, pero el platón está lleno de pepitas.

Dalía empieza a sentirse mareada. Tiene mucha sed, ya no puede salivar. Se toca la boca de nuevo y descubre que los granitos que se había quitado siguen ahí. Ahora están incrustados en su cara y sobre todo en sus labios. Se tantea el cuerpo y descubre horrorizada que los granos se han esparcido por todas partes como sarampión. Se desnuda, toma una aguja y comienza a sacarlos como quien se revienta una ampolla; aunque por cada granito que desentierra le salen tres más. Está cansada, tiene mucho sueño, quiere gritar y no puede, sus labios dorados no se despegan. Desesperada, toma una cuchilla de afeitar, se palpa los brazos y donde siente una pepita se rebana un trozo de piel. En el platón caen goterones de sangre y granitos de oro.

Afuera hace un sol abrasador. Dalía sale del cambuche desnuda y sangrando. Mira hacia todas partes. No hay nadie, todo es desolación. La aridez y los enormes huecos en la tierra recuerdan un campo bombardeado. El río está seco; sobre la huella de su cauce hay tres retroexcavadoras corroídas, sin llantas y llenas de maleza. Dalía está sedienta, el cuerpo le pesa y cae de rodillas. El rojo de sus heridas parece una capa de óxido cubriendo su piel, toda ella es un dolor herrumbrado, pero sus labios aún conservan el brillo de un sifón de oro.

En FIN...



**Eugenio Gómez Borrero** (Caicedonia, Valle, 1977)

Escritor, dramaturgo y realizador audiovisual vallecaucano. Licenciado en Arte Dramático de la Universidad del Valle y especialista en Dramaturgia de la Universidad de Antioquia, en convenio con Bellas Artes (Cali). Desde 2015 dirige en Buenaventura la Red de Escritura Creativa (Relata), programa en el que ha publicado obras de teatro y el relato “María de los Esteros”, ganador del premio a mejor cuento Relata 2016.

Es además cofundador de Cinespina SAS ([www.cinespina.com](http://www.cinespina.com)), donde se desempeña como director, productor y guionista en diversos proyectos escénicos y audiovisuales, tales como los documentales *Umbilical Circus* (2013), realizado en el Taller Varán-Francia, en convenio con la Universidad del Valle y Pregón de Manglar (2015), y los cortometrajes *María de los Esteros* (2018), ganador de más de diez premios, entre los que se destacan mejor corto en los festivales Message to Man (San Petersburgo) y Humano Film Festival (Tijuana) en 2019, y el cortometraje de animación *El libertario* (2019), una adaptación de la novela gráfica *Universo Canchimalo: el libertario* (2016), escrita por este autor.

Actualmente, dirige *Bororó: afilando memoria*, una obra de danza teatro, y el largometraje de animación *Canchimalo guerrero marimba*, que se encuentra en fase de desarrollo.

EDWIN TOBÓN GONZÁLEZ  
Mención de honor  
Categoría Directores de Talleres

Taller Guaviarí  
San José del Guaviare, Guaviare

# LA PRESEA



## I

Eran las diez de la noche. Josefa empezaba a inquietarse por la tardanza de quienes nunca acostumbraban a llegar después de las ocho; su corazón dio un vuelco cuando sintió que la puerta de tranca se abría y unos pasos conocidos se acercaban.

Aquel día, Sebastián se levantó temprano, como era su costumbre; siempre, con las primeras luces, se ponía en pie y emprendía sus labores. Igual que tradiciones, había heredado una pequeña parcela a la que dedicaba sus ensoñaciones y esfuerzos; de ella derivaba el sustento para su mujer, Josefa, y sus cuatro hijos: Jacinto, Beatriz, José y Emilio, quienes al igual que sus padres y abuelos tenían un especial apego a su terruño.

Su casa de habitación, construida en barro y bahareque, resaltaba por su decoro. Jardines cuidados con esmero por las mujeres engalanaban el lugar; un galpón en guadua y anjeo albergaba las aves que les suplían los huevos para el consumo y algunas necesidades menores; en la porqueriza se cebaban los ahorros para las fiestas de fin de año, que se avvicinaban; una vaca, a la que llamaban Manzana, formaba parte también de aquella singular familia, amén de algunos gansos que con sus graznidos hacían coro a los perros, previniendo a sus moradores de la cercanía de algún extraño, completaban la postal, pájaros multicolores que con sus trinos y gorjeos hacían más acogedor el ambiente.

Era, pues, una familia campesina típica, como tantas otras que pueblan nuestros campos, caracterizada por la vida sencilla y sin más preocupaciones que las que su laboriosa ocupación exige. Reinaba en aquel hogar una paz y armonía que envidiarían muchos, acosados por las exigencias de los centros urbanos.

Como era domingo, día de mercado, vistió su mejor pantalón de raso y una camisa que de tanto lavarla ya estaba perdiendo el color; pidió a Jacinto enjalmar la yegua, que al igual que su amo dejaba entrever, no obstante su recia contextura, el paso de los años y el desgaste del diario trajinar; puso sobre sus lomos dos bultos de verdura fresca que podría cambiar en el poblado por grano y algunas otras cosas para el uso doméstico. Seguido de su hijo enrumbó por la vereda que muchas veces les había visto pasar y cuyos recodos conocían palmo a palmo.

Iba aspirando a grandes bocanadas el aire sin contaminar, mientras seguía a pasos calculados los rastros del animal; no pudo evitar que una vieja tonada afflorara a sus labios, trayendo consigo el recuerdo de épocas de antaño, miraba de reojo a su espigado hijo evocando sus años mozos, transcurridos en aquellos parajes a los que profesaba especial afecto.

Contaba a su hijo las experiencias que atesoraba y que constituían para él un invaluable cofre de recuerdos, entreveraba un acertado consejo para quien prometía ser su eficiente sustituto; le hablaba de romances y aventuras, de buenos y malos momentos y de las cosas sencillas que moran en las almas honestas, nombrando a cada rato a sus predecesores en tono orgulloso.

Poco tiempo después entraban al poblado, Sebastián saludaba a su paso vigorosamente a sus viejos amigos; sus manos encallecidas y su rostro adusto no ocultaban su nobleza, motivos estos que lo hacían merecedor de un singular aprecio. Mientras hacían sus trueques se hablaba de la cosecha pasada y la venidera, de la muerte repentina de Atanael, el dueño de la fonda donde solían pasar algunas noches entre rasgueos de guitarras, choques de copas y algo de política. Y así, entre el diálogo locuaz y el comentario matizado del ingenio que identifica a nuestra gente, prolongaban su tertulia.

## II

Josefa, entre la penumbra, alcanzó a distinguir la figura de su marido, pero no la de su hijo; su intuición materna puso en tensión todos sus sentidos, supuso que algo le había sucedido a su retoño. Sebastián se

acercó a pasos cortos y, abrazándola, suspiró profundamente tratando de articular alguna palabra; luego de unos instantes de expectante silencio, haciendo un gran esfuerzo, le contó a su mujer que Jacinto fue reclutado por el Ejército y escasamente le habían dado tiempo para despedirse.

Abrazados penetraron a la casa y sentados en los taburetes de madera y cuero, que servían para atender las visitas ocasionales, llamaron al resto de la familia para compartir lo sucedido. A la luz de la vela que iluminaba la estancia, lloraron en silencio. Emilio, el menor, terciando un palo de escoba a manera de fusil y un gorro de periódico, entró al lugar tratando de imitar una marcha militar; todos rieron discretamente primero y luego a carcajadas, aliviándose así un poco el tenso ambiente. Ya más sosegadamente, comentaron los pormenores del asunto. Aquella noche, al acostarse, Josefa prendió una veladora al santo de su devoción, la que habría de permanecer flameante, y en silencio oró por la suerte de su hijo.

### III

Han transcurrido dos años, de inquietudes, amarguras y algunos momentos de satisfacción, cuando acurrucados en las noches, alrededor de la hornilla, leían las cartas que recibían.

Habían terminado por aceptar la separación temporal y ahora mostraban las fotos con orgullo a sus vecinos, en las que aparecía luciendo sus atuendos militares en distintas poses, comentaban con alboroto las anécdotas con las que describía su vida en la milicia, haciendo nacer en sus hermanos menores el deseo de imitarle; les contaba, por ejemplo, que ya conocía el nido donde duermen los aviones, las ciudades de grandes avenidas y vehículos con veinte ruedas más que el camión del compadre Rodrigo; pero esta noche había un motivo especial de alegría, pues Jacinto, empleando términos aprendidos, les informaba que pronto saldría licenciado y podría regresar.

### IV

La tan anhelada fecha llegó; para celebrarlo, Josefa había sacado de su corral las aves más gordas y con especial esmero las guisó de exquisita manera, preparó una suculenta torta con la receta que le había enseñado la abuela y en compañía de Beatriz adornó espléndidamente la casa.

Los invitados se dedicaban a charlar animadamente en pequeños corrillos; a lo lejos divisaron un grupo de personas de marchar acompa-

sado, Josefa quería estallar de alegría, pensaba en su hijo tal como lo vio en la última fotografía, ya no era aquel mozalbete imberbe y delgado que viera partir en compañía de su padre, sino un joven de atlética contextura y definidos rasgos; hasta le encontraba un parecido con las pinturas de los próceres que colgaban en las paredes de la escuela de la vereda, donde su hijo había aprendido las primeras letras. Después de unos pocos minutos se encontraban tan cerca que podían diferenciarse, incluso pudo observar que se trataba de militares; trató de ubicar entre ellos a su hijo, pero no lo logró; un nefasto presentimiento la iba apoderando, sentía como si una fuerte tenaza le aprisionaba la garganta, dificultándole la respiración; la montaña enmudeció; en su mente se agolparon las imágenes del día en que llegó Sebastián solo del pueblo y quedó como petrificada. Sebastián, que se encontraba distraído atendiendo a los invitados, no se había percatado de su cercanía. Al notarlo, salió al encuentro, los recorrió uno a uno con la mirada y advirtió en todos ellos una mal disimulada tristeza.

V

Hoy es domingo. Sebastián ha llegado al pueblo y con paso vacilante recorre las empedradas calles, que tiempo atrás anduviera con su hijo; ha envejecido notablemente, parece que la vida se le fuera escapando en cada respiración. Se detiene y observa cómo unos jóvenes son conducidos por una comisión de reclutamiento, seguidos de sus desconcertados padres; viene a su mente aquel rincón de la casa donde reposan, una distinción enmarcada en cinta negra y una enmohecida presea de metal fundido sobre la foto de un joven uniformado, al lado de una porcelana con flores siempre frescas y una veladora que se consume lentamente, al igual que su abnegada Josefa.



**Edwin Tobón González** (Génova, Quindío, 1951)

Guaviarenses por adopción, gestor cultural, técnico en comunicación social y extensión periodística, y administrador de empresas. Fundador y director del taller permanente de escritores Guaviarí, jurado del concurso departamental de cuento infantil, 2014 y 2015. Catedrático del centro universitario Icesi, áreas de ética y economía. Entre sus

## ANTOLOGÍA RELATA

obras se destacan “El territorio nuestro de todos los días”, colectivo *San José del Guaviare, acercamiento a su historia*, 2005. “El deceso”, publicado en *Este verde país. Cuentos colombianos*. Ministerio de Cultura, Colectivo Renata, 2008. “Los navegantes”, publicado en *El Llano y la selva cuentan*. Ministerio de Cultura-Gobernación del Guaviare-Fondo Mixto de Cultura del Guaviare, 2010. “N.N. Uno que pueden ser muchos”, crónica que aparece en el libro *Llegué para quedarme*, 2010. “Manigua”, poema publicado en la *Antología Relata 2011*. “El lugar” *Antología Cruce de caminos*. Beca Nacional del Ministerio de Cultura, 2013. “La carrera”. *Antología Punto de encuentro*. Beca Secretaría de Cultura y Fondo Mixto de Cultura del Departamento, 2013. *Brumas* seleccionado en el concurso “El Llano y la selva cuentan”, *Antología Testigos y protagonistas. Relatos de región*, 2016. *El Llano y la selva cuentan*. “De bares por San José”. Colectivo. *Contar para la paz*. Becas Publicación de Antologías de Talleres Literarios. Programa Nacional de Estímulos. Ministerio de Cultura, 2017.

JULIÁN DAVID CANGREJO PATARROYO  
Ganador  
Categoría Asistentes a Talleres

Taller de escritura creativa  
José Eustasio Rivera  
Neiva, Huila

## A CAMBIO DE MÁSCARAS



Sobre la cortina fucsia de la ventana, se proyecta la luz del sol. Los rayos la atraviesan y caen sobre el piso a unos veinte centímetros de la mesa de noche, indicando que son o van a ser las once de la mañana. Entiendes que es tiempo de levantarte. Dormiste tarde, sinónimo de que te fue bien anoche. Te levantas de la cama sin bríos, con una ligera pesadez, mezcla de resaca y cansancio. Estás acostumbrada.

Tu primera acción es revisar el celular. Hay quince mensajes esperando, pero buscas uno en especial. Lo encuentras y sonrías. Buscas tus pantuflas, vas al baño a asearte y estar lista a las doce para ir a almorzar.

Vas al balcón. Pides fuego a las dos compañeras que están ahí y te fumas un cigarro mientras ves pasar los autos por la avenida Circunvalar. Revisas otra vez el celular. Te ha escrito de nuevo. Temes que las otras chicas descubran tu conversación, así que te cuidas de mostrar felicidad. Él te recuerda que hoy se encontrarán en el parque Santander para ir a tomar algo y conocerse mejor. Has planeado esta salida durante la semana. Ninguna de tus compañeras lo sabe; tampoco Tico. Vas a aprovechar que hoy saldrás a pagar facturas para poder cumplir la cita.

Candy sube para avisarte que bajas a almorzar. En el primer piso solo hay una mesa, ocupada por dos sujetos que beben cerveza. La vista es deprimente y muy diferente de como se ve de noche, sin luces titilantes de colores ni música a todo volumen. Al salir hacia el restaurante vecino, un fuerte vaho de calor arremete contra ti. Encuentras a tus

compañeras y a Tico, que te saluda desde adentro y te pide que lo busques después de almorzar.

El sol está puesto en el cenit y el sopor es desesperante. Entiendes que el atuendo de hoy debe ser algo ligero, pero vacilas por tu cita, temes que te vea así.

Te levantas de la mesa y vas a buscar a Tico. Él te entrega los recibos y el dinero para las diligencias. Te aconseja que Candy o Samanta te acompañen. Pides que te deje ir sola. “No irás sola a hacer diligencias”, ruge Tico. Insistes en que confíe en ti, que sabes dónde llegar y que es mejor no llamar tanto la atención. Tico vacila, te mira a los ojos unos segundos y, finalmente, accede. Sabes que confía en ti.

Subes a cambiarte y tratas de encontrar un atuendo discreto. “Para no llamar la atención”, fue la excusa que le diste a Tico, pero es para algo más: quieres dar una buena impresión. Por desgracia, cada prenda tuya trae impregnados tu nombre y tu esencia. Al fondo del guardarropa encuentras por fin un vestido largo y suelto; un vestido adecuado, un vestido que grita “¡Pilar!”, la chica a quien él espera, el nombre con el que te presentaste esa tarde que saliste de compras. Él te atendió maravillosamente en su almacén. Sus ojos estaban fijos en los tuyos. La atención fue exclusiva para ti. Él no te conoce, él conoce a Pilar, la que estudia psicología, la que tiene una cita con él hoy en la tarde, la que quiere una relación de besos y sentimientos sin esperar nada a cambio.

Tu belleza voluptuosa llama la atención mientras recorres la calle, pero se hace discreta gracias al vestido que decidiste usar. Después de haber hecho todas las diligencias y los pagos, revisas en tu celular el nuevo mensaje que él te escribió. Le avisas que vas camino a su encuentro.

Pilar ha dominado tu mente y te ha idealizado un futuro con él a cambio de nada más que sentimientos. Sentimientos, así es. No se trata de trabajo ni mucho menos. Se trata de tu vida amorosa, a la que decidiste por fin darle atención. No es un tiempo, no es una suma módica, es mucho más, es una relación basada en sentimientos. Pero tú lo ves como mucho menos.

Está parado junto a la fuente. Es más alto que tú, robusto, casi musculoso, de espalda ancha, rostro afilado y barba llana. Sus pronunciados pómulos te llaman la atención, y es la sonrisa la que te recuerda la razón por la cual accediste a encontrarte con él. Tiene varios temas de conversación que comparte contigo. Van a una tienda cercana y piden un

par de cervezas. Y, luego de un par de rondas, él te dice al oído lo que esperabas oír.

La residencia queda a pocas cuerdas del parque, bajando por la calle octava. Van caminando entre risas y abrazos. Entran y suben a la habitación, y cuando escuchas cerrar la puerta, te atormenta algo que baja y sube por tu cuerpo, unas extrañas ansias de no saber qué debes hacer, cómo te debes comportar y, aún más, cómo terminará. Suena irónico, pues esa rutina es tu pan de cada día, pero ahora es diferente: este placer sí carga sentimientos reales.

Él se quita la ropa despacio mientras te observa excitado. Sigues en la confusión. Por un instante, resuelves huir. Sabes que no es justo para él, para sus sentimientos. No es justo para tus sentimientos. Una necesidad de persistir te retiene. El embrollo crece cuando él roza su piel con la tuya, pasa los dedos por tu cuello y te besa los labios intensamente. Sientes como si tu estómago se llenara de agua y se hiciera más pesado.

No hay salida. Dejas a Pilar a un lado y entras tú misma a ayudarte. Poco a poco reaccionas y le sigues el juego. También te desnudas y acompañas las manos de él a recorrer cada parte de tu cuerpo. No sientes nada. La costumbre te sabe llevar. En tu rostro se dibuja esa máscara de placer que sabes interpretar muy bien.

Él te acerca a la cama. Ves su falo rebotar como un resorte: blanco, con el glande colorado y púrpura difuminado. Nada nuevo para ti. Lo sabes disimular con la máscara de asombro-excitación. Juegas con su miembro. Él recorre tu cuerpo con la boca. De nuevo, no sientes nada. Por suerte para ti, tu rostro dice lo contrario, la máscara de placer sigue activa. Y es eficiente. Ve tu rostro y baja la vista, satisfecho de que lo estés disfrutando.

Sabes lo que sigue, sabes que es el momento de entrar en ti. Lo sabes, conoces perfectamente los momentos y los tiempos adecuados con todo tipo de hombre. Lo haces por inercia, porque tu rostro te excusa de la emoción precisa.

El movimiento suyo sobre ti es insípido, igual que los besos y las caricias que te da. Lo ves con su torso a contraluz, los ojos adormilados, sudoroso, soltando cada tanto un gemido. El abdomen fofo que escondía la camiseta denota los cambios de velocidad y te indica qué tanto debes gemir y qué rostro poner.

Sobre esa cama no estás tú. Está Pilar, disfrutando del momento. Tú estás sobre una cama, tiempo atrás, con tus quince años, entregán-

dole la virginidad a tu primo de diecisiete para evitar que le cuente a tu madre que ha encontrado unos cigarrillos en tu maletín. Un valor que con el tiempo volviste monetario y mantuviste así. Siempre a cambio de algo: primero, por silencio; luego, por no morir de hambre; ahora, por trabajo. Nunca hubo sentimientos de por medio.

De pronto, notas que los músculos de los brazos y el torso de él se tensan, cierra los ojos y la pelvis embiste contra la tuya con movimientos precisos. Lanza gemidos placenteros que tú repites. Deja caer el cuerpo sobre ti y te da un largo beso.

Sientes una profunda decepción. Te entran unas insoportables ganas de llorar que retienes de momento. Te levantas y vas al baño para asearte. Te vistes allí mismo para evitar preguntas evaluativas. Te miras al espejo y, por fin, observas tu verdadero rostro, otra vez con quince años. Sueltas un leve llanto, temiendo que te escuche, mientras la niña en el reflejo te consuela. Entonces lo entiendes todo.

Sales del baño, agarras tus cosas, abres la puerta y te despides. La pregunta que obviabas te ataca por la espalda: él te pregunta cuándo se podrán volver a ver. Sacas un lapicero del bolso, rasgas una esquina de un recibo, escribes una dirección y se la das. Le dices que te busque allí y pregunte por Tico, que él lo llevará contigo. Cierras y, con una sonrisa, escuchas cómo se estrellan contra la puerta un sinfín de preguntas desde adentro.



### **Julián David Cangrejo Patarroyo** (Neiva, Huila, 1995)

Licenciado en Educación Básica con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Surcolombiana. En el 2014 ganó el primer puesto en el concurso de cuento corto Todos los cuentos, el cuento: homenaje a Julio Cortázar. En el 2015 fue semifinalista en el concurso de cuento corto “Miguel Fernando Caro Gamboa”, de la ciudad de Cali, y obtuvo primera mención en el Segundo Concurso de Cuento Joven de Pereira, en el que dos años más tarde ocuparía el primer lugar por decisión unánime del jurado. Actualmente, forma parte del taller de escritura creativa José Eustasio Rivera, Relata Huila, y se dedica a la docencia y a la promoción de la lectura y la escritura.

HAROLD HERNÁN GONZÁLEZ RENDÓN

Segundo lugar

Categoría Asistentes a Talleres

Taller Virtual de Cuento

Itagüí, Antioquia

# ENURESIS NOCTURNA



## I

Mamá me echó de la casa porque, a los cuarenta años de edad, aún me orinaba en la cama. Me tiró con rabia las malolientes sábanas y me ordenó que las lavara a mano, que no iba a alcahuetearme más pres-tándome la lavadora para limpiar mi inmundicia. Yo lavé en silencio mientras escuchaba la cantaleta de mamá. En determinado momento me dijo algo tan ofensivo que le contesté diciéndole que yo no había pedido venir al mundo, que yo era el resultado de su incapacidad para emplear métodos anticonceptivos y que si se arrepentía tanto de que yo fuera su hijo debió pedirle a papá que eyaculara por fuera de su aparato urogenital. Mamá estuvo a punto de abofetearme y me pidió que no le hablara así, pero se tornó más violenta y me confesó que yo había sobrevivido al poderoso abortivo Cytotec. La miré con ojos de asombro porque el Cytotec era un abortivo casi infalible. Su revelación me hizo entender que yo pude haber muerto con solo tres semanas de gestación y en cambio ahora, si sumaba los meses de mi vida intrauterina con los de mi vida extrauterina, era un individuo con 489 meses de gestación. Se lo dije a mamá y ella me dijo que era un tarado porque la gestación solo era posible dentro del vientre materno. Entendí que tenía razón pero, de todos modos, actualicé mi estado de Facebook diciendo que yo era un feto con 489 meses de gestación en el interior del vientre abracadabrante de un universo

inexplicable. Recibí un inmediato *like* de una exnovia llamada Valeria Cárdenas, que había terminado nuestra relación sentimental una mañana en que se despertó abrazada a mi cuerpo desnudo pero a punto de ahogarse en una maloliente piscina de orina. Me obligó a pagarle el colchón, y fue torturante para mí porque tuve que descuadrar unos ahorros que tenía destinados para un diseño de sonrisa.

## II

Mamá no sabía que yo pertenecía a una ONG antiaborto y sabía bien que el Cytotec era el responsable de uno de los genocidios más inquietantes de nuestros tiempos. Se calculaba que había matado a más de cuarenta millones de criaturas en estado de gestación. Eso significaba que este abortivo era uno de los grandes genocidas de la historia, al lado del rey Leopoldo de Bélgica, Mao Zedong y Yakubu Gowon. Pensé que si había sobrevivido al Cytotec, Dios me tenía para grandes cosas, pero no supe exactamente para qué. Lo único que hacía bien era orinarme en la cama. Le dije a mamá que el mundo era una cloaca porque el Código de Infancia y Adolescencia no protegía a los fetos y los dejaba en un limbo jurídico que permitía que cualquier cabrón metiera un cuchillo en su refugio intrauterino y los despedazara como si fueran un insignificante amasijo de basura orgánica. Le dije que los países del hemisferio occidental deberían tener constituciones que protegieran a los seres vivos desde el mismo momento en que el espermatozoide fecunda al óvulo. Era anticonstitucional que los fetos tuvieran que sortear tantas adversidades para poder terminar su gestación: el espermicida, el condón, la píldora del día después, las clínicas de aborto y la orfandad jurídica en el Código Penal. Mamá volvió a mirarme con animadversión. Solo entonces recordé que, en su juventud, había pertenecido a un grupo de feministas que se encadenaron desnudas frente al Congreso de la República para que los senadores aprobaran la legalización del aborto.

## III

Fui a la ducha a bañarme porque mi mamá dijo que olía a berrinche, y como utilicé un jabón cosmético a base de esencias florales, salí oliendo a jardín de geranios. Me senté en el computador para buscar en Google celebridades que se habían meado en la cama hasta una edad adulta y me enteré de que el filósofo griego Diógenes de Sínope se había ori-

nado en la cama hasta los 32 años; Darío I el Grande, rey de la dinastía aqueménida de Persia, lo había hecho hasta los 34 años, y el profeta judeocristiano Esdras había hecho lo mismo hasta los 37 años. Grité para informarle a mamá mis hallazgos y entonces le dije que orinarse en la cama podía ser un signo cifrado de la genialidad porque Diógenes de Sínope había sentado las bases del anticapitalismo empleando la idea cínica de autosuficiencia: una vida natural e independiente de los lujos de la sociedad. Le dije que Darío I el Grande fue el hombre más poderoso del mundo en su tiempo y su nombre causaba terror en Persépolis y en Susa, en Elam y en Mesopotamia.

Mamá apagó su depilador eléctrico de fosas nasales y se acercó para mirarme. Le informé que el profeta Esdras había vaticinado, con varios siglos de antelación, la pandemia de peste bubónica que estuvo a punto de destruir a Europa. Con base en esta información, mamá quiso saber cuál sería mi genial aporte a la historia de la humanidad. Le dije que estaba trabajando en el diseño de un dispositivo intraanal que permitiría eliminar los malos olores de los gases intestinales. El dispositivo apenas estaba en fases preliminares de construcción, pero le prometí que la tendría en cuenta para que me colaborara con la prueba piloto. Ella me miró con desprecio y me dijo que debería esforzarme por diseñar un dispositivo prostático que me permitiera dejar de mearme en la cama. No me gustó el comentario, pero entendí su disgusto. Durante años, ella había practicado todos los métodos posibles para intentar curar mi enuresis nocturna: me sentó en un ladrillo caliente, me sometió a una ecografía rectal porque le informaron que el estreñimiento estaba relacionado con mi patología, me preparó infusiones de hinojo y tomillo, me hizo tomar pastillas de Desmopresina, y cuando vio que los métodos de la medicina convencional no dieron resultado, me compró una estatuilla de san Abelardo, santo patrono de los enurésicos, y me obligó a rezarle antes de irme a la cama. Nada de esto dio resultados.

Cuando cumplí 39 años, se sentó en su sofá preferido y me confesó que se declaraba oficialmente derrotada por mi enuresis nocturna. Jamás volvería a mover un solo dedo para intentar curarme. Yo me preocupé porque estaba cansado de que mi patología destruyera mi vida sentimental. Ninguna chica parecía interesada en dormir con un hombre que terminaría orinándolas. Recordé un episodio vergonzoso que me había sucedido con una exnovia llamada Pamela Montalvo. El

día de su cumpleaños la invité a comer pizza y después la llevé a bailar a un bar del centro de la ciudad llamado Belfast. Tomamos una sobredosis de cerveza y, después de besarla, Pamela me dijo que deseaba pasar la noche conmigo. Eran las doce de la mañana y me preocupé porque siempre que tenía la oportunidad de llevar a una chica al motel, corría hacia la farmacia más cercana para comprar un pañal para adultos contra la incontinencia urinaria. Como estaba tan tarde pensé que no habría una farmacia abierta, pero luego de caminar varias cuadras logré encontrar una. Le dije a Pamela que me esperara afuera porque compraría condones. Ella me dijo que no era necesario, que tenía un paquete en su bolso, pero la convencí diciéndole que conseguiría unos con sabor a arándanos. Ella aceptó y entonces compré un pañal Tena porque no deseaba que mi accidente con Valeria se repitiera. Me di cuenta de que, durante todos estos años, había gastado una fortuna en pañales. Pensé que si me devolvieran ese dinero tendría la posibilidad de comprar un bonito apartamento. Esa conclusión me dolió en las entrañas. Cuando llegamos al motel, hicimos el amor durante horas y estuve a punto de quedarme dormido sin ponerme el pañal a causa de la extenuación. Me despertaron los ronquidos de Pamela. Era hermosa pero roncaba como una locomotora. Aproveché que dormía para levantarme y colocarme el pañal. Me miré en el espejo y parecía un hermoso feto de 489 meses de gestación. Me prometí despertarme más temprano que Pamela para quitarme el pañal, arrojarlo a la basura, ducharme y regresar a la cama, pero todo me salió mal. Pamela despertó primero, sus dedos se tropezaron con el húmedo pañal cuando intentaron encontrar mi órgano reproductor y al quitarme la cobija me vio disfrazado de bebé. Me tomó fotos con su celular, y cuando desperté me pidió explicaciones. No tuve otra opción que contarle lo de mi enfermedad. Ella al principio se mostró muy comprensiva pero, minutos más tarde, comenzó a burlarse de mí.

#### IV

La enfermedad me arrojó al precipicio de la soledad. Salí con varias chicas, pero cuando se enteraban de que me orinaba en la cama se ingeniaban una excusa para dar por terminada la relación. Me entregué al licor y durante una tortuosa temporada frecuenté el bar Minotauro. Me hice célebre entre los clientes del lugar porque gané un concurso de bebedores de cerveza al tomarme una Heineken de cuarenta onzas

en cinco segundos. El video de mi gesta fue subido a YouTube y en pocas semanas ya tenía más de cincuenta mil visualizaciones.

Fue en aquel mismo lugar donde mi vida tuvo un cambio colosal. Una noche en la que me encontraba bebiendo en la barra del bar un empleado del lugar, llamado Víctor Múnera, se me acercó para preguntarme por qué bebía tanto. Yo le conté mi historia y Víctor no pudo evitar reírse de mi infortunio. Me dijo que le parecía irreal que una persona de mi edad aún no pudiera controlar su esfínter uretral, pero después de burlarse me dijo que se le había ocurrido una solución para mi desasosiego. Me informó que conocía a una chica llamada Samanta Otero. Sacó de su billetera una foto y me la enseñó. Se trataba de una chica hermosa. Me dijo que había salido con ella durante un tiempo, pero que había terminado de manera unilateral la relación cuando se dio cuenta de que a Samanta le habían diagnosticado un trastorno urofílico de la personalidad. Se trataba de una anomalía psiquiátrica perteneciente al espectro de las parafilias que consiste en la excitación sexual al entrar en contacto con la orina. El solo hecho de ver, oler, escuchar o sentir la orina ajena en su cuerpo terminaba provocándole un orgasmo. En ese momento abracé a Víctor porque entendí que era la chica que había estado buscando durante toda mi vida. Víctor me pidió que anotara su teléfono. Me informó que, hasta donde tenía entendido, aún estaba sola, pero me pidió que no me sobrepasara con ella, que se trataba de una mujer con grandes cualidades afectivas y que la única razón por la que le había terminado era porque siempre le pedía que orinara sobre su rostro cuando estaban haciendo el amor. Le prometí a Víctor que la trataría como a una dama, y a la mañana siguiente me atreví a telefonarla. Tuve que idear una mentira para que la chica no se negara a hablar con un extraño. Me presenté como un amigo de Víctor y le informé que era estudiante de psiquiatría, que mi trabajo de grado estaba basado en las fenomenologías psíquicas del trastorno urofílico de la personalidad y que podía pagarle bastante bien si me concedía unas pocas entrevistas.

Samanta aceptó porque se encontraba desempleada y fue así como logré encontrarme con ella en un centro comercial del centro de la ciudad. Se trataba de una chica encantadora, que respondió mis preguntas con una gran disposición. Le pagué con unos ahorros que tenía reservados para comprarme un dispositivo nasofaríngeo que me permitiría dejar de roncar. Una tarde, después de una exitosa

entrevista, aproveché para invitarla a salir. Samanta aceptó. La llevé al bar Glasgow. Tomamos cocteles toda la noche y nos apoderamos de la pista de baile. Las luces estroboscópicas sobre el cuerpo de Samanta la hacían ver como un personaje escapado de un libro de literatura de anticipación. La besé y después la llevé a un motel barato con habitaciones temáticas, en el que hicimos un amor delirante que nos entregó a los brazos de la extenuación. Me sentí feliz porque, por primera vez, no necesité preocuparme por comprar un pañal contra la incontinencia urinaria. A la mañana siguiente despertamos desnudos sobre una maloliente piscina de orina. No me preocupé, y cuando Samanta sintió la pestilencia y la humedad de aquel líquido acuoso y amarillento, comenzó a gemir de placer como si estuviera experimentando el más excelso de sus episodios orgásmicos. Me asusté porque sus movimientos espasmódicos parecían los de una crisis epiléptica. La miré, pero su rostro estaba iluminado por un rictus de placer. Fui en busca de un cigarrillo, destapé una cerveza enlatada y me acosté de nuevo a su lado para abrazarla. Me sentí feliz porque finalmente había logrado encontrar mi lugar en el mundo. Había encontrado por fin la pieza que encajaba a la perfección en el bizarro rompecabezas de mi destino.



**Harold Hernán González Rendón** (Londres, Inglaterra, 1978)

Traductor de la Universidad de Antioquia, es magíster en Tecnología Educativa. En el año 2015, Planeta Colombiana Editorial publicó su novela *El sarcófago de Ibi*. Ha sido asistente del taller virtual de cuento de Idartes, así como también de los talleres virtuales de cuento y crónica de la Red de Escritura Creativa (Relata)

CRISTHIAN VILLEGAS PELÁEZ

Mención de honor

Categoría Asistentes de Talleres

Taller Écheme el Cuento

Calí, Valle

# EL ASESINATO CUÁNTICO DEL SEÑOR MONTINARI



La mañana del miércoles 23 de abril, cerca de las once, el Departamento de Policía de B. recibió una llamada. Era la señora Marcelle de Montinari reportando desde la ciudad de K., a poco más de mil cuatrocientas millas, la desaparición de su esposo. Quedaron para la cena de la noche anterior, pero nunca llegó y hasta la hora de realizada la denuncia no respondía ninguna llamada. Entre otras cosas, nos manifestó que habían adquirido un par de cabinas de teletransportación hace unos meses, pues no quería abandonar la ciudad y su marido debía trasladarse por cuestiones de trabajo.

Son muy útiles, decía, Fabricio no tarda más de diez minutos en llegar una vez iniciado el proceso. Es relativamente simple, le explico: antes de ingresar, él me llama y yo preparo todo para la sincronización de datos entre la cabina emisora y la receptora. Luego él ingresa, hay un conteo molecular, a lo que le siguen la descomposición y el disparo de las moléculas. Cuando llegan al aparato receptor, las almacena, hace el conteo y las reordena nuevamente. Hay días en que siente un hormigueo o un leve dolor de cabeza, pero se le pasa al rato. Quizá suene un poco complicado, pero una vez que se entiende que somos como un rompecabezas con piezas diminutas, la cosa no es tan difícil.

Llámenme anticuado, pero si eso no es desintegrar un cuerpo yo soy el papa negro. Imagínense, si se pierde una ficha quién te responde luego. Uno se preocupa por las ondas del móvil y estos riquillos se

desbaratan para ir de un lado a otro; dentro de poco dirán que pueden firmar un contrato con la muerte y así volver cuando se les antoje. Conocido este detalle, consideré más que útil pedir que revisaran también la casa de la señora de Montinari.

El portero del edificio lo vio llegar a la hora habitual, pasadas las dieciocho; después no volvió a salir. Añadió que su conducta no tenía nada de sospechoso. Era como si aún continuara en su apartamento, pero sin responder a ningún llamado. Yo me figuro tres opciones: en un arranque de celos la mujer planeó matarlo, él se fugó antes de destapar-se una olla podrida o se escapó con una de sus putitas, porque apuesto un huevo a que las tiene. Con una chequera tan gorda, todo —o casi todo— es posible.

La señora Marcelle autorizó una orden y así ingresamos al inmueble. Un impresionante *penthouse* en el piso veintidós, con una vista espectacular de toda la ciudad. Los hermosos y sofisticados muebles parecían recién comprados, aunque según se nos informó el inmueble llevaba habitado algo más de ocho meses. Daba la impresión de ser un apartamento de soltero, excesivo para un cincuentón con no sé qué tantos años de casado. Encontramos un portafolio mal ubicado, un saco sobre el sofá, una corbata de seda en el suelo, algunas luces encendidas. Una inspección a los cuartos reveló que el apartamento estaba vacío, por lo menos en las últimas doce horas. No se halló el mínimo rastro de presencia humana, tampoco teníamos indicios de que hubiera salido, pues estaría registrado en las cámaras. Pudo haber emprendido vuelo desde la terraza, pero es privilegio de unos pocos millonarios aventureros. Seamos sinceros: el señor Montinari tenía el dinero, pero no la figura.

Entonces, ¿dónde estaba ahora? ¿Marcelle lo asesinó al descubrir su nuevo amorío o lo hizo para cobrar un cuantioso seguro? ¿Se escapó con una amante al último rincón del mundo, o estábamos frente un inminente caso de corrupción? Quizás estaba en la quiebra y esas cabinas servían para un suicidio limpio. ¡Bah! Para qué engañarse, estos casos suelen ser de una simpleza que da asco. No es que quiera desmontar una intrincada red de prostitución infantil, pero un poco de acción no vendría mal.

Encontramos su móvil, el equipo de *hackers* lo decodificó y reveló una última llamada recibida, la de su amigo Edward Bennett. No tuvo reparos en colaborar con nosotros. Cuando lo entrevistamos, en reali-

dad no añadió nada que condujera a otra pista, estaba más preocupado por lo que la señora de Montinari pudiera pensar que por el paradero de su buen amigo. Y como lo sospechaba, al igual que cualquier marido cansado, el señor Montinari salía con su amigote a buscar “meretrices de confianza” y no escatimaban en gastos. Lo extraño del asunto era que no se había llevado nada, sus cuentas —al menos las legales— no registraban ningún movimiento y, hasta el momento, no podíamos afirmar que hubiera una amante. De todas maneras, íbamos conociendo la otra cara, oculta incluso para su esposa. Es lo divertido de estos casos: solo cuando desaparecen descubrimos que hay otra persona escondida detrás de la que vemos todos los días. Algo me decía que faltaba más. Cuando hablamos con el portero, mencionó muy de pasada que en el edificio vivía otro empleado de la compañía para la que trabajaba el señor Montinari y después de lo revelado por Bennett podíamos esperar cualquier secreto escabroso.

Esa persona era el director financiero, Alan Mitchell, un empleado modelo y la mano derecha del señor Montinari, según averiguamos. Prácticamente no movía un dedo sin primero consultarlo con Mitchell. Nos recibió con suma tranquilidad, incluso parecía divertirse nuestra presencia. Eso sí, nos advirtió: “Aunque no debería hablar sin la presencia de un abogado, lo hago porque no quiero entorpecer su trabajo”.

A simple vista la apariencia pulcra, un peinado del que ningún cabello se sublevaba y el notable cuidado de sus palabras me dieron la impresión de que estábamos tratando con un tipo calculador.

—Seré claro con usted, señor Faker: la relación entre Fabricio y yo no solo se limitaba a lo laboral —dijo, y debí haber hecho un notable gesto de sorpresa, pues Mitchell sonrió de manera socarrona.

—¿Podría explicarse?

—Para allá iba. Lo que quiero decir es que por fuera de la oficina yo soy, cómo decirlo... ¿Esto lo sabrá la señora de Montinari?

—Es muy probable que termine sabiéndolo.

—Qué más da. Lo siento por ella, siempre me pareció una buena mujer. Soy su *dealer del placer* —confesó, y al pronunciar las últimas palabras percibí una secreta autocomplacencia, como si le ennobleciera aquel título. Por mi parte, estaba más que extrañado; ¿de qué manera debía entenderlo?

—¿Podría explicarse?

—Simple: soy quien le suministra su dosis de fantasías semanales.

¿Me entiende? Mis clientes expresan con antelación sus fantasías, les pongo un precio conforme a la dificultad para cumplirla, luego acordamos el día y la hora. Como un organizador de fiestas privadas.

Escuché atento todo lo que Mitchell contaba. Era muy meticuloso, medía cada frase, no decía más de lo que parecía convenirle; sin embargo, desnudaba la imagen del señor Montinari con una sutileza pasmosa, quería dejarlo expuesto sin parecer un bocón. Era uno de sus clientes regulares, los registros de seguridad hablaban de por lo menos una vez por semana. Aun así, la noche del martes, previa a la denuncia, recibió a otro hombre maduro y bien vestido. Montinari nunca apareció.

Ambos testimonios, el de Mitchell y el de Bennett, nos pintaban a un esposo fatigado de su matrimonio, con eventuales excursiones lúbricas y sanas extravagancias. Pese a que manifestaba querer dejar a su esposa, no había un indicio de que quisiera abandonarlo todo para vivir a su antojo. Nos quedaba entonces una señora de Montinari enterándose de las escapadas del marido y pagando para que lo desaparecieran. En eso recibo la llamada del técnico de los teletransportes. Debíamos visitar a la señora Marcelle.

Llegamos al domicilio, una casa modesta ubicada en un barrio tranquilo a las afueras de K., aunque decir modesta puede no hacer justicia, pues comparada con el *penthouse* de su marido casi parecía una granja. Al ver a Marcelle tuve la sensación de encontrarme con una Bellucci o una Cucinotta, altiva y serena, capaz de desgajar la voluntad de un hombre con solo mirarlo. Estaba muy lejos de la mujercita abnegada y decorativa que imaginé. Pidió que la esperáramos en la sala mientras iba a la cocina. Volvió con té helado para nosotros, para ella una copa de vino. Entonces tomó aliento, le siguió un respiro profundo y habló:

—Lo he discutido con mi abogada y dice que lo mejor es contarles qué ocurrió con mi marido. Yo... yo lo maté, maté a Fabricio... o no sé, el caso es que dañé el aparato justo en mitad de la teletransportación. Y no es que me arrepienta, no tengo de qué... A decir verdad, no esperaba que ocurriera algo así. Simplemente pasó.

Se detuvo un momento, cerró los ojos y acarició sus cabellos; después de un breve silencio, continuó.

—Mirémoslo así: tienes un matrimonio como cualquier otro, con sus altibajos e inconstante, pero tranquilo a fin de cuentas. Ha sido más de lo que en realidad esperabas, más de lo que tu madre y amigas han logrado. No es perfecto, pero aun así es satisfactorio, no te puedes que-

jar. Al menos no te golpea, no tiene una familia secreta o es un capo del crimen —aunque de eso nunca estás segura—; al contrario, es complaciente y te da lo justo para sentirte bien. No serás feliz, pero disfrutas de una paz que pocas tienen. Hasta que una mañana, sin saber por qué carajos —intuición femenina, sexto sentido o una revelación mística—, te despiertas con la idea de que tu marido tiene un amante; es más, imaginas cómo es y cómo se lo folla; los imaginas follando como cerdos mientras presencias todo. Es imposible odiarlo, nunca lo has odiado, sabes bien que tiene sus aventuras, no eres ninguna tonta. El mentecato de Edward se lo acolita y a ti te tiene sin cuidado. A quién podrías culpar; puede que así funcionen todos los matrimonios, después de cierto tiempo hay que aceitarlos para que dejen de chirriar, ¿no?

O como diría una amiga: “Los amantes son el suplemento vitamínico de la vida marital”.

Ahora que lo pienso, todo empezó cuando me metí, sin su consentimiento, a esa endemoniada máquina; ¿cree que tenga algo que ver? No lo sé y quizá no importe. Solo díganme: ¿alguna vez han tenido la paciencia tan al límite como para querer borrar a alguien con un chasquido? Supe que la mía había llegado a tope cuando con solo oír su nombre empezaba a recrear las imágenes de Fabricio y aquel jovencito. Veía cómo lo tomaba, mientras la barriga peluda y las nalgas fofas de Fabricio vibraban con cada arremetida... y una mujer los miraba hasta que llegaban al clímax; ella... ella se veía como yo, tenía el vestido que me regaló en mi cumpleaños. Fue imposible soportarlo, estaba volviéndome loca. A mí me importaba un pepino que tuviera un amante, mucho menos que fuera un hombre. Lo que se me hacía insostenible era el hecho de recrear la escena, de casi olerlos, casi sentirlos y escucharlos.

Esa noche llamó para que preparara la cabina, me serví una copa de vino mientras esperaba que la carga se completara; entonces mi cerebro dijo no más. Llámelo desesperación, desbarajuste o un acceso de malignidad, solo sé que casi sin pensarlo vacié lo que quedaba de la botella sobre el tablero, luego lo golpeé hasta que saltó una ventana de error. La transferencia se había interrumpido. Vinieron el pánico, la desesperación... el miedo, mucho miedo. Asesinarlo no estaba en mis planes, simplemente pasó, créanme, solo pasó. Fue como... no sé; imaginen que invitan a alguien y en cuanto abren la puerta tienen un ataque de ira y le rompen la nariz de un portazo. Es cierto, Fabricio perdió algo más que su nariz, pero... tienen que creerme, yo no quería... no quería...

La confesión estaba hecha y, con ella, el caso de la desaparición resuelto. Pero ¿Fabricio Montinari de verdad estaba muerto? Con la llamada del técnico se corroboró que la cosa no sería tan simple. Estaba furioso, refunfuñaba y repetía una y otra vez que la gente no leía los manuales. Si dos personas distintas usan el teletransportador, corren el riesgo de una transferencia gradual de mentes, uno de los efectos colaterales que aún no se han solucionado. Encima, le regaron una bebida, lo que averió los circuitos. Les iba a costar un tiempo largo arreglar el daño, pero se comprometió a que harían lo que estuviera en sus manos; pues resulta que no se puede decir que el señor Montinari esté vivo o muerto, más bien las dos cosas al tiempo. Todas sus moléculas permanecen en la máquina, pero si no se reagrupan es como si no existiera. Los medios ya se refieren al caso como el de “la mujer de Schrödinger”. Lo dicho: son unos pesados, no respetan que ha habido un muerto... ¿o no?



**Cristhian Villegas Peláez** (Cali, Valle, 1988)

Culmina en la actualidad sus estudios de Licenciatura en Filosofía en la Universidad del Valle. Fue director (2014-2015) y cofundador de *Enfoques*, revista de estudiantes de Filosofía de la Universidad del Valle. Participó en el Segundo Congreso de Estudiantes de Filosofía (2014) con la ponencia “Descubriendo la doctrina del deseo”, que apareció en la revista *Versiones* (N.º 5, vol. 1), de la Universidad de Antioquia. Ponente en el Tercer Congreso Colombiano de Estudiantes de Filosofía, Universidad de Caldas, Caldas (2015), con la conferencia “De los sentidos a la mente”, publicada en las memorias del congreso. Su ensayo titulado “Demasiado humano: una metamorfosis de la máquina en hombre” apareció en la revista *El Fogón de Descartes* (N.º 3), de la Universidad del Quindío. También participó en la Segunda Escuela Internacional de Verano, organizada por la Fundación Ceiba (2016).



POESÍA



LUIS ALBERTO MURGAS  
Ganador  
Categoría Directores de Talleres

Taller José Manuel Arango  
Valledupar, Cesar

## ANIMALES LÍRICOS



*(...) un tomeguín  
nervioso, breve, tan liviano  
como un soplo de luz,  
está cantando  
su propia levedad.*  
ELISEO DIEGO

*No desdeñes nada  
Una rana le dio a Basho  
Su mejor poema.*  
RAFAEL CADENA

### La rana de Kobayashi Issa

Demorar la mirada un instante  
En el pequeño jardín  
Que cabe en una bandeja de porcelana  
Con sus cerezos en flor.

Y observar la rana de jade  
Con sus ojos abisales  
Que me miran a través de la voz  
Secreta del agua.  
Tiento su piel de papel de seda  
Y creo sentir su frío latido.

**Daguerrotipo del pez**

(*Collage* de Ludwig Zeller)

Traza de piedra  
Grabada hace miles de años: un pez  
Dejar ver el aleteo petrificado  
Espinas áridas  
Agallas sin una gota de aire  
Lujo costoso las escamas  
Fulgor de plata apagado  
Solo entonces  
Queda el daguerrotipo del pez  
Nostalgia del mar.

**Lied para el sapo de Walt Whitman**

*Viejo, no te burles,  
que Dios hizo lo que pudo.*  
JAIME JARAMILLO ESCOBAR

El sapo es una obra maestra de Dios  
Canta Walt Whitman  
El sapo de lodo y herrumbre  
Que croa sin tartamudear.

Con voz de agua atormentada  
Corea a la fertilidad de la lluvia  
De barro húmedo y paisaje de hojas como alas.

La hembra pone una nube de huevos  
En los charcos: ciudad de agua  
Para que vuelva a renacer el canto  
Una y otra vez...  
Siempre habrá un charco con una sinfonía de alabanza.

Un solo grito al universo  
Todo en uno  
La multitud de Dios.

### **La lagartija**

(Desde Rafael Cadena)

La lagartija en el desierto  
Es la única ramita verde  
Que se asoma temblando  
En el fuego feroz de la arena  
Y pasa veloz.

### **Falena**

(Homenaje a Marosa di Giorgio)

La falena sonámbula  
Al fin se posa  
En la lámpara.

La luz apaga  
Sus alas.



### **Luis Alberto Murgas** (San Diego, Cesar, 1958)

Profesor de Literatura en la Universidad Popular del Cesar. Coordinador del taller literario José Manuel Arango, Relata Valledupar. Director del taller Libertad bajo Palabra en el establecimiento penitenciario de Valledupar. En 1991 publicó el poemario *Errancia del agua*. Ha ganado en dos ocasiones (1989 y 1992) el Concurso Departamental de Literatura, categoría Poesía. Gracias a su libro *Hojas de hajo* mereció una beca en la Convocatoria Regional, Costa Caribe, Colcultura. En el 2008 ganó el Concurso Nacional de Poesía Gustavo Ibarra Merlano en la Universidad Tecnológica de Cartagena, y en 2009, el II Concurso Regional de Minicuentos, Zona Caribe, Montería. Ganador del Concurso de la Red de Escritura Creativa (Relata) 2014. En el año 2018 ganó el concurso de poesía en el XIX Festival de Poesía en San Diego, Cesar.

RICARDO TORRES ORTEGA  
Mención de honor  
Categoría Directores de Talleres

Taller Manuel María Aya Díaz  
Fusagasugá, Cundinamarca

# VASIJA



*Nada más que la infinitud de una taza.*

JORGE CADAVID



al dar vuelta  
en cada recodo del camino  
comienza de nuevo el viaje  
y vacía allí todo lo que aún le queda



con los brazos extendidos  
deambula  
perdida



enterrada en lo profundo  
olvidada  
aloja el universo



lava siempre su pequeña jarra  
antes del amanecer

con sus manos  
y el rocío de la noche



cada mañana  
baja hasta el río  
con su vasija  
limpia



en la mesa  
dispuesta  
siempre

esperan

su plato  
su pocillo  
y una cuchara



rostro  
lavado en el rocío  
de la mañana

sus ojos  
miran el alma  
sin decir  
nada



manos abiertas  
en ofrenda  
sin nada más que todos los astros  
para dar



manos abiertas  
limpias  
dispuestas  
sostienen el silencio



sentado al final  
del valle  
mira el atardecer  
lejano

arriba  
tras las montañas



que extraño  
es el fondo  
de tu corazón



**Ricardo Torres Ortega** (Bogotá, D.C., 1967)

Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Especializado en Pedagogía de la Comunicación en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y en Aprendizaje Escolar y sus Dificultades en la Universidad Cooperativa de Colombia. Es coautor de la publicación *Rostros y voces de Bogotá. Bogotá en la lente de los poetas*, Universidad Nacional, 2004. Su poema “Día de ángeles” apareció en la revista *Golpe de Dados*, N.º. CXCVIII vol. XXXIII, 2005. Fue ganador del “Concurso Nacional de Poesía Capital” de la Casa Poesía Silva en el 2005 y Mención de Honor en el 2009. Es gestor cultural en promoción de lectura en Sibaté y Bogotá. Con el Club de Lectura La Chiva Loca ha sido ganador de las convocatorias “Tertulias Literarias”, Ministerio de Cultura, 2004 y “Tertulias del Bicentenario”, Ministerio de Cultura-Embajada de España, 2010. Actualmente coordina las escuelas de literatura de Sibaté y Fusagasugá y es el director del taller Manuel María Aya Díaz de Relata en Fusagasugá.

REBECA URAZÁN BENÍTEZ  
Primer lugar  
Categoría Asistentes a Talleres

Taller de Poesía Ciudad de Bogotá  
Los Impresentables  
Bogotá, D.C.

# TEJAS, LLAVES, PUERTAS, CASAS



## Las llaves

*Tantas cosas parecen decididas a extraviarse  
que su pérdida no es ningún desastre.*

ELIZABETH BISHOP

Las llaves se ocultan  
Se esconden debajo del sofá  
o en el bolsillo del abrigo que nadie utiliza hace semanas  
Lo hacen porque sienten un terror ilógico  
la sensación  
casi neurótica  
de estar siendo perseguidas  
buscadas  
como si estuvieran siempre perdidas.

## Las tejas

En la escuela  
una teja roja abraza a la otra  
Como en un mar de olas carmesí brillando al sol  
Las tejas se recuestan en las paredes blancas  
y en sus espaldas sostienen palomas negras.

Las tejas son silenciosas  
casi siempre  
excepto cuando llueve  
Entonces  
cantan en coros estridentes  
que les ganan a las voces de los profesores  
y a los gritos de los niños.

Las tejas permanecen en silencio  
porque escuchan nuestras conversaciones  
Los comentarios de las aves que esperan las sobras  
Las apuestas en el juego de las moneditas  
Los que se cruzan en el cambio de clases  
y cuentan todo con los ojos.

Las tejas nos escuchan y callan  
pero no son prudentes  
Cuando llueve  
las tejas gritan todos nuestros secretos.

## Las puertas

Las puertas son propensas  
a odiar a ciertas personas  
Mi puerta se cierra sobre sí misma  
dejándome afuera de casa por horas  
muerde mi llave como un animal rabioso.

He destrozado mis manos tratando de entrar  
En mis largas luchas la he mirado  
y ella me observaba  
yo lo sé  
con la irreverencia del que ha ganado cada batalla.

### Las casas

Las casas sufren desorden compulsivo.  
Ellas se llenan de polvo de procedencia desconocida.  
¿De dónde proviene este caos?  
los objetos no soportan la monotonía del orden.

Penélope  
¿para qué tejer y deshacer?  
Te bastaría ordenar tu casa  
y dar la espalda.



### Rebeca Urazán Benítez (Bogotá, D.C., 1987)

Se formó como licenciada en Biología, lo que no sería impedimento para que siguiera su proceso de aprendizaje en edición de textos y escritura. Magíster en Educación y ganadora del XIII Premio Nacional de Educación Francisca Radke. La mayor parte de su obra se liga a la poesía; se ha vinculado en varias ocasiones a talleres locales de escritura Idartes, incluyendo el Primer Taller Distrital de Poesía de Bogotá y el Taller de Poesía Ciudad de Bogotá Los Impresentables, 2019. Tercer lugar en la XVII edición del Concurso Nacional de Poesía Eduardo Carranza y primer lugar (poesía) en el Concurso Relata 2019.

ANGÉLICA MIREYA RODRÍGUEZ GUARNIZO  
Segundo lugar  
Categoría Asistentes a Talleres

Taller Liberatura  
Ibagué, Tolima

## EMZAC CHIBIZINE\*



V

No eran del  
cielo,  
ni caían  
con las nubes  
Desde la parte  
alta de la cascada  
se lanzó él

con Noncetá  
convertidos en piedra

IV

Su Madre  
los expulsó.

La Tierra gritó  
los mejores frutos  
fueron quemados.

**III**

Esa noche llovió.  
Dentro de una cueva  
                                  hacían fuego  
  limaban piedras  
brotó vida

**II**

Su hermano  
le dijo  
                                  uniendo sus labios  
  a su boca

<Zue y Chía>  
nos unieron por la  
madre,  
el tiempo es corto  
y nuestro pecho es grande

**I**

Huanzahúa  
ganó otra guerra.

                                  Tres días  
celebró su pueblo  
en la selva que floreció.

\*Juntos estar.



**Angélica Mireya Rodríguez Guarnizo** (Ibagué, Tolima, 1996)

Actualmente hace sus pasantías como tallerista de promoción de lectura para su opción de grado en licenciatura en Lengua Castellana de la Universidad del Tolima. Perteneció al grupo Relata Liberatura y es asistente en los talleres de poesía y cuento en la ciudad de Ibagué desde el año 2012. El poema surgió de la lectura del libro *Cantata para el fin de los tiempos*, del escritor tolimense César Pérez Pinzón.

JUAN SEBASTIÁN SÁNCHEZ GONZÁLEZ  
Mención de honor  
Categoría Asistentes a Talleres

Taller de creación literaria Letra-Tinta  
Itagüí, Antioquia

# LO QUE NOMBRO



## Metamorfosis

*A Richard Strauss*

Cuando el teatro de Múnich  
fue derruido

hubo silencio de las cosas  
que no estaban habituadas  
a la guerra

—en medio del hollín y destrucción—  
un niño que reconstruye  
lo que está irreconocible

para todos  
el teatro quedó en ruinas

para él volvía a abrirse  
el telón entre sus manos

IV

SE OYE UN RUIDO

como quien transita por el polvo  
de la herida en búsqueda  
de otra orilla

como quien espera  
salvaguardar en la palma de la mano  
la hendidura del metal

como quien busca la grieta  
creyendo que la vida

es el sonido de la moneda  
al otro lado del muro

V

*A cada grano de arena  
su sombra al alba.*

HUGO MUJICA LIZ

EL MENDIGO VIERTE

en el odre de ceniza  
un puñado de arena  
de luz

como dádiva  
—de quien todo perdió  
y espera el eco que nombre  
su huella—

como quien siente  
en esa arenilla

el único diálogo  
consigo mismo

X

NADIE VE LA LLUVIA

a pesar del ruido

que borra y traza

en los tejados

(de las gotas

como relámpago

de su sombra

de su

caer y apagarse)

Nadie asegura que existo

nadie

sino la lluvia que ninguno ve

tras la ventana

**De nosotros**

*A Paul Celan*

No sé quién habla

desde la sombra que implora

nuestra mano

Cómo sentir la cicatriz

la sangre en tierra

donde se hiere con el lenguaje

Sin pasos marchando

con sonido de niebla dentro

de la palabra huérfana

Cómo explicar

cuando piensen de nosotros

como los únicos

que estamos muertos



**Juan Sebastián Sánchez González** (Medellín, Antioquia, 1987)

Poeta y director de *Kairós*, revista virtual especializada en literatura. Forma parte de la tertulia Los Octámbulos, del taller de escritura creativa Letra-Tinta (adscrito a Relata) y de Manchas de Jaguar, del cual es tallerista y miembro del comité editorial. Ha sido invitado al XXVII Festival de Literatura de Córdoba y del Caribe, 2019 y al XVII Parlamento Internacional de Escritores de Cartagena, 2019. Poeta invitado al 29 Festival Internacional de Poesía de Medellín, 2019. Ganador de Estímulo a la Creación Literaria Gobernación de Antioquia 2018 con el libro *La orilla de una palabra que no recordamos*. Primer puesto en la modalidad de poesía Ciudad de Itagüí, 2017. Seleccionado en la *Antología nacional Relata* del Ministerio de Cultura en la modalidad de poesía, 2014.



TEXTOS  
REPRESENTATIVOS  
DE LOS TALLERISTAS  
DE LA RED DE  
ESCRITURA CREATIVA  
(RELATA)





# CUENTO



CÉSAR AUGUSTO GARCÍA ARIAS  
Taller de escritura creativa Maniguaje  
Florencia, Caquetá

# AGUACATE CON AMOR



*Hay diez mil millones de aguacates en el mundo. En Colombia, la cifra ronda los ochocientos millones de aguacates, según datos actuales del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas de Aguacates (Danea). Lo anterior significa que cada tienda o supermercado de Colombia dispone de un lugar asignado exclusivamente a la venta de aguacate.*

*Mencionar los tipos de aguacates existentes en el espectro de frutas tropicales no es una tarea fácil. Llevaría años culminar una expedición por el aguacate, de la cual se desprendiese una extensa y eficaz clasificación natural del susodicho fruto. Por lo pronto, me limitaré a decir que la clase de aguacate más consumida en Colombia es el aguacate verde con una pepa café en su interior.*

De pequeño escuchaba muchos chistes de aguacates. También escuchaba a matronas, abuelas, mamás —la mía también—, vecinas y tenderos hablar del aguacate. “Que el aguacate esto, que el aguacate aquello. Que coma aguacate para los granos de la piel. Que el aguacate limpia las arterias. Que la pepa del aguacate cura esto, aquello”. En fin, una berraquera de fruta. Pero no estaba convencido. Desde muy pequeño rechazaba el aguacate por su forma y sabor: “¿Otra vez aguacate, madre? ¡Sin aguacate, por favor! ¡Jugo de aguacate? Guácala...”. Y es que su sabor me parecía insípido, neutro, aburrido. Si por obligación comía aguacate, luego no sabía qué hacer con esa pepa café que trae la fruta: “¿Juego con ella?, ¿la pongo en agua?, ¿se la tiro al perro?”. En resumen, era ajeno al universo del aguacate y su mundo.

Pero todo cambió cuando conocí a Ele.

Un día de marzo —lo recuerdo como si fuese ayer— fui a comprar la remesita de la semana a la tienda de doña Eulalia. Entré, saludé y me percaté de una mujer desconocida en el barrio. Como no tenía casco ni llevaba llaves de carro, deduje que había caminado y que no debía vivir muy lejos de la tienda. Entonces me acerqué a doña Eulalia y le pedí que me dejara sacar una cerveza del refrigerador. Mientras la veci cambiaba el billete de veinte que le había dado, pude detallar que la nueva mujer llevaba una bolsita de mercado con cebolla larga, dos tomates, una zanahoria y un verde aguacate. No solo repasé su bolsita, también sus nalgas, sus senos, y me detuve por un breve momento en sus labios.

A simple vista parecía extranjera, y aunque estuve tentado a preguntarle de dónde era, no me atreví más que a auscultarla en silencio. Pero la historia no terminó allí ese día.

Cuando la veci me pasó la menuda y mientras mi mano hacía coquita para traer el vuelto a mi bolsillo, la mujer soltó sus primeras palabras para mí: “¡Marica, el aguacate!”. No sabía qué hacer con esas palabras. De repente, me comenzaron a sudar las manos porque sentía que con sus palabras ella tocaba las mías. En respuesta a la oxitocina que me invadía, giré la cabeza resistiéndome al deseo de mirarla como idiota, lo cual fue inútil porque ella, de improviso, avanzó hacia mí y se me quedó viendo por contados segundos. No sé lo que vio.

Como dije, ella avanzó y yo no sabía qué hacer. Sin embargo, fue cuestión de segundos para comprender la razón de su avanzada. “Oye, ¿me pasas el aguacate? Gracias”. “¿Qué? ¿Aguacate? ¿Dónde?”, me interrogué mientras me buscaba, también, el aguacate. Tampoco le he preguntado cómo reaccioné ese día a la pregunta sobre el aguacate, pero creo que debí parecer un zombi atolondrado que buscaba un aguacate en la penosa geografía de su ser.

Y ahora que hago memoria, tampoco sé cómo conseguí hacerle entrega del fruto. Seguramente dejé la cerveza a un lado, me acurruqué con los bolsillos llenos de la menuda de la veci y luego procedí a hacer coquita para pasar de mi mano a la de ella el aguacate. Puede que —y no es extraño pensarlo— mientras hiciera de transportador de aguacates fuera memorizando contornos y pliegues de su piel. Por algo será que hoy en día recuerdo morados en sus pies, cortadas en sus rodillas, sutiles estrías en el contorno de su ombligo y hasta quemazones tropicales en brazos.

Él nunca lo supo, pero desde ese día la amé. No tanto por ella misma, sino por ese aguacate.

—¡Con aguacate, por favor!

—Enseguida, señor.



**César Augusto García Arias** (Florencia, Caquetá, 1991)

Desde muy pequeño se interesó por la lectura y la música. Ingresó a la Fundación Batuta, donde aprendió a tocar el violonchelo. Es licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad de la Amazonia. Su vinculación al taller de escritura creativa Maniguaje ha sido relevante, entre otras acciones, para la publicación de tres números de la revista *Cuatroletras*. Algunos textos narrativos y de opinión han circulado en la revista *Aguasalada*, el periódico local *El Extra* y la página [www.bitacoraprofesorjoven.blogspot.com](http://www.bitacoraprofesorjoven.blogspot.com). Actualmente vive en Cali (Valle) y trabaja como docente de Ciencias Sociales y Ciencias Políticas en educación secundaria.

RICHARD MEJÍA  
Taller Permanente de Formación Literaria  
Popayán, Cauca

# MANOS SUCIAS



¡Chucho, yo no puedo irme sin usted! ¡No podría volver a pegar el ojo si me voy sin usted! ¡Le juro por Dios y mi cucha que yo, yo, yo no sabía cómo hacerlo, y me daba miedo. ¡Chucho! ¡Usted vio que fue él! ¡Me puso eso en las manos y yo, yo, yo cerré los ojos como usted los cerró después cuando eso sonó como un trueno! Pero eso fue lo que estalló, ¡justé me vio! ¡Le juro que no quise mirar, pero usted oyó qu'él me gritó! Me apreté las manos y me dolían mucho por la *raspada* del otro día... Tenía mucho, mucho miedo, Chucho... Y estaba lloviendo duro, ¿se acuerda? Así como ahorita mismo, y el aguacero sonaba como cuando el río bajaba con borrasca y no podíamos salir al charco ni a pescar en los remolinos. Anoche lloré... y ahora también quiero llorar porque usted está ahí sin poder decirme nada. ¡Perdóneme! Pero yo sé que nunca va a poder decirme que me perdona. Ya está lloviendo... Si pudiera oír cómo trueno ahora, esos sí son truenos, truenos que sacuden todo el cuerpo... Ojalá pudiera cerrar los ojos como cuando eso me sacudió las manos... Y yo sé que con el aguacero no se me va a quitar lo sucio de las manos, y tengo miedo, Chucho, tengo miedo de que no me lo pueda quitar.

Si se pudiera acordar cuando nos trajeron aquí... ¿Se acuerda? ¿Se acuerda que me dijo que lo primero que vio fue este guayacán amarillo? Si se pudiera acordar cuando me contó que cada atardecer sentía cómo silbaba el viento suavemente sacudiendo las hojas y las flores... Y llovía amarillo, y que quedaba una colcha amarilla en el suelo... ¿Se acuerda? ¿Se acuerda que hace como tres meses me dijo que este guayacán era lo único bonito que habíamos visto cuando nos dejaron ahí en ese rancho desbaratado? Yo lo vi llorar también, vi cómo se acurrucaba todas

las noches aquí junto al guayacán amarillo y sus manos estaban sucias como las mías ahora, y usted no me decía nada... Y usted ya no me va a decir nada.

Y entonces otro día viene el Diablo gritando:

—¡¿Quién hijueputas me está viendo la cara de güevón?!

Y yo temblando porque el Diablo me miraba como si yo fuera ese que él decía... Y usted mirando pa'l suelo temblando más que yo...

¿Por qué estaba gritando el Diablo? ¿Por qué le echaba la culpa a usted de lo que se perdió del chongo? ¡Ay, Chucho! ¿Es que vos...? ¡Yo ya le había dicho que no nos quedáramos más y que nos voláramos pa la porra! Chucho, desde que nos trajeron aquí he pensado que si le hubiéramos hecho caso a su cucha, no estaría usted ahí mirando pa ningún lado. ¡Pero no! En vez de eso le paramos bolas al Diablo... ¿No me oye? Si me pudiera oír... Si me pudiera decir pa dónde está mirando...

¿Qué aguacero, Chucho! Si lo pudiera oír... Suena como la voz del arroyo en los días lluviosos... Si se pudiera acordar... Toda esa agua turbia por entre los cerros estrellándose con las piedras, bajando como caballo desbocado por el empedrado... Si pudiera mirar ahora cómo el aguacero va borrando las montañas... Esas que raspamos hace semanas... Quisiera que el aguacero me borrara el miedo que tengo ahora, quisiera que ablandara la tierra bajo el guayacán amarillo, que mis manos no se tropezaran con las piedras, ni las raíces, ni las lombrices, y que el dolor y la sangre en los dedos fueran lo único que se mezclara con el barro.

Ya no va a volver al arroyo conmigo, Chucho... Si se acordara de la última vez que fuimos a pescar y que me habló de venir... “Hácelo, hombre... Nos quedamos unas semanas y así salimos de esta peladéz...”, me decía usted todo emocionado... Y las palabras se le enrollaban en la sonrisa mientras hacía la lista de lo que ya no iba a faltar en el rancho, de cuántas canastas de raspada le íbamos a llevar al Diablo, y le brillaban los ojos... Si todavía le brillaran, Chucho...

¿Qué le voy a decir a su cucha? ¿Qué le voy a decir a mi cucha? Mis manos siempre van a estar sucias... Y las suyas, Chucho, ya no. ¡Si pudiera sentir este aguacero! Las gotas heladas me pringan en la espalda y también se estrellan en su cara... Si pudiera sentirlas, Chucho, haciéndole charquitos en los ojos, prestándole lágrimas.

Cierre los ojos, Chucho, ciérrelos como los cerró cuando eso sonó como un trueno, ciérrelos como yo ahora que truena y me acuerdo que

ya no se va conmigo, ciérrelos como yo ahora que las raíces me rompieron los dedos y su sangre y la mía se revuelven con el barro, ciérrelos como yo ahora que usted es otra raíz del guayacán amarillo.



**Richard Mejía Ramírez** (Armenia, Quindío, 1972)

Licenciado en Lenguas Modernas (inglés-francés). Cursó una especialización en la Enseñanza de la Literatura en la Universidad del Quindío y en la actualidad se encuentra haciendo su trabajo de grado de maestría en Ciencias Humanas de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad del Cauca, en la línea de Literatura-Alteridad. Es profesor de Lengua Extranjera, Fonética del Inglés y Literatura en Inglés, adscrito al Departamento de Lenguas Extranjeras de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad del Cauca. Ha participado activamente en las últimas ediciones del taller Relata en Popayán. Es director del Grupo de Investigación Alteridades, Lenguas y Escrituras Creativas (Galec), en temas sobre la relación lenguas extranjeras-literatura, así como sobre fenómenos o procesos de la lectura y la escritura en lengua extranjera, investigación formativa y estudios sobre alteridad. Es tutor del semillero de investigación Axis y editor en la revista *Scriptura*.

DANIELA MEDINA  
Taller de escritura creativa José Eustasio Rivera  
Neiva, Huila

# LA MANO DE DIOS



Todos los días, antes del amanecer, el hombre se levanta invocando el nombre de Dios. Lo hace cuatro veces más: al mediodía, en la tarde, al ocaso y en la noche. Por la mañana sale de su casa, lleva consigo una cámara y fotografía lo que le llama la atención para enviar las imágenes a su familia. Si estuviese en casa, en la tarde, se reuniría con la congregación, realizarían el ritual de limpieza antes de la oración, se ubicarían frente al noreste, hacia la Kaaba, y rezarían hasta la noche. Ahora busca un espacio tranquilo en su casa, ora, y al final del día, cuando el sol está por desaparecer, camina por los alrededores de la ciudad.

A lo lejos distingue una bahía, consulta su reloj y piensa que es un buen lugar para el encuentro con su Señor. Allí, en plena soledad, camina hacia el mar, se lava las manos, la cara, los brazos, los pies, y se arrodilla. Levanta los brazos e implora perdón, misericordia, y exalta su grandeza. Una vez que termina, se pone de pie, observa a su alrededor, saca su cámara y fotografía las olas que golpean las rocas, el cielo rojizo del atardecer. De pronto, por el lente de la cámara, se percata de la presencia de una mujer que se encuentra sentada a unos metros de él, con la mirada fija en el mar. Enciende la cámara y empieza a fotografiarla. Se deleita viéndola. Hace dos tomas y cree que es suficiente. Está por irse cuando ella se levanta y, sin dar vuelta atrás, se quita el pantalón. El hombre se cuestiona por qué lo ha hecho, pero, maravillado por la belleza de la mujer, la sigue fotografiando. Ella se quita la blusa. El hombre mira a su alrededor. Siguen solos. La mujer camina hacia el mar y, desde allí, voltea a verlo. Se quita el sostén y las bragas mientras sigue mirándolo. El hombre recuerda a su Dios, se enrolla la correa de la cámara en la mano y avanza hacia ella.



**Daniela Medina** (Neiva, Huila, 2000)

Estudiante de Psicología de la Universidad Surcolombiana. Pertenece al taller de escritura creativa José Eustasio Rivera, Relata Huila, desde el 2017. Ocupó el primer puesto en el XXXIX Concurso del Cuento Departamentalista, modalidad juvenil, de la institución educativa Tierra de Promisión. Finalista de la XXVIII edición del Concurso Departamental de Minicuento Rodrigo Díaz Castañeda de Palermo, Huila.

JESSICA MONDRAGÓN  
Taller Voces en el Estero  
Buenaventura, Valle del Cauca

# EL ARTE DE BAILAR-ME



Hace una hermosa noche para nuestra cita. Caminamos el centro para elegir el plan más divertido. Eduardo quiere bailar. Nos detenemos en la discoteca del momento.

—Eduardo, no tengo problema si regresamos a casa y seguimos con el plan inicial de las películas.

—Cosita, dulzura, espera un poquito. Te va a encantar.

Por fin entramos. Las luces me dan en la cara, me enloquecen. La pista giratoria y el hada de los polvos esparciendo su magia para el descontrol. Frente a nosotros, una pareja desborda pasión. Me llama la atención el joven, un “ángel” con el que quisiera pecar, él sabe que tiene lo suyo y me encanta. Salgo a la pista a bailar con Eduardo, me siento atrevida y seductora, mis caderas se mueven incontrolablemente al compás del son; mi vestido escotado marca mis glúteos provocativos. Pronto se termina la canción. La discoteca está a reventar. De repente, un cruce de miradas.

Eduardo sale de la discoteca a recibir a su hermana. Me dirijo al baño. Alguien me toma fuerte del brazo, es el “ángel de la tentación”. Me conduce a la pista. Estaba negada a continuar, pero la intriga me puede más. Suena la canción *Siempre sí*, de Alexander Abreu. Un movimiento suave y alocado, una mirada furtiva, el espacio adecuado, un giro y lentamente aprieta su cuerpo al mío diciendo: “Muéstrame más”.

Me suelta lentamente y me seduce con una sonrisa pícara, repitiendo gustosamente el estribillo: “Esperando el momentico, para volverse afrodisíaca y pico”. Un trance.

Me toma nuevamente en sus brazos. La tensión se acrecienta de solo pensar que Eduardo ya entró con su hermana, pero no quiero sol-

tarme; su coquetería me hace sentir como una quinceañera. Me vuelvo adicta a su movimiento pélvico tan llamativo y tentador; todos los ojos están puestos en él. Este juego me divierte. Siento su miembro levantarse. ¡Qué calor!

Es una locura. Sus manos recorren mi espalda, estremeciéndome por completo. Se agitan mis caderas cuando siento sus manos en ellas. Me susurra: “Hoy estarás para mí”. Pienso que es un atrevido. Su fuego recorre todo mi cuerpo y paraliza mi cerebro. ¡Oh, Dios, qué deseos tan incontrolables! Me toca delicadamente. Ahora pido más. Mi vagina, en susurros, lo aclama. Mientras otras duermen, deseo ser leída, extasiada y tocada en un sueño profundo. Es cierto, para qué esperar tanto por ese lujurioso momento. El juego de la excitación ya no es necesario. Para, por favor. Me rozas suavemente, pero te alejas de mis labios. El instante perfecto, mi ansiedad al borde de un abismo y mis placeres derramándose a cada segundo. Lo olvidas, me recorres poco a poco; me quema tu miembro, no lo soportaré, me ahogas en tu mar; descubres mi perla en tu concha, una anhelada erupción. Me atrapas en tu juego y me haces venir. Fue genial.

Salgo rápidamente y me tropiezo con Eduardo.

—Te estaba esperando, linda.

Caminamos hacia la mesa, yo no digo nada. Hago el recorrido de 180 grados para ver si encuentro al chico, pero es imposible. Después de varias horas, la multitud va desocupando el lugar. Percibo su aroma, miro al frente y es él. Está parado en una esquina con una gran sonrisa, llama al mesero y cancela su cuenta. Me mira fijamente, como si con su mirada quisiera hablarme. No puedo hacer más sino continuar hasta la salida, es claro que todo había quedado en la pista y ya no habría nada más.

Eduardo me abraza y me da un beso apasionado.

—Cariño, ¡la pasaste genial!

—Vida, estuvo bien. Pero sigo pensando que hubiese sido mejor quedarnos en casa.



**Jessica Mondragón** (Buenaventura, Valle del Cauca, 1993)

Licenciada en Español y Literatura de la Universidad del Quindío, con mención meritoria en su proyecto de grado. Especialista en Pedagogía Ambiental de la Universidad Popular del Cesar. Diplomada en Pedagogía Superior de la Universidad del Valle y en Evaluación en Procesos Educativos del Politécnico de Colombia. Seminario de formación para orientadores escolares en TI, por convenio de la Universidad del Cesar y el Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones. Ponente en el IV Foro de Estudios Didácticos, Lingüísticos y Literarios de la Universidad del Quindío en el 2014. Miembro activo del taller Voces en el Estero. Se encuentra radicada en la ciudad de Buenaventura, donde trabaja como maestra en el Liceo de Occidente. Uno de sus grandes pasatiempos, además del baile, es escribir sobre las vivencias y el sentir del pueblo afrocolombiano.

ORLANDO SALAZAR MONTES  
Taller Biblioteca  
Universidad Santiago de Cali  
Cali, Valle del Cauca

## CINCO ELEMENTOS



La carreta del enterrador va hacia el cementerio. Lleva el cajón que construimos mi madre y yo con las tablas de la cama matrimonial. Tosco, mal clavado, nos habría ganado otros buenos golpes de mi padre. Pero él va en el cajón, muerto. Nosotros estamos en la cárcel.

Usted llegó hace pocos días, señor policía, ya conoció la parada del tren. También la plaza desierta; el banco, muy grande para tan poco dinero —“Este es un pueblo miserable”, decía mi padre—; el bar, con cinco putas —feas, según mi madre—; las otras veinte o treinta casas, con hombres y mujeres como mis padres. Mi casa es el pueblo en chiquito: la fragua, con sus paredes desconchadas y sus llamas, es nuestra estación de tren; la plaza es la única habitación, igual de fría; el tarro de lata donde mi padre guarda el dinero es el banco, y es más seguro, pues ¿quién se atrevería a robarle?; mi madre es las mujeres del bar y las del pueblo y él es el cerrajero y todos los hombres del pueblo. ¿Yo? Nada. Ni en mi casa ni en el pueblo.

Mi padre es, era, aún me confundo, un *hombre fuego*: impaciente, grande, hábil, fuerte, malvado, brutal. Yo soy tranquilo, pequeño y lento, cualidades de mi madre, aunque ella dice “Eres hombre, serás como él”. Y según él, “esa india sucia” le parió un debilucho amujerado, indigno de su apellido. Mi padre renunció a enseñarme las bases de la cerrajería; cada vez que lo intentaba, él terminaba con alguna quemadura y yo con muchas huellas de sus enormes manos.

Mi madre es una *mujer tierra*. Algo cobriza, menuda, de pocas palabras, andaba por la casa haciendo aseo y orden, en un sitio donde nada se movía, excepto para el aseo y el orden. Y leía, cada tarde, para ella

y para mí. Junto con las barras de hierro, que a veces traía el tren para mi padre, llegaban revistas para mi madre. Él las pagaba. Le divertía enrollarlas, haciendo garrotes que empleaba para golpearlos, pero sin tocarnos el rostro ni el cuello: “¡Qué buena literatura!”, decía.

Yo soy *agua*. Mis ojos azules, mi piel blanca, mi constante llorar por los rincones de la casa, son de agua. Pero tan poquita agua no sirve para apagar fuegos ni para regar tierras. Tengo trece años, parezco niño algunas ocasiones y niña las más. Mi padre parece odiar eso, a veces se queda mirándome raro, desde hace un tiempo me mira más.

Él llegaba borracho casi todos los días. Despreciaba el orden y la limpieza, y golpeaba a mi madre solo por golpearla. Una vez intenté defenderla, pero fui como una cucaracha atacando un toro: mi padre movió una mano y yo desperté al otro día. Y mi madre también me golpeó, por estúpido.

El cuchillo, la tina, los clavos, el martillo, el serrucho, todas las herramientas de mi padre, son *metal*. Es curioso, la revista *Vanidades* que leímos ayer, la última con la que nos golpeó, hablaba de los cinco elementos. Cuando él salió a emborracharse, ella retomó la revista. Leyó y me dijo cuál elemento éramos cada uno, que la madera, el metal, el agua y la tierra podían combinarse para controlar el fuego. Después miró toda la casa, pedazo por pedazo, como reconociéndola. Me pareció verle una lágrima, pero tal vez el agua estaba en mis ojos.

Anoche mi padre llegó, una vez más, borracho. Ella me estaba bañando en la tina de latón donde él tiembla, templaba, el hierro al rojo vivo. Me observó con esa mirada rara; la apartó de un manotón, bajó su pantalón mugriento, me tendió bocabajo en el suelo y me utilizó como a ella. Yo gritaba, sentía que el dolor me partía, pedí ayuda a mi madre. Ella solo miraba, con el rostro de máscara que tiene ahora. Él me dejaba gritar, parecía que le gustaba, “Al menos esto siente”, dijo; se estremeció, pujó y pareció derretirse dentro de mí. Luego se retiró y se quedó dormido. Mi madre me miró con asco: “Estás sangrando”; me limpió y botó el agua de la tina.

Entre mi llanto pregunté por qué no me bañó de mañana, como siempre, al salir mi padre a entregar o recoger trabajos. “¿Es que no entiendes? A mí ya no me usa y siempre se duerme después”, respondió, como mordiendo las palabras; él dormía en el suelo, con el pantalón abajo: “Hay que ordenar”, susurró ella. Acomodó la tina al lado de la cabeza de mi padre, fue a la pared de herramientas, tomó un cuchillo

de hoja afilada y ancha, y volvió junto a nosotros. “Ayúdame”, dijo. Levantamos su cabeza, descargándola en el borde de la tina, y de un solo tajo le cortó la garganta. Como él hizo conmigo, yo sostuve hacia atrás su cabeza, tirando del cabello. Murió sin darse cuenta, derritiéndose en sangre; no ensució el piso.

La cama es, era, *madera*. “Muerto a su cajón”, dijo mi madre. La cerrajería no tenía madera, desbaratamos la cama de pino. Dispuso las tablas, cortamos y clavamos con la torpeza que él odiaba, y no alcanzó para la tapa; la tierra cubrirá sus ojos y su boca, victoria final de mi madre. Ella se sentó quieta, mirando la tina llena de sangre. “¡Qué buena revista!”, repetía bajito. Yo salí a llamarlo a usted, señor policía.



**Orlando Salazar Montes** (Cali, Valle del Cauca, 1955)

Arquitecto de la Universidad del Valle. Amó la lectura desde niño, a través de *El tesoro de la juventud*, las Selecciones del *Reader's Digest* y los cuentos de hadas que su madre le regalaba para sus cumpleaños. Se incorporó al taller de literatura creativa de la Universidad Santiago de Cali (USC) en el año 2018.

MARIANELLA VÉLEZ  
Taller Palabra Mayor  
Cali, Valle del Cauca

# EL ÚLTIMO



—¡Llegaron los sicarios! —dijo el paisita sentado en una banca, mientras mataba el tiempo. Es cuidandero en un local industrial y estaba en su hora de descanso. Yo permanecía dándole la espalda, giré y le dije:

—¡Déjate de babosadas!

Me ocupaba de poner en funcionamiento nuestro carro de perros, que con mi socia sacábamos de martes a sábado a un andén amplio de una bodega al lado de donde yo vivía. Una calle de mucho tránsito, donde desemboca el centro de Cali a la autopista. Estaba prendiendo las estufas mientras ella traía algo de mi casa. No había acabado de replicarle al paisita cuando

¡Ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta!

Giro y al otro lado de la calle veo un carro lujoso, se abren las puertas, dos hombres bajan, por el lado del conductor otro, con algo que le hacía chispas a la altura de la cintura, uf, va a estallarle en las manos esa culebra. ¡Bruto! Sentí un tirón, mi socia agachada decía:

—¡Es bala, es bala!

Estaba metida debajo del carro de perros, nunca supe cómo carajos pudo caber ahí; en su intento por lograr que me agachara con ella, me bajó los calzones, mientras yo intentaba empinarme, como si quisiera saltar para ver mejor.

—¡Le están dando al Canoso! ¡No, no es con el Canoso! —exclamaba.

El de las chispas disparaba con su pequeña ametralladora, ta-ta-ta-ta-ta-ta, al antejardín de la casa del Canoso. Como si fuera una culebra de pólvora. El Canoso retrocedió, pero trastabilló y cayó. Era mi vecino, vivía a tres casas diagonal a la mía, llevaba varios años viviendo en la cuadra, y apenas dos semanas antes me había enterado que se lla-

maba Jairo. Tenía un puesto de fritanga que sacaba todas las noches al andén de su casa, nos saludábamos, pasaba a comprarnos hamburguesas, nos traía empanadas y se sentaba en las banquitas a charlar; tenía dos hijas adolescentes, un niño de ocho años y un bebé de apenas siete meses.

Cesaron los disparos, los tipos abordaron el carro y arrancaron, haciendo chirriar las llantas. El paisita dijo:

—Se fueron los sicarios.

En medio de la confusión, pegué carrera detrás. La vocecita que habla en mi mente, la que dice “qué estás haciendo, bruta”, me dice que llame una ambulancia.

Vuelvo corriendo y me encuentro a un muchacho de unos veintidós años, tendido en las gradas con tiros en todo el cuerpo; en medio de un tumulto, escucho los gritos estremecedores de las hijas del Canoso.

Un taxi lo recogió, pero murió en el camino.

Mi socia levanta el carro de perros. Una moto avanza hasta hacerse justo al lado del carro y el conductor pregunta:

—¿Qué pasó ahí, ve?

Era el que había disparado, pero se había cambiado la ropa; volví a las imágenes del atentado, sentí angustia por mi hija, por mi esposo y por mi socia.

—Un tiroteo, ve.

—¿Y muñequiaron a alguien o qué?

—Como que hay un muerto... y otro que se llevaron...

Se bajó de la moto y se mezcló con la policía, que ya había llegado; fue a echarle una miradita al muñeco, regresó, se subió a su moto y se fue.

En la misma acera quedaba el negocio de los servicios funerarios, una funeraria de garaje. Ahí trajeron a velar al Canoso, y nuestro carro se vio rodeado de muchos clientes, que pasaban el dolor con perros y hamburguesas.

Me enteré de que el hermano del Canoso había sido tiempo atrás un duro del barrio.

Una nota le llegó a la viuda, al otro día del asesinato; le decían que disculpara, que el asunto no era con él ni con su hermano. Aun así, a algunas personas les tranquilizó su muerte, decían que era quien les vendía drogas a los niños de la escuela cercana.

Entre velorio y entierro, un carro blanco exclusivo, con vidrios polarizados, se paseó por la cuadra muy despacio... Eso me tuvo paranoica, habían visto que yo había visto; contagié mi paranoia a todos mis

cercanos, dejamos de sacar el carro de perros un mes, casi no salía de mi casa, apenas a lo indispensable.

Seis meses después, venía en un taxi del centro y bajando por la carrera diez, frente a las ventas de flores, vi a una muchacha encartada con un ramo grandísimo, bajo un aguacero, tratando de parar un taxi; le dije al conductor:

—Si quiere pregúntele a dónde va, y si la ruta le sirve, compartimos la carrera.

El camino se fue en charla. Cuando nos detuvimos frente a mi casa, ella recordó y dijo:

—Por aquí fue donde mataron un tipo.

—¿Usted lo conocía? —le pregunté.

—¡Era un desgraciado! Mató a mi primo, que era médico, por robarle el carro. Su hermano es del F2, así que rapidito encontraron a los otros dos; este era el último.



### **Marianella Vélez** (Calí, Valle del Cauca, 1964)

La última de seis hermanos. Sus años de infancia y adolescencia, con bastantes altibajos, hicieron que se volviera la hija rebelde, casi la oveja negra en su casa. Por casualidades de la vida, aprendió culinaria a muy corta edad y eso despertó su pasión y don por la cocina, a lo que se ha dedicado a lo largo de su vida. Como lo expresa ella: “Es cocinera de profesión y madre por vocación”. Ama orgullosamente su ciudad y su país, Colombia. Jovial, alegre, trabajadora incansable, en sus días de adolescencia, acostumbraba escribir en torno a lo que le pasaba o vivía, tratando de componer; de ahí esa chispa que siempre la ha inquietado por querer escribir, anhelando cumplir el sueño de escribir un libro. Su objetivo de vida: dejar una huella de amor y una sonrisa dondequiera que pase, a quien sea que trate.

RUBÉN DARÍO FIGUEROA ORTIZ  
Taller Écheme el Cuento  
Cali, Valle del Cauca

# EL CAMINO DE REGRESO



Bernardo López estaba en duermevela. Sentía una presión en el pecho que le impedía respirar. Llegaron a su mente imágenes de cuerpos fragmentados, de rostros sanguinolentos, gritos y sonidos de campanas. Estaba todo sudoroso. Se levantó, se sirvió un poco de jugo, no tenía ganas de comer. Apenas se secó el sudor, se mojó la cara y se fumó un cigarrillo. Se vistió y salió.

Después de dos horas de caminar y darle varias vueltas a un parque, se sentó en la única banca que se encontraba desocupada a esa hora de la tarde.

Desde hace seis años, su vida no es la que realmente quiere. Después de un tiempo como suboficial del ejército, las tareas propias del rango lo asquearon. Pero se quedó. “No entiendo cómo me metí en este lío”. Lo que menos quería era regresar a su pueblo como un hombre derrotado. “Tengo que regresar, pero no sé cuándo”, dijo en voz alta. Los paseantes del parque lo miraron sin asombro. Preguntó la hora. Inició una marcha lenta y sin rumbo.

Sin saber cómo, llegó al edificio desde donde despachaba el senador González. Tuvo que sortear varios puntos de control y esperar una hora a que lo atendiera bajo la mirada escrutadora de un asistente que, de vez en cuando, salía a vigilar la sala de espera.

—No pude dormir —le dijo—, las pesadillas me atormentaron. Vi la película de ese día proyectada con metrallata: las imágenes, los disparos, los cuerpos, los gritos. Llegaban, se apagaban, se repetían. Mi cabeza se llenó de ruidos.

El senador se paró con fuerza, rodeó la silla donde se encontraba sentado y se le acercó tanto que Bernardo sintió su resoplido caliente en el rostro.

—No me jodás, Bernardo, parecés güevón. Vos sabías que la cosa no era como pa inflar globos y quemar triquitraques. Solo debías hacer lo mismo que en Cuajarú. Dejate de pendejadas. Andá donde un psiquiatra, yo no puedo hacer nada.

—Senador, no soy cobarde. Usted me conoce... Oigo los gritos, huelo a carne chamuscada... Los veo apilados en la cancha de fútbol. Y el ruido de campanas. Senador, no soy capaz...

Al final de la tarde, Bernardo aún deambulaba por las calles repletas de vendedores ambulantes, de mujeres que caminaban presurosas, de oficinistas de uniformes impecables. En la séptima con veintidós se detuvo frente al Bola Roja. Lo recibió el desorden de voces y olores de siempre.

En la barra pidió un café y un aguardiente doble. Su mirada se perdió en las mesas de billar al fondo del café. El tas-tas de las bolas y los retazos de las conversaciones no lograron arrancarle una sonrisa.

—Mi coronel, en El Farol Rojo le reservamos la habitación de siempre y también a la Tatiana —recordó la voz del encargado de operaciones en la zona X.

Les gustaba ver a las mujeres y sentir la mezcla de ambientador y perfume de farmacia. Un coro recibió a Bernardo y lo siguió hasta la barra. Él devolvió el saludo, haciendo una exagerada venia. Se sentó en la barra. Las mujeres se dispersaron. A poco llegó una que frisaba los treinta con un bikini rojo.

—Quiubo, pues, don Berna; ¿por qué tan perdidito?

—He estado ocupado y no sé si tenga ganas, pero he venido.

—De las ganas me ocupo yo, pero decime, ¿te quedaste huérfano?

—Dejá el interrogatorio. Contame de vos, ¿cómo te ha ido?

Hablaron poco de ella, se entendían sin hablar.

“Todas las piezas de los puteaderos son iguales”, se dice Bernardo para que ella oiga. En medio, la cama ancha de madera aglomerada, el baño y un tocador de espejo circular. La mira con desgano y ve el reflejo de Tatiana que se lleva la mano a la entrepierna. Va al baño, se lava la cara; observa los surcos de la frente, su rictus y piensa que hoy solo quiere poner la cabeza en su regazo. Comienzan a acariciarse como midiendo la piel, estirando los segundos. Habían aprendido a no ceder tan rápido a las urgencias de la carne. Olisquea sus piernas, sus axilas, su cuello. Los olores fuertes le traen recuerdos, como el olor metálico de su menstruación. Bernardo la besa, asciende en mordiscos hacia su boca.

Tatiana le coge la pinga, se inclina, la recorre con su lengua, pero sus carnes se niegan al gozo. Bernardo, desvalido, se desploma. Finalmente, lo que queda es la sumisión a la mirada del otro ensimismado.

—Bernardo, soy tu perra; decime qué pasa, decime.

—Solo quiero que esto acabe.

Bernardo esconde la cara entre sollozos. La mujer le acaricia el pelo, lo atrae hacia sí y lo envuelve entre sus brazos.

—Flaquita, ¿te acordás cuando íbamos al río a mirar nubes y a comer níspero y madroño?... pienso mucho en la vida que dejé en el pueblo.

—Vení, recostate y mirame. Vos siempre fuiste mi coyote, pero te veo raro. ¿Qué te pasa?

—Miro mis manos y las veo manchadas de sangre. Las cosas que uno hace se devuelven —decía mi mamá.

—Papito, el pasado es el pasado. Es el presente el que nos atormenta —dijo entreverando sus dedos con los suyos.

—No has vivido las cosas que yo viví. Todo es una mierda, entendés. Vos no sabés ni en donde estás parada —dijo Bernardo sentándose de pronto—. Vos te acomodaste fácil de puta...

—¿A quién mataste, don Berna? ¿No es lo que hacen los militares? Matan, como los bandidos, como los guerrilleros.

—Una cosa es un combate y otra bien distinta...

—No me digás que vos estuviste en la matanza de Cuajarú —dijo Tatiana levantándose—; estás cagao y el agua lejos.

Bernardo se levantó y fue al baño, vomitó y después de lavarse gritó:

—Sí, yo los maté. Me hice amigo de ellos y organicé las correrías.

El capitán Moscoso le había encargado dirigir una avanzada en una zona guerrillera. Llegó a Cuajarú en un día de agosto en que los rayos se colaban por las grietas que había entre las tablas de las casas, y la luz penetraba los toldos e iluminaba las aguas del río. Debía tener ojos y oídos bien abiertos para saber qué estaba pasando en el pueblo e identificar a la gente sospechosa. Lo primero era integrarme a su vida, camuflarme, hacer amigos, actuar como uno más. Yo había nacido en un pueblo a orillas de un río como este, ancho y caudaloso; no era difícil.

Después de meses de mal comer y mal dormir, Bernardo fue a decirle al senador González que no volvería a participar en las incursiones. Lo habían incluido en el grupo que asaltaría un caserío en el Bajo Cauca. Bernardo se quedó escuchándolo aturdido. Sus palabras le

llegaban como un eco; todos estarían protegidos, claro, si se hacían las cosas como él quería.

—Bernardo, es un compromiso de patria y no podemos dejar de cumplirlo; no te agallines, dejá de sufrir por pendejadas.

—Senador, de nada me han servido las pastas ni mucho menos los consejos del médico. Me dijo que no puedo participar en actividades que me disparen las emociones. Las campanas, senador, su sonido es lento, con espacios de silencio horroroso; los olores me llegan en cualquier momento: a pólvora, a sangre. Me lavo las manos a cada rato y me refriego la cara con el pañuelo.

Bernardo se internó en el centro, iluminado por las luces de las tiendas. No sentía nada, su mirada divagaba por los techos, subía a lo más alto de los edificios, se quedaba en la cúpula de las iglesias, luego se posaba en las caras de los transeúntes, con una concentración que producía temor en las personas que lo miraban al pasar. Continuó caminando hasta que un cansancio agobiante lo hizo doblarse y buscar una pared para sostenerse. Le dolían las piernas, le faltaba el aire; como si el cuerpo pesara más que sus ochenta kilos, como si tanto recuerdo le impidiera continuar.

Mira a una pareja que se besa, la mujer lo mira y se sonríe, piensa en Tatiana; luego fija su atención en un perro que busca algo de comer en una bolsa de basura. Lo atrae ofreciéndole un pan que carga en su maletín. Lo acaricia con suavidad. El perro se arrima y lo lame, Bernardo lo pateo, el animal se aleja aullando, a zancadas va tras él, avanza por las calles oscuras que le huelen a sangre. Corre pero el animal se aleja, indiferente dobla en un callejón.

Una moto se acerca.



**Rubén Darío Figueroa Ortiz** (Cali, Valle del Cauca, 1952)

Jubilado, residente en Cali. Casado, con tres hijos y tres nietos. Administrador público municipal y regional de la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP), con maestría en Políticas Públicas de la Universidad del Valle y estudios de Sociología en la misma universidad. Funcionario y contratista de institutos y entidades públicas durante más de treinta años. Profesor universitario en varias épocas. Asesor y consultor de proyectos sociales y de gestión pública, ha escrito varios artículos sobre políticas públicas. Lector impenitente de literatura (poesía, cuento, novela, ensayo). Escritor de poesía, cuento, crítica literaria (una producción incipiente). Amante de la filosofía, las artes plásticas, el cine y productor de dos videos: uno narrativo-documental, *Sonoridades en movimiento. Los artistas del MIO*, ganador de un Estímulo de la Secretaría de Cultura del Municipio de Santiago de Cali, 2017, y otro de cinearte, *Ciudad cuerpo*, 2017.

PIONONO GONZÁLEZ  
Taller Nautilus  
Tuluá, Valle del Cauca

# EL GRABADOR



Felipe, el grabador, recibe una invitación, luego de mucho tiempo, para que participe en el Festival Internacional de Guabiniá, pueblo donde reside. Con esta motivación, el artista empieza a concebir el desarrollo de una nueva serie de trabajos en los que emplea diferentes técnicas que le han dado reconocimiento en el ámbito nacional y que además ha venido perfeccionando, aunque todavía no decide su participación en el evento.

Su vida de artista quedó profundamente afectada luego de que acaeciera la muerte de su esposa, a causa de un cáncer uterino. Penosa enfermedad que se convirtió en una tragedia personal y de la que le ha costado mucho reponerse porque aún siente en su interior un profundo rencor que lo carcome, a un punto tan extremo, que empieza de nuevo a cavilar con cierta inspiración sobre una forma que le permita desquitarse con arte de lo realizado por el Banco Central de Guabiniá y por su entidad promotora de salud (EPS), a los que culpa por lo sucedido a su pareja, injusticia que terminó arruinando de paso y por completo su vida de artista e influyendo negativamente en su futuro.

El maestro cuenta con un poco más de cincuenta años de edad, más de treinta de experiencia en su profesión y con diez de haber montado el humilde taller de su absoluta propiedad. Enviudó hace cinco años de Martha, con quien convivió más de quince, pero su último año fue bastante doloroso. Se culpa por no haber tenido el dinero suficiente para lograr trasladarla hasta otro país más avanzado en medicina, donde le garantizaban un alto porcentaje de salvación. Solicitó de múltiples maneras un préstamo al Banco Central de Guabiniá, pero por encon-

trarse equivocadamente reportado en las centrales de riesgo no lo voltearon ni a mirar, obligándolo por tanto al uso de la medicina subsidiada, donde demoraban inhumanamente las citas con el oncólogo que debía tratarla y se negaban a entregar su medicina si no instauraba una acción de tutela, a la que luego dilataban los tiempos estipulados y, por si fuera poco, cometían toda serie de desacatos, sin que pasara absolutamente nada.

Todo esto demostraba que la condición delicada de su esposa nunca le importó a nadie más que a él. Finalmente, Martha terminó yéndose al más allá desde sus brazos, luego de aquel paseo de la muerte, de esos que normalmente suelen suceder en este pueblo, tanto para los niños que deben ser la máxima responsabilidad para un Estado, como para la población que requiere atención médica inmediata, y mucho más si se trata de un paciente de alto riesgo. Esta tragedia afectó su comportamiento posterior, porque su impotencia al verse falto de recursos lo culpaba por lo sucedido día y noche, e incluso hasta la fecha continúa recriminándose y acusando hasta el cansancio a las entidades antes mencionadas por la indolencia con que manejaron el caso que marcó su vida para siempre.

Luego de este prolongado tiempo de receso, Felipe de nuevo quiere hacer uso de su inspiración como artista y volver a expresar su capacidad creativa que lo hizo tan famoso, pero ahora de una forma más agresiva y que le brinde la oportunidad de exteriorizar su frustración y su dolor, y hasta en cierta medida le permita renovar su amor y su compromiso con el arte, para esta fecha en que conmemora un nuevo cabo de año de ocurrida su tragedia.

El grabador emprende el reto de la escogencia del tema en el que va a desarrollar cada una de sus obras y hasta de la técnica más adecuada que permita sacar el mayor provecho artístico a este primer trabajo que concibe desde la muerte de su consorte; aunque, a decir verdad, todavía el tema se encuentra ahogado entre las tintas que debe utilizar y aún no nace la huella de la matriz en el metal de sus planchas que satisfaga su concepción del arte por el arte y pueda conseguir desquitarse de las entidades que tanto lo afectaron.

Se iluminaría su imaginación en el preciso momento en que estas entidades pasaron fugazmente por su mente, para que le llegara como una visión, como una revelación, el tema correspondiente a una protesta sobre la violencia, comportamiento con el que nunca ha estado

de acuerdo, pero que ahora asume como un compromiso en el que inicialmente centra su atención: el atraco al Banco Central de Guabiniá. Sería esta primera serie de obras la que podría destacarse por las características de su técnica y por verse reflejado el pueblo en aquella concepción, lo que sin duda alguna causaría cierto furor y sentaría un precedente de protesta ante las injusticias que causa esta entidad que, día a día, los arruinan sin ninguna compasión y a niveles que rayan en la usura. Coyuntura que aprovecharía para la obtención del dinero necesario, solo una cantidad suficiente que le permita huir de esta comarca, sin dejar pistas ni nexo alguno por el que puedan ubicarlo en el futuro.

Las técnicas que aborda para cumplir su cometido resultan ser variadas, al igual que las escenas. La primera que concibe, y que enseguida empieza a materializar, trata sobre cómo un hombre en solitario se acerca al Banco Central de la ciudad. Es un tallado en relieve, un grabado en fibra sobre un taco de madera de cerezo. Él, personalmente, se tomaría como modelo. Ya su modelo femenino no estaba más que en el pedestal de su mente y se negaba a buscarle un remplazo, por respeto a su memoria.

El Banco Central de Guabiniá queda perfectamente reflejado en las huellas que deja su buril, las cuales cubre enseguida con una laca especial que prepara, luego de bruñirlo. Ha quedado satisfecho con aquel primer trabajo, y de inmediato y sin pérdida de tiempo se embarca en el segundo, el cual corresponde al momento de hacer su ingreso al Banco, encontrándose en el justo instante en que las puertas acaban de ser abiertas para el público. Para esta escena emplea la técnica de un grabado en hueco, haciendo una relación poética entre el ingreso del instrumento en el material y el momento en que el personaje ingresa al hueco de su perdición, tal vez en talla dulce por la precisión que aquel acto requiere para ser ejecutado, para que resulte efectivo su profundo apropiamiento de riqueza y por la impresión que produce el perfecto detalle en el interior de la entidad financiera.

Todo resulta de acuerdo con lo meticulosamente planeado, hasta en la precisión de los pormenores más insignificantes, con líneas densamente delineadas que varían su grosor, para que acaben deprimidas en la hoja de metal.

Una tercera escena emprende pronto, para el momento en que el personaje saca el arma dentro del recinto y hace un disparo al aire. Es el aguafuerte la modalidad que escoge; para que todos tengan claro

que por sus venas no corre sangre alguna, sino el ácido nítrico que esta técnica requiere y para que en ningún momento sea puesta en duda su decisión de cometer el robo. Toma medidas y asume el mayor cuidado en el momento de hacer uso de la afilada punta metálica, no vaya a resultar herido como protagonista principal de aquella escena dibujada en la capa de barniz hasta que acabe, por fin, mostrando el cobre.

La figura del vigilante, quien no tiene ninguna protección, queda disuelta por la acción del baño de ácido, durante el tiempo que resulte necesario.

En la cuarta escena aparece reducido y desarmado el vigilante, mientras la escasa gente aparece tendida en el piso bocabajo, para el preciso momento en que el personaje principal toma dirección hacia la caja fuerte. Escoge la técnica de aguainta, para que las zonas que no pueda vigilar de manera directa queden menos oscuras para observarlas fácilmente e imprimir indecisión a los que, tirados por el piso, puedan pensar en arriesgarse en una reacción, y en esa intención de luz que corresponde a otra zona tonal que queda totalmente diferente, desanime al vigilante de querer convertirse en el héroe de la jornada, por lo que su exposición en el ácido, para esta ocasión, debe resultar de la manera más fugaz posible.

El interior de la bóveda que contiene la caja fuerte es el espacio donde desarrolla una quinta escena. Los estantes que albergan el dinero son inmensos, y ahora tiene representado al vigilante haciendo una peligrosa compañía al protagonista, que se encarga de mantenerlo ocupado y vigilado. El artista escoge la técnica de la litografía, porque así como el procedimiento tiene su base en la incompatibilidad entre la grasa y el medio acuoso, así también representa la relación entre el protagonista y su incompatibilidad con el vigilante del banco. Emplea piedra caliza como matriz para la reproducción de la imagen y por su sensibilidad con el agua en las zonas que no han sido tratadas, símil de la sensibilidad del protagonista para con el arte y con las injusticias que cometen este tipo de entidades. Sobre la piedra dibuja al vigilante contemplando el tesoro representado en papel moneda, imagen de un tesoro que pronto se desmoronará con la aplicación de una mezcla de ácido nítrico y goma arábica, al dejarla por fuera de la grasa de su dibujo, el que ha desechado por dejar de requerirla.

En la representación siguiente, el vigilante se encarga de introducir todo el dinero posible en dos tulas enormes, y aunque el personaje

principal tuviera la intención de vaciar por completo aquel lugar, fueron sus limitaciones físicas para cargarlo las que terminaron por racionalizar su pensamiento. El artista escoge la técnica de punta seca, por lo que cuidadosamente dibuja la imagen sobre la lámina de zinc, y al terminar, deja la punta de diamante de su instrumento sobre el cuello del vigilante, para que este no vaya a realizar una maniobra que ponga en riesgo la operación que desarrolla, cuando toda esta actividad se encuentra meticulosamente planificada con anticipación. Los surcos que traza con el cuidado necesario representan el dinero que queda en los estantes, cuya rebaba no basta para detenerlos en aquel lugar y conserven su aspecto rico y aterciopelado, debido a que las barbas se desgastan fácilmente por la presión continua que, con su tórculo, termina ejerciendo en su tiraje. Tiene la idea de conseguir la mayor cantidad de impresiones que pueda realizar, motivo por el cual ese dinero acaba por desaparecer cuando llegue su momento y haya cristalizado al menos media docena de tiradas.

El protagonista sale del banco junto con el vigilante que, obligado, carga las tulas hasta el vehículo que oportunamente tiene dispuesto para la huida respectiva, en una imagen sencillamente pintada en óleo sobre la superficie de vidrio immaculado. Es una escapatoria única en su vida, por cuanto no tendría otra oportunidad de conseguirlo, así que el artista sabiamente escoge la técnica de la monotipia, porque el material amorfo que compone el vidrio representa la fragilidad de su escape y la peligrosidad de la maniobra. Es una excelente reproducción sobre la lámina cristalina, en la que se pueden notar las tulas en la espalda del guardia y el protagonista vigilando al vigilante, mientras se aproximan al vehículo, prestos a emprender la maniobra de la huida.

Se encuentra en un dilema. No sabe qué hacer con el guardia cuando suceda la próxima escena. Una determinación errada puede llevarlo al hueco de la tumba, porque aquel hombre haría de inmediato la denuncia respectiva, proporcionando los datos del vehículo en el que va a desplazarse. Opta por llevarlo consigo durante un determinado trayecto, hasta donde decida abandonarlo, antes de llegar al sitio donde toma el vehículo siguiente, situación que motiva la siguiente escena. La técnica de hueco perfecto sería la de media tinta. Los distintos tipos de raedores se encargan de mostrar, sobre la lámina de cobre, la amplia espalda del vigilante, quien observa a la distancia cómo un mordisco del graneador talla en los surcos bordeados de sus barbas las huellas del vehículo que

desaparece junto con el botín en la distancia, en medio de un color negro consistente y aterciopelado, que deja plasmado en el ambiente.

La escena, correspondiente al momento en que incendia el vehículo con el que realiza el robo y camina hacia un vehículo diferente con las tulas en el hombro, es el acontecimiento perfecto para ser plasmado por la técnica de la espolvoreada del carborundo. Las zonas rugosas o granuladas corresponden al fuego que consume el automóvil, junto con las posibles pruebas que puedan quedar en su interior, garantizando con ello la evasión de la justicia. Los efectos pictóricos de manchas que pueden observarse corresponden a la humareda entre la que se pierde el nuevo vehículo que cierra una huida perfecta y sin peligro de rastreo.

Ya en casa, y con el protagonista a salvo, tiene lugar la última escena, con la que culmina su proyecto. Se trata de una viva celebración en la que escoge la técnica del estarcido, para tener la disculpa de usar los colores puros de la felicidad en una imagen de contorno bien marcado, del que no puede salir el personaje por el tiempo necesario, para con ello evitar cualquier tipo de reconocimiento que puedan hacer a su figura. El personaje es el motivo recortable con zonas abiertas y cerradas, manejado como un espacio abierto con zonas sólidas alrededor que lo restringen, situación particular que relaciona en su pensamiento con un posible y fatal encarcelamiento. La tinta china, que ingresa por el interior de la figura del personaje, le hace presagiar un negro futuro a su existencia, aunque esa imagen en la que en algún momento buscará convertirse es la de aquella sombra que siempre habrá de pasar inadvertida.

Al día siguiente en los diarios se lee en primera plana, con títulos enormes y en colores llamativos, la manera paso a paso en que ha ocurrido el robo del Banco de Guabiniá en horas de la tarde del día anterior, en los que destacan los cinco mil millones de pesos a los que asciende la cuantía que se llevara aquel intruso, la manera en que había reducido al vigilante y un par de columnas dedicadas a la entrevista que le hicieron al investigador que está tras las escasas pistas, pero que promete con seguridad pasmosa la captura del asaltante en las próximas horas, días o semanas. Ha tomado como base la descripción que ha hecho el vigilante, quien ha entregado las declaraciones respectivas, en las que sostiene tener la capacidad para reconocer al delincuente en el momento de encontrárselo de nuevo.

El grabador viene preparando, y ahora con recursos suficientes, la tarea de emprender su nueva serie de trabajos. Tiene pensado escoger como tema el desprestigio de un investigador reconocido o el despido laboral de un vigilante bochinchoso. Ya en un futuro próximo, cuando todo se encuentre un poco más en calma y estos sucesos sean olvidados, se encargará de hacer desaparecer a su EPS en la oscuridad de algún grabado, de la manera negra que presenta la técnica de la *mezzotinta* y en la que bruñirá todas sus edificaciones hasta que no quede ni el último pedazo de cimiento que pueda recordarnos su existencia.



**Pionono González** (Bugalagrande, Valle del Cauca, 1964)

Poeta, novelista, ensayista y narrador. Estudió Electricidad en la Universidad Tecnológica de Pereira. Ha publicado algunos de sus ensayos y poesías en revistas de la región y participado en varios talleres literarios. Formó parte de la primera ruta poética del Pacífico, convocado por la Universidad del Valle y la Unidad Central del Valle (2012). Invitado al “Encuentro de poetas del Caribe y el mundo” en Santiago de Cuba (2016) y también al II Festival Internacional de Poesía Germán Cardona Cruz de la ciudad de Tuluá (2019). Es miembro del consejo editorial de la revista de poesía *Luna Nueva*. Con la obra *Visita guiada por la galería de la palabra* ganó el Premio Nacional de Poesía Carlos Héctor Trejos Reyes de la ciudad de Riosucio, Caldas, en el año 2011. Ha publicado los siguientes libros: *Visita guiada por la galería de la palabra* (2011, poesía), *Artistas de cuento* (2016, cuento) y *Un eclipse en la inocencia* (2016, novela).

HÉCTOR ANCÍZAR VARGAS OBANDO  
Taller de escritura creativa Ítaca  
Zarzal, Valle del Cauca

# NATURALEZA INMISERICORDE



Habían pasado varias horas después de recibir la triste noticia del accidente que mantenía al borde de la muerte a uno de mis hermanos. Sin premeditar lo que podría suceder, el comandante de la base donde prestaba el servicio militar obligatorio me autorizó un permiso de diez días, consciente de que el batallón militar más cercano se encontraba aproximadamente a cinco kilómetros río abajo y que allí me prestarían un vehículo para movilizarme al municipio de Puerto Asís, donde conseguiría transporte para acudir al llamado de mi familia ante lo trágico de la noticia. Decidí hacer el recorrido por la orilla del río Putumayo. Al llegar a un recodo, me vi obligado a abandonar su cauce por el aumento de la corriente y lo accidentado del terreno, lo que ocasionó que poco a poco me fuese internando en lo profundo de la selva.

El sol lentamente se había ocultado hacia el poniente, ayudado por la espesura del follaje de los árboles. De un momento a otro, la sombría noche abrió sus siniestras y aterradoras fauces mientras me aprisionaba con sus brazos tenebrosos y fríos. Me sentí inmovilizado sobre el piso húmedo y lleno de hojas podridas, lo que motivó que una sensación desagradable comenzase a recorrer todo mi ser.

Temeroso y a tientas, poco a poco mis sentidos trataban de acostumbrarse a la siniestra oscuridad, a los extraños ruidos de la noche, al ulular de innumerables búhos que se desperezaban ocultos por la maraña, al volar de algunas aves nocturnas y a los sonidos de gran cantidad de murciélagos que chillaban al tiempo que ávidos y de manera desordenada revoloteaban dispuestos a deleitarse con la gran variedad

de frutos maduros que esparcen sus olores en el entorno de la extensa selva tropical.

Me encontraba envuelto y extraviado en una pavorosa oscuridad.

El pánico poco a poco se apoderó de mí, mientras dantescas luces cercenaban inclementes el firmamento, acompañadas de sonidos ensordecedores producidos por rayos y relámpagos que rugientes se escuchaban alrededor y hacían estremecer la tierra, como si la furia de todos los demonios y los ángeles fuese a ser lanzada sobre este débil pero osado mortal que de repente invadía su eterno y apacible descanso.

Bajo una extraña tensión, sentí que una fina llovizna empezaba a acariciar mi rostro; luego un fuerte aguacero en menos de un santiamén entrapó mis ropas e hizo que mi cuerpo comenzase a tiritar con escalofríos, mientras una gran cantidad de mosquitos y hormigas se lanzaron contra mí, con hambre insatisfecha, lastimando mi piel. La soledad que reinaba en el sector me hizo respirar con gran dificultad y mi corazón latía más rápido de lo normal, como si empezase una taquicardia.

Era la peor noche que había experimentado, y me sentía solo, frágil y temeroso frente a la violencia de la naturaleza que pausadamente hizo sentir su infinito poder. A pesar de llevar años en el ejército y formarme en un duro entrenamiento militar, una sensación de temor me invadía. Eran el miedo y la angustia, quizá por la muerte de mi hermano, por mi cobardía o porque comprendí que no somos nada; solo algo pequeño e insignificante en la vida y en la historia. Portaba en mi cintura un revólver y un afilado cuchillo, y en mis bolsillos gran cantidad de munición para defenderme en caso de ser víctima de grupos insurgentes o delincuentes que merodeaban por la región. De nada servía lo que traía conmigo, mi ánimo derrotado y la naturaleza inmisericorde me embargaban. En aquel momento me di cuenta de que las armas son nada cuando se trata del temor humano. Años en el ejército para esquivar la muerte y formar un carácter bélico; sin embargo, no estaba entrenado para vivir atemorizado ni tenía la cordura suficiente para analizar que en realidad no hay que prepararse para quitar la vida a un semejante, sino para vivir en sociedad y para disfrutar en compañía de los nuestros y demás seres allegados.



**Héctor Ancízar Vargas Obando** (Pereira, Risaralda, 1949)

De familia humilde, desde muy joven se dedicó a las labores del campo. En 1968 ingresó al Ejército como soldado regular y ascendió progresivamente hasta llegar al grado de sargento viceprimero. En el transcurso de su vida militar fue lancero instructor, paracaidista militar, buzo profesional, integrante de las Fuerzas Especiales, Comando Especial Terrestre y estuvo en el Batallón Guardia Presidencial. En el año 2015 decidió estudiar Contaduría en la Universidad del Valle, sede Zarzal, donde se apasionó por la escritura y la poesía. Cursa octavo semestre de Contaduría Pública y desde hace tres años forma parte del taller de escritura creativa Ítaca, adscrito al Ministerio de Cultura y a la Universidad del Valle, sede Zarzal. Escribe poesía y cuentos cortos sobre su experiencia en la vida militar.

JOHN HOYOS HENAO  
Taller de escritura Relata Manizales  
Manizales, Caldas

# DELIRIO



Cuando el horario y el minuterero del reloj de la biblioteca formaron una perpendicular con el piso, fue hora de salir. Un empleado apareció por la puerta de la sala y nos indicó con mucha delicadeza: “Se acabó, se terminó”, como la canción que ponían hace años al cerrar los bares. Y luego, en voz alta, agregó: “Dejen los libros sobre la mesa”. Así ha sido siempre la biblioteca en el trato con sus usuarios. Puntillosa, puntual, protocolaria y con una flema propia de los ingleses. Me dirigí hacia la salida. Al pararme frente a la casilla 187 vi los libros de Umberto Eco sobre una mesa a mi izquierda. Había sabido de su muerte como a las tres de la tarde y me pareció un lindo homenaje que se le hacía al escritor italiano. Retiré mi mochila del casillero, recuperé la moneda de doscientos pesos y me dirigí a la puerta cuando sucedió: una enorme fuerza, como la de una prensa hidráulica, empezó a oprimirme la cabeza en dirección al suelo. Pronto adquirí el tamaño de un encendedor de cigarrillos y debí adaptarme a otro sentido de las proporciones.

Miré a los lados y corrí hasta el aviso de “Piso resbaloso”, me refugié bajo él y su interior me pareció una enorme catedral con un techo de dos aguas, como esas casas de Los Alpes. Asistí a un ritual de luces apagadas, computadores desactivados, puertas cerradas, persianas bajadas, alarmas encendidas y rayos infrarrojos proyectados. Escuché varias “buenas noches”, “hasta mañana” y “que descansen”. Luego escuché el sonido de dos chapas de triple seguridad. Y nació el silencio.

Afuera seguramente seguía el fragor del tráfico. Adentro reinaba una paz que flotaba levemente entre los libros. Cuando salí del aviso de “Piso resbaloso” que parecía una catedral, recuperé mi tamaño natural y empecé a presenciar algo maravilloso y a la vez fascinante:

la sala se llenó de una luz tenue, semejante a la luz de antes de un eclipse total de sol. Poco a poco, los libros fueron adquiriendo vida y la biblioteca se llenó de una actividad febril. Se bajaban de las estanterías, paseaban por las mesas, se subían a los escritorios y algunos se extendían en el tapete, como si estuvieran de vacaciones en alguna de las playas del Caribe.

La mayoría caminaba entre los pasillos y se formaban grupos que charlaban en alegre camaradería. La biblioteca parecía el centro de la ciudad un domingo soleado, cuando la gente sale a pasear por la carrera veintitrés.

Todos se trataban de tú a tú y nadie se daba aires de superioridad. Para nada servían los premios literarios, las listas de los mejores vendidos o el éxito momentáneo. Eran iguales, simplemente libros y nada más. Vi pasear a *Cien años de soledad* con un libro de un autor desconocido y al que nadie había leído. *Don Quijote de la Mancha* compartía con unos libros sin tanta popularidad, quienes lo trataban de igual a igual. La Biblia caminaba sonriente con unos amigos y a cada instante respondía el saludo de algún conocido.

Me entretuve tratando de identificar los libros que había leído, pero era muy difícil reconocerlos en tal maremágnum. Logré ver a lo lejos a *Doña Flor y sus dos maridos*, que caminaba con un ritmo particular, como si estuviera bailando samba. Un libro muy querido por mí pasó ante mis ojos: *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole. Lo llamé y al mirarme sonrió, levantó su mano y se perdió entre la multitud.

Los diccionarios y los tomos de enciclopedia paseaban su obediencia con lentitud, los libros técnicos hablaban con propiedad sobre ciencias exactas y los más alegres y bulliciosos eran los de poesía, que a cada rato se reían y gritaban. Uno de ellos tropezó a mi lado y se cayó. Le ofrecí mi mano y de soslayo alcancé a ver su título: *Los amigos arden en las manos*. Agradeció mi gesto y continuó su paseo, agitando las manos y contando quién sabe qué extraña historia. De pronto vi despejada una zona del tapete que simulaba un campo deportivo y escuché a Pelota de Trapo convocar a los aficionados al fútbol para jugar un picadito. Muchos de ellos se reunieron alrededor de la cancha y disfrutaron de un disputado partido. Hacían tanta algarabía como cualquier barra brava, pero no se presentó ningún incidente de violencia. Cada que anotaban un gol, se escuchaba el sonido de las carátulas en un cerrado aplauso.

Quería darme una vuelta por la sala y buscar otros conocidos. Tomarme con *¡Que viva la música!* me habría causado una gran alegría, ver de nuevo a *Lo que lengua mortal decir no pudo* sería como ver a un viejo amigo después de largos años de ausencia, pero me era imposible. *Los pilares de la Tierra* hablaba con otros libros sobre la edad de las tinieblas. Me dio temor pisar algunos callos, atropellar unos lomos y pisotear carátulas. Me senté en el piso, apoyé la espalda contra la pared y seguí mirando plácidamente. Una voz llegó a mis oídos, tenía el acento de los americanos del norte y le puse toda mi atención. Decía: “Yo llegué acá por una donación. Vivía en el campus de la Universidad de Princeton. Un día, un libro de cálculo tomó medidas por toda la biblioteca y sobre una hoja cuadriculada hizo una operación matemática. Entonces, a todo pulmón, nos reveló el resultado: si se colocan en línea recta todas las estanterías de la colección Firestone, se alcanza una distancia de ochenta y cinco kilómetros”.

Me estremecí ante la magnitud de tal dato. ¿Cuánto duraría un paseo leyendo títulos, acariciando lomos, sintiendo su suavidad y la textura de las páginas? Mejor ni pensarlo, sería una jornada de varios días con una olla muy grande para llevar el fiambre.

La biblioteca había entrado en una dimensión atemporal; los instantes, los segundos, los minutos y las horas se sentaron por los rincones ignorando la existencia de Cronos. Vi cómo se formaba una fila que avanzaba con respeto hacia la mesa donde estaban los libros de Umberto Eco. Pasaban a ofrecer sus condolencias. *El nombre de la rosa* y *La isla del día antes* estaban muy tristes. En la cola desfilaban todos los libros de semiótica de la biblioteca.

La extraña luz empezó a disiparse con lentitud. Las tinieblas se apoderaron del recinto y los instantes, los segundos, los minutos y las horas treparon por una columna, se refugiaron en un reloj redondo. Empezó un ritual contrario al que había presenciado al principio. Los rayos infrarrojos no se proyectaron más, las alarmas se apagaron, las persianas se subieron, los computadores se activaron y se prendieron las luces. Entonces caminé hacia la salida y vi el tráfico denso de la avenida a esa hora. Eran las seis y diez de la tarde. Quedé desconcertado. ¿Y todo lo vivido qué había sido? No lograba precisarlo. ¿Un sueño? ¿Una alucinación? ¿Un delirio de *cannabis*? Empecé a caminar, me rascaba la cabeza, ponía más desorden a mis crespos y me devanaba los sesos pensando en el tema de mi próximo ejercicio para el taller de literatura.



**John Hoyos Henao** (Manizales, Caldas, 1958)

Poeta y narrador. Participante desde 2015 en los talleres de escritura creativa Relata en el Banco de la República de Colombia. Su poesía ha aparecido en periódicos y revistas del país. En 2017 publicó la plaquette *El gran circo Pérez y otros cuentos*, en la colección de narrativa Cumanday.

OLGA LUCÍA JARAMILLO  
Taller de escritura creativa Relata Manizales  
Manizales, Caldas

# LUCILA Y LOS CALZONES



Se despidió de sus hijos con la tranquilidad que la ignorancia le confería y salió de la vereda en un Willys azul, de transporte público. Transitó por hora y media una carretera destapada en medio de cañaduzales verde oro. Varios de los pasajeros iban parados en la parte de atrás; desde el interior, Lucila veía piernas y troncos, y quien estuviera mirando desde afuera observaría cabezas coronando el viento. Un poco mareada se bajó en la cabecera municipal. Allí caminó hasta que se mejoró, subió al bus con destino a Manizales y viajó otras dos horas y media con las ventanas abiertas para refrescar su cuerpo pegajoso.

Llegó a su destino. Llevaba su pelo largo suelto, tan negro como sus zapatos de cuero sintético y como sus ojos que se perdían entre cuencas grandes. Con una constante y cálida sonrisa realizaba su aspecto no muy agraciado. Hablaba poco, solo lo preciso, con un dejo emberchami en su acento.

—Cuénteme, Lucila, ¿su familia no tiene problema con que no viva con ella?

—No, señora, tenemos muchas necesidades, tengo que trabajar.

—¿Y sus hijos?

—Mi mamá me cuida los dos niños, yo iré cada mes.

A la señora se le notaba el peso de la culpa, pero pesó más la comodidad desvergonzada para justificarla: ella también estaba muy necesitada de la colaboración de la muchacha. Arreglaron su relación laboral para que trabajara en los oficios domésticos como interna, con salidas los miércoles en la tarde y los fines de semana.

—Este es su espacio, Lucila, siéntase en casa —le dijo después de mostrarle la casa.

La llevó a su habitación, donde descargó su equipaje: una mochila de fique y un maletín de nailon, trajinado y con bolsillos por donde se salía parte del contenido que, por suerte, la parrilla del Willys no dejó rodar. El cuarto era amplio y tenía una ventana pared a pared por donde se escuchaba el mundo exterior y su rutina en agitación. Se sentía atraída por los anuncios cantados de los voceadores: “Escobass, traperoooss...”; “Se arreglan zapatooss...”; “El aguacate madurooooo...”, etc.

Lucila era limpia y ordenada. Sabía cocinar con buena sazón; amable y respetuosa, aunque algo fría, tal vez plana, de ancestros indígenas. Cuando se desocupaba, se asomaba a la ventana o veía las novelas en la televisión. A veces la sentían hablar con alguien; iban a ver con quién lo hacía, pero estaba sola, mirando para la nada o cantando bajo.

Tener a Lucila al frente de las tareas del hogar le permitió a la joven señora trabajar en un cargo ejecutivo. Una vez, cuando le servía el almuerzo, la empleada le dijo con dificultad y algo ruborizada:

—Doña, esta mañana llamaron —dijo. Luego hizo un descanso, tratando de reunir coraje para soltar un entuerto, y esbozó una sonrisa ahogada como para amortiguarlo.

—¿Quién llamó? Cuente.

—No sé quién era. Es que timbró el teléfono, contesté y una persona muy amable me dijo que fuera al baño a mirar algo.

—¿Qué tenía que mirar? —preguntó la señora con inesperada ansiedad.

—Sus calzones.

—¿Qué? Suelte, Lucila, ¿cómo así?

—Me dijeron que fuera al baño, a la ducha, y viera si sus calzones estaban allá.

—¿Y usted qué dijo?, ¿preguntó quién era?

—No, señora, no me dijo quién era, solo que atisbara.

—¿Y usted qué hizo?

—Dije que esperara un tantito, que yo iba hasta su baño.

—¿Cómo? No puedo creer que le hizo caso...

—Sí, es que era como buena persona.

—¿No le dijo para qué quería saber eso?

—No, patrona.

—¿Era señor o joven?

—No sé, no le pregunté cuántos años tenía.

—Por supuesto que no. Si no le preguntó para qué quería saber sobre mis *panties*, menos le iba a preguntar la edad...

El teléfono no era inalámbrico, estaba contestando desde la sala, al otro extremo del cuarto principal. Lucila iba dando pasos lentos —como de costumbre—, arrastrando sus sandalias carmelitas de caucho, con la mano izquierda en el bolsillo del delantal, demorándose más de la cuenta en retomar la llamada. Y al otro lado de la línea —¿quién?, imaginaba la señora—, ¿quién? ¿Quién podría estar llamando a averiguar semejantes sandeces?

—¿Entonces usted fue a obedecerle a alguien que no sabía quién era ni por qué estaba pidiéndole esos datos?

—Sí, doña, yo dije que ya iba a ver.

Lucila contestaba con naturalidad y obediencia.

—¿Y fue y qué?

—Yo busqué en su baño los cucos y sí estaban allá. Volví a la mesa del teléfono y dije: “¿Aló?”, y el señor me preguntó que si había buscado los calzones de la señora. “Sí, señor, ‘ahín’ están”, le contesté.

—¿Entonces? —le inquirió la señora, inquieta, que reprimía las ganas de regañarla para que le contara todos los detalles de lo que había pasado.

—Pues el señor me dijo que volviera a mirar si estaban sucios.

—No me diga que usted volvió a mirar... ¿Fue hasta allá otra vez?

—Sí, señora, fui y miré. Volví al teléfono y le dije que sí, sí señor.

—¿Quééé? ¿Cómo así, Lucila?

—Ay, es que yo quería decir que sí, que sí estaban lavados, pero ese señor estaba era pensando que estaban sucios y me dijo: “Cuénteme a qué le güelen”. Entonces yo le dije: “No, señor, a nada, ¿no ve que están lavados? Será a jabón”. Que qué jabón usaba, me preguntó, y yo le dije que usted mantenía en el baño un frasquito con Vel Rosita. Y que de qué color eran, me preguntó, y que si había también un ligüero. Y yo le dije que eran blancos y que no ‘hayn’ más. Entonces me preguntó ‘¿zque’ si eran ‘tengas’ brasileras y yo le dije que no sabía, que yo creía que eran calzones colombianos. Y me interrumpió: “No... quiero decir que si son anchos o tienen solo una tira atrás”.

Lucila contaba lo dialogado con el investigador de calzones con una recién adquirida soltura que dejaba a su interlocutora pasmada. Se veía más cómoda que en sus quehaceres diarios, como si hubiera desarrollado verbo y tuviera más capacidad de expresión, como si el asunto

le implantara una energía sin conocer, un oficio por descubrir. Hizo una pausa y prosiguió:

—Le expliqué que tenga, tenga, no sabía qué tenían... que yo veía que eran muy pequeñitos, como tres tiras con una parte más grande ‘ad’lante’, que no eran tan grandes como los normales que uso yo. ‘Antonces’ me dijo: “Pero deben de ser tangas, muy bonitas y tener encajes...”. Ahí le dije que me tenía que ir a la cocina porque se me iba a pegar el arroz y me dijo que gracias y que tuviera buena tarde.

Cuando volvió esa tarde a la oficina, a la joven señora todos los compañeros le parecían sospechosos: Carlos tenía una mirada pícara, podría ser; el otro día le dijo que estaba muy bonita, le pareció un cumplido respetuoso. Pero ahora, retrospectivamente, sentía que llevaba algo de coquetería. Al encontrarse con él, notó que la miraba de arriba abajo. “Este puede ser, le voy a poner una trampa”, pensó. Cuando más tarde se topó con Otoniel, se dijo: “Tiene cara de depravado, se ve que tiene fantasías sin solución, a lo mejor es él, lo tendré en la mira”. Ah, y qué tal Miguel, el otro ejecutivo que tenía fama de sano, ese no parecía capaz de matar una mosca, pero no había que fiarse de las apariencias; de las aguas mansas líbranos, Señor; ese podía ser, cada que se encontraban le sonreía.

Toda cara de hombre que veía le parecía digna de desconfianza. El trabajo cambió de sentido. Ahora debía alertar su sistema adivinatorio, activar tentáculos. Cualquiera cliente que entraba a la oficina se convertía en sospechoso. Si salía a la calle, buscaba en todos los hombres el rostro del posible invasor de su intimidad.

Esa noche, la señora no tuvo fácil conciliar el sueño. Como no podía compartirlo con su marido para no empeorar la situación, repasaba con su almohada todos sus amigos y conocidos y les analizaba su personalidad; era una lista de sospechosos que parecía de la Fiscalfá. Al otro día continuó con las pesquisas hasta que, poco a poco, el tiempo y sus ocupaciones la fueron distraendo. Pero no le duró el respiro.

A la semana siguiente se repitió la llamada; Lucila la respondió con negativa, pero a la tercera vez, cedió de nuevo a las demandas del desconocido. Después de pensar si estaría arriesgando su puesto, decidió confesarle a la señora que había vuelto a darle datos de color, estilo y tamaño al señor del teléfono. “Sobre el olor no le quise contestar porque me daba pena con ‘vusté’ que creyera que yo estaba ‘goliéndole’ sus calzones”.

Desde entonces, la señora sintió que había quedado inscrita en la Asociación Mundial de Paranoicas; no pudo trabajar sin indagar en todos los rostros que la rodeaban, en las mentes que tras de ellos se escondían, en los fetichistas que ella involuntariamente aupaba. Con la aceptación que le imponía la impotencia, admitió que su misión era resolver el enigma, aunque probablemente sería encontrarse frente a otro misterio.



**Olga Lucía Jaramillo** (Manizales, Caldas, 1953)

Licenciada en Economía del Hogar de la Universidad de Caldas. Especialista en Desarrollo Gerencial y en Gerencia de Finanzas de la Universidad Autónoma de Manizales. Participante desde 2015 en los talleres de escritura creativa Relata en el Banco de la República de Colombia. Fundadora del taller Vecinas del Cuento, círculo literario de adultos mayores retirados, 2018. Ganadora de la primera mención del Concurso Internacional de Cuento Gabriel García Márquez, Aracataca, Colombia, 2017.

GLORIA ALZATE DE URIBE  
Taller La Caza de las Palabras  
Risaralda, Pereira

# HIPATIA



La mujer mira con desgano esa calle desolada que se asombra con el ruido de un carro, con la extraña visita de una prostituta decadente, mientras perros vagabundos se disputan cualquier cadáver obscenamente desperdigado.

Odia mirar la calle desde ese remedo de ventana. Es un hueco estrecho con un vidrio bastante empolvado que no deja ver mucho lo que sucede afuera.

A veces ve correr falda abajo una pelota perdida, y algunos niños deslizarse en costales por sus calles empinadas.

—Después del martes —eso dijeron— llegarán. Cuando toquen esa puerta me estremeceré de dicha. Mi vivienda no tiene timbre, por eso deben golpear la puerta. Hace mucho tiempo que nadie nos visita. Los niños que jugaban al “Toc-toc, corre que te cojo”, ya crecieron. Otros no alcanzaron a ver la madrugada.

Han pasado ya diez días y aún no los traen. Di la dirección correcta, pero creo que para llegar acá se necesita berraquera. Pienso que lo que les ha dado es miedo. Mejor dejo pasar el tiempo y espero tranquila. Con unas cuantas pastillas de Calmadón rebajará mi ansiedad.

¡Huy, ni que nunca me hubiera leído en libros editados! Hace bastante que publico lo que escribo y sobrevivo. ¿Para qué preocuparme?

A veces me invade la nostalgia y pienso que no he acertado a estar allí en el momento en que han tocado la puerta. Tengo que preparar mi comida y escribir en el computador. No puedo estar pegada a esta ventana todo el tiempo.

Me acosté a las tres de la madrugada, y ahora que abro los ojos, un viento helado ha cubierto el vidrio de ceniza. Será mejor así. La vieja

del séptimo no hace más que espíarme; además, se encuentra enteradísima de lo que pasa en esta calle agujereada de violencia.

Hoy debe llegar la encomienda. Es el día veintinueve. ¡Ah, no!; este mes no tiene sino veintiocho días. He estado de malas. Un nuevo mes que empieza, y nada que llega.

Por el chat me enteré de que ya a todos les llegó. ¿Por qué a mí no? Pagué la cuota que dieron los demás. Ahorré en comida, y mis pocos gastos los reduje al máximo para poder sufragarla.

El pito suena fuertemente, y me apresuro a bajar el canasto con una cuerda (me alojo en el sexto piso). Pongo en su tejido de iraca la plata. Apresuradamente, el hombre la saca y echa en él mis víveres. Compartimos la misma inseguridad, el mismo temor. Ninguno quiere ser robado.

Mi plata se agota. Todos los cuentos que escribí los tengo encargados y con eso sufragaré mis necesidades un tiempo. ¡Pero no llegan!

El estruendoso pito retumba en mis oídos. Tiro la cuerda con el canasto por la ventana. El hombre saca con dificultad las escasas monedas que he echado en el canasto y que se han resguardado en su tejido. Yo saco fácilmente del canasto lo que me ha traído. Me grita que no habrá más crédito. Le grito que a mí también me deben los libros que pagué. Con parte de la venta le pagaré algo de la deuda. Me devuelve por toda respuesta un estrepitoso pitazo. No entiendo lo que me quiso decir...

Un día, otro, y otro más... Nada que los traen. Ya no tengo internet, ni celular, ni pitazos. Incomunicada por todos lados. Hoy preparé las últimas tortillas con la harina que tenía. Aún tengo algo de pastillas ansiolíticas. Estoy bien. Tengo que estar bien.

Tomo una decisión: tiro mi caminador por las gradas. Algún vecino tendrá que preguntar qué pasa en el 66. Le expondré mis problemas, alguien me ayudará.

Con gran dificultad me sostengo de las paredes y logro llegar nuevamente hasta mi vivienda. Afuera, el infeliz caminador está más desprotegido que yo. El golpe brusco que se dio hizo que algunos tornillos salieran rodando por las gradas. Las personas como yo que observamos —y en este edificio hay mucho mirón— se darán cuenta de que algo pasó. Mirarán primero los tornillos y, al subir la mirada, lo verán ahí, des-  
pernancado, humillado, dando una genuflexión a todo lo que lo rodea.

Pasan varios días. Ni mi vecina espía se ha dado cuenta del caminador que he tirado gradas abajo. Grito y solo el eco me contesta. ¡Nadie, excepto yo, vive en este edificio!

Me angustio. Estoy sola. ¿Desde cuándo? No lo sabía. Debo proceder de inmediato. No me puedo quedar sola y esperando tranquila a que me socorran.

Busco en el cesto de la basura: cuentos y más cuentos con mi seudónimo de Hipatia. El fósforo fulgura y hace su cometido. El conato de incendio logrará su propósito. Vendrán en mi ayuda. El conato se ha vuelto incendio. El vidrio de la ventana explota. Todo lo veo translúcido. ¿Qué he dicho? El humo me asfixia. Todo está borroso. Escucho golpes en la puerta...



**Gloria Alzate Uribe** (Cartago, Valle del Cauca, 1952)

Licenciada en Educación Preescolar, especializada en Creatividad Infantil. Perteneció a un grupo literario de la ciudad de Cartago, donde se dedicaron al estudio de la literatura y a la escritura de poemas. En 2016 publicó junto con sus compañeros una antología de poesía llamada *Voz y arcilla* (el mismo nombre de su grupo literario) con la editorial Rompesilencios. Perteneció actualmente al taller de escritura La Caza de las Palabras, dirigido por John Jairo Carvajal Bernal, en la ciudad de Pereira. Se dedica a la escritura de relatos cortos. En 2018 publicó la antología *La caza de las palabras* con la editorial Klepsidra.

ÁLVARO MEJÍA MURILLO  
Taller La Caza de las Palabras  
Pereira, Risaralda

# MATEN AL LEÓN



El gato Micifuz saltó ágil por la ventana y, entregándome un rollo de papeles, huyó alarmado. Luego, lo vi trepar despavorido una tapia, perseguido por un león. Cuando se perdieron en la distancia, desenrollé los papeles que decían:

“Vivía en un país de fábula, con más muertos que vivos, un león terrorista, el cual salía al bosque a matar para, después, regresar a su oscura cueva, donde dormía con la panza llena y los bigotes pintados de rojo: ‘¡Mi vida es una dicha!’, rugía, lamiéndose las barbas.

”Siempre mataba más de lo que podía consumir y su opípara dieta eran treinta marranos y veinte gallinas. De tal modo, andaba panzón y, aunque muy viejo, tenía un ímpetu depredador y las fauces y garras de un joven. Según se rumoraba en la zona, también había consumido a su leona (llamada Amapola) mientras se refocilaba con ella, clavándole los colmillos en la nuca, devorándola ávido, así como sacaba de su vida a los cachorros de una tarascada.

”Confundidos por las masacres, huían los animales, reclusándose en las casas ante la presencia del león. El bosque se volvió taciturno y todos se veían silenciosos, cautos y muy desconfiados de los pasos que daban. Una noche, aprovechando las sombras, llegó una hiena que venía del extranjero trayendo un maletín que entregó al león. Así como llegó, se escabulló sigilosa, dejando al león con un arma tecnológica para diezmar el bosque. En los siguientes días, igualmente, lo visitaron otros animales carroñeros que llevaban maletines llenos de explosivos. El león les daba a cambio miel que quitaba a las abejas, a las que bombardeaba con los explosivos, amenazándolas con el exterminio.

—¡Míranos que somos unas obreras que no tenemos nada y lo único que hacemos es trabajar todo el día para dormir en paz de noche! —clamaban las abejas al león, cuando llegaba a hurtadillas en la noche a dispararles a las colmenas.

”Las abejas huían en desbandada. A cambio le entregaban el fruto de su trabajo: la miel.

—¡Quiero más miel! —gritaba el león ávido.

—¡No tenemos más! —plañían y zumbaban las abejas.

”Entonces, el león terrorista abría el maletín que le trajo la hiena española y sacaba un computador y allí consultaba.

—¡En el banco han depositado mucha miel! —les rugía.

”Así, las abejas le daban al comienzo el diez por ciento de la miel; luego, el veinte, el treinta, y, por último, toda la miel a cambio de dejarlas en paz y no matarlas en sus colmenas, y el farsante león terrorista la cambiaba por explosivos y armas.

”Las abejas volaban ojerosas y flacuchentas a las flores, mientras el león seguía diezmando el bosque, comiéndose siempre treinta marranos y veinte gallinas. Desde su cubil, bombardeaba las casas de los animales que huían en pánico, pues vivían en una zona donde todos los vivos ya estaban muertos. Aquellas amenazas los volvieron silenciosos, llenos de angustia y soledad.

”Todos llevaban la extorsión a la guarida del león: casas, carros, aviones, tierras, nidos, leche de vaca, miel de abejas y dinero que los animales del bosque depositaban a la entrada de la cueva. El león atesoraba en el fondo de su cubil las riquezas y, entre más tenía, mayor era su avidez, tal que sudaba mucho y secaba el sudor de la frente con una toalla que pendía de su cuello; en tanto, iba cargando una pistola al cinto de su pantalón verde oliva, herencia de su padre porque le quedaba pequeño por lo panzón, torpe y viejo.

”Este terrorista león farsante mandó tumbar el bosque y, en su lugar, plantó unas matas extrañas que almacenaba en su madriguera, de tal suerte que su cubil fue denominado Cocañandía, en referencia a las matas que cosechaba.

”Entonces el bosque se volvió un aburrimiento y estar vivo allí era un milagro o una coincidencia desde que el infame león andaba matando. Muchos animales emigraron en bandadas a otras latitudes a buscar mejores parajes y los que permanecieron en el bosque sabían que su único fin era la muerte.

”—Ahora la vida se volvió un peligro con el tal león y somos ya unos muertos vivientes con sus amenazas. Tanto, que he pensado seriamente en irme a vivir a la China, aunque allí se coman a los perros y corra peligro de muerte —latió un perro en una reunión que le festejaron unos amigos el día de sus cumpleaños.

”Y así, cada uno en el bosque tenía su amenaza de muerte. Los animales se reunieron para ver cómo resolvían el dilema de aquel león farsante, terrorista y feroz, que diezmaba por parejo a todos, sembrando el pánico en el bosque sin respetar la vida ni los pedidos de clemencia de sus víctimas, a quienes llevaba a la madriguera y consumía hasta el tuétano.

”—A mí me tumbó el nido de una pedrada anoche y caímos al suelo, teniendo que huir con mis pollitos. Ahora no tengo dónde vivir —gorjeaba la vieja alondra, rodeada de sus cuatro huérfanos.

”—Yo pisé una mina quiebrapatas y perdí mi pata. Ahora no puedo trabajar, mi jefe me despidió por lisiado y a mi edad nadie me emplea —dijo el gallo, luciendo una pata de palo que le había regalado un águila caritativa.

”—Ahora no puedo entrar a mi charca porque el león me la envenenó. Pero a quién le importa un sapo, solo a Dios que me dio la vida —croó el sapo al borde del estanque, donde vivía de las limosnas de los transeúntes y se encontraba triste viendo su charca llena de petróleo.

”—Y a quién una garza negra. Estoy que me muero y por culpa del león no puedo volar —contó la garza, con su plumaje cubierto de aceite.

”—A mí me mandó una boleta amenazándome con matarme, porque dice que soy gay —mugió el buey como una soprano que, ahora travestido, imitaba cantantes famosas en el hato.

”—¿Qué dirían de mí? Me tocó pintarme de blanco el plumaje porque soy negro y dio orden de matar a todos los negros para hacer llantas y pavimentar calles —graznó el cuervo albino.

”—Ya ni salgo de noche a trabajar, pues me llamó por teléfono diciendo que me iba a dar tostalina por perra —ladró la cachorra, rodeada de siete perritos hambrientos.

”—Son los últimos tiempos y el fin del mundo ya se acerca porque, según predicen las Sagradas Escrituras, aparecerán falsos profetas que en nombre de Dios juzgarán, matarán y cometerán las mayores barbaridades, diciéndose enviados de Él. Ídolos de barro como este león

infame que no respeta vida, honra ni bienes ajenos —trinó la monja golondrina, quien andaba hacía treinta años por los campos catequizando con el catecismo del padre Astete bajo el ala.

”Tal fue el último sermón de la monja. Dos días después apareció estrangulada con su propia camándula y colgaba de una vara al lado del camino, como represalia a sus palabras y advertencia a los demás animales del bosque. Aún tenía bajo el ala el catecismo que no pudo quitarle el león como tampoco su fe cristiana. Dios tenga en su gloria a la santa mártir la monjita golondrina. Ojalá algún día el papa la canonicé por su martirio.

”—¡Matemos al león! —aulló la zorra.

”*Cro-cro*, se oyó decir a los sapos al borde de la laguna. Todos quedaron luego mustios y pesarosos ante la propuesta audaz de la zorra y se miraron con tristeza y desconsuelo, pues aunque ellos no fueran asesinos y sí muy respetuosos de la vida, pareciera no existir otro camino a seguir que empezar también a matar como el león terrorista lo hacía.

”—Aquí no es comer o ser comido, sino matar o ser matado —refincho el caballo, interrumpiendo el silencio y apoyando a la zorra.

”—Dialoguemos con el león —arrulló la paloma de la paz, quien, desplazada por el león terrorista, vivía de vender palomitas de maíz en el parque.

”Para acercarse a la caverna donde vivía el león terrorista delegaron al burro, ya que nadie más osó ser el emisario. Con una bandera blanca ondeando en una asta en son de paz y un cofre lleno de halagos en su lomo que contenía presentes como joyas y tesoros que los animales del bosque le enviaban al león para apaciguarlo y granjear su amistad, partió el burro en misión, orlado con campanitas en la cola y cepillada su crin y empavonado de perfume y desodorante de olor a cielo, tal que parecía el burrito de Belén. También le habían comprado unos suspensorios para que no se presentara tan pornográfico ante el león terrorista. Y el pájaro carpintero, que se había doctorado en Odontología en Harvard, donde conoció al pájaro loco y a las urracas parlanchinas, le arregló los dientes de balde para que sonriera amigable al león. Partió el burro muy contento porque fue obsequiado con herraduras nuevas y calzoncillos de algodón, e igualmente porque llevaba un mensaje de paz al león terrorista y farsante a quien pretendían pacificar.

”Para la ocasión del diálogo se escogió el día que el león cumplió años. Iba el burro adelante con su baúl y bandera y, detrás, una caravana

de animales ataviados con las mejores galas, transportando un ponqué y entonando cantos de alegría. Al llegar a la cueva del león se detuvieron cantando el *Sapo verde*, que es como se llama el *Happy birthday* entre los animales, y quemaron voladores bulliciosos y tocaron flautas, campanas y tambores. En tanto, el ruiseñor y la mirla cantaban con sus mejores voces el festejo. Luego el cóndor, que se había ordenado cura salesiano apenas la semana anterior, celebró una misa cantada en honor al león farsante y terrorista.

”Acabada la ceremonia el burro rebuznó y llamó al león, quien salió de su escondite gruñendo amenazador y todos los animales se tragaron la lengua del susto, pero al ver el cofre con los presentes sonrió mostrando sus fauces llenas de dientes puntiagudos y lanzó una bocanada de humo, puesto que estaba fumando diente de león y marihuana.

”—¡Qué detalle! —gruñó el león, animado al ver tantos regalos.

”Los fue destapando: allí había perlas y esmeraldas, diamantes y oro, escrituras de lotes y casas, petróleo y oleoductos, acueductos y torres de luz, pueblos enteros y fincas, dinero en dólares y pesos, cedetés y letras por cobrar, cosechas y ganado, bancos, carros, aviones y barcos, carreteras y puentes, perfumes sabrosos y títulos de propiedad sobre minas. También un regalo muy especial: un hermoso tapete traído de Oriente por el halcón peregrino y que decoraron en oro los animales para que el león durmiera apacible su siesta. De ese modo, todos los animales en el bosque quedaron para pedir limosna en totuma al darle al león cuanto poseían y ahora no tenían en qué caer muertos.

”—Sigue adelante —invitó, cordial, el león terrorista al burro.

”El equino ingresó al cubil, previas unas fotografías donde se abrazaron amigablemente y posaron tomando pola, porque al león le gusta la cerveza que saca de unas flores rojas que cultiva y ordeña como a las vacas y a las que llama amapolas en honor a su leona Pola, porque el león ama a Pola mucho. Tales fotos serían el recuerdo de aquel encuentro, y como no era permitida la entrada de otros a la cueva, no se supo de qué habló con el burro.

”Diez años pasaron sin noticia alguna del asno, durante los cuales el león siguió diezmando el bosque y sus animales y ampliando sus cultivos de terror y todos los días mataba treinta marranos y veinte gallinas y otra suerte de animales. En la provincia se rumoraba que el burro había muerto en las fauces del león farsante y terrorista.

—Alguien tan sangriento no puede pacificarse. Muy difícil que ese león, quien ha vivido toda su vida de la muerte ajena, cambie su mentalidad —aseguraban muchos animales.

Una mañana se reunieron todos los animales para adelantar una nueva misión de paz y marcharon a Cocalandía, la cueva del león y su leona Amapola, en una travesía de buena voluntad encabezada por las cabras llevando una imagen de la Virgen María. Y ante la cueva del león se pararon, cantando himnos de libertad. Entonces, para su asombro, salió el burro de la cueva ya algo más viejo, porque habían transcurrido diez años de diálogos con el león. Lucía un bigote largo y una tupida cabellera, dado que durante ese tiempo no se afeitó ni se peluqueó.

—¡Pensamos que te había matado el león! —exclamaron los animales, incrédulos.

—No. Es que el león no sabía leer, y para entender el mensaje escrito que le enviaron, me tocó enseñarle a leer; como es algo cerrado de cachos, me dio mucho trabajo, pero al fin ya medio lee y así pudo entender el acta de paz y la firmó —aseguró el burro emisario.

Los animales del bosque se reunieron en torno del jumento y al saber que la paz era un hecho, exclamaban alborotados: ‘¡Que dijo el león que le gustaron nuestros regalos! ¡Por fin tendremos paz!’.

—Sí, y está muy agradado y les envía sus saludos. Igualmente, les envía este otro baúl que cargo en mis costillas como presente de buena voluntad —dijo el burro.

—¡Ábranlo! —gritaban al unísono los animales, alegres del regalo del león apaciguado.

La ardilla saltó al lomo del burro y procedió a abrir el cofre, pero tan pronto levantó la tapa explotó y todos los animales volaron en átomos por los aires y el burro desapareció hecho polvo. Desde entonces no hay animales en el bosque ni árboles. Solo quedó Cocalandía, la madriguera del león terrorista y farsante, donde viejo y achacoso espera la muerte, durmiendo plácido en molicie sobre el tapete que le obsequiaron los inocentes animales y fumando marihuana, y aún ama a Pola su leona, sin entender que su único enemigo es él mismo”.



**Álvaro Mejía Murillo** (Sonsón, Antioquia, 1953)

Ingeniero civil de la Universidad de los Andes, especialista en Fotointerpretación aplicada a la Ingeniería Civil del Centro Interamericano de Fotointerpretación (CIAF). Vive en Pereira, donde asiste a los talleres de escritura La Caza de las Palabras. En la antología *Mapa de palabras* (2018), de la editorial Klepsidra para el taller de escritura creativa, publicaron sus cuentos “Los perros clonados”, “La orgía de los muertos”, “Estanislao y la parca” y “La estatua”. Fue finalista de la convocatoria “Cuentos cortos para esperas largas” (2019), de la corporación Casa Creativa y el Ministerio de Cultura, con el cuento “La respuesta”, que saldrá publicado próximamente. Entre los temas que aparecen en sus textos están Dios, la muerte, la soledad, la locura, la violencia y la búsqueda del hombre. Usando técnicas aprendidas en el taller, revisa su obra inédita, escrita hace años en su ejercicio literario.

CLAUDIA DAYANA MEJÍA AVELLANEDA  
Taller literario Café y Letras  
Armenia, Quindío

# MI ANGELITO DE LA GUARDA



Las 12:30, ya es hora de mi cápsula para el asma, pues cuando no la tomo este mal me aqueja de la peor manera, y tengo que aprovechar que la EPS me las ha autorizado últimamente porque cuando no se les da la gana me ponen a sufrir. Alberto, perdón, Claudia debe estar por llegar, ojalá haya podido hacer autorizar todos los exámenes que me envió el médico sin problemas. Reflexiono sobre lo idiota que es uno, este mal me lo busqué por fumar toda mi vida, pero al final de cuentas, como dice la canción: "fumar es un placer genial, sensual..."

No me he podido acostumbrar a tratar como mujer a mi sobrino, pero es que él no entiende que para mí es muy difícil acostumbrarme a su cambio, toda una vida viéndolo como hombre y de repente un día se presenta como mujer diciendo que en adelante se va a llamar Claudia y a usar ropa femenina todo el tiempo. Tal vez hoy en día esto sea algo normal, pero yo soy de otras épocas, donde esto no pasaba, los hombres eran hombres siempre; entonces no entiendo por qué se enoja cada vez que me equivoco al tratarlo, o tratarla. Es que es muy intolerante y no me comprende...

Siento que la reja del antejardín suena. Alguien llegó. El perro corre presuroso a la puerta con su ladrido característico de cuando llega mi sobrina, luego la llave entra en la chapa y la puerta se abre. El perro salta de gusto y mueve la cola, su banderita de bienvenida.

—Quiubo, tía. ¿Cómo sigue? —pregunta.

—Bien. ¿Y a usted cómo le fue?

—Bien, gracias a Dios que pude terminar todas esas vueltas de la

EPS —responde—. Tenga sus cápsulas, tía. Como siempre las entregan, pero con todos los enredos de la vida —protesta.

—¿Va a almorzar ya? Para poner a calentar...

—Bueno, sí, pues ya es hora.

Se sienta en el sofá a ver televisión, mientras yo aprovecho que el asma me deja descansar un rato, luego de tomar la cápsula del medicamento que ella me trajo. La EPS pone bastante problema para entregarlo, ya que es un medicamento de alto costo y que no está incluido en el Plan Básico de Salud. Ella tuvo incluso que hacer bastantes trámites, y tuvimos que esperar varios meses para que me hicieran la primera entrega. Pobre de mi sobrino, perdón, sobrina, tanto que le toca luchar conmigo para todas esas vueltas que nos ponen a dar las EPS. Si no la tuviera a ella, no sé qué sería de mí en ese aspecto, pues no tengo a nadie con quien más contar. A veces siento que soy una carga muy pesada para ella, aunque diga que no lo ve así. Sé de sobra que su vida no ha sido nada fácil, en especial en asuntos del corazón. Siempre que se enamoraba de alguna estúpida solo lo aceptaban como un amigo, o las prostitutas con las que andaba últimamente solo lo tenían para sacarle plata. Cuando pienso en eso, comprendo un poquito por qué decidió hacer ese cambio tan traumático...

—La cita con el neumólogo es mañana, ¿cierto? —pregunta—. ¿A qué hora es?

—A las diez y media de la mañana —respondo.

—No sé cuál vestido ponerme: ¿el verde corto o el rosado largo? —pregunta—. No puedo evitar el sentir temor de salir a la calle con vestido, aunque últimamente nadie me molesta, pero las miradas incómodas nunca faltan.

—Ole, ¡pero todavía se amarga por eso! —exclamo—. Usted ya hace un buen rato decidió vivir su vida así, entonces para qué se sigue mortificando por lo que digan los demás; igual, nadie nos está regalando nada para que se crea con derecho a molestar por eso...

—Pues sí, pero de todos modos se siente muy maluco que lo estén mirando a uno como bicho raro siempre.

—Bueno, pero usted sabía a lo que se iba a exponer al elegir ese estilo de vida —digo.

—Sí, tiene razón, pero eso no lo hace más fácil —responde.

El almuerzo ya está caliente. Le sirvo. Come mientras vemos el noticiero. Comentamos las malas noticias de todos los días: corrupción,

injusticias, inseguridad, maldad... Siempre lo mismo, esa es nuestra rutina al mediodía. Termina de almorzar, y luego de lavarse los dientes, se alista para sacar el perro a su caminata diaria.

—¿Usted todavía no va a almorzar? —me pregunta.

—No, aún no tengo hambre; ahora más tarde —respondo despreocupada.

Es hora de mi pasta para la presión, la debo tener controlada. “Qué problema es llegar uno a viejo y con tantos achaques”, pienso. “Mi pobre sobrina viviría mejor si no se hubiera echado esta obligación conmigo”, pienso nuevamente. Coge la correa del perro y la bolsa con los accesorios para la caminata, pues es mejor cumplir la ley y evitarse las multas por no recoger la mugre de sus mascotas, y por ahí derecho no tener problemas con los vecinos. El perro, como siempre, se enloquece cuando mi sobrino —perdón, sobrina— toma la bolsa, pues ya sabe que van a pasear, y eso es vital para él. Increíble que un animalito sea tan feliz con algo tan sencillo como una caminata por los alrededores; ¡qué bueno sería que nosotros fuéramos así como ellos!

Mientras Alberto —perdón, Claudia— sale con el perro, aprovecho para llamar a mi hermano en Bogotá, pues la semana anterior quedó de llamarme y no lo hizo. El teléfono está sonando.

—¿Aló? Ole, mijita, ¿cómo ha estado?

—Pues preocupada por usted, pastorcito mentiroso; quedó de llamarme la semana pasada y nada... —le reclamé.

—Ay, mijita, es que con esta memoria mía... Usted sabe que la vejez no llega sola —responde.

Hablo algunos minutos con mi hermano Sebastián, con el que soy más unida, pues aunque los quiero a todos por igual, él ha sido el más noble y tranquilo; desde que Alberto se quedó sin empleo nos ha dado mucho la mano para completar la comida, y Reinaldo solo no es capaz de llevar esta obligación. Luego de un rato de conversar, se despide, porque no quiere que gaste mucho en la llamada.

—En la noche la llamo, para que no gaste más minutos —dice.

—Hmmmm, ¿será que le creo?

—Sí, es que me da pesar que gaste su platica llamando por aquí.

Nos despedimos, pero me siento más aliviada luego de haber conversado con él y saber que está bien, aunque sé de sobra que no me llamará pronto. Desde que su esposa murió, me preocupa mucho. Los hijos solo se acuerdan de él para sacarle lo poquito que recibe de la

pensión de la difunta, que Dios la tenga en su gloria, ya que a pesar de su endemoniado carácter fue una excelente mujer siempre.

Claudia ya viene del paseo con el perro, ya está abriendo la puerta. Hace un calor infernal. Deja la bolsa sobre el sofá y se va a su cuarto. ¿Qué hace ahí? Muchas cosas: dibuja, navega en la internet, escribe, ve televisión, organiza su desorden, estudia idiomas; en fin, considero que es algo bueno, pues esas actividades la mantienen lejos de la depresión y el desánimo, que muchas veces la visitan pero que, gracias a Dios, esas visitas desagradables son cada vez menos frecuentes e intensas. Sé que muchos de esos estados de ánimo los causa el proceso de cambio que está viviendo, aunque ella siempre ha sido de carácter fuerte, malhumorada; en eso salió igualita a la mamá, que lástima...

De todos modos, no puedo negar que es una persona noble y de buenos sentimientos, independiente de la opción de vida que escogió, y tan tarde en la vida, aunque pienso que los tiempos de Dios son perfectos y que Él sabe mejor que nadie qué y cuándo nos conviene. En muchas ocasiones pensé, y se lo dije a ella, cuando era él, que Dios no le había dado una mujer todavía porque tal vez no convenía, que nuestro Padre celestial lo quería mucho, pues lo estaba librando de quién sabe cuántos males al dar con una mala mujer, en especial en los últimos tiempos de su vida masculina, donde eran frecuentes sus andanzas con mujeres de vida licenciosa... Y no es que yo desprecie a las mujeres que han tenido que seguir esa vida por diversas circunstancias, pero para nadie es un secreto que en ese inframundo se mueve gente muy mala. Y aunque él ya no era un niño cuando andaba en esas lides, siempre ha sido una persona muy noble y se enamora muy fácil, o bueno, así era antes de convertirse en Claudia. Por eso me daba mucho miedo que diera con una mala mujer que lo hiciera sufrir o quién sabe en qué problema lo pudiera meter. Gracias a Dios, las mujeres con las que anduvo no eran malas personas, a pesar de tener ese oficio tan sórdido. A veces agradezco a Dios que esté sin empleo y que ya no tenga dinero para gastarlo en sus andanzas, pues yo quedaba mortificada cuando me decía que se iba a “hacer el trabajito”, como jocosamente denominamos al acto sexual.

Llega la noche, se acaba el día. Mi hermano Reinaldo, el papá de Claudia, llega a eso de las nueve, cansado de andar por la ciudad y que las ventas de sus cacharros no compensen su esfuerzo. Les sirvo la comida, pero me está atacando el asma nuevamente, se había demorado para

devolverme su nefasta compañía. Debo conectarme al equipo de respiración domiciliario que tengo hace ya varios años, desde que este mal se me complicó. Conectada a este aparato me está cogiendo el sueño, la crisis respiratoria solo se me pasa hasta la madrugada, me despierto y noto que ellos están durmiendo, reviso si han guardado las ollas de la comida que sobró, y efectivamente lo hicieron. Entro al baño un momento y me dispongo a dormir, pues debo levantarme temprano para ir a la cita de neumología.

La mañana llega en el momento menos pensado. Desayunamos, nos alistamos para salir, Claudia se decide a usar el vestido verde corto, escotado en la espalda, uno de sus favoritos. Le digo que se le ve muy bonito, o más bien como siempre le digo: “Se ve más culona con ese vestido”. Me sonrío en son de agrado. Yo ya estoy lista para salir, mientras que ella se acaba de maquillar y se desespera revisando que no le falte nada: toma el bolso habano que le combina con las chancas que le regaló su amiga de La Tebaida, alista la bala de oxígeno portátil que no me puede faltar para salir, y por fin nos vamos.

Como yo no puedo caminar muy rápido, cruzamos el antejardín y caminamos la cuadra que nos separa del paradero de buses. Menos mal vamos con buen tiempo y yo aún no estoy tan impedida como para no poder viajar en bus, pues la situación económica no alcanza para pagar taxi hasta el hospital de zona. Aunque ya los vecinos nos conocen desde hace veinte años, no faltan las miradas atónitas e incómodas por la apariencia andrógina de Claudia, pero yo siempre le digo: “No se preocupe por eso. Usted levante la frente y camine con seguridad, pues a nadie hay que darle la importancia que no se merece”. Nuestro bus llega, subimos, nos acomodamos en las sillas y viajamos tranquilamente a cumplir la cita médica. Durante el viaje la miro y no puedo evitar pensar que si hubiera sido hija mía no se parecería tanto a mí, si yo la hubiera traído al mundo no la querría tanto como la quiero, pues aunque en muchas ocasiones tengamos nuestras diferencias, sé de sobra que es la única persona con la que puedo contar realmente en este mundo. Muchas veces les digo a mis conocidos y familiares que ella es mi angelito de la guarda, o mi angelita, pues Dios se manifiesta en formas que no nos esperamos.



**Claudia Dayana Mejía Avellaneda** (Armenia, Quindío, 1973)

Estudió Publicidad y Mercadeo en la Escuela de Administración y Mercadotecnia del Quindío, logró terminar un diplomado en inglés avanzado en la misma institución y se graduó como tecnóloga en procesamiento de alimentos en el SENA, regional Quindío. En el momento estudia portugués, italiano, alemán, francés, holandés, ruso y japonés por medio de plataformas *online* gratuitas. Es una aprendiz del taller literario Café y Letras Relata, al que comenzó a asistir a principios del año 2018. No ha publicado oficialmente textos literarios, pero muestra gran interés en la literatura creativa, pues anhela que textos de su autoría aparezcan en recopilaciones con otros autores, o en un libro artesanal autoeditado. También es pintora, ilustradora e historietista, actividad esta última que es toda una pasión para ella, pues en el momento trabaja en un proyecto propio con el objetivo de publicarlo, ya sea con una editorial o por sus propios medios.

DANIELA MÉNDEZ BERNAL  
Taller Librería  
Ibagué, Tolima

# PECAS DE AGUA



Dicen que este es el país con el cielo más roto del mundo, aquí llueve más que en cualquier otro lugar. Pero no llueve todos los meses, solo en dos temporadas: de febrero a abril y de octubre a noviembre. Ellos llegaron aquí en la primera temporada de lluvias del año pasado. Él llegó primero, un Jueves Santo, y su esposa llegó a los quince días. La primera noche que pasaron en este país cayó una tormenta que causó varios accidentes. Un amigo suyo, que había cruzado la frontera un par de meses antes, los dejó dormir en su sala. Sería mientras ellos encontraban un lugar que pudieran pagar; eso duró cuatro meses y medio. Ella y él dormían en la misma colchoneta. Se arropaban con una cobija gigante y pesada que les obsequió un taxista a quien él conoció en la Catedral ese Jueves Santo. No pudieron dormir esa primera noche, lejos de su patria, sin haber compartido una copa de vino blanco en la sala de su propia casa, como lo hacían todas las noches. Al frente del apartaestudio donde se quedaban, se había caído un árbol sobre un auto y las motosierras de los bomberos sonaron toda la madrugada. Aunque puede que eso fuera solo una excusa, tal vez tampoco habrían dormido si no se hubiera caído el árbol. Estuvieron acostados uno frente al otro sin decir nada. Él miraba las pecas de agua que se formaban en el rostro de ella por la sombra de las gotas adheridas al vidrio del ventanal. Las contaba mientras le acariciaba la cara y se acordaba de la primera vez que le dijo que tenía pecas de agua. Iban en la camioneta rumbo a la finca de los padres de ella, esa noche los presentaría. Escuchaban el *Capricho N.º 24*, interpretado por una violinista ganadora de Grammy. Había llovido y las gotas pegadas en el parabrisas se reflejaban en los brazos y la cara de ella cuando la luz de otro carro los iluminaba.

Una pareja mayor, que él conoció cuando acompañaba a “Los mariachis del barrio” a dar una serenata, les arrendó un apartamento a un precio insignificante y pudieron dejar la sala de su amigo. Este fue el apartamento donde él vivió con ella dos años antes de quedarse a vivir solo. Quedaba en un edificio que estaban desalojando de a poco porque al cabo de unos años se vería totalmente afectado por la avenida alterna que estaban construyendo. Cuando se mudaron habían podido comprar una pequeña nevera, una base cama con colchón y una radio usada con parlante inalámbrico, donde al principio ponían solo emisoras de música clásica y vales o tangos, pero después sintonizaban las emisoras que pasaran cumbias y merengues. Con los meses fueron decorando el apartamento. Él ensambló una banca grande y dos bancos pequeños con estibas de madera que reunió, y ella les puso cojines estampados con mariposas. En la pared de la sala colgaron macetas de color pastel hechas con botellas plásticas, que ambos pintaron una tarde que pudieron descansar de sus trabajos. Fueron plantando en las macetas pequeñas plantas que regaban juntos una vez por semana. Plantaron azaleas, hiedras y una planta aromática llamada planta del dinero, que les regaló la vecina que a veces los invitaba a comer. Les cocinaba platos típicos y sopas tradicionales, y a cambio ellos dejaban la cocina limpia y a veces la acompañaban a controles médicos. Cuando él hablaba con su abuela por teléfono, los viernes en la tarde, no se cansaba de contarle que la comida era muy parecida a la de su país y que aquí bailaban la misma música; su abuela se burlaba de él porque en la última década nunca lo vio bailar y en las fiestas familiares él despreciaba la sopa tradicional que ella preparaba. Al principio, él se quedaba llorando luego de hablar con su abuela, pero con el pasar de las semanas las llamadas terminaban en carcajadas por las anécdotas que él le contaba y a su abuela la hacían reír. En cambio, su esposa prefería no llamar a su familia porque después de hablar con su hermano o sus padres, se deprimía por varios días.

Ella salía todos los días del apartamento a las seis y media de la mañana y regresaba a eso de las nueve de la noche, excepto los domingos, que podía salir antes de las cuatro de la tarde. Comenzó trabajando como asistente de cocina en un geriátrico privado. Luego la ascendieron a cuidadora, cuando se dieron cuenta de que era médica porque le salvó la vida a una anciana de ochenta y dos años que se estaba asfixiando. Ganaba dinero todos los días, pero él ganaba más que ella; can-

tando con los mariachis él podía hacerse en una sola noche lo que ella se ganaba en una semana. A los días de que descubrieran que ella era médica, un anciano hizo escándalo porque en ese lugar “ponen a barrer y a trapear a los médicos”; al otro fin de semana la despidieron. Consiguíó rápido un nuevo empleo en otro geriátrico de la misma zona, pero por un pago menor y más horas de trabajo. La profesión de él tampoco la podía ejercer aquí, o no de forma legal y por buena paga. Nadie sabía cuál era su trabajo en su país y parecía que nunca iba a contarlo. Decía que para lo único que había servido su profesión aquí había sido para fabricar cometas. En medio de la temporada soleada de su primer año en este país, cuando empezaron los vientos de agosto, él salió a vender sus cometas en el parque público del centro. Fabricó cometas de ala rígida, cometas pavas y su especialidad, cometas multiplano con forma de dragón, que lo hicieron famoso. La gente del sector buscaba al vendedor del acento chistoso que llamaba papagayos a las cometas, las que más volaban y las más baratas. Pero a pesar de lo bien que le había ido, no quiso volver a fabricar cometas en temporadas de viento.

El segundo trabajo fue como ayudante, camarógrafo y editor de videos de los mariachis. Se encargaba de bajar los instrumentos, de instalar el cableado, preparar los micrófonos y grabar a los músicos y a las personas que recibían las serenatas. Le gustaba hacerlo, captar el movimiento del arco sobre las cuerdas del violín, o de los dedos sobre los pistones de la trompeta, las vibraciones de las cuerdas de la vihuela pisadas con la púa y los rostros de la gente mientras escuchaba. Un sábado, el día de más serenatas, los músicos y él ya estaban algo ebrios pasadas las diez de la noche por causa de los tragos que les regalaban los clientes. Apostaron a quién sabía el nombre de los compositores de varias canciones de mariachi. Él perdió porque no supo responder quién había compuesto *Margaritas*. Su penitencia era cantar con micrófono una de las canciones, para él, más graciosas del género. Como no le fue mal cantando, lo dejaron hacer acompañamientos en las serenatas, y una que otra vez le permitían hacer la primera voz en las canciones más sencillas. De día, él trabajaba en otros oficios que le resultaran, a veces como mensajero, como digitador o ayudante de alguna empresa.

Llevaba un par de meses haciendo los acompañamientos en las serenatas cuando se compró un violín con ahorros que tenía para conseguir una lavadora, y ahorros que su esposa quiso darle. Sus compañeros músicos le fueron enseñando las canciones más pedidas en las serena-

tas, aunque no lo dejaron tocar sino hasta diez meses después. Practicaba en su apartamento en las tardes libres de los domingos, cuando su esposa llegaba de trabajar y se acostaba en la cama a escucharlo. Él también había buscado por su cuenta partituras de composiciones de música clásica y vales para tocarle solo a ella. Al principio ella parecía disfrutar de las melodías y lo animaba a que siguiera practicando, después cuando anochece se tomaban un vaso de vino que conseguían al por mayor en el supermercado de la esquina. Se acostaban y cuando llovía, él buscaba las pecas de agua en el cuerpo de su esposa. Pero iban pasando los meses y ella ya no se quedaba en la habitación a escucharlo tocar, y a veces cerraba las cortinas cuando llovía para que ninguna gota en el cristal de la ventana le hiciera sombra en la piel por la luz de la noche. La llamaban desde su país y repetía que ningún trabajo es indigno y que prefería haber dejado su consultorio a vivir allá. A las personas que conocía en el geriátrico o porque su esposo le presentaba, les repetía lo mismo, aun si hablaban de otro tema: “ningún trabajo es indigno y no he dejado de ser doctora”. Cada vez perdía más la paciencia cuando los vecinos o cualquier persona en el supermercado o en el transporte público, al escuchar su acento, los acorralaban con preguntas sobre su país y su familia, y luego les respondían con lástima en sus caras o en sus palabras.

Era noviembre, ya casi acababa la segunda temporada de lluvias y él estaba aprendiendo villancicos para tocar con el violín en las novenas y ganar dinero extra. No le gustaba tanto pero necesitaban el dinero para comprar un pasaje de avión y que ella pudiera irse a un país del otro continente. Una médica con la que trabajó le contó que allá sí podía ejercer la profesión sin importar la nacionalidad, siempre que cursara dos años más en una universidad local de ese país. Planeaban irse los dos, uno después del otro, él, luego de que ella se hubiera acomodado y encontrara buenos trabajos para ambos. Han pasado casi ocho meses desde que ella se fue. Se comunican por videollamadas y chats. Él sigue trabajando con los mariachis, ya no como ayudante o haciendo simples acompañamientos, sino como violinista y a veces cantante. Algunas semanas gana el dinero suficiente para poder descansar de los otros trabajos. Los domingos sigue practicando con el violín y antes de empezar a tocar, inicia una videollamada con su esposa para que lo escuche. Ella le ha hablado varias veces de dos trabajos que le puede conseguir en el país del otro continente: uno atendiendo un bar de flamencos de unos

vecinos, y el otro, en una fábrica ensamblando piezas de madera. Ella encontró empleo como ayudante en un consultorio médico mientras cursa los dos años en la universidad local. Cada vez que ella le habla a su esposo de los trabajos y de su viaje, terminan discutiendo; aun así, no dejan de llamarse y ella le envía fotos cuando las gotas de agua hacen sombra en su cuerpo o en el pequeño cofre con forma de mariposa que él le diseñó y le regaló antes de que se fuera. Él se tuvo que mudar del apartamento a las semanas de ella haberse ido porque ya casi desalojaban por completo el edificio. Se fue a vivir al centro, a una casa de un solo piso que arrendó con dos compañeros. Se mudó con las pocas cosas que tenían, excepto las macetas con las plantas. Solo se llevó una azalea carmesí, la que mejor había florecido y más le gustaba a su esposa. Antes de que arrancara el pequeño carro de mudanzas, miró hacia arriba del edificio; por la ventana del que fue su hogar por dos años se entreveían las macetas color pastel, unas cubiertas por hojas casi triangulares de varios tonos de verde, y otras de donde sobresalían pequeñas flores rosa y carmesí.



**Daniela Méndez Bernal** (Armenia, Quindío, 1994)

Abogada egresada de la Universidad del Tolima, especialista en Derecho Administrativo. Actualmente se desempeña como abogada litigante y cursa una maestría en Derecho Público. Su intuición hacia la escritura creativa empezó a los diez años, pero solo doce años después decidió atender ese llamado y se inscribió en el taller Liberatura, al cual sigue asistiendo hasta la fecha y donde encontró un lugar al que siente que pertenece.

JUAN ANDRÉS RODRÍGUEZ MURILLO  
Taller Distrital de Cuento  
Bogotá, D.C.

# MATÓN DE GUAYO BLANCO



Siempre dicen lo mismo, siempre lo excusan de la misma manera: que es un guerrero en la cancha, que se juega la vida en cada balón, que esos son los defensas que quieren en sus equipos... ¡La misma mierda siempre! Claro, el tipo hace lo que se le da la gana en el terreno de juego. No entiende que esto es *football*, balompié, y no *footfoot*, piepié. Nunca va a la pelota, ¡nunca! No importa cuántas veces los analistas deportivos de toda clase, desde los iletrados totales hasta los exfutbolistas decadentes, digan que iba por el esférico, ¡ese hijo de puta nunca va por el balón! ¡Nunca!

Precisamente los de la televisión son sus cómplices. El tipo castiga las piernas, las costillas y, si alguien se descuida, el rostro, y los del programa deportivo de la noche siempre empiezan a hablar de él diciendo: “Qué partido el que se jugó”. Claro, como no fueron el tobillo, el pómulo o los testículos de ellos los que sufrieron su “buen juego”, salen con semejantes estupideces. Y en el siguiente segmento se quejan de la violencia en los estadios. Que te rompan en la cancha pero no en las gradas, ¿verdad?

Dicen que para eso nos pagan a nosotros, pero yo me hice futbolista y no luchador de artes marciales mixtas. Me entrené desde que la pantaloneta me llegaba a los tobillos para tratar bien el balón y no para tratar mal el cuerpo del rival. El objetivo del fútbol es que el balón entre al arco. Si la estrategia que el hijo de puta tiene para evitarlo es moler al rival, que se dedique al *rugby*, sencillo. Allá se parten el lomo, las orejas y lo que toque para anotar y para defender, pero se sabe desde el principio a qué se va.

El tipo no es capaz de hacer una jugada de fantasía; sabe cabecear, eso sí; la fuerza que le imprime al balón es suficiente para separar una

cabeza de un cuerpo; aprovecha su metro noventa de estatura y la espalda de armario que tiene para defender su portería; es lento como la buena burocracia, pero sabe anticipar. En resumen, el tipo tiene cualidades para ser un buen defensa. Entonces, ¿por qué pega? Por gusto, así lo veo yo. Hay jugadas que no ameritan tatuarse los tachos en la pantorrilla al rival, pero él lo hace. No le basta con recuperar el balón, tiene que hacerle daño al contrario.

Jugadores de esos abundan, sí, pero no todos cometen sus crímenes con tal tranquilidad. Es lo que ocurre cuando juegas para el equipo con más dinero, el grande, al cual los árbitros ayudan sin sonrojarse. Eso me emputa aún más. Es sabido que esos equipos siempre buscan ese tipo de matones, porque saben que los pueden usar cuando quieran y como quieran, con salvoconductos imaginarios que reposan en las mentes de esos gorilas, como la del tipo en cuestión, y en las de los árbitros.

Y después que por qué odiamos a los árbitros. Los árbitros son arbitrarios, su nombre lo dice todo. No quieren que la tecnología les ayude porque no podrían pitar como se les dé la regalada gana, para que jugadores como el tipo este puedan seguir delinquiendo en el campo de juego. Porque eso es lo que hace el tipo este, delinquir. Si yo le meto un patadón de ese calibre a cualquier persona en la calle, me gana una demanda. El tipo es un delincuente de cuello blanco, va con la camiseta más cara de la liga arruinando huesos, tendones, ligamentos y cartílagos. Si me atreviera a responderle con la misma moneda, el juez me cae con una amarilla o una roja. La justicia es para los de camiseta más modesta.

Y para colmo, el tipo es un pésimo actor que tiene gran acogida entre los réferis y algunos periodistas. Jamás me fiaría del criterio fílmico de esa gente, para ellos De Niro debe ser un pecho frío, un inexpresivo. El delincuente este siente una carga mínima en la espalda y se deja caer como si lo hubiese golpeado Mohamed Alí. Da como mínimo tres vueltas en el césped y espera a que el árbitro se acerque para darle quejas directas y pedir la tarjeta. Al victimario le encanta hacerse la víctima, eso también pasa en el fútbol. Dos minutos después, él va y se desquita con una de las suyas. Entonces el árbitro se convierte en un graduado de la Real Academia de Arte Dramático y te dice que no trates de impresionarlo, que te pongas de pie o te amonesta.

Igual, lo que más rabia me da es que todos los equipos lo piden. Todos le recuerdan a la madre hasta que lleva sus colores. Todos quieren dormir al perro rabioso hasta que lo tienen cuidando la casa. ¡Muy cohe-

rentes los desgraciados! A todos esos les quiero decir algo: yo no quiero a ese hijo de puta en mi equipo, no lo quiero conmigo en los camerinos, no lo quiero conmigo entrenando, no lo quiero y no lo quiero. ¿Lo repito? Yo no me pongo la misma camiseta que ese hijo de puta. He dicho.

No soy futbolista para ver cómo un colega queda sin poder trabajar por seis meses o más por culpa de mi compañero. Es que yo no soy tan desgraciado y sí pienso en los míos. ¿Qué tal que fuera yo el jodido? Podría quedarme sin futuro porque el tipo ese le dio por romperme el peroné. Los futbolistas tenemos poco tiempo para hacer lo nuestro y no es conveniente vivir como una momia, caminando cojo y vendado. Eso lo miran los empresarios y los técnicos cuando van a contratar o renovar. Nunca miran si el tipo es un maldito asesino serial que caza espinillas o colecciona los pedazos de piel que le quedan en sus taches, porque estoy seguro de que lo debe hacer.

A veces me pregunto por qué es tan hijo de puta el hijo de puta este. No es porque venga de abajo, de una familia donde abundaran las bocas y el hambre, porque casi todos los futbolistas venimos de allá, por eso somos futbolistas, porque gambeteamos los obstáculos que siempre nos ponen a los pobres. No es porque tenga algún tipo de problema mental, el tipo se comporta con normalidad en la calle y hasta hay quienes lo aprecian. Tampoco es cosa de que el técnico lo ponga en esas, siempre ha actuado como un malhechor sin importar quién le dé órdenes en la banca.

Creo, en realidad, que el tipo es así porque le gusta ser así. Quería causarle daño a la gente de alguna manera y encontró en el fútbol la excusa perfecta. Una excusa cobarde, creo yo, porque agrede en una condición demasiado beneficiosa para él. Es como si un peso pesado compitiera en la categoría de los gallos. El tipo jamás se atrevería a dañar a alguien de su misma envergadura, por eso no boxea y por eso se controla cuando juega de visitante contra el otro equipo grande de la liga.

Le gusta sentirse respaldado. Tiene jugadores en su equipo entrenados para entrar en la trifulca apenas empiezan los empujones. Son metódicos para intimidar, como la mafia. Uno de ellos, el otro defensa central del equipo, es el que primero empuja; luego el volante de recuperación empieza a recitar todo el listado de insultos que se sabe. Y el tipo aprovecha para trabajarse al juez, por si no está en la nómina, o se suma al coro de los insultos. Unos desgraciados hechos a pulso.

También le gusta calentar a la hinchada. Tiene a los fanáticos de su equipo en el bolsillo y le gusta señalar a algún rival antes de cada juego, para que ellos lo ayuden en la tarea de moerlo emocionalmente. La diferencia es que uno como futbolista debe tener callo para aguantarse a los fanáticos, eso sí lo enseñan en las inferiores. Una vez, el tipo este señaló a un rival por su color de piel, y ahí sí se le vinieron encima los medios, la única vez que no le aplaudieron su actitud de “gladiador”. Aprendió entonces que debía guardarse los insultos racistas para la cancha, donde los puede distribuir al oído de la víctima junto con sus golpes por la espalda.

En otra ocasión, las cosas no le salieron a su manera porque se puso a celebrar un título ante la tribuna del rival. Él se sentía protegido por las líneas blancas del campo, pero no tardó en saltar un líder de la barra contraria y pedirle que los respetara. Ese día vi al tipo con miedo, su cara se puso tan pálida como la camiseta blanca de su equipo. Empezó a alejarse de la tribuna junto con sus compañeros, no de manera rápida, pero sí con una premura que delataba el pánico que sentían. Hasta hoy no había visto al tipo con una reacción similar.

Sí, hasta hoy. Es que él no se esperaba que yo, un delantero petiso y que no se destaca precisamente por su físico portentoso, se revelara ante su acoso constante. Para él, era otro partido de trámite, en el que podía desplegar todo su arsenal extradeportivo. No pasó mucho tiempo para que empezaran las agresiones. En el minuto 12 soporté un golpe en el muslo por detrás, de esos que te ponen duro el músculo; en el 26 aguanté un codazo en la quijada, con insulto de enano incluido; pero el tercer ataque, el del minuto 35, no lo pude tolerar, esa patada con taches arriba era demasiado. Tan pronto como sentí el golpe, me giré hacia él y le recordé el sobrenombre que le tengo: “¡Hijo de puta!”.

Sus matones llegaron de inmediato a trabajar, a amedrentar. El problema fue que no contaron con mi tío, que en paz descansa. Él me quiso convertir en boxeador antes que en futbolista, así que el empujón del otro central lo esquivé con rapidez y lo contesté con un recto a la quijada; el intento del volante se quedó en eso, porque le lancé un golpe de advertencia al que le faltaron milímetros para tocar la nariz, y al tipo, al más hijo de puta, me le acerqué con el bamboleo típico de un *ring* y le conecté un *uppercut* en el mentón, un golpe que solo se vería en una pelea por un título. Cayó inconsciente en el césped. Fue como si una porcelana se rompiera contra el suelo, porque estuvo rígido hasta que tocó el piso. ¡Crash!

Puedo jurar que por unos segundos todo el estadio estuvo en total silencio y quietud. Nadie daba crédito a lo que acababa de ocurrir. Yo también estaba congelado, con la mirada fija en el hijo de puta y la guardia arriba, por si había otro *round*. Aunque fue una cosa más del momento, no era necesario que alguien contara hasta diez para saber que había ganado por *knock-out*.

Los primeros en moverse fueron mis compañeros de equipo, que llegaron a protegerme, aunque no muchos rivales tenían ánimos de intentar algo contra mí. Dos jugadores en el piso y uno amedrentado, como perro regañado, fueron un escarmiento efectivo. El árbitro se abrió paso entre todos y me puso la roja. Solo a mí, claro. Yo me fui a las duchas con una sonrisa producto de la felicitación de algunos de mis compañeros, de uno de los rivales y de mi técnico.

Mi satisfacción aumentó cuando en las imágenes del programa deportivo de la noche vi al hijo de puta con su cara de susto en la banca. Lo tuvieron que cambiar luego del golpe, quedó grogui, con la mirada perdida. Presumo que lo tenía más confundido mi atrevimiento que el puñetazo. Me gusta pensar que volvió a poner los pies en el césped, que se sintió tan vulnerable como imaginaba a sus víctimas y que por el dolor le costaría hablar de más por un tiempo.

Los periodistas de todos los medios se despacharon contra mí. Dijeron que me equivoqué de deporte, que en el fútbol lo importante es la pelota, que debo aprender que siempre habrá contacto, entre otras estupideces. Uno sí se animó a decir: “Qué buen golpe, ¿no?”.

Mañana me pondrán una sanción, larga y con una multa considerable. Habrá un discurso de los dirigentes del torneo en el que calificarán mis actos como reprochables. A ellos siempre les parecerá más reprochable una agresión como esas que lavar dinero, propio o ajeno. Los periodistas buscarán al tipo para preguntarle cómo se encuentra. Él hará uso de su flaco talento como actor y dirá que no entiende mi reacción. Ellos estarán de acuerdo con lo que diga. Luego los periodistas vendrán por mí. Tendré que hacerme el bueno cuando los medios me entrevisten y mostrar algo de arrepentimiento, decir que no volveré a hacer algo semejante, que fue la calentura y todo eso. Lo que se suele hacer en esas entrevistas. No vaya a ser que algún entrenador crea que yo estoy orgulloso de tumbar a ese hijo de puta.

Lo que no sé aún es cómo borraré la sonrisa de mi cara cuando salga en cámara. ¿No ven que los árbitros me dicen que soy un pésimo actor?



**Juan Andrés Rodríguez** (Bogotá, D.C., 1989)

Periodista de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Fanático de los textos que hablan de los deportes, de ahí su gusto por Juan Villoro. Ha trabajado para medios como *Cartel Urbano* y *Wall Street International Magazine*, en su versión en español. Ha tomado talleres con grandes escritores y periodistas colombianos, como Juan Fernando Hincapié, Julián Isaza, Sergio Ocampo Madrid, y con el peruano Julio Villanueva Chang. En la Feria Internacional del Libro de Bogotá de 2018 presentó su crónica “Anarquía en la librería”, incluida en la antología *Bogotá cuenta* (2017-2018), de Idartes. En el mismo evento también se presentó un cuento suyo, “Arthur, el león inglés”, que apareció en el libro *La fuerza de un pueblo*, de Independencia Records. La revista de la Fundación para las Letras Mexicanas, *Pliego16*, publicó en 2019 su cuento a manera de crónica “Osorio se mamó”.

MARÍA VICTORIA ACEVEDO ARDILA  
Taller Voces del Majuy  
Cota, Cundinamarca

# DISMORFIO



Llegué en un espejo comprado en la calle. Ella me trajo envuelto en papel *kraft*. Por momentos me hacía cosquillas con sus uñas barnizadas y suaves. Me encantó sentir ese temblor en mi cuerpo sin formas. Imaginé cómo se me metía por dentro, porque eso era lo que quería hacer con ella: irme calando en sus curvas, en el arco perfecto de sus cejas, en su nariz imponente. Luego llegaría a sus pechos, a cada sinuosidad.

Cuando me descargó en el piso lo hizo con cuidado. Limpió el marco y trajo una esponjilla metálica. Me empezó a rascar con saña, y aunque eso me producía dolor era un dolor dulce. Cuando vio toda la superficie impecable, trajo el taladro e hizo un hueco pequeñito en la pared. Puso el chazo y me colgó. Empezó a mirarse y yo empecé a surgir entre la luz.

Obviamente, ella solo atinaba a adivinarse. Estaba feliz porque yo era de cuerpo entero. En un momento se me acercó mucho y casi salto a su boca pero preferí esperar. Sabía que la paciencia da sus frutos. Desde ese rincón de la pared podía ver cómo se deslizaba por la habitación, patinaba en medias por todo el piso de madera. Bailaba a veces para mí, se desabotonaba la blusa y dejaba asomar un sostén de encaje rojo. Quería ver más, pero estaba seguro de que eso sucedería muy pronto.

Yo no era el único que quería estar presente ante sus ojos. Empezó a buscarme a cada hora, a cada minuto. Cuando pasaba a la cocina, se plantaba enterita para provocarme: se miraba de frente, de lado, y a veces me atormentaba con sus nalgas generosas. Estaba seguro de que debía actuar, pero antes necesitaba un poco más de su magia.

El milagro ocurrió al tercer día. La había llamado un tipo de nombre Jerry, como el de los dibujos animados. Alcancé a oír su voz de *mup-*

*pet* al otro lado de la línea. Ella se movía por toda la habitación. Parecía que en cualquier momento fuera a salir volando.

—Sí, allí estaré —le decía. Luego soltaba una risita de hiena y se mordía los labios delante de mí. Colgó y se empezó a desvestir. Mientras lo hacía, se daba órdenes y divagaba: “Ahora no es que hagas lo de siempre. Cierra tu bocota. Trata de conciliar. Cómo lo extraño, Dios...”.

Cuando sus bragas cayeron al piso, pude ver sus vellitos salvajes abriéndose camino por entre sus piernas. “Estoy horrible”, repetía. Cogió unas tijeras y acabó con parte de la maleza que tanto me gustaba. Estaba muy molesto porque así pelada no podría sentir igual su olor a hembra.

Decidí actuar. Cuando se puso de lado, agrandé un par de hoyuelos de sus piernas.

“¡Qué celulitis!”, gritó.

Me reí y volví a percibir en mi cuerpo de nada una forma sutil. Se me acercó y se espachurró la piel con rabia.

“Estoy fofa, fofa, y tengo muchos pelos”.

Se rio histérica. Con una cuchilla de esas de afeitar se empezó a cortar unos nacimientos tristes que le tapizaban el cuerpo. Cuando terminó, se volvió a plantar delante de mí. Lampiña se veía más redonda, lechosa, y debo confesar que disfruté mucho de la imagen. Se parecía a la niña que había acompañado por meses. Pensé en Jerry cabalgando en ese cuerpo que quería tener diez años. Ojalá se lo trajera para acá. Me encanta ver esos apareamientos humanos. Cuando terminó de acicalarse salió de prisa y me lanzó un beso. Yo se lo devolví con ganas y puedo jurar que en ese momento un hormigueo me recordó que mi cuerpo estaba nuevamente surgiendo del fondo de esa chica que me quería en su vida.

Cuando cerró la puerta y me dejó solo, pude percibir cómo iban naciendo mis dedos de pincel transparentes. Un lanugo suave me iba envolviendo. Salté del espejo y me miré por primera vez en ese espacio. Traté de imitar sus pasos y su baile de animal encerrado. Me tomé el tequila que había en un cajón viejo y me paseé por cada rincón del apartamento. Husmeé en sus fotos, en su computador, y cuando completé el mapa de sus miedos regresé dando saltos de felicidad a mi lugar. Repté por el marco del espejo y asusté al gato del vecino que se entraba a robar cuando ella no estaba. El plan estaba listo y ya solo era cuestión de tiempo: ella sería la próxima.



**María Victoria Acevedo** (Bogotá, D.C., 1971)

Estudió Literatura en la Universidad Nacional de Colombia. Ha participado en varios talleres de cuento y crónica. Algunos de sus textos han sido publicados en el programa “Funza avanza con la lectura”. Es docente y miembro del taller Voces del Majuy.

CÉSAR AUGUSTO RAMÍREZ ORJUELA  
Taller de narrativa La Tinaja  
Chía, Cundinamarca

## EL ÚLTIMO CHANCE



Llueve, siento frío y estoy cansado. Mis piernas ya casi no responden al pedaleo necesario para no caerme de la bicicleta. Está oscureciendo y la niebla densa dificulta la visibilidad del camino. Hoy me fue bien. Afortunadamente, doña Fabiola me ayudó con la recogida de ramas, hojas secas y demás desechos de sus tres jardines. Con una sola mano no es mucho lo que yo pueda hacer. Gracias a Dios lo comprendí y me pagó sin reparos los cincuenta mil pesos que acordamos por ayudarlo en estos oficios. En cuanto llegue a la casa, voy a llamar a Carlos para agradecerle por haberme recomendado.

“Dios aprieta, pero no ahorca”, decía mamá. Y aunque doña Fabiola se dio cuenta desde el principio de mi brazo y pierna izquierda con escasa movilidad, no le importó y me trató como si fuera de la familia, como a su hijo.

—Mijo, no es por echarlo, pero tómese rápido esa agüepanelita que se le hace noche. En quince días nos vemos. Ojalá no se le olvide el camino. Por favor, si no puede venir me avisa —dijo mientras me ayudada a amarrar la guadañadora a la silla de la bicicleta. Luego me dio las indicaciones para tomar la vía alterna que conduce de Tabío a Chía, que a buen paso me puedo ahorrar veinte minutos. Justo el tiempo preciso para llegar a casa, bañarme y asistir al culto.

—Adiós, señora Fabiola, que Dios la bendiga —me despedí cuando salía.

¿Cómo fue que me dijo? A ver, seguir derecho por la vía principal, la que toman las flotas, hasta el supermercado que está como a cinco cuadras; buscar el comando de policía y encontrar la Y que está a la izquierda. Luego, seguir derecho hacia la montaña. Voy bien, ha cesado

de llover, y aunque el camino parece una trocha está despejado. Sigo por la berma de la carretera, pedaleando, tratando de no tropezar ni ser atropellado por los camiones de carga pesada que aprovechan esta vía para no ser requisados ni bloqueados por las autoridades de tránsito.

A la derecha de la vía, la falda de la montaña; a la izquierda, un precipicio. Ojo, debo andar más despacio. La lluvia cae nuevamente, busco dónde guarecerme, pedaleo con más fuerza pero debo parar. Siento un cosquilleo en mi pierna izquierda que ahora se agudiza hasta paralizarse. No puedo más. Adolorido, bajo de la bicicleta y cubro con una bolsa plástica la herramienta y la guadañadora.

Un ruido extraño que proviene de la montaña me estremece. Veo deslizar tierra, arena y lodo sobre el camino, como a unos diez metros de mí. Me agacho como si me estuvieran cayendo a mí las piedras. Es poco lo que puedo andar con la pierna tiesa. Me santiguo y doy gracias a Dios por no haberme dejado ir desfiladero abajo. Como si tuviera las siete vidas del gato, oro al cielo por otra oportunidad.

¿Segunda o tercera oportunidad? Me corrijo, segunda. Uno se la pasa en eso, dando gracias por cada día en que sale airoso a pesar de las circunstancias, y me fortalece creer que Dios seguramente me tiene vivo para grandes cosas. Por lo menos eso dice el hermano Juan, el pastor de la iglesia a la que voy cada tercera noche. Como si fuera fácil perdonar y olvidar... A estas alturas lo único que le queda a uno es la fe. Sí. La fe necesaria para encontrar al causante de mi estado de invalidez y hacerle pagar por los sufrimientos de mi madre y de mi hermana. Cuando lo encuentre, tendrá que confesarme qué hizo con mi sobrina Verónica. Aunque el pastor me repita que lo único que debo encontrar es la paz en mi corazón, voy a seguir preguntando por ese monstruo de municipio en municipio, aunque pasen días, meses y años.

*De esa fatídica noche lo poco que recuerdo es que llegué contento a mi casa donde vivíamos mi madre, mi hermana y mi sobrina. A ella quería darle la sorpresa de entregarle el atuendo que vestiría en sus quince años. Sí, el mismo que habíamos visto la semana anterior en un centro comercial de Suba. Recorrimos los locales de vestuario para damas y ella se probó uno y otro, y otro más. Una hora después se decidió por el primero que habíamos visto. Me pidió que lo apartara para poderlo lucir en su cumpleaños.*

*Al llegar, encontré la puerta de la casa entreabierta y la angustia se apoderó de mí: ¡Verónica, Verónica, Verónica! Al no escuchar su respuesta, corrí hasta la cocina: encontré a mi hermana Dolores atada y desmayada.*

*Su cara estaba ensangrentada y destrozada por una serie de golpes que le habían propinado con un pedazo de ladrillo. Mi madre por fortuna no estaba. Había aprovechado el puente de fin de semana para ir donde mi tío Armando, que tenía una pequeña parcela en otro municipio cercano.*

*Tomé el ladrillo en mi mano derecha y agarré en la izquierda el cuchillo grande que había en el lavaplatos de la cocina. Corrí al cuarto de Verónica, tumbé la puerta. Encima de Verónica, Marcos, mi parce, el amigo con quien había compartido mi infancia, le imponía su fuerza. Verónica, semidesnuda forcejeaba para evitar el abuso de ese demonio, mientras Marcos le apuntaba con un revólver en el pecho. Tiré el ladrillo sobre su cabeza, que pasó a escasos milímetros de su oreja izquierda. Cuchillo en mano lo atacé por la espalda. Marcos saltó como una serpiente y esquivó la cuchillada. Dando otro salto cruzó los brazos y con toda su fuerza me hizo rodar sobre el piso. Intenté levantarme y proteger con mi cuerpo a Verónica, pero nuevamente él se abalanzó sobre mí y de un golpe fuerte en mi cabeza me dejó sentado de espaldas hacia él.*

*Con el revólver hizo dos disparos: uno que pasó cerca de mi oreja izquierda y otro que como un picotazo de avispa causó la herida en mi cabeza. En mi mente reposa el eco con el que le imploré que no abusara más de Verónica, que la dejara salir de su cuarto. Y no recuerdo más...*

*Luego de tres meses en coma, el médico me dijo que tendría que aprender a hablar, caminar y comer nuevamente. Que mi recuperación dependía de la disciplina y constancia en las terapias. También me recomendó asistir a sesiones psicológicas y espirituales que me reconfortarían el alma y aliviarían la pena de perder a mi sobrina, quien después de eso había desaparecido.*

*Las enfermeras me dijeron que mientras estaba inconsciente, mi madre y mi tío Armando se fueron turnando para visitarme y estar pendientes de mi recuperación. El día en que me dieron de alta, mi tío me contó que mi madre y mi hermana habían huido del barrio, por temor a un nuevo ataque de Marcos.*

*Tiempo después, escuché decir a los vecinos que habían visto a Marcos merodeando por la casa, tirando piedras y llamando a Verónica como enloquecido, hasta quedar ahí tirado en el resquicio de la puerta, hablando solo, llorando y ofreciendo dinero a los transeúntes para que lo acompañaran en busca de Verónica, por uno de esos caminos de herradura que existen en el municipio de Tabio. Por supuesto, nadie le seguía la corriente. Hasta que un día no volvió más.*

Retrocedo arrastrándome unos metros, busco el celular para pedir ayuda. No hay señal. Cuando me devuelvo, otro alud de tierra cae como a unos cinco metros adelante. No hay paso ni hacia adelante ni hacia atrás. Me resigno a quedarme quieto, pensando que quizás es una réplica de un temblor que por estos días dicen tuvo epicentro en el Cauca. Rezo unos instantes. Continúa lloviendo, mi ropa está húmeda y presiento que levantarme para buscar un nuevo camino me va a tomar una eternidad. Insisto en hacer una llamada de emergencia. No hay señal.

Tomo aire profundamente, un pedazo de listón que encuentro en el camino me sirve de bastón. Al ejercer la fuerza para incorporarme y tratar de caminar, siento mi pierna izquierda. Quiero correr, pero no avanzo mucho.

Otro ruido más fuerte me obliga a tirarme al piso. Cuando me incorporo, un gran destello de luz sobre el talud de tierra que ha caído me hace cerrar los ojos. Cojeando, llego al talud, que se ha ido deslizándose precipicio abajo. Arrastrándome en el fango, tropiezo con el parachoques del automóvil que acaba de estrellarse. El conductor está atrapado entre el timón y el *airbag* destruido. La puerta del conductor está abierta, seguramente producto del impacto.

El conductor grita de dolor, me acerco, trato de ayudarlo a salir. Al principio forcejea, como queriendo quedarse allí. Le arrimo el bastón improvisado, lo toma con desconfianza con sus dos manos. Inútil. El hombre está atrapado entre el asiento y la cabrilla.

Ahora estoy a un lado de la silla del conductor. Observo que es un hombre como de 35 años, como yo. Su cara está tan ensangrentada y desfigurada por el golpe contra el parabrisas que no permite identificarlo. Trato de sacarlo por la otra puerta del vehículo que emana calor asfixiante.

—Ayúdese, por favor —le digo.

Siento su respiración agitada y entrecortada. Sus pupilas dilatadas miran al infinito.

—No me deje morir. Tengo que encontrarla —dice.

Continué tratando de jalarlo hacia afuera del vehículo. Como si no notara la sangre que corría sobre su cara y sus labios, siguió hablando.

—Hace algunos minutos, en medio de una fiesta en la que festejaba mi cumpleaños, en la casa de un amigo cerca de aquí, llegó una mujer hermosa, preguntando por mí. “Devuélveme a mi hija”, reclamó con furia. En los ojos verdes de esa mujer vi el rostro de la niña que violé, apuñalé, descuarticé y enterré en este camino hace algunos años.

Solo hasta ahora recuerdo dónde la dejé, ayúdeme a desenterrarla, es por aquí, al pie de la piedra grande.

Pensé que el hombre estaba desvariando o que el que empezaba a enloquecer era yo y por tanto se venían a mi mente dos opciones: salvar a un monstruo que acababa de confesar sin ninguna señal de arrepentimiento su crimen y acompañarlo en busca de su víctima, o dejarlo allí a su suerte como castigo divino por sus atrocidades. “Perdonar y olvidar”, frase que se repite como un estribillo de una canción en mi cabeza, una, dos, tres veces. Como si fuera fácil...

De repente, su mano derecha rodea mi cuello, me aprieta fuerte, siento que me está ahorcando. Con mis dos manos en cruz por debajo de su mano, me deshago de la presión y me libero.

Miro alrededor y trato de encontrar una escapatoria para salvarme y salvarlo. Sin embargo, el calor en el interior del vehículo aumenta. Las llamas que se habían iniciado en la puerta del copiloto aparecen amenazantes por la puerta del conductor, tomando camino hacia el techo. Ruego que no llegue a la tapa del tanque de gasolina. Intento desbloquear el asiento con la palanca, corriendo la silla hacia atrás, para así nuevamente jalarlo de las manos y sacarlo del automóvil. La silla cede pero no aguanto más, mis pies se están calcinando.

Soy consciente de que tengo unos segundos para una tercera oportunidad de vida. Horrorizado, salgo y me arrastro con todas mis fuerzas. He avanzado unos diez metros, aproximadamente. Coloco mis manos sobre mi cabeza y me tiendo bocabajo en el piso. Segundos después, el automóvil estalla y las llamas cubren los restos. Un grito aterrador escapa por entre las llamas durante unos instantes que me parecen eternos.

Luego queda solo el chisporrotear del incendio. Con la cara iluminada por el fuego, sufro esos instantes pavorosos. Me retiro otro tanto, tembloroso. Al respirar, compruebo encontrarme ileso, a salvo, aunque siga lloviendo y del cielo caigan terrones de agua en forma de granizo que golpean mi herida en mi cabeza calva.

Tuve mi tercera oportunidad y el monstruo tuvo el chance de confesar su crimen. El último.



**César Augusto Ramírez Orjuela** (Bogotá, D.C., 1960)

Comunicador social-periodista, conocido con el seudónimo de Roca-Zapaz. Es integrante del taller de narrativa La Tinaja de Chía desde sus inicios, en el año 2012. El cuento “El último chance” apareció en la antología de La Tinaja del año 2018, dedicada al género del terror. En tres de las seis antologías de este taller de narrativa se publicaron sus cuentos “Como la primera vez”, “Hagamos un trato” y “La culpa es de uno”. Vive en Chía, donde ha participado como gestor cultural en la promoción y el fortalecimiento de las artes literarias del municipio; además, fue coproductor del programa *Encuentro con la literatura*, en la emisora Luna Estéreo.

MARIO CASTRO IBARRA  
Taller de narrativa La Tinaja  
Chía, Cundinamarca

# LA VISITA



Un oscuro silencio habita en la sala privada del Palacio de San Carlos, residencia del señor presidente don José María Obando; dos sofás Luis XV, separados por una mesa de torneadas patas doradas que se aferran a un tapete rojo de impecable origen inglés. Don José María luce una bata de satín brocado a media pierna, sobre una pijama de seda vino tinto. Luego de atisbar por la ventana se sienta y saborea una bebida caliente en un fino pocillo alemán. Al lado de la humeante jarra holandesa, una botella de coñac francés. Don José María mira de reojo y con sonrisa cómplice el coñac, para luego sumirse en sus pensamientos.

Afuera se escuchan vanos intentos de acallar los ladridos de un perro. Casi en forma atropellada, una señora de mediana edad se introduce de espaldas en el recinto. Escurriéndose, entrecierra la puerta evitando que el can entre. Con el rostro en el marco de la puerta, hace ademanes de consentimiento para que se vaya. Al parecer, alguien cuidará al animal fuera del alcance de su ama. Madame Bijoux, ataviada con un precioso traje, bolso y sombrilla de la misma floreada tela, cierra la puerta, se recompone el sombrero de flores artificiales y se enfrenta al señor presidente.

—¡Es floja, caprichosa, malcriada, grosera! —le espeta secándose el sudor con un pañuelo bordado—. Me refiero a mi perra —se excusa mirando hacia la puerta—. No está acostumbrada a estos paseos tan largos y menos a este tipo de visitas.

La mujer se ajusta los guantes, un tris coqueta.

—Señor presidente, qué pena... Buenas tardes, ya casi noches. Mi perra se llama Marat.

—No se preocupe, madame Bijoux —le responde amable don José María—. Osquer se hará cargo de ella como si fuera usted misma. ¡Caramba, está usted igual que hace tres años! —le susurra ceremonioso guiándola hacia uno de los sofás—. ¡Cómo se nota que usa sus dotes secretas para mantener intactos sus encantos!

Osquer, ataviado con una librea de sirviente inglés, entra con unos candelabros encendidos que pone a los costados del salón. Madame y el presidente permanecen congelados, intercambiando sonrisas un tanto forzadas. Osquer hace una venia y sale.

—Fue en tu posesión como presidente —inicia la charla madame para romper el hielo y se levanta—. Me parece verlo con su casaca guerrera tejida en paño azul... y alamares dorados, pantalón blanco, botas de campaña, espada y banda al cinto...

Madame Bijoux lo ha rodeado, cual torero, y suspira:

—¡Y el sombrero de dos picos empenachado! —le dice el presidente devolviéndole el susurro.

—Parecías un general austriaco.

Repentinamente, casi de un salto, la mujer se arrellana en el sofá dejándolo un tanto aturdido. El presidente, torpemente, se sienta frente a ella.

—Mucha agua ha corrido bajo el puente —precisa más serio—. ¿Deseas tomar algo?

—Sabía que no olvidarías consentirme —contesta melosa—. ¡Cómo lo merezco!

Se inclina sobre la mesa y, con mucha confianza, madame se sirve generosamente.

—Extraño mucho que no me hayas llamado —le dice apurando el trago de un solo sorbo—. ¡El agua bajo el puente al parecer no es muy potable que digamos!

—Todos estos años de intrigas y afanes me han modelado una autonomía a prueba de...

—¿... de qué? ¿De... brujas?

Madame vuelve a servirse y se lo toma de una.

—¡Sabes que detesto ese remoquete! Es grotesco —contesta irritada—. ¡Y no lo merezco!

Don José María se yergue molesto.

—¡Vayamos al grano! ¿Puedo saber cuál es el motivo de tu visita?

—Puedo inferir que sigues ahogándote en vacilaciones y titubeos.

Madame se ha recostado desparpajada y saborea a puchos un nuevo trago.

—Como al principio de tu aventura del soldado sapito convertido en príncipe.

De repente, se monta sobre el sofá y actúa como poseída.

—¡Licenciar el ejército! ¡No a los aranceles! ¡Ande con cuidado, señor arzobispo, no siga los caprichos de la curia romana! ¡Escóndanse que vienen los socialistas! ¡Mierda! ¿Qué es lo que te pasa? ¿Tengo que vivir bajo estos candelabros y encima de esta alfombra para que te percales de tus cojones?

Repentinamente, el señor presidente adopta una postura familiar.

—¡Bijoux, por amor a Dios, bájate de ahí y modera tu voz, podríamos escucharnos!

—¿Tienes miedo de que se enteren de lo nuestro? —le pregunta sensual.

—Sabes perfectamente que soy una persona pública y no puedo permitirme ciertos lujos.

—¡Vaya! Ahora me convertí en artículo suntuario. ¡No seas ridículo!

—El que haya retozado en tus sábanas no te da derecho...

—¡... a ser la moza del presidente? —se le acerca amenazante—. ¿Entonces cómo debes decirme? ¿La perra del presidente?

Con la punta del paraguas, madame va arrinconando al señor presidente. Ríe alocada.

—¡La perra del presidente se llama Marat! ¡Marat Sade! ¡Y es mi perra! ¡No, perdón, la perra de los dos!

Como enloquecida y con el paraguas abierto, se pasea por el salón.

—¡Abran paso, abran paso, que aquí viene la perra del presidente! ¡El presidente que se olvidó de los guaches que lo eligieron y que anda de pipí cogido con los cachacos! Por favor, por favor, quite sus mugrientos pies del barro que el señor presidente va a mear.

Don José María le quita el paraguas y la sienta.

—¡De caridad, Bijoux, contrólate!

—El que debe tener control eres tú —escupe en el suelo—. ¿De qué te han servido todos estos años con la perra de cerviz encorvada oliéndote el trasero?

Histórica, del bolso saca un fajo de cartas y comienza a tirarlas sobre la mesa y el piso.

—¡Echándote las cartas para advertirte de los conspiradores! Deva-

nándome el cerebro para urdir las artimañas más inverosímiles para hacerles zancadilla a tus adversarios.

Nervioso, don José María corre a la puerta custodiándola. Se recuesta a ella y vacila.

—No puedo negar que me has echado una mano... una vez que otra...

Madame Bijoux está decidida y lo persigue por todo el salón. El presidente retrocede aterrado.

—¿Una mano? ¡El brazo y hasta el cuerpo entero te he entregado! No han sido sino tres años, pero son más de mil días de sortilegios y quemazón de hierbas y esperanzas. Veinticuatro mil horas de incertidumbre y desazón. Para que ahora, ahora que tienes la oportunidad de hacerte con el poder con quienes han guerreado por tu famélica estampa y te han protegido y guiado..., tiembles... ¿Te acobardas?

El presidente se detiene bruscamente y le da un fuerte golpe con el paraguas en el costado.

Madame Bijoux cae y el presidente se le acerca.

—¡No soy ningún cobarde! —le dice muy sentido—. El menú que me sirvieron fue aderezado con telarañas y alacranes. No sabes lo difícil que ha sido saciar sus bocas pestilentes llenas de ponzoña. Tampoco puedo decir que no tengas razón. Los que en mí han confiado mañana podrán decir que ha vuelto a renacer el Obando original, el de los guaches. Mañana, 17 de abril, acompañaré al general Melo. ¡Te acaba de dar de baja el nuevo dictador!

Madame se yergue digna. Se alisa las ropas y el labio inferior le tiembla de la ira.

—Merezco ser la esposa del dictador, no la moza del presidente, y mucho menos la querida del exiliado —suplica llorando—. No me lo merezco. He consultado aquí y en el más allá, no veo que tengas otra salida digna.

Madame está a punto de derrumbarse. El presidente la ayuda a recoger sus cosas y la conduce a la puerta. Con la sinceridad en el semblante, muy quedo.

—¡Y yo menos! Ya no puedo serte de ninguna ayuda. ¿Necesitas algo más?

—No, gracias —le responde muy segura mientras sale.

Don José María se ajusta la bata y cierra la puerta.



**Mario Castro Ibarra** (Barranquilla, Atlántico, 1951)

Ingeniero electrónico de la Universidad Distrital y magíster en Escrituras Audiovisuales de la Universidad del Magdalena. Miembro fundador del taller de narrativa La Tinaja, en Chía. Publicó su primer libro en 1990, titulado *El camino fácil a multimedia*, de la serie didáctica de McGraw-Hill. Autor en todas las antologías publicadas en La Tinaja. Actor y director de teatro, y escritor de varias obras teatrales, entre las que se destacan *Te va a doler*, *¡Quién mató a Jesús* y *El cielo puede esperar*, esta última en proceso de montaje. Realizador de varios audiovisuales con guiones de su autoría, como *El expediente Lambda* (2000) y *Quiero morirme* (2014). Ha recibido el Premio Municipal de Cuento (2015) y Departamental de Narrativa (2015) y el Premio Municipal de Artes Escénicas para Minorías Étnicas con *Negruras* (2016).

EDNA LIZETH VARGAS VARGAS  
Taller Fernando Soto Aparicio  
Jericó, Boyacá

# ¡LA GRAN LUCHA POR UN SUEÑO!



Érik era un chico de pocos recursos. Vivía en el lugar más pobre de su ciudad, acompañado de su madre, que sacó adelante a sus seis hijos sin ayuda de nadie. Érik era el mayor de todos y el único hombre de la casa, ya que el padre fue asesinado hacia seis años prestando el servicio militar.

A Érik le faltaba solo un año para salir del colegio, no sabía qué hacer de su vida. Tenía muchos sueños, aun así sentía que era imposible alcanzarlos, ya que era un chico con muy poco dinero y la carrera que quería estudiar costaba mucho. Tenía que encontrar alguna manera de alcanzar sus metas, él nunca se rindió. Decidió empezar a buscar empleo. Pasó y pasó hojas de vida por toda la ciudad, pero por ser menor de edad no era posible darle empleo; él no se rindió nunca, al final y después de tanto luchar le dieron trabajo en un almacén, no ganaba mucho pero era satisfactorio. Él se dijo en ese momento: “Ahora sí voy a poder pagar mis estudios y sacar adelante a mi familia”.

Llegó el día de su graduación; fue el día más feliz de su vida, ya que le dieron un diploma por ser el mejor estudiante de todo el colegio.

Decidió contar todo lo que había ahorrado trabajando duramente para poder estudiar, pero se dio cuenta de que no le alcanzaba sino para el primer semestre. Decidió seguir trabajando el siguiente año para poder reunir lo necesario.

Un día que iba en camino hacia el trabajo, se encontró a un capitán del Ejército, el cual le pidió todos sus papeles, pero desafortunadamente él no los tenía en ese momento. Inmediatamente se lo llevaron para el ejército, Érik sintió que todos sus sueños ya se habían ido al piso.

Llegó al batallón y ese mismo día tuvo que salir a la guerra sin saber nada de nada, fue un día muy difícil y triste, hubo muchos muertos y heridos, él fue uno de los pocos salvados, días después el batallón fue invadido y él fue herido y llevado a la clínica más cercana a ese lugar.

Pasó un año y Érik por fin pudo salir del batallón y continuar con la gran lucha por alcanzar sus sueños, era un poco tarde, pero primero tenía que tener todo el dinero necesario para pagar la universidad.

Después de esperar un tiempo por fin tuvo todo el dinero necesario, entró a la universidad, estudió fuertemente y pudo graduarse, ser un excelente médico, sacar adelante a su familia y comprar una casa en un lugar más seguro para ellos.



**Edna Lizeth Vargas Vargas** (Jericó, Boyacá, 2004)

Realizó su primaria en la escuela Kennedy de la zona urbana y la secundaria en la IE Técnica López Quevedo de Jericó, donde se encuentra cursando el grado décimo. Es la primera vez que participa en un ejercicio de escritura.

LUISA FERNANDA MESA FRANCO  
Taller de escritura de la Cooperativa Comedal  
Medellín, Antioquia

## LECCIÓN APRENDIDA



Cae el sol en picada sobre las cabezas. Es mediodía en el centro de la ciudad. Lo que me gusta y no me gusta del centro confluye a esta hora y se apretuja en las calles. Miles de personas afanadas estrujan y alegan mientras buscan una sombra pequeña en una ciudad, que ha condenado históricamente sus árboles a morir engullidos por el cemento: innovar, le llaman ahora.

Trato de no estorbarles a aquellos que tienen más prisa y miro fascinada los colores y los gestos de la gente, mientras imagino conversaciones y situaciones, como tratando de leer un libro entre líneas, lentamente, distraída —con el bolso bien cerrado, por si acaso—.

Me llama la atención una voz infantil que dice categóricamente:  
—Todavía no, mamá.

Dirijo la mirada a la fuente sonora, y encuentro un cuadro poco común: un niño se ha quedado atrás solo, mientras su madre, unos metros más adelante y con la mano estirada, trata de atraerlo, con un gesto, hacia ella.

En un punto intermedio entre madre e hijo, sin interrumpir el contacto invisible entre el brazo extendido y el niño con los brazos cruzados en gesto universal de rebeldía, hay un hombre de unos setenta años, barbado, andrajoso, que se está comiendo una empanada en una servilleta y un vaso con jugo color rosado.

—Pedro, ¡vamos! —exclama la señora—. Ya nos tenemos que ir.

—No, mamá, todavía no —dice Pedro mientras cruza más las manos sobre su pecho y hace pucheros.

—Ya le diste un poco de comida al señor. Él se la está comiendo. Hicimos lo que querías, ya nos podemos ir —nuevamente le estira la mano.

—No, todavía no —responde Pedro y la increpa—. No es bueno comer solo, tú me lo dices a diario.



**Luisa Fernanda Mesa Franco** (Medellín, Antioquia, 1982)

Médica especialista en Rehabilitación. Amante de la lectura y la fotografía. Aprendiz en el arte de la escritura. Perteneció al taller de escritores de la cooperativa Comedal en la ciudad de Medellín, bajo la tutela del escritor Luis Fernando Macías. Tiene una publicación de 2018: *Treinta y tres razones para honrar mi vida*.

MICHELLE ANDREA NATALIE CALDERÓN ORTEGA  
Taller Refata  
Cúcuta, Norte de Santander

# VELO DE SOMBRAS



Cediendo por una vez en su desconfianza, el viejo y solitario samurái aceptó la amistad de la joven que había invocado su refugio.

Por muchas tardes caminaron en silencio por el sendero del bosque, bajo la sombra del bambú, o con antiguos signos escribieron sus tristezas y alegrías sobre los pergaminos en los que él aún guardaba los registros de su juventud: sus sencillas acuarelas y sus tácticas de combate. Algunas veces hablaban más suave que el rumor del viento o sonreían cuando una mirada anticipaba sus pensamientos. El anciano guerrero se complacía en la amistad de la joven y en su sonrisa.

Una mañana, antes de que florecieran los cerezos, el samurái descubrió que la joven había arruinado con fuego cada signo de su amistad trazado en los pergaminos y cada preciada táctica de esos combates que, en otro tiempo, no conocieron la derrota. Buscándola, más allá de las cenizas, el anciano reconoció la breve huella de sus sandalias que se alejaban hacia la ciudad, guardadas por el silencio del bosque.

Ahora los días han caído suavemente con las hojas del bambú y el tiempo para ambos es otro tiempo, un tiempo de guerras y de *shogun*. En la insurrecta noche de Kioto, iluminada por altas antorchas, ellos se han encontrado entre la multitud, caminando sobre un sendero de hojas distinto al del bosque, y sus ojos se han cruzado sin mirarse. Él avanza solo, con la mano abrigando la empuñadura de su espada. Ella se desliza con paso de ave, ágil y breve, protegida por diez capitanes. Al cruzarse conocen un instante de vacilación, pero reanudan sus pasos. Él se reconoce más anciano y ella teme reposar una sonrisa de su desenfadada belleza en los nobles ojos del samurái.

Se alejan sin prisa. Sus sandalias toman caminos opuestos. Se han visto y no ha sido necesario preguntarse nada. Saben que alguna vez él atentará contra el *shogun* pero no contra su joven esposa, y saben que ella no lo denunciará ante sus capitanes. El aire que desplazan se ha cargado de nostalgia, pero ellos están muy lejos del bosque donde conocieron la amistad.

Solo sus sombras se han rozado un instante sobre el crujir de unas hojas.



**Michelle Andrea Natalie Calderón Ortega** (Cúcuta, Norte de Santander, 1990)

Abogada y máster en Derecho Administrativo de la Universidad Libre. Es doctoranda en Bioética de la Universidad El Bosque. Docente de la Universidad Libre, sede Cúcuta, es la editora de la revista *Academia & Derecho* de la misma universidad. Ganadora del Concurso Departamental de Poesía del Quindío (2002), semifinalista del Concurso Nacional de Cuento MEN-RCN (2013) y ganadora de la 6.ª Convocatoria del Concurso de Cuento de la Universidad El Bosque (2019). Autora de los libros *Haciendo memoria en bibliotecas públicas* (2017) y *Haciendo memoria en bibliotecas públicas (especial Catatumbo)* (2018), en el marco del proyecto “Haciendo memoria en bibliotecas públicas” de la Biblioteca Pública Julio Pérez Ferrero y la Agencia de Cooperación Alemana (GIZ). Desde 2010 codirige el taller literario *Ella y un Café*, con apoyo del director de Relata Cúcuta. Es integrante de la tertulia *A Otro con Ese Cuento* y del taller *Relata Cúcuta*.

JAIRO CENTENO  
Taller Tinta de Yopos  
Yopal, Casanare

## ¿EL REGALO ES PARA MÍ O PARA TI?



Otra vez desnuda en mi cama, solo te falta el moño. La espera se hizo en años largos. Volviste. Me regalas uno de los momentos más significativos de mi vida. Verte devuelve recuerdos que se presentan desordenadamente. Insistes en que ahora solo somos amigos; pero Sol, no es de amigos soltarle la rienda a la pasión.

Desde hace unos doce años que abandonaste la idea de volver a caer en cada encuentro. Pasaron muchos años desde que decidiste resistir el beso que desdobló espontánea pasión, en el pueblo que nos vio nacer. Intentaste ocultarlo, engañarte, porque, en lo que a mí respecta, siempre tuve claro que seguiría intentándolo.

Ahora en mi cuarto cumples el deseo que pedí anoche al apagar las velas. Estás en mi cama, resistiéndote a una relación que se ha gastado miles de horas para revivir llamas que parecían extintas.

Ayer llegaste al parque con Lucía. De las maletas desempacaste la emoción en cada prenda escogida para inmortalizar un recuerdo más. El plan: reunión de amigos para celebrar mi cumpleaños. No dejo de pensar que hay algo extraño en todo esto. ¿Me visitan para festejar o en realidad vinieron para escapar de la rutina? En tu caso, Sol, creo que viniste para responder una pregunta que no puedes sacarte de tu cabeza y que ni el tiempo ha logrado borrar.

Debo aceptar que mi comportamiento de anoche obedece a la idea de haber superado el amor que dejamos marchitar. Me resistí a ver en tus labios una posibilidad de besar. Sí, sentí curiosidad de volverlos a

probar. Reprimí el deseo, actué como si ya todo fuera parte del pasado. Me involucré en el papel de amigo, ignoré que fuimos novios durante tres años, que fui tu primer novio, que conmigo aprendiste a besar, a amar y también a odiar; pensé que también habías aprendido a superar y por eso la primera noche del reencuentro nos comportamos como buenos y viejos amigos.

Anoche, en el bar, las velas, la torta, las cervezas, todo se consumió sin reparar en las miradas que se cruzaban buscando algo, así fueran chispas o cenizas. No había indicios de ambientar una celebración como las de antes, cuando teníamos veinte años y una mirada bastaba para encender los recuerdos. Luego vino la conversación, volvió la duda, lo extraño, la sospecha de una visita con otros propósitos; las insinuaciones de Lucía sobre tu edad y el deseo de quedar embarazada: “Amiga, aprovecha esta noche porque Danielito sí te deja embarazada, no como el petardo ese de tu novio que lleva varios meses intentado y no puede”, repetía cada vez que podía, y yo, indiferente a veces, o siguiendo el juego otras. ¿Embarazarte? Claro que quiero embarazarte, quiero que tengas un hijo mío; lo imagino corriendo, saltando, curioseando, desarmando y hasta llorando, porque con los niños la distancia entre emociones está a un abrir y cerrar de ojos.

Según dices, necesitas un hijo, no un papá para él, que a tus treinta y tres años ya eres autosuficiente, que tu profesión te permite valerte por ti misma, que no necesitas de quien te amargue la existencia, que sientes el tiempo desvanecerse en tus manos y llegarás a la edad en que, en lugar de verte como mamá, parecerás abuela.

Horas más tarde, frente a tu cuerpo desnudo, desatendiendo tu reclamo de preservativo, te suelto semejante propuesta: “Quiero embarazarte”, y tú, inamovible, con el brillo de tus ojos reflejando mi rostro deseoso de poseerte, serenando todo impulso por sucumbir a la idea del hijo, refutas: “Ponte el preservativo”. El placer gobierna, los latidos se disparatan; la ilusión de ver un niño en saltos de emociones llorar, reír y curiosear cabalgó incesante.

Después de saborear todo tu cuerpo, de recorrer la blancura de tu piel, de sentir la generosidad de tus pechos, de palpar la irregularidad que da proporción a tus curvas, de desvanecerme en tus movimientos hipnóticos, de volver a ser ese joven de veinte años que se creía tu dueño; en ese fragmento cuando las palpitaciones empiezan a desacelerar, a retomar el ritmo normal, es cuando llegan los cabos para ser atados.

“Sol, después del almuerzo con Lucía, ¿quieres volver a mi apartamento para cambiarte de ropa?”. Entonces tengo dos opciones: o me quedo con Lucía, o me invento acompañarte para buscar mi reloj y encontrar esa intimidad contigo. Lucía y tú asienten mi propuesta; ¿cuán planeado estaba esto? Todo parece indicar que Lucía orquestó la mayoría de lo sucedido; ¿ahora me dices que Lucía no tiene que saberlo todo, que puede ser mi mejor amiga pero que hay cosas que es mejor que ella no sepa? Está bien, acepto, pero hay más detrás. Sol, primero entramos al apartamento y pasamos directo a la habitación, te acuestas con ropa, y ¿dónde dejaste las ganas de cambiarte, el almuerzo te dejó extenuada? Acerco mis labios a los tuyos y no esquivas ni siquiera la mirada, nos fundimos en besos y no tarda en entrar la llamada de tu novio, le cuelgas y en un arrebato de fidelidad no dejas que tu ropa caiga. ¿Verdaderamente no pasará nada? Continúo. Besos, caricias, intentos fallidos de desabrochar botones, de subir o bajar telas, de ir con tacto de cirujano midiendo cada milímetro del momento. Luego te levantas. “Me voy a bañar”, dices, y te sacas la ropa delante de mí, coges la toalla, pero te dejas jalar nuevamente hasta la cama. Dice la canción: “Te delata la mirada”; lo más difícil ya está hecho. Vuelve a llamar tu novio, también Lucía aburrída en el centro comercial preguntando si nos demostramos, nada de eso cambia el hechizo de dos amantes que han dejado todo por la idea de volver a estar juntos, aunque sea en la intimidad de un cuarto donde prometemos que nada se sabrá.

Por más que le doy vueltas al asunto, no dejo de preguntarme lo mismo con cada lata de cerveza que desocupo en este bar lleno de espejos: “¿Acaso ese momento fue solo un regalo de cumpleaños?”.



**Jairo Centeno** (Saravena, Arauca, 1982)

Docente de Español y Literatura en una institución educativa pública en el municipio de Aguazul, Casanare; trabaja también para Unitrópico y para la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), orientando la cátedra de Competencias Comunicativas. Hizo posgrados en la UPTC y en la Universidad Nacional. Es miembro del grupo de escritores Tinta de Yopos. Ha participado en la antología de relatos del encuentro de escritores “El Llano y la selva cuentan” que publicó el libro *Testigos y protagonistas. Relatos de región* (2016), así como también en la antología de poesía *Pinceladas con Tinta de Yopos* (2018) y la antología de cuento *Tinta de Yopos cuenta* (2019), ambas con el sello editorial de la corporación Tinta de Yopos.

JEFFERSON STIVEN CUESTA RUIZ  
Taller permanente de escritores Guaviarí  
San José del Guaviare, Guaviare

# MEMORIAS DE MINERVA



—Stephanie Solari, a la pizarra —dijo con desprecio la mujer que se rascaba la verruga que tenía en la punta de la nariz.

La maestra se impacientaba por los ejercicios de matemáticas, se podía observar cómo sus piernas temblaban debajo del escritorio marrón, donde estaban colocados los marcadores y los exámenes que pensaba entregar minutos después.

—¿Acaso no me oyes o te haces la sorda? —esta vez se agotó su paciencia.

En ese instante, la chica se levantó de su asiento del fondo del aula, llevaba un cuaderno rojo oscuro, como la sangre, que abrazaba contra su pecho. Caminó hacia la maestra con la cabeza agachada demostrando sumisión, lo que provocaba satisfacción a la Señora Verruga, apodo colocado por los estudiantes. Mujer autoritaria que vive con sus cinco gatos alejada de la ciudad. Divorciada de su esposo hace tres años, murmuran que lo asesinó y comió su carne.

—Desarrolla las ecuaciones de las páginas 12 y 13 del libro —la miró fijamente, mostrándole una sonrisa siniestra.

Se acomodó los lentes negros que llevaba puestos y abrió el cuaderno para revisar las páginas que la maestra seleccionó para ella. Cogió un marcador del escritorio y escribió algo diferente con una caligrafía alargada y perturbadora. Las palabras que leyó en voz alta dejaron en silencio a los estudiantes presentes en el aula: “Todos morirán por culpa de Minerva”. La maestra se levantó de su escritorio con la intención de reprocharle a la chica, pero a esta no le interesó y se marchó del lugar, dejando a la vista el cabello liso que caía sobre sus hombros hasta la espalda.

Minutos después salieron los estudiantes comentando lo sucedido, recordando las palabras que Stephanie pronunció. Gertrude Sarmiento se dirigió a la oficina del director y, con desagrado, le habló sobre lo sucedido en la clase.

—Es una calamidad —chilló entre dientes con pose dramática—. ¡Me hizo quedar como una tonta!

El director Will no entendía el drama que la maestra montaba en su despacho. Se quedó observándola fijamente, analizando sus movimientos y palabras, apoyado sobre su escritorio que tenía la placa del control absoluto en la institución:

—Señora de Blackburn, debería calmarse —le expresó Will con una amplia sonrisa—. ¿Le gustaría estar en urgencias por culpa de su incontrolable estrés?

Gertrude le hizo caso. Ocupó la silla que estaba al frente del director, separado únicamente por el escritorio que contenía los expedientes académicos de los estudiantes de la institución educativa Lavalle, en carpetas naranjas ordenadas alfabéticamente. El ambiente estaba tenso. Gertrude temblaba porque el frío del aire acondicionado le helaba las rodillas. Las ventanas se abrieron de golpe, dejando entrar una ráfaga de viento que erizó a la maestra. Will se levantó de su asiento con la intención de cerrarlas como estaban anteriormente.

—Al parecer, lloverá hoy.

A ella le daba igual lo que pasara con el clima.

—Director Will, quiero que me diga por qué esta chica que se hace llamar Stephanie Solari saboteó totalmente mi clase. ¿Quién es ella? Exijo que la expulsen inmediatamente de la institución.

—Su nombre completo es Stephanie Solari Lancaster —Will le entregó una carpeta anaranjada que se negó a recibir—. Fue asesinada el 25 de octubre de 1989 en los baños de esta escuela por el antiguo conserje Carlos Torres.

Gertrude no dijo ni una sola palabra, ni se inmutó. No creía lo que estaba escuchando.

—¿Me está gastando una broma? —dijo con una ceja levantada, fue el único argumento que se le cruzó por la cabeza.

—No, señora —la maestra notó que estaba asustado—; desearía que todo fuese eso, una broma.

Gertrude no pudo seguir manteniendo la conversación. Se levantó bruscamente y lo último que dijo, antes de salir de la oficina del director, fue:

—Todo esto es una gran mentira —cerró fuertemente la puerta detrás de ella.

—Cuánto desearía que todo fuese una mentira —musitó Will.

Esa noche, Gertrude no pudo dormir. A la hora de intentar cerrar sus párpados o conciliar el sueño, se le venía a la mente la figura de Stephanie Solari ubicada en el último puesto del salón de clase con su cuaderno rojo oscuro, como la sangre.

En la mañana del día siguiente intentó comenzar sus clases, como si nada hubiera sucedido, pretendiendo que todo había sido un mal momento, pero una terrible imagen la alteró cuando abrió la puerta del salón: sus estudiantes estaban muertos, desmembrados por todo el salón, cadáveres nauseabundos. La sangre se diluía en el color blanco de las baldosas.

Quería saber quién era el responsable de todo esto, solo tuvo que alzar la vista para encontrarse con unos ojos negros, como reflejo de una noche en penumbra, ojos que pertenecían a Stephanie Solari.

Cuando Gertrude volvió a la realidad se encontró con la sangre espesa, derramada por el aula de clase, y vio su nuevo perfil en el espejo roto del salón.

—¡Dios mío! —exclamó estupefacta, al reconocerse. Su rostro perfecto y joven, y su blanca piel estaban cubiertos de manchas rojas, sus ojos café se tornaron verde menta y su cabello se convirtió en un mechón rubio. Tenía las manos ensangrentadas, mientras que todo era un caos a su alrededor. Gertrude vio la mano de Stephanie extenderse hacia ella.

—Bienvenida de vuelta, Minerva.

Entonces se acordó de su identidad oculta, de su verdadero nombre: Minerva.



**Jefferson Stiven Cuesta Ruiz** (San José del Guaviare, Guaviare, 2004)

Realizó sus estudios primarios en la sede Marcelino Gilibert. Cursa bachillerato en la institución educativa Santander de San José del Guaviare, y desde hace más de seis años se apasionó por la literatura y la escritura creativa. Integrante del taller permanente de escritores del Guaviare Guaviarí. Escribió el texto “Memorias de Minerva”, inspirado en las historias que le ha contado su señora madre. El género narrativo que más le llama la atención es la ficción. Aspira a convertirse en editor literario.

DAISY PLATA  
Taller Arauca Lee, Escribe y Cuenta  
Arauca, Arauca

# MI DULCE LUCÍA



Me despertó el sonido de las sirenas. Vi que Margaret no estaba junto a mí, así que, asustado, me levanté de la cama y me dirigí hacia el cuarto de Lucía, pero tampoco estaba. Escuché que gritaban mi nombre y pidieron que saliera con las manos arriba. Obedecí, aunque no sabía qué estaba pasando. Me dijeron mis derechos, me esposaron y subí al carro de policía. Pedí explicaciones, pero nadie me dijo exactamente lo que estaba pasando.

Cuando llegué, vi llorando a mi dulce Lucía de la mano de Margaret. José, apenas me vio, corrió hacia mí y me derribó de un solo golpe.

—¡Bastardo! ¡Cómo pudo! ¡Es solo una niña! —dijo.

Los guardias que iban conmigo me ayudaron a ponerme en pie, otros lo detenían.

No dije nada. Comprendí de qué me acusaba, pero yo soy inocente ante esto.

Conozco a José desde hace muchos años; antes que se alejara de Margaret, él y yo fuimos los mejores amigos, pero después de su divorcio nos alejamos. Yo empecé a salir con Margaret para distraer su mente. Poco a poco ella me fue dando confianza, me dejaba al cuidado de mi dulce y hermosa Lucía. La ruptura fue un golpe muy fuerte para ella, que acababa de cumplir cinco años y quedó descuidada. Yo fui su único apoyo y quien cumplía sus peticiones. Desde ese momento supe que la pequeña y yo queríamos lo mismo, ser amados.

Las salidas con Margaret se volvieron algo más oficial y empecé a vivir junto a ellas. Mi dulce Lucía creaba berrinches para que la dejáramos dormir junto a nosotros, aunque sé que en el fondo ella quería estar solo conmigo. Recuerdo que empezó jugando a realizar los que-

haceres de la casa en *shorts* muy diminutos y camisetas que dejaban su abdomen a la vista, entre juego y juego limpiaba la casa con un sensual movimiento de trasero de aquí para allá, mientras yo la observaba desde el sillón. Sonreíamos con dulzura. Todo lo que ella hacía era especialmente para mí, hasta su forma de decirme papá era provocativa, no dejaba de pensar en ella y menos en las noches cuando Margaret se volvía un poco intensa en cuestiones de la intimidad, donde forzosamente le cumplía, deseando que en vez de ella fuera mi dulce Lucía.

Cuando cumplió ocho años ya tenía toda mi atención, con su cuerpo aún sin desarrollar y listo para consumir el amor que tanto pedíamos... Debo admitir que decirlo de esta manera hasta a mí me da asco y deben de estar pensando que soy un sucio cerdo, pero ella era quien aprovechaba los momentos a solas para pedirme que la acompañara al baño, que le ayudara a echarse el champú, que le alcanzara los cucos o la ayudara a secarse. Mientras lo hacía, fingía que temblaba de frío y sonreía con esa boquita tan sensual que ponía al salir toda mojadita de la ducha. También la ayudaba a vestirse, a amarrarle los zapatos solo para mostrarme los cucos cuando alzaba el pie. Yo juro que al principio no quería acceder a nada con ella, pero había sentimientos de por medio. Nos amábamos, era obvio. Por eso accedimos a pecar. Las primeras veces lloró frente a mí, estaba nerviosa, lo sé, toda mujer se pone así cuando está por primera vez con alguien. Y sé que ahora también debe de estar llorando, pero no es porque yo le haya hecho nada malo, yo no le haría daño porque la amo, lo que pasa es que ella vio cuando Margaret me estaba besando el sábado pasado, pero no fue mi intención, yo fui claro desde el principio, mi dulce Lucía deberá recordarlo. Se lo dije, no siento nada por Margaret, a quien amo es a ella, pero seguramente ella debe estar vengándose de mí y por eso armó todo este espectáculo. Pero soy inocente. Y confío en la justicia colombiana. Sé que la vida me dará la oportunidad de salir, explicarle a mi dulce Lucía todo lo que ocurrió y pedirle a un juez de familia la custodia para poder vivir feliz a su lado.



**Daisy Katherine Plata Sabogal (Arauca, Arauca, 1999)**

Estudiante de Psicología de la Universidad Cooperativa de Colombia. Lectora de ficción, fantasía y terror. Para ella, la lectura y la escritura son un escape de la realidad. Desde hace dos años asiste al taller de cuento Arauca Lee, Escribe y Cuenta, Relata-Ministerio de Cultura.

LADYS LEMAS GARAY  
Taller literario Raúl Gómez Jattin  
Cereté, Córdoba

## NUEVO LOOK



Esa mañana, la ciudad estaba revolucionada. Mientras iba en el bus hacia la universidad, escuchaba comentarios sobre el reciente suceso. Dicen que el informe de Medicina Legal arrojó muerte por asfixia y contusión en el cráneo. “Posiblemente las golpearon antes de matarlas”, dijo mi mamá, mientras ponía un plato limpio en el escurridor. Luego me dijo que tuviera cuidado cuando saliera de la universidad y me prohibió llegar después de las siete de la noche, porque ya habían sido dos los cuerpos encontrados.

“Lo extraño no habían sido las muertes, sino la forma como murieron y lo que a ellas les quitaron”, comentaba el pasajero de atrás. No había sido por violarlas, pero sí por robarlas. Una vez asesinadas, según dicen, les quitaron cuidadosamente el cabello y las uñas. Lo del pelo puede ser entendible, pero ¿las uñas? ¡Vaya Dios a saber para qué nuevo negocio las utilizaban!

A decir verdad, lo que se comentaba no me preocupaba. Las dos estudiantes universitarias asesinadas habían sido bonitas, sus cabellos, cuerpos y caras eran envidiables y, eso sí: tenían uñas como si no lavaran un plato. En cambio, yo a duras penas podía llegar peinada a la universidad, y a mí sí me tocaba lavar platos y las uñas se me partían cada vez más con el estrés. ¿Para qué querrían matarme, si ni mi pelo ni mis uñas les hubieran servido?

En la universidad se sentía más la tensión, y en las facultades de psicología y derecho, donde ellas estudiaron, los estudiantes no habían asistido a clases. Me senté en la cafetería, que al igual que la biblioteca, estaba prácticamente sola. Necesitaba reunirme con Gabriela y Yohan para decidir los temas y el día para realizar el trabajo de estadísticas; así mismo,

para que ella me entregara el libro que le había prestado. Eran mis compañeros de clase más cercanos y con los que convivía más tiempo.

Gabriela, quien nunca pasaba desapercibida por sus nuevos *looks* y estilo (casi perfecta, como lo eran las asesinadas), ya que cada vez que ella lo quería lucía el cabello corto o largo, castaño, negro o rubio, al igual que sus uñas, unas veces cortas y largas. Le encantaba cambiarlos. Se acercó hasta donde yo estaba y me devolvió el libro de estadística que me había prestado la semana anterior. Aproveché para entregarle el detalle de cumpleaños que le debía y que le iba a encantar, pues era el esmalte de color rojo que tanto le gustaba para sus uñas postizas y una paleta de sombras. Acordamos la hora de un trabajo pendiente y se marchó.

Al rato llegó Yohan, y caí en cuenta de que ese día y a esa hora no iba a poder reunirme con ellos en la casa, ya que mi hermano estaría con sus compañeros de clases armando una maqueta. Así que le escribí a Gabriela. Debíamos buscar otro lugar, preferiblemente la pensión de Yohan. Nunca, o casi nunca, desde que la conocí, habíamos llegado donde vive.

La pensión era muy pequeña y caliente, así que tocó en la casa de Gabriela. Esa tarde, por mensaje me lo confirmó: el trabajo se realizaría en su casa. Yohan pasó por mí.

En el camino lo sentí muy preocupado. Me habló que le angustiaba pensar que lo sucedido a las anteriores estudiantes pudiera pasarle a Gabriela. A mí también me preocupaba, era mi amiga, pero el interés de Yohan más que por amistad era porque le gustaba. Quedamos en silencio.

Al llegar a la dirección que Gabriela nos había dado, un barrio de dinero (en sus fachadas se notaba), buscamos el apartamento 103. Ella nos abrió. La saludamos y nos invitó a pasar. Todos sabíamos que ella vivía sola en la ciudad.

Era muy luminoso desde que pasamos la puerta, y con sus tres espejos que alcancé a contar en su sala, nos reflejamos en todas las direcciones. No me pareció extraño, ya que Gabriela se divertía acomodarse el maquillaje, sus pestañas o cabello frente a los espejos. Entramos. Todos nos concentramos en el trabajo.

A eso de las cuatro y treinta de la tarde, dos horas después de haber llegado, no pude aguantar las ganas de orinar y no podía esperar hasta llegar a casa. El último dolor de aguantar las ganas me había costado una visita al médico. Le pedí prestado el baño a Gabriela. Aunque se

demoró un poco en responder, al cabo de un rato terminó indicándome el lugar donde estaba el baño de invitados. Me respondió que el de su cuarto estaba en arreglo. Creo que no le gustó.

En uno de los dos cuartos, a mitad del pasillo, que daba al baño, la puerta estaba entreabierta. Me detuve por el olor y el cabello amontonado al lado de un tocador. Sin decir nada, entré. La habitación era de ensueño: tres tocadores repletos de maquillaje, pelucas en todos los estilos, pintaúñas en una vitrina, especialmente rojos, y lo más notorio, uñas perfectamente arregladas y acomodadas en sus lugares. Encima de uno de los tocadores, una caja con cuatro compartimentos, y en ellas uñas con pedazos de carne aún. Unas pintadas de rojo.

¡Ah! Retrocedí. Sentí un fuerte dolor de cabeza, y un escalofrío recorrió mi piel. Tambaleé, pero logré sostenerme. Ahogué el suspiro entre mis manos y salí hacia el baño. Mi mente era un mar de confusiones. ¿Era Gabriela capaz de eso? Mientras, concluí que no había una banda tras el negocio de las uñas y el cabello.



**Ladys Lemas Garay** (Cereté, Córdoba, 1994)

Egresada del programa de Ingeniería Industrial de la Universidad de Córdoba. Es integrante activa del taller literario Raúl Gómez Jattin desde el año 2012. Ha publicado varios textos en la revista *Junta Letras* y en la antología *Con el perdón de los árboles*, del mismo taller.

LUZ ELENA HERNÁNDEZ GALEANO  
Grupo literario Manuel Zapata Olivella  
Montería, Córdoba

# OBSESIÓN



La habitación parecía una caja abierta; en ella había una repisa pequeña, un escaparate con unos cuantos vestidos, una cama de un solo puesto, un tocador de madera y cientos de recortes de revistas pegados en las paredes. En los últimos meses esta habitación se había convertido en el centro de atención de Jacinto Acosta, un jornalero de la finca La Gracia, que colindaba con la casa de los García. Todas las tardes, tras terminar su jornada, se dirigía hasta la pequeña colina situada en los linderos de la finca y permanecía durante horas detrás de un árbol de campano observando a través de unos binoculares la habitación de Mariela García. Siempre que le preguntaban por qué salía tan tarde del trabajo, él se excusaba con los achaques de la vejez.

La hora de entrada para los jornaleros en la finca era a las siete de la mañana, pero Jacinto Acosta empezó a llegar más temprano los últimos seis meses, lo hacía con el pretexto de desayunar antes de iniciada la jornada. Nadie sabía que a las seis en punto Jacinto llegaba al campano, sacaba de su mochila los binoculares que el hijo mayor le regaló en su último cumpleaños y esperaba el momento exacto en que Mariela entraba a vestirse para ir a la escuela. Ella abría la ventana de par en par, se quitaba la toalla y dejaba su cuerpo al descubierto; el cabello largo y húmedo le cubría la espalda, sus pequeños senos quedaban a la vista del viejo, que los observaba con lujuria en la distancia. Mientras ella empezaba a cubrir su cuerpo, él lo recorría una y otra vez con la mirada. Mariela terminaba de vestirse, salía con todos los libros y no regresaba a la habitación hasta que el sol empezaba a ocultarse. Jacinto Acosta la echaba de menos cuando no estaba, durante el día pensaba en la forma correcta de desvestirla, pero todavía no conseguía imaginar cómo

hacerla suya. Por la tarde la veía pasar, la muchacha danzaba como las gacelas, en el potrero que separaba las fincas. Jacinto corría de prisa al campano, luego Mariela abría la ventana para que entrara el viento de la colina y se volvía a desvestir con entera inocencia.

Jacinto Acosta era un hombre de edad avanzada, tenía la piel quemada por el sol y el pelo encanecido, su boca grande de labios gruesos todavía albergaba unos cuantos dientes. A pesar de sus achaques era un hombre fuerte, tanto así que podía completar tareas en el campo sin ayuda de otros; él aseguraba que esa fortaleza se la debía a sus antiguas prácticas militares. A su esposa la picó una serpiente cascabel y falleció, la herida se le infectó y no hubo cura que la salvara, sus dos hijos se casaron, uno se quedó viviendo con él en la casa de campo y el menor se marchó con su mujer a la ciudad hacía más de cinco años.

El viejo repartía su tiempo entre trabajar y observar a Mariela, pero una tarde se cansó de fantasear y llegó a visitar a los García, la casa de ellos era pequeña y constaba de tres habitaciones: la de Mariela; la de Antonio, el hijo menor de cinco años, y la de Alicia y Manuel. Ellos se dedicaban al cultivo de vegetales y les iba muy bien, cada tres días Manuel se aproximaba al pueblo más cercano para vender sus productos, ocasión que Mariela aprovechaba para salir, pues su padre solía regresar a altas horas de la noche. Su madre, por su parte, la dejaba salir, siempre y cuando volviera antes que Manuel. El viejo decidió ir de visita a la casa de los García y, como era natural por ese entonces, fue tan bien recibido por la familia que no dudó en regresar cada vez que quería ver de cerca a la muchacha; poco a poco, Jacinto Acosta se volvió un amigo más de los García.

Una tarde, Manuel salió a vender sus productos al Cocuelo, el pueblo vecino, y Mariela le pidió permiso a su madre para ir a bañarse con sus amigos al arroyo que justo pasaba cerca de la casa de Jacinto Acosta. El riachuelo tomaba una curva antes de llegar al camino y con el tiempo se había formado en esa curvatura una poza a la que llamaban Belén. Mariela le pidió permiso a su madre y esta se lo dio con la condición de que no regresara muy tarde. Mariela salió y en el camino se encontró a Jacinto Acosta, quien la convenció de ir a su casa a buscar una encomienda muy importante para su padre, y ella decidió acompañarlo; cuando llegaron a la casa él le sonrió y ella se sintió incómoda, no tanto por la mueca maliciosa, sino por la casa cubierta en su totalidad por la maleza; él le ordenó que esperara en el patio mientras buscaba la enco-

mienda, y estando dentro de la habitación dejó caer adrede una caja de herramientas. Mariela, al escuchar el estruendo, corrió hacia el interior de la casa, se dirigió hasta la habitación y encontró al viejo lamiéndose los labios con la lengua mientras la observaba fijamente. Lo último que la muchacha vio aquella tarde fue la mano de Jacinto Acosta con un pañuelo blanco acercándose a su cara.

Mientras tanto, la madre de Mariela caminaba de un lado a otro, rezando porque su marido no llegara antes que su hija. La noche se aproximó y también Manuel, cuando entró a su casa se reposó y preguntó por la niña de sus ojos, Alicia le explicó dónde estaba, furioso por la irresponsabilidad de su mujer salió de la casa en busca de la muchacha, se acercó al arroyo, pero no la encontró.

Jacinto había construido una cabaña a seis kilómetros de su propia casa, en medio de unos ramales y grandes árboles, una cabaña de madera que a larga distancia era difícil de divisar; en ella había copiado exactamente la habitación de Mariela, la había construido con el poco tiempo que le quedaba después de su trabajo y sus largas horas de observación. Era un lugar alejado. Sin embargo, Humberto, un colega de Jacinto, había visto la cabaña cierto día cuando iba en busca de unos de sus cerdos que habían escapado del corral, pero este no le dio mucha importancia a la presencia de la cabaña. Jacinto entró a la habitación donde se encontraba Mariela, tenía un pantalón corto amarrado con una correa de cuero a la cintura y llevaba desabotonada la camisa, que en el pasado fue de color blanco. Lentamente se hizo al lado de Mariela, quien no paraba de gritar, el viejo le dijo que llevaba catorce meses y siete días esperando por ese momento y le aconsejó que no gritara, porque nadie la iba a escuchar. Su hijo mayor se había marchado con su esposa a una vereda a cuidar una finca y la casa más cercana, que estaba a seis kilómetros si se tomaba el atajo del riachuelo, era la suya. Poniéndola en contexto, se acercó, la desnudó y le tapó la boca.

Al no encontrar a su hija en la poza Belén, Manuel se dirigió a casa del amigo de su hija y le preguntó por ella, pero el muchacho no le dio razón, dijo que habían quedado de encontrarse en la poza para compartir con varios amigos más, pero ella nunca llegó, así que suponían que su madre no le había dado permiso y al caer la noche cada uno se fue a su casa. Él les pidió ayuda al chico y a sus padres para buscar a su hija, la buscaron por todos lados sin tener éxito; abrumado por la desesperación, decidió ir a la casa de Jacinto, tocó la puerta varias veces pero nadie le abrió.

Hacían un recorrido por los alrededores cuando de lejos lo vio venir y al encontrarse este argumentó que estaba limpiando unas matas de plátano que tenía en una parcela no muy lejos de allí, le preguntó el motivo de su visita y Manuel no dudó en contarle, entre lágrimas y sollozos, que su hija había desaparecido; al escuchar esto, el viejo fingió sorpresa y se ofreció a ayudarlo a buscar a la chica, también llamó a sus pocos amigos jornaleros para que se unieran a la búsqueda.

Durante varias horas buscaron por todas partes, no dejaron casa sin visitar y recorrieron los alrededores del pueblo, las pozas y algunos lugares alejados pensando que tal vez estaría ahí. En vista del tiempo, Jacinto le dijo a Manuel que ya era tarde, que lo mejor era suspender la búsqueda y continuarla al día siguiente, pues ya habían buscado en todas las casas de la zona. Humberto recordó entonces la cabaña que había visto aquel día en que buscaba sus cerdos, le pareció extraño que, siendo Manuel su amigo, Jacinto no contara la cabaña dentro de los lugares que restaban por visitar; cuando se retiraban hacia sus casas con la esperanza de encontrar a la muchacha en el camino de regreso, Humberto se acercó a Manuel y le contó de la existencia de la cabaña en aquel apartado lugar.

El padre no se sintió convencido de tal cosa y decidió irse a casa, pero estando en la cama la idea de la existencia de la cabaña empezó a tomar fuerza en su mente, se preguntaba quién habría podido construirla en aquel lugar tan oscuro y alejado. La curiosidad y el miedo no lo dejaban conciliar el sueño, se levantó de la cama, miraba a su esposa, que se había quedado dormida en medio del llanto, se dirigió a la sala, se puso un pantalón que estaba sobre una silla, la camisa que llevaba puesta durante todo el día y unas botas de caucho. Salió en busca de aquella cabaña que Humberto había mencionado.

Conforme se iba acercando apresuraba el paso, y al llegar al lugar vio que a través de las hendiduras de la puerta y de algunas tablas mal clavadas salía luz; eran velones esparcidos por toda la sala. Tocó a la puerta varias veces y se desesperó porque nadie abría, cuando era seguro que había alguien dentro. El viejo, que estaba al lado de la muchacha, no emitió sonido alguno, y en su temor por ser descubierto le tapó la boca a Mariela con ambas manos. La muchacha le mordió los dedos y alcanzó a gritar. Manuel tumbó la puerta a patadas y se apresuró, atravesó la pequeña sala y llegó a la habitación. Jacinto se levantó de un salto al escuchar el ruido de la puerta cayendo y se escabulló por la ventana,

el padre de Mariela corrió tras él. Empapada en sudor y tendida en la cama sobre una mancha de sangre desplegada sobre las sábanas, Mariela lloraba sin moverse, sus cabellos le tapaban el rostro húmedo.

La luna estaba clara y el viejo cojeaba. Manuel lo persiguió en medio de los matorrales y a orillas del arroyo lo alcanzó, de su mochila sacó el revólver que siempre cargaba al salir de casa y le disparó. Jacinto Acosta cayó de bruces junto a la poza Belén.



**Luz Elena Hernández Galeano** (Turbo, Antioquia, 1999)

Estudiante de Administración en Finanzas y Negocios Internacionales en la Universidad de Córdoba, donde integra el grupo literario Manuel Zapata Olivella desde el año 2017. “Obsesión” es su primer cuento publicado.

MARÍA ALEJANDRA GARCÍA MOGOLLÓN  
Taller Páginas de Agua  
Sincelejo, Sucre

## CABEZAS TROFEO



Los pies del pequeño Kone seguían rápido a los de su madre, Akotá. La peregrinación había comenzado, los rituales y sacrificios debían efectuarse antes de la cosecha. La nación entera se reuniría en lo alto de los montes para continuar con la creación del enorme altar de adoración para sus dioses Boto (la orca) y Kon (el felino). En honor a este último, el hijo de Akotá llevaba una parte de su nombre. El pequeño ya había iniciado la etapa de transformación de su cabeza, con la apretada tira de color rojizo que ayudaba a dar forma y semejanza a la deidad suprema.

El recorrido bordeaba las líneas, sin pisarlas, que servían de guía para llegar al punto de encuentro cerca del río, retomar los rituales, los cánticos y el sonido profuso de los instrumentos tubulares provistos de alturas que llegarían al oído de los dioses. Akotá contaba entre su cabello los amarres hechos por cada peregrinación, largos, tejidos desde el nacimiento del cabello hasta su cintura, el que solo liberaba para las danzas de cada peregrinación. En sus adornos de las telas y amarres del cabello se podían apreciar los colores propios de una mujer admirada y seguida por las otras mujeres, quienes junto con Akotá decoraban las vasijas con los colores de su comunidad y recreaban la cantidad de cabezas que ya habían aportado a los dioses en las ceremonias. Los hombres bebían de esas vasijas, en memoria de aquellos días en los que lo hacían de las cabezas trofeo en cada peregrinación.

Las niñas se involucraban en el proceso, aprendían de sus madres a tratar los tejidos, adornar la cerámica, dibujar y contar las cabezas. Las jovencitas aprendían a mantener en buen estado las líneas de aquella figura que representaba su comunidad dentro de la gran nación; con sus manos juntaban las piedras, despejaban el camino en las noches para

que el rocío en la mañana bañara la especie de polvillo que endurecía y juntaba las piedras, pues con el calor del día se formaba una capa que sellaba aún mejor el trabajo. Kuna, la hija mayor de Akotá, estaba entre ellas, le gustaba dar forma a la gran ofrenda que los representaba, solo no quería aprender a deshollejar las cabezas de los hombres que eran decapitados para el ritual; estas cabezas debían ser limpiadas en la profundidad del músculo y los tejidos y luego regresaba la piel a darle forma a la momificación, para después ser colgados antes del iniciar el rito.

Kuna lloró, pues ya debía ser parte de estas Iltaras (quienes hilan la sangre del sacrificado), pues todas debían ser parte del proceso. Sus tejidos ya habían sido manchados desde el interior, cuando un hilo de sangre corrió por sus rodillas y ella completó el reposo de cara a la tierra por el periodo de tres lunas que se completaron con la llegada de todas las demás comunidades de la gran nación nazca.

Algunas mujeres que acompañaban a Akotá habían hecho el viaje a los túneles debajo de las grandes líneas, desde la entrada construidas en piedra en forma de espiral. Se juntaron para extraer un poco del agua que habían reservado para la cosecha y ahora servirían para dar el bunó o purificación, y así dar inicio al ciclo de la nueva Kuna. Al estar lista para ser parte de los jóvenes de la preparación de las cabezas trofeo, fue llamada por los ancianos supremos y le fue impartida la primera instrucción con uno de sus amigos. Ité era su nombre.

El asentamiento de donde venían era lejos de las grandes montañas, por eso sus ropas ya estaban rotas y por ser de texturas de simple aspecto y sin color (como eran reconocidos los pobladores de más bajo rango) había sido elegido para las lecciones de decapitación de los jóvenes y de desollamiento y limpieza de las jovencitas.

Kuna e Ité se miraron; los hijos de la infancia se entrelazaron con lágrimas de la juventud. Ella sabía que no podía quitarle la piel a quien le había dejado aprender a pescar con la red por muchas manos, como se solía hacer solo entre hombres. No podía permitir que le quitaran la cabeza a quien la salvó de ahogarse en el mar, gracias a la piel de león marino inflada que Ité le arrojó para que se sostuviera y volviera a la orilla. Así que Kuna engañó a los ancianos y le dijo que ella misma decapitaría al joven, pues ella iba a ser parte de las pocas adoradoras de Boto, quienes con su fuerza y tenacidad se enfrentaban a los hombres en guerras y a los terrores del mar. Solo les pidió que le permitieran llevarlo con ella al ojo de Boto, la figura hecha por la nación nazca,

para allí verter su sangre y hacer el tributo mayor. Todos le permitieron partir, como era costumbre, con sus herramientas y la vestimenta nueva de Botoanis (indumentaria de las adoradoras de la diosa Orca). Debía regresar al cabo de dos lunas con la cabeza pendiendo de su espalda.

Kone estaba en brazos de su padre Ukune, observando cómo su Kuna se alejaba con el joven Ité. Los hombres, por su parte, estaban preparando la elección de las próximas cabezas trofeo por cada grupo, afilaban sus herramientas, bebían y hacían ritos de fertilidad entre sus mujeres. Akotá fue recibida como premio de los hombres de mayor rango que Ukune. En estos actos pasaron tres lunas y Kone no llegaba al asentamiento y el superior de Ukune, que esperaba por ella para la posesión total de las mujeres de la familia y llevarla como posesión, dio la orden de buscar a la joven Kone.

La respuesta de los vigías y protectores de las líneas de la nación nazca llegaron con el reporte de la huida de Ité y Kone. Ya el otro lado del río no permitiría encontrarlos, pues la ceremonia de cosecha merecía toda la atención y debían sumarse más cabezas trofeo a la adoración de los dioses.

En la madrugada fue ordenado que Akotá hiciera su parte en el centro de las grandes líneas del dios Bone (línea de la figura de la orca). Justo con el primer rayo de sol recibió la cabeza de Ukune para hacer lo debido y regresarla limpia para ser el recipiente de bebida de los grandes generales que cobraron la deuda de Kone.



### **María Alejandra García Mogollón** (Bogotá, D.C., 1983)

Doctora en Ciencias de la Educación. Docente universitaria y jefe de departamento de la Corporación Universitaria del Caribe (Cecar). Directora y productora del programa radial *Cafeletreando*. Invitada al Cuarto Encuentro de Mujeres Poetas del Caribe colombiano, en 2017. El consejo académico y directivo de las organizaciones gremiales de prensa del país le otorgó la condecoración honorífica Obelisco Dorado, categoría El Apuleño 50 años Fenalprensa, de la Magna Cruz Bolivariana por su labor y su obra en Colombia y Latinoamérica en la poesía, la música y el periodismo, en 2016.

JUAN ESTEBAN CLAVIJO MACÍAS  
Taller La Voz Propia  
Pelaya, Cesar

# LA TORTUGA NICOLASA VS. LA RANA ZOOLÍMPICA



Los bosques son lugares llenos de muchos árboles, pero también de animales. En el bosque donde ocurre esta historia vivían, además del tigre, el lobo, la zorra, el conejo y todos los demás animales que aparecen en otros cuentos, una tortuga y una rana.

Pero esta rana no era una rana cualquiera. No, señor. Esta rana había sido entrenada para ser campeona zoolímpica. Había estudiado en los mejores colegios del bosque y había hecho cursos en el gimnasio de las libélulas para desarrollar mucha velocidad.

La tortuga Nicolasa no se quedaba atrás. Cada mañana salía a caminar alrededor de la laguna casi dieciséis kilómetros al día. Quería demostrarles a todos que era una tortuga diferente. Por eso aceptó enseguida cuando la rana zoolímpica le dijo que si apostaban quién le daba la vuelta a la laguna más rápido.

La rana nunca había gustado de la tortuga, ¡la odiaba tanto! Lo que más le disgustaba a la rana era que la tortuga cada mañana saludaba a todos sus vecinos con una sonrisa y un “¡Buenos días!”.

La rana sabía que mientras la tortuga fuera feliz, ella no podría seguir viviendo en el bosque. ¡No cabían las dos en el mismo bosque!

—Ya sabes, tortuguita tonta: si pierdes, tendrás que irte de este bosque.

—¿Y si gano? —preguntó la tortuga.

—Si ganas, tendré que irme yo. Pero eso no va a pasar. No soy tan confiada como la liebre del otro cuento.

Todos los animales del bosque estaban en la línea de salida, y en la línea de meta solo estaba la juez jirafa. En la línea de salida, Gordokeo el Gorila dejó caer un gran coco y la carrera comenzó.

No había dado más de tres pasos la tortuga Nicolasa, cuando ya la rana zoolímpica había pasado por su lado, solo le echó brisita.

Pasaron muchas horas y la tortuga seguía caminando a paso lento, pero seguro. Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar a la meta, Nicolasa escuchó gritos:

—¡Auxilio! ¡Alguien que me ayude!

Se acercó y exclamó:

—Tontita. ¡Cómo pudiste caer tan bajo!

La rana se hundía en un pantano. Apenas asomaba su boquita y con ella pedía auxilio.

Como pudo, Nicolasa la sacó de las arenas movedizas y la subió sobre su caparazón. Allí descansó durante varios minutos y se recuperó.

Siguió la competencia con su carga. La tortuga conocía bien el lugar que iba pisando. Cruzaron la meta juntas. La juez jirafa dictaminó:

—Empate, empate. Las dos se van de este bosque.

Entonces la rana zoolímpica dio un tremendo salto y dijo:

—No, señora. La ganadora es mi amiga la tortuga, a quien le pido perdón por haberme portado tan mal.

Nicolasa la abrazó y compartió su premio con la rana. Abrieron el sobre y decía: “Has ganado un año gratis para dos animales del bosque en el gimnasio de doña Marimonda”.

Doña rana y doña tortuga entrenan juntas cada día. Sueñan con convertirse en campeonas en las próximas Zoolimpiadas del Bosque 2024.



### Juan Esteban Clavijo Macías (Pelaya, Cesar, 2009)

Cursa cuarto grado en el Instituto Pedagógico Cristiano Semillas de Esperanza de Pelaya, Cesar. Le encanta leer, cantar, es un excelente trovador, pertenece al grupo de teatro Semillas y le fascina escribir historias. Pertenece al taller Relata La Voz Propia de Pelaya desde enero de 2019. Sueña con ser un gran cantante.

CRISTIAN DAVID PEINADO BAYONA  
Taller La Voz Propia  
Pelaya, Cesar

# LA LEYENDA DE “PUEBLORO”



Cuando estaba más pequeño, mi padre me contaba muchas historias. En algunas de ellas me hablaba de piratas malvados que atacaban otros barcos para robarlos, historias de espantos, de brujas, de princesas, pero la que más recuerdo es la leyenda de “Puebloro”.

Al comienzo todos lo llamaban Pueblo Viejo, porque todo ahí estaba oxidado y no servía para nada. Las palas, los azadones, los machetes y los martillos estaban tan viejos que nadie podía trabajar allí. Nadie quería vivir allí, ni siquiera aquellos que nacían en ese pequeño pueblo.

Una noche, la gente empezó a salir de sus casas asustados. Como los gritos venían del río, todos empezaron a correr hacia la montaña. El río estaba muy crecido.

Desde la montaña, vieron cómo el río empezaba a tapar todo el pueblo: a cada calle, a cada casa, a cada árbol se lo tragó el agua. Las personas pasaron casi una semana en la montaña. A los ocho días, el agua empezó a bajar y las personas empezaron a volver a sus hogares.

Lo más bueno empezó a pasar, el agua que antes cubría todo el suelo, había desgastado la tierra de las calles y empezó a brotar un metal brillante y dorado, la gente empezó a sacarlo con azadones, palas y hasta con sus propias manos. Era tanto ese metal que llenaron muchos costales, porque estaba por todo el pueblo.

Los bloques de oro hacían un camino muy largo. En una sola calle encontraron 125 bloques de oro. Los señores cargaban los costales en camionetas o en burros.

Al día siguiente de empezar a brotar el oro, la gente dejó de llamarlo Pueblo Viejo y lo llamaron “Puebloro”.

Todo comenzó a cambiar en ese pueblo. Llegaron muchas personas de otras partes. Había muchas peleas y cantinas por todos lados. La gente dejó de ser humilde. Cada uno quería demostrar que era más rico que su vecino. Siendo un pueblo tan pequeño, no cabían los carros, los buses, las tractomulas, los automóviles. Eran muchos.

Cuenta la leyenda que todas las personas empezaron a hacer huecos por todas partes. La cancha de fútbol, el hospital, el cementerio, las calles del pueblo, las escuelas, las tiendas. La gente no pensaba en otra cosa, sino en hacer huecos, porque entre más huecos hacían, más oro aparecía.

La gente no podía creer que un pueblo antes tranquilo podía llegar a ser una gran mina de mucho oro, llena de visitantes de todas partes.

Una noche, el agua del río empezó a crecer de nuevo y la gente corrió hacia la montaña para salvarse. Todos corrían, pero como el oro era tan pesado no pudieron sacarlo de sus casas. Esta vez pasaron muchas semanas y muchos meses en la montaña, porque el agua seguía en el pueblo y todo quedó sepultado por el agua.

Las personas ahora tienen trajes de buzo, para tratar de sacar el oro que quedó en lo profundo de la laguna y que nadie ha podido volver a encontrar.

Las personas piensan que esta es la historia del Dorado, pero mi padre me dijo que no es verdad y que la culpa de que este pueblo ya no exista no es del río, sino de las personas que quisieron cambiar la tranquilidad de Pueblo Viejo por las riquezas de “Puebloro”.



**Cristian David Peinado Bayona** (Pelaya, Cesar, 2009)

Cursa cuarto grado en el Instituto Pedagógico Cristiano Semillas de Esperanza de Cesar. Miembro del grupo de teatro Semillas. Le encanta leer, escribir historias y sueña con ser ingeniero de sistemas. Pertenece al taller Relata La Voz Propia de Pelaya, Cesar, desde enero de 2019.

AURORA ELENA MONTES  
Taller José Manuel Arango  
Valledupar, Cesar

# ESPERANDO



Al final lo dijo. Lo pensó tantas veces, lo repitió una y otra vez en su cabeza, en medio de la furia, apretando sus dientes, clavando las uñas en la palma de las manos, esperando tener el coraje de hacerlo. Fueron innumerables las noches sobre la cama mirando la bóveda del techo salpicado de insectos muertos y pensando cómo decirlo, cómo soltar ese atasco sin despeñarse, cómo romper con todo sin dar marcha atrás.

Hace mucho tiempo soñaba que caía por un acantilado, una caída sin fin. Su cuerpo estaba en el vacío siempre. Una noche tras otra sin caer. Lo que en un principio parecía algo anecdótico pasó a ser molesto y, tiempo después, simplemente desesperante. Despertaba a las dos, tres de la madrugada. Ya no quería dormir porque sentía que dolía estar allí cayendo eternamente. Quería caer, sentir el cuerpo golpear contra el suelo. Esa imagen de su cuerpo despedazado en el piso, que a muchos les puede aterrar, para ella era la salida a la angustia y desesperanza que significaba estar colgando. Después, el sueño desapareció. Sin avisar, así no más, como llegó se fue.

Lucía mi madrastra pensaba mucho, pensaba tanto que muchas veces cuando estaba frente a ella y me hablaba, sentía que ella estaba pensando en otras cosas, entonces trataba de buscarle en sus ojos, pero no me veía en ellos. Era hermosa, con una belleza sin artificio, simple. Se casó con mi padre como quien va y paga el recibo de la luz, ellos fueron a la notaría, regresaron, pidieron un domicilio, almorzaron en el patio y después vieron las noticias en televisión. Resultaba curioso verlos; mi padre, un hombre enérgico, que se sentía apenas cruzaba la puerta, y ella, una mujer fría que desconfiaba hasta de Paco, el perro de la casa. Advertía conspiraciones y atalayaba enemigos en todas partes,

el universo conspiraba contra ella, de tal manera que sentía que debía librar las batallas sola.

No cocinaba, la comida siempre la compraba en el mejor restaurante del pueblo. A mí me daba igual porque la mayor parte del tiempo la pasaba donde la abuela y allí sí que eran fanáticos de la comida. Papá comía en la finca. El que le hacía los mandados era un compañero de clase, el Tite Amaya, compraba el almuerzo a diario y ella le daba una propina generosa. Solo debía seguir unas recomendaciones estrictas, como un proceso *kosher*. Si se saltaba una de esas indicaciones rechazaba la comida. La comida rechazada terminaba en el estómago del Tite.

La cuestión era que el Tite, después de comprar el almuerzo, no debía pasar por ningún motivo por la casa de Esther Peñaloza, enemiga acérrima de mi madrastra. Bueno, eso era lo que ella pensaba, porque tenía entendido que Esther Peñaloza jamás había tenido ningún roce con ella. Para ir al restaurante se pasaba por la casa de Esther, pero evitarlo implicaba aumentar el tiempo de recorrido y eso fastidiaba al Tite. Mi madrastra lo que exigía era no pasar por la casa con el almuerzo, de ida se podía pasar pero de regreso con el almuerzo, de ninguna manera.

En realidad, Tite siempre pasaba con el almuerzo por la casa de Esther Peñaloza; de vez en cuando, si el almuerzo se veía bueno, Tite le decía a mi madrastra: “Qué pena, doña, estaba distraído y terminé pasando por la casa de la señora Esther”. Eso era como kriptonita para Supermán. Ese almuerzo debía salir de la casa lo más pronto posible. Cuando regresaba de la casa de la abuela me encontraba con Tite en el andén almorzando. Adentro, en el patio, estaba mi madrastra sentada en una mecedora mirando las trinitarias... y pensando.

Como papá casi nunca estaba en casa, nos convertimos en las únicas habitantes. Cuando ella entraba a una habitación, yo salía; si ella salía, yo entraba. Aprendimos a sincronizar entradas y salidas de manera que coincidíamos en muy pocas ocasiones. Sin embargo, cuando tenía oportunidad yo la observaba, seguía sus rutinas, el uso que le daba al tiempo, buscando entender a esa mujer que se mostraba ante mí como el más grande misterio en mis años de adolescente. Desde el balcón que daba al patio, podía verla sentada frente al jardín leyendo. Leía bastante, novelitas de *Corín Tellado*, *Jazmín*. Tenía una caja enorme de estas historias, al igual que revistas como *Vanidades* y *Cosmopolitan*. Resultaba curioso verla leyendo estas revistas que hablaban de mujeres independientes, de viajes, de libertad, mientras sus mejores años se

consumían en una casa enorme de un pueblo tumbado a los pies de la serranía del Perijá.

No era cercana a su familia. Tenía dos hermanas a las cuales solo vi en un par de ocasiones, una de ellas fue cuando murió su mamá. La acompañé al funeral con papá. Solo estuvo allí oyendo los responsos, impávida con su vestido negro y el pelo recogido. Pero era como si no estuviera, yo trataba imprudentemente de ver en esos ojos y no veía nada.

En otra ocasión estuvieron de visita en casa, ella las recibió de manera solemne, les ofreció café y se sentaron en la sala, la conversación versaba sobre la sucesión, le extendieron unos papeles que ella firmó. Se despidieron sin abrazos, sin besos, sin afectos.

¿Puede una persona no tener afecto hacia nada?

Cuando leí *El extranjero*, entendí que sí.

Papá le traía los libros de la finca cada quince días y ella se los organizaba en un fin de semana, le hacía un presupuesto, organizaba la nómina y liquidación de los empleados, pagaba impuestos y seguridad social. Lo hacía con eficiencia. Me entregaba una mesada quincenal, cuando yo quería algo más no lo obtenía, era inflexible. Para eso recurría a mi padre, quien me entregaba el dinero a escondidas.

Toda su vida estaba medida por una cuadrícula y yo no encajaba en ella. Me gustaba ir todos los sábados a cine, era de los pocos entretenimientos que había en el pueblo; después nos reuníamos con los muchachos en casa de Madeleine y regresaba a casa a eso de las doce. Eso le molestaba, no me abría la puerta. Me saqué una copia de las llaves, entonces le ponía pasador a la puerta. Saltaba la tapia y dormía en el patio. A veces Pablo saltaba también la tapia y nos quedábamos besándonos un rato. En una ocasión la vi observándonos desde el balcón.

A partir de allí las cosas empeoraron, me quitó la mesada. Le comenté del asunto a papá por radioteléfono y él no dijo nada. Quince días sin plata hasta que él vino a casa y me dio dinero sin que ella se enterara. Después de eso me quedé un mes donde la abuela, en esa casa llena de ruido con las puertas abiertas de par en par siempre, donde se reían mucho y se pensaba poco. Esa era la clave, pensar poco, cuando piensas mucho empiezas a verle todos los defectos a la vida, todas las piedras y aristas.

Volví a casa porque mi papá me obligó, que se veía muy mal que no estuviera viviendo en casa, los demás iban a decir que él era un mal papá.

Volví con la condición de que iba a ir a cine todos los sábados y que además iba a ir a lo de Madeleine.

Prometí no saltarme la tapia con Pablo y menos *besuquiarme* con él en el patio.

No volví a saltar la tapia, ahora me besaba con Pablo en el antejardín, me recostaba contra el árbol de cañaguate mientras sus manos temblorosas de adolescente inexperto recorrían mi cuerpo. Cuando con una sonrisita cómplice despedía a Pablo, podía ver la cortina corrida con la figura de mi madrastra proyectada en la ventana.

Me propuse fastidiarle la vida, cuando Tite le traía el almuerzo tiraba frases como:

—A mí me pareció ver a Tite pasar por donde Esther Peñaloza con el almuerzo.

Esto lo decía justo cuando se había comido la mitad. Iba al baño y vomitaba.

Después de hacerlo varias veces, Tite perdió su trabajo y no me habló por un mes.

Papá cada día venía menos, los rumores eran que tenía otra mujer. Mandaba los libros con el capataz, un hombre que mi madrastra detestaba y al que atendía en la terraza para no dejarlo entrar a la casa.

Estábamos por terminar el año escolar y Pablo venía a casa a explicarme química, porque necesitaba un ocho para pasarla. Ya había venido un par de veces y nos sentábamos en el comedor, me explicaba hora y media y se iba. Durante todo ese tiempo mi madrastra se encerraba en su cuarto, y cuando calculaba que el tiempo había concluido pasaba al patio a regar las plantas. En la última clase antes del examen final yo no quería estudiar, le abrí varios botones a Pablo de la camisa y pasé mi mano sobre su pecho, él me besó suavemente y me acarició el cuello. Me levanté y me senté sobre sus piernas besándolo con intensidad. Algo se rompió y los cristales se esparcieron por todo el comedor. Ahí estaba mi madrastra mirándome con desprecio. Pablo se levantó como un resorte y salió antes que yo pudiera reaccionar, me sostuve con fuerza del respaldo de la silla para no caerme.

—Zorra, qué más se podía esperar de ti; igualita a tu madre.

—No hables de mi madre.

—Hablo lo que quiera de ella, una puta que abandonó a su hija para irse detrás de un macho.

—Tú qué vas a saber —le dije—. Ella se fue de aquí para huir de esta vida de porquería; ella por lo menos quería algo más y lo buscó, no se quedó aquí como tú esperando por un hombre que mientras tú estás aquí sentada pensando y leyendo novelitas pendejas, él se está cogiendo a otras.

Me partió la boca de una bofetada, el labio inferior sangraba y la cabeza me dolía fuertemente. La miré y vi sus ojos vacuos, había un vacío allí, como el vacío por el que cayó tantas veces en sus viejos sueños. Entonces lo dijo:

—Siempre te he odiado.



**Aurora Elena Montes R.** (Valledupar, Cesar, 1971)

Psicóloga. Trabaja como orientadora en una institución pública de la ciudad. Asiste al taller José Manuel Arango desde el 2012. Sus textos aparecen en *Antología Relata*, *Antología de escritores del Cesar* y *Antología caribe*. Para ella, la escritura es ese espacio de liberación en el que la felicidad es posible.

CINDY HERRERA  
Taller Cuento y Crónica  
Cartagena, Bolívar

# DE BARBIE Y OTROS JUEGOS PERVERSOS



“No lo oculto, me hice implantes de seno porque quería ser perfecta”. Eso lo leí en una de esas revistas de las que tienen aquí. Hablaban allí de un tal “síndrome de la Barbie”. Fue el día de mi cumpleaños, mientras la buscaba a usted para hablar. Creo que ha sido mera casualidad.

Yo hubiese preferido un hombre con más porte, de camisa, un poco más agraciado o más corpulento, no tan real. Pero no un Kent. Es que tal vez uno no decide eso. Usted pensará que estas cosas no son de gente adulta, pero créame que ha habido más muñecos que hombres en mi vida, tantos, que he dudado seriamente de si soy una. El plástico me recuerda a las Barbies, y a nadie le gustaría una vida como la de ellas. ¡Es un montaje! Todo es como si jugaras y fueras parte de un set de televisión en miniatura, partes desarmables como fragmentaciones de lo que somos, ¿no le parece? Hablo ridículo, ¿cierto? Lo más frustrante de ser una muñeca debe ser el no poder comer, una tentación como la de un hombre duele mucho ante la imposibilidad de no poderse lo tragar. ¿Sabe? A mí me hubiese gustado comérmelo de verdad, con deseo. Era lo normal, ¿no? ¡Qué impotencia! *Inmadurez mental* le deben decir a esto, pero es que, póngase a pensar, no le digo que piense como yo porque es absurdo, pero póngase a pensar: se llega a una cama donde no se hace el amor porque el Kent no responde, porque no tiene con qué. ¿Alguna vez se ha preguntado por qué la Barbie no envejece? Ella tiene el elixir: no tener sexo. Pero su vida es triste, a veces la compadezco. Sus días no tienen nada más que a una niña que juega con ella, que le cambia de ropa, la sienta en la silla, intentando introducirle comida

que no le entra, para luego llevarla al salón del té a soportar visitas de otras muñecas con los mismos rostros plásticos, maquillaje tieso, inventándole una voz, procurando hablar de cualquier cosa que una niña de once años tolere, todo esto sin más pretensión que ser usadas. Paradójico, le digo, porque siempre terminaba abrazándolas por las noches aunque las odiara, tal vez para que no se sintieran igual de inútiles y desprotegidas que yo.

Nunca me gustó esa muñeca, ¿sabe? Siempre se lo dije a mi padre, pero él tenía un afán por metérmela cada cumpleaños. La muñeca. El juego comenzó desde los once, la edad en la que supuestamente estamos aptas para jugar con ellas. ¿Quién decide cuándo estamos aptas o no para jugar con cosas como esas? Es como si estipularan la edad en que se debe perder la virginidad. Ese año fue la primera vez que me regaló una. Estaba metida en una caja con un moño rosa. Después, él mismo pintó el cuarto de rosado y cada cumpleaños me hacía el mismo regalo y la misma visita por las noches. Me compraba todas las películas, todas las revistas; banalidades que nunca pedí. No me preguntó si me gustaba lo que hacía.

Oiga, en estos últimos días me ha dado más vueltas en la cabeza por qué me fijé en mi marido. Debe ser por eso, porque no se parecía a él, a papá. Pero lo digo, yo pude haberme fijado en alguien un poco menos gracioso, uno con camisa de cuadros, ¿las ha visto? Son bien bonitas, no es porque se parezcan a las del Kent, créame, es que tengo un fetiche con ellas, la tela gruesa. Su textura aún la siento como si la tuviera dentro. Cosas mías, no preste atención. En todo caso, me hubiera gustado un hombre un poco más grueso o que no hablara tanto, uno que no me preguntara o reclamara las poses de una “vida normal”. Usted sabe que no la he tenido. ¿Quién tiene una? Los pedazos de mi casa ya no se pueden armar y no hay quien me ayude a pegarlos. Cuando era niña golpeaba a las Barbies contra las barandas de la cama y luego buscaba goma de zapato para ajustarle de nuevo los brazos y la cabeza. De todas formas, creo que la Barbie salió con más suerte que yo. El Kent puede estar capado, pero de eso solo se entera ella y las tres paredes convertibles de su casa, porque de ventanas para afuera él sigue siendo la envidia de los juguetes masculinos, el protagonista de las películas de bajo presupuesto de los festivos y el novio con el que todas las niñas tienen sueños mojados. Yo nunca fui de esas niñas. Detestaba los Kent, mi padre lo sabía. Odiaba sus manos tiesas, su cuerpo con forma de

falo masculino, su cara de felicidad pervertida intentando penetrar con facilidad las noches y mis sueños.

Ayer soñé de nuevo cosas que parecen recuerdos hoy. Era mi cumpleaños. Alguien llamó a la puerta. El peso de esta barriga me estaba matando, no daba para ponerme de pie. La casa de Barbie no tiene puertas, nadie molesta tocando timbres, ¿no ha visto que nosotras nos inventamos onomatopeyas como la de los timbres o los gemidos mientras jugamos para sentirnos un poco más... útiles durante el juego? “¡Ya voy!”, grité entonces desde adentro. Abrí la puerta. Así sea por curiosidad, terminas por abrirle a lo que sea que está del otro lado.

Encontré a mis pies un paquete con un moño color rosa. Lo tomé. Cada año que pasa el rosa se me hace más espantoso y me produce más náuseas. Dentro de mí tengo otra vez un deseo extraño como... esa escena de encuentro nocturno con el Kent, en la que yo me asombraba de la aparición de su pene, o las acaricias de Barbie en las piernas y mis labios, o tal vez la inocencia de creer que mi papá algún día me amaría como un padre debe amar a su hija.

Entré a la casa. Sentí un pequeño dolor justo debajo de la pelvis, como una patadita. El paquete tenía, como le dije, un moño rosado; aunque era feo, me causó curiosidad porque parecía hecho por un niño. Me recordó a los que hacía papá para mi cumpleaños. Estaba envuelto con un papel barrilete desteñido por el agua o por lo viejo, no sé. Al sacudirlo parecía ser una muñeca. Inevitable. Reconozco cómo suena lo vacío, suena a Barbie. “Otra vez papá”, pensé. Me dieron ganas de orinar, como cuando niña. Abrí la caja y ahí estaba, Barbie venía con su Kent. Se había discontinuado esta versión desde que yo tenía once años, ya no los vendían. Edición limitada; no tuvieron éxito porque eran muñecos muy raros; parecían humanos. Nadie los quería, a ninguna niña le gustaron y a mí me daban miedo. Aún los conservo.

Comencé a sudar. Por un momento creí ver que la Barbie también lo hacía. Me puse a manosear el cabello de la muñeca. Nunca había visto que algo se pareciera tanto a mí, me daba la impresión de que me veía con la misma curiosidad con la que yo la reparaba. Nos llegamos a confundir. Se me estaban hinchando los pies. Yo me enamoré de un hombre un poco más hombre, uno sin camisa, uno con melena. Era más delgado que el resto. Cada tanto que lo veo dormir, creo que me alejo más de la vida perfecta de la niñez de la que me hablaba papá, de la que quería papá y eso para mí es bueno, ¿no lo cree usted? Yo ya casi no duermo, y la

verdad no sé si estuve alucinando o soñando anoche, tengo lagunas. De repente me comencé a adormecer, tenía los ojos casi cerrados; el cuerpo me pesaba, pero es verdad, esa Barbie se parecía a mí y justo cuando iba a... no sé. El llanto de un niño salió de la habitación.

Caminé hacia allá. Mi casa se tornaba diferente, los cuadros del pasillo se desvanecían, el color de las paredes parecía sonrojarse. No era mi habitación, pero me era familiar. Era como una casita de muñecas. Estaba pintada de rosa por dentro, a mi madre siempre le gustó el rosa y a mi padre hacer moños y comprarme muñecas para los cumpleaños. Me estaban dando ganas de llorar y no quería recordar por qué. Por momentos, mientras trataba de volverme inmune a las memorias de mi vagina miserable y se me terminaba de dormir todo el cuerpo, me aferraba a la preocupación por mi marido, por su delgadez, por su melena negra, por los agujeros de sus camisas desteñidas y sus dedos que tanto me gustaban cuando intentaba rozarme y yo me quitaba. Me hubiera gustado decirle que yo algún día superaría a mi padre y a Barbie, que prefiero esta vida donde habita la imagen de su cuerpo reposado sobre mi cama y no la mía de pequeña, escondiéndome entre las sábanas ensangrentadas por mi útero. Yo lo contemplaba y nunca se lo dije. He quedado muda y sin sentimientos desde los once, metiéndome todo lo que se parece a la cabeza de esos muñecos, aunque los aborrezca. Yo pude haberme fijado en un Kent, eso es sencillo, me obligaron a amarlos, aunque nunca los quise. Tal vez pude haberme enamorado de uno que no me tocara, ni me hiciera el amor, ni en la mañana, ni en la noche, que no me recordara las madrugadas en mi habitación rosa cuando me desnudaban mientras mamá dormía, cubriéndome la boca mientras Barbie me rozaba con su cabello y Kent se me hundía y me salía por entre las piernas. Yo no soy una Barbie, y no quiero serlo, no me gusta tomar el té, ni cubrirme de maquillaje, me gusta hablar, y mucho, para que me escuchen y que me amen y me amen mucho, como cuando se ama un cuerpo flácido y arrugado por lo que ha aprendido, uno real, de senos caídos y nalgas que se mueven. Yo quería un hombre de carne y hueso, no de plástico. Nunca me gustaron las muñecas, siempre se lo dije a mi padre. Así me lo repito cada vez que veo los muñecos que aún no he botado. ¿Es masoquismo? ¿Recuerdo? ¿Sombras? ¿Qué?

En este sueño recurrente la muñeca se me suelta de las manos y mi cuerpo cae sobre la entrada de aquella antigua habitación de niña, y en el último instante de lucidez que tengo, siento los cabellos de Bar-

bie como hilos que me tensionan los músculos hasta hacerme gemir dolorosamente. La barriga me da patadas. ¿Podría usted explicar esto? Dígame lo que sea. ¿Realmente usted podría entender algo de lo que le he dicho? Despierto aquí, justo en este instante, y tengo esta misma ropa con la que había estado el día que leí aquella revista, el día de mi cumpleaños. A veces pienso que usted puede comprenderme porque la siento tan cercana a mí. Vacía. ¿Lo cree, Barbie?



**Cindy Herrera** (Cartagena, Bolívar, 1993)

Productora de Medios Audiovisuales de la Universidad de Bellas Artes y Ciencias de Bolívar, y profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Miembro activo del taller Cuento y Crónica de Relata, y del Teatro Estudio Universidad de Cartagena (TEUC), con el cual ha actuado en obras de autores como Fanny Buitrago, Roberto Burgos Cantor y Héctor Rojas Herazo. Participó como editora en el taller Elipsis 2017, proyecto del British Council. Se desempeñó como directora y editora de la revista estudiantil *Espejo*, del programa de Lingüística y Literatura, como locutora de Todelar Radio y UDC Radio. Actualmente, es docente del Colegio Montessori Cartagena y de la Kalamari Spanish School. Entre sus publicaciones se encuentran la reseña para la biblioteca de literatura afro del Ministerio de Cultura, “Jorge Arte! el grito humano de los tambores”; el cuento “Adela” (2015), que forma parte de la antología *Gestación*, que recoge nuevas voces de narradores del Caribe colombiano, y el cuento “El último café” (2017), publicado en la *Antología nacional Relata* del Ministerio de Cultura.

GIOVANNY ARAÚJO MEDRANO  
Taller literario José Félix Fuenmayor  
Barranquilla, Atlántico

# ESTA VEZ FUE DIFERENTE



Estaba convencida de que la compuerta se abriría pronto, pues ya se había tomado una caneca de agua. El sudor era copioso, estaba totalmente empapada. A pesar de lucir como un perro callejero bajo la lluvia, su motivación era inmensa: entre más sudaba, más se alegraba. Su marcada sonrisa dejaba al descubierto su escasez dental y, junto con ella, una felicidad incontrolable porque casi lo lograba.

Ese día compró dos botellones de agua en el puesto que quedaba al frente del despacho, cada uno de cinco litros; era obligación comprarlos ahí, nadie podía traer agua de otra parte. Quien la atendió le dijo que con uno era suficiente. Por precaución decidió comprar dos después de recordar que su difunto padre, cuando salía a cortar leña, llevaba doble ración, por aquello de “hombre prevenido vale por dos”.

Llegó su turno. Ubicó los botellones a cada lado de la banda y un vaso desechable encima. Se subió y empezó su trote. Aquello era como una banda transportadora o, más bien, como una caminadora; en ella debía caminar, trotar o correr hasta producir el sudor necesario para llenar un recipiente subterráneo, ubicado justo debajo de la caminadora, el cual se filtraba a través de unas rejillas. Este recipiente tenía un sensor que activaba la apertura de la compuerta cuando se llenaba en su totalidad. Sin embargo, no era extraño que se averiara en medio de la actividad, y si ocurría, esperar veinticuatro horas era lo mínimo por hacer mientras los técnicos reparaban el daño, y luego, tomar otro turno y recomenzar, porque el sudor se perdía.

Corría fuerte, tenía en la mente a sus hijos, lo hacía con ahínco por ellos. Sudaba a chorros. La sed era intensa, su garganta le reclamaba agua. Abrió el segundo botellón y se zampó varios vasos de agua, uno

tras otro. Se sentía débil, creía que no podía más, las piernas le fallaban, por lo que decidió descansar un poco. Pero retomó el trote de inmediato, ya que el sistema estaba programado para iniciar la evaporación del sudor si la caminadora se detenía. Corría y corría, y tomaba agua con desespero. En su mente veía la meta cerca y al mismo tiempo se le alejaba; cerraba los ojos para concentrarse. El segundo botellón ya estaba vacío; esto era sinónimo de fracaso, porque si iba a comprar otro, por la inactividad de la caminadora, se iniciaría la evaporación y perdería una hora de sudor, a pesar de que solo demoraría cinco minutos en ir al frente y volver. “Cándida Flórez, esto no es lo que te va a vencer a ti”, pensó.

A pesar de su languidez sacó fuerzas de donde no tenía, esta vez incluso con más ímpetu. El sonido que producía los chorros de sudor al caer en el recipiente subterráneo ya no se escuchaba, indicio de que se estaba llenando. De repente se oyó un ruido fuerte y agudo, como de frenos de aire de un camión. Sintió una pequeña vibración en sus pies, quedó perpleja: la compuerta se estaba abriendo. La emoción le inundó los ojos y el corazón se le aceleró. La compuerta se abrió totalmente... lo vio. Él, sentado en su escritorio y firmando papeles importantes, fue interrumpido por su secretaria: “Doctor, la señora lo solicita”. La miró. Ella, con una actitud pueril trataba de llamarle la atención. Él bajó un poco sus lentes para mirarla por encima de ellos y con un gesto desdenoso le dio instrucciones a su secretaria.

—El doctor le manda decir que está demasiado ocupado, y va saliendo para una reunión muy importante —aseveró la funcionaria.

Sintió que se le iba la vida, quedó sin respiración. Salió de aquel lugar con la vista perdida en el horizonte, parecía un zombi.

“Pero... ¿por qué, si él era tan buenecito? Nos abrazaba, nos besaba, nos daba gratis muchas sonrisas; además, ese día nos dio tamal con chocolate. Si decía con tanta seguridad que sería la solución a todos nuestros problemas, lo recuerdo bien, eso fue el día que subió en bestia con toda su comitiva a Hojas Secas, y que cuando me vio con mis catorce hijos me dijo que lo apoyáramos, que esta vez sería diferente, que para él lo más importante éramos nosotros”.

Iba tan abstraída, sumergida en los rincones de la mente donde habitaban estos recuerdos, que los veía proyectados, como viendo una película, a tal punto que la polvareda que levantaban los vehículos que pasaban a su lado no la fastidiaba.

Sus hijos la saludaron:

—Mamá, ¿cómo le fue?

No comprendía cómo había llegado a su deteriorada casa. Les contó todo.

—Mamá, ¿cómo vamos a hacer ahora si para comprarse ese vestido, zapatos y perfume se gastó lo de veinte días de comida, y regresó con las manos vacías? —dijo Fermín.

—Exacto, ahora entiendo. Esto fue culpa mía, no me reconoció por llevar este vestido nuevo e ir bien peinadita. Voy a volver, pero esta vez llevaré puestos mis harapos, pues así me conoció el día de la reunión.

Inició el ahorro para comprar las botellas de agua; por lo tanto, solo podían comer una vez al día durante dos semanas. Este sería el quinto intento. Ya era experta en correr sobre la máquina de sudor, aunque no había conseguido ser atendida. El día llegó. Mientras compraba las botellas, vio al doctor en la entrada del despacho; eso fue motivo de regocijo para ella. Corrió a su encuentro, pero él entró a la oficina antes de poder hablarle. Le dijo a un joven que vestía un overol con logotipos del lugar que necesitaba hablar con el doctor.

—Él no es el doctor —respondió—, es su hermano gemelo; es el gerente de Aguabendita.

Camino al despacho, con los botellones de agua, uno en cada mano, musitó: “El doctor sí es bueno, le dio trabajito a su hermano”. Llegó, se dirigió al lugar e inició su carrera, segura de que esta vez sí la iba a reconocer. Corría y corría, y repetía en su mente: “Esta vez sí, esta vez sí”. De pronto... ocurrió lo inesperado: la caminadora empezó a vibrar de una manera anormal y a emitir un sonido como de carro viejo amenazando apagarse. El vigilante dijo:

—Así suena cuando se va a averiar.

Pero en esta ocasión la suerte de verdad la acompañaba. El aparato se normalizó cuando coincidentalmente llegó un hombre robusto que cargaba un portafolio elegante, y ella continuó con su producción de sudor. “Esta vez sí, esta vez sí”, se motivaba mentalmente. Corrió tan fuerte y sudó tanto que no supo en qué momento se tomó toda el agua ni cuándo dejó de escuchar el sonido de los chorros de sudor que caían. Sonaron los frenos de aire. Su emoción era incontrolable: la compuerta se había abierto. El doctor miró con mucha atención, con un gesto de alegría, como si hubiera visto a Dios, y se levantó de su escritorio aceleradamente. Ella recordó que la última vez que lo vio tan cerca fue en su tercera y última visita a Hojas Secas, la semana previa a las elecciones.

Enmudeció de felicidad. Él extendió su mano y enseguida sintió un abrazo asfixiante. Ella, literalmente, no podía respirar. Había quedado atrapada en medio de un efusivo saludo entre el doctor y el señor elegante que llevaba el portafolios.



**Giovanny Araújo Medrano** (Santa Marta, Magdalena, 1984)

Cursa el último semestre del programa de licenciatura en Español y Literatura de la Universidad del Atlántico. Escritor en formación, es miembro del taller de escritura creativa José Félix Fuenmayor desde el año 2016.

MIGUEL ÁNGEL ORTEGA  
Taller Caminantes Creativos  
Barranquilla, Atlántico

# ROTAR



Soy yo, tengo un bonito suéter. Estoy hablando con mi hermano. Luego, mis manos toman su cráneo y lo estrellan contra la superficie blanca. La sangre baña todo. Comienzo a acercarme sin ni siquiera moverme. Destruyo, a su vez, a mi hermano. Mis puños ensangrentados, mi cara jadeante. Sigo acercándome. Me baño en sangre. En la sangre de mi hermano. Sigo desplazándome. Se alejan. Se alejan el cadáver de mi hermano con su cara triturada y mi yo asesino. Cuánto placer veo en los ojos de ese yo, en mis ojos. Se alejan. Ya no los veo.

Corro. Me siento con los pies en el cielo, pero no caigo. Por más que corro, no me desplomo. Es puramente blanco. Es algo curvado. Debe ser una esfera. No corro, roto. Pero no caigo. Sigo rotando. Quiero salir de lo blanco, de lo curvo. El mundo se ha derretido y ese lugar lo es todo. Mis cabellos caen hacia arriba. Debo estar otra vez en la parte superior de la esfera. Pero ahora veo algo.

Otra vez, el cabello hacia arriba. A lo lejos, me veo con una guayabera, sentado en un mueble. Tengo una sonrisa sostenida, no abro la boca. Un periódico con una crónica, sobre mis piernas. Ocho hermanos muertos. Alguno asesinado en un atraco, otros murieron en accidentes de tránsito. Hubo dos que murieron quemados. También hubo ahogados por pepas de ciruela. Son mis tíos y tías. Acabé con ellos en menos de dos meses. Nadie lo sabe. Ahora me faltan algunos de sus hijos. Mi sonrisa se abre, ya mi cabello no cae hacia arriba. Me desplazo sin moverme. Me veo sentado en el mueble. Ahora mi otro yo quiere un cigarrillo. Quedaría perfecto.

Sigo desplazándome. Mi cabello, cayendo hacia arriba. A lo lejos, ahora me veo. Veo a una mujer tirada, forcejeando. Yo la sujeto. Su falda

está en sus rodillas. Estoy sobre ella. La sujeto por los brazos. Ella grita, solloza. Mi cara tiene ojos abiertos; está iracunda, está emocionada, está embriagada. Ella grita. Vuelvo a desplazarme hacia ese yo. Roto, en realidad. Ahora tengo los pantalones hacia abajo. Mi pubis choca con salvajismo contra el culo de la chica. Se me ve una cara de gozo. La chica grita y pide clemencia. Mi cara se encuentra en éxtasis. Roto de nuevo. Me alejo. Mi cabello hacia arriba. Otra vez.



**Miguel Ángel Ortega** (Barranquilla, Atlántico, 1998)

Ingeniero electrónico de la Universidad del Norte, con fuertes gustos por la física, la biología y la electrónica. Es un apasionado de la literatura y de las artes. Criado en Puerto Colombia, la influencia del mar y el sentido de su infinito lo han marcado. Lector frecuente, la filosofía, la política y la economía no escapan de su órbita. Ante todo, un amante de la vida. Un ser vital.



POESÍA



ALEJANDRA CALDERA CASTRO  
Taller de escritura creativa José Pabón Cajiao  
Samaniego, Nariño

# SI ES VERDADERO EL AMOR



I

## **The Gamer**

Sé que siempre quieres jugar,  
pero nunca perder.  
Te imploro que no juegues conmigo  
mi corazón no es un juego  
y mi ser no es invisible...

No mientas, conozco tus trucos  
no corras, no te seguiré para siempre  
no calles, necesito respuestas  
no trates de dominarme, no soy una bestia  
no me dejes de lado, te quiero.

Eres el jugador número 1  
y yo simplemente el número 2,  
sé que no soy nadie en tu mundo  
también que me necesitas,  
no puedo asegurar nada pero...  
juguemos juntos o aprendamos del amor...

II

**El filósofo y la poeta**

Más allá de las estrellas podían ver...  
lo pequeño que era el universo  
en comparación con sus emociones,  
colosales e incontenibles.

Ella no se siente deseada  
mas no sabe que alguien la ama,  
la depresión la tenía desesperada  
y él esperaba a su filo inmortal.

Todos los días la poeta le versaba  
y el filósofo la filosofaba,  
con un cariño especial él la pensaba  
destinados a encajar el rompecabezas de amor...

¿Algún día ella se daría cuenta  
o hallando la verdad él lo sabría,  
cuando ella diera dichosa respuesta?;  
solo en ella, su ser trascendental estaría en paz.

Al fin la joven decide amarlo,  
y en cuanto sus dedos se entrelazaron...  
Supieron que, en la marca del destino,  
el hilo rojo los ataría eternamente

III

**Virus H**

El ser humano,  
ser de vida y muerte,  
capaz de destruir y crear,  
siendo antónimo...  
y sinónimo de sí mismo

Un ser primitivo con razón  
y una triste realidad con sentido,  
que algún día lo llevara  
a su propio final.  
Oh, este bello y perverso ser.

Tal cual un animal  
con sus instintos y virtud;  
una bestia conquistadora  
que desea escapar  
de manera transcendental...

Una criatura majestuosa,  
convertida en un simple virus;  
de cuerpo mortal y alma inmortal  
un estorbo en el mundo  
con su ego de... superhombre  
y un vacío de amor verdadero.



**Alejandra Caldera Castro** (Samaniego, Nariño, 2001)

Cursa décimo grado en la institución educativa Simón Bolívar. Su pasatiempo favorito es escribir poemas. Pertenece al taller de escritura creativa José Pabón Cajiao, de Samaniego, Nariño.

HUGO AURELIO BASTIDAS RUALES  
Taller de escritura creativa José Pabón Cajiao  
Samaniego, Nariño

# UN GRAN AMOR



Con paso lento tambaleando cruzan,  
las calles de su pueblo tan amado,  
buscando en las mañanas de verano  
algún descanso para sus almas tristes.

Asidos de sus manos se dirigen  
al lugar de siempre a esperar los rayos  
florecientes del astro rey el cosmos,  
para dar a sus cuerpos fortaleza.

Hay en su existencia un gran amor de hermanos,  
la ternura y el cariño de unos niños,  
la sincera palabra y la experiencia,  
la alegría del anciano con sus años.

Su trabajo y sufrimiento por el mundo  
se descubre en sus semblantes sabios,  
sus anhelos jugueteando saltan  
como raros fantasmas que no vuelven.

Son ejemplo de amor los dos abuelos,  
dan lecciones al hombre desdichado,  
enseñanzas aprendidas cada día  
en la escuela de la vida tan temida.



**Hugo Aurelio Bastidas Ruales** (Samaniego, Nariño, 1955)

Licenciado en Idiomas de la Universidad de Nariño y especialista en Proyectos Educativos. Ha trabajado como docente en las instituciones educativas Simón Bolívar y Policarpa Salavarrieta, en Samaniego, y como docente de la Universidad de Nariño. Ha colaborado en la publicación de algunos libros de autores samanieguenses como prologuista y revisor. Pertenece al taller de escritura creativa José Pabón Cajiao, de Samaniego, Nariño.

HÉCTOR FERNANDO CORTEZ  
Taller Permanente de Formación Literaria  
Popayán, Cauca

# POEMAS



## **Ensoñación**

Al otro lado de la pared hay un quinde que parece nombrarme.  
Pego mi oreja al cemento frío en busca de sus vocales.  
Mis manos palpan el follaje del poema y parece que existo en la piel de quien me inventa.  
¿Quién acompaña tu canto cuando estás solo?  
Hay una noche condenada al olvido en esta casa que envejece conmigo.  
Ya no lo escucho.  
¿Quién siente ahora cuando el canto ya es de día?  
Somos de todos, excepto de quien no escuche cuando algo nos nombra del otro lado de esta pared...  
de cualquier pared que nos habita.



## **Río**

La montaña de mi infancia tiene los brazos rollizos y sus cabellos mojados.  
Miro mis ojos en los suyos. Tengo sed.  
Con agua se llena la cuenca de su espalda, y se deslizan sus arroyos por mis muslos.  
Nacen juncos en mis piernas y tengo charcos anudados a mis tobillos.  
El hombre que bebe del pasto tiene el cielo a sus pies.



**Soy un pájaro** que va muriendo mientras chupa el néctar de las nubes.  
Lo soy desde siempre.

Desde el tiempo en que mi primera pluma se confundió con los helechos del barranco de mi casa, y mis patas se hundieron en un aguacero de diciembre.

Mi sangre es la savia de los cafetales que hay junto a mi nido. Ríos de barro son mis venas.

Picoteo mi pecho cuando tengo sed y en cada gota encuentro un par de jaulas rotas.

Soy un pájaro café, como el suelo que me abriga y me consume. Lo soy porque mi vuelo es lo único que queda.

Tan salvaje como mi propio canto, que alumbraba las raíces de los árboles y humedece las palabras con las que destruyo mis huesos.

Porque mi vuelo es subterráneo y resucito con los truenos.

Porque el fuego se convierte en carne mientras canto, y beso la sal que me devora.

Un pájaro de tierra.

Mi lengua es de agua y me arden los ojos por estas líneas que salen aleteando de lo más profundo de esta piedra:  
mi vuelo.



**Cecilia** tiene los ojos perdidos, se confunden con sus manos en las hojas de plátano a sus pies.

No puede con el silencio de su hermano, que arruga el rostro echándose a su espalda la estopa de café recién cogido, y llora.

Yo creo que él a veces escucha a la gente murmurando sobre la tristeza de sus hombros y sus pasos, pero agacha la cabeza y sale al patio.

Mi tío abraza y trepa los árboles, les susurra a los pájaros bajo sus alas canciones que nunca existieron, acaso en su mudéz de niño.

Entonces la garganta y los ojos de mi tío quedan limpios, arriba, como si el mundo también estuviese sordo, suspendido como una naranja tierna y madura.

Así bajo a buscarlo. Me besa y sus manos ásperas apretando mis mejillas me cuentan que el mundo desde allá huele distinto.



*Nuestro deber es ser intérprete.  
Vuestro deber (y el mío)  
es nacer de nuevo.*

ERNESTO CARDENAL

**Este silencio mío** pesa como cien muertos.

Cinco tiros le pegaron. Primero uno en la espalda para que cayera.

Yo vi desde el matorral que hay junto a la alcantarilla cómo le despedazaron la lengua y le reventaron los ojos después de haberse perdido su respiración por los poros.

Calladito estuve yo, acurrucado entre la maleza, frío como el palmo de mi machete, tirado de la peor forma.

Pasaba todos los días frente a la casa en un caballo castaño. Le daba dos golpecitos en el estómago y afanaba el paso.

En la tarde, un poco más despacio, lo veía con unas cuantas gajas de plátano amarradas en la cabeza de la angarilla.

Ayer, antes de que yo también cogiera camino, pasó él. Llevaba un radio a la altura del pecho, y no saludó. Siempre anticipándose a la desdicha.

Bien pudo ser mi número 22 quien les mutilara la palabra y el paisaje a tantos, quien regara de sangre y sombras los barbechos tiernos de la vereda. Pero no. En mi cintura estaba, exhausto de escribir y de haber sido mi voz en los cañales.

El filo de mi machete es mi trinchera y el barro pegado a él, mi abecedario.

Gritos. Pasos. Senderos que saben que la sangre es fértil y que las flores son palabras que el agua le roba a la muerte.

Este silencio mío pesa como cien partos.



**Me he echado a andar** porque también me persiguen dolores antiguos.

Porque no he logrado desatar de mi frente este sur melancólico y necio, lleno de brisa, de polvo.

Solo recuerdo que un día, mientras jugaba descalzo en la escuela, perdí sin conciencia el último pedazo de ternura que me dieron, y desde entonces me ando buscando debajo de la piel y el palpitar de otras gentes.

No me quedo.

¿Qué hago con la crudeza de mi carne?

¿Cómo compensaré tanto aire, tantas babas, tanto rodar perdido, si me quedo aquí, viendo cómo da vuelta mi sombra alrededor de mi cuerpo fresco?

¿Qué contestaré si un día a alguien le da por pararse frente a mí a recriminarme los días en los que mi voz tuvo que ser lejana?

¿De dónde podría yo sacarlos?, ¿de dónde reponerlos? ¿De dónde sacaría yo “lo importante” si no lo supe ya, si no tengo callos en mis pies ni rotos los zapatos?

Me he echado a andar porque la sangre me arde y tengo frío en las noches.

Y nadie me espera, solo el camino.



### **Nada existe**

Ni el lodo que cubre mis labios,  
ni la cordillera que transita por mi pecho.

Toda la espesura de los árboles  
y los pálpitos que recorren sus hojas.

Todo está lleno de silencio,  
hasta el ruido de quien jura.

No vale la pena esta angustia,  
y tanta carne guardada en las mejillas,  
ni la música que se escucha al otro lado,  
o esta casa que se derrumba con el sueño.

Ese paisaje que creemos tan nuestro,  
esa montaña que se precipita con la tarde:  
todo es un eterno desvanecerse.

Un subir y bajar de nubes y estrellas.

Estas manos que escriben el poema  
ni siquiera saben que están muertas,  
aunque tengan lágrimas,  
aunque tengan flores.

Nada existe.  
Mucho menos la voz de la palabra.  
El poema nace  
para seguir muriendo.



**Héctor Fernando Cortez** (La Vega, Cauca, 1997)

Estudiante de último semestre de Comunicación Social en la Universidad del Cauca. Integrante del Semillero de Escritura Creativa y Creación Literaria a cargo del escritor Felipe García Quintero, ganó el tercer premio en el XV Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía. Se encuentra en el proceso escritural de su primera novela, “Parar sin pausa”, en la que pretende dar cuenta de las movilizaciones sociales en el suroccidente colombiano en la década de los noventa.

ÁLEX DUVÁN CARDOZO  
Taller Liberatura  
Ibagué, Tolima

# ESCUCHA



a.

Hace mucho tiempo  
las abejas vinieron  
de las estrellas.

Y vieron las estrellas  
que las abejas eran buenas  
para sembrar  
lo NO ácido  
en la tierra.  
Y hubo así miel.

Y cada cierto tiempo  
el polen daba abrigo nuevo  
a las flores.  
Entonces comenzó sobre  
la tierra  
el reinado de las abejas.

Y ahora nosotros  
ponemos  
cucharas y frascos hambrientos  
solo para recoger  
una parte de su vida.

**b.**

En el cuerpo de  
    una abeja  
    el universo

No el mundo  
sino el misterioso sello.

Cada vez que la abeja  
    busca néctar  
    el universo vierte

Pero nosotros  
    no nos damos cuenta.

**c.**

Nace todo del corazón de la abeja.  
Cielo, Hombre, Flor.  
Cuentan  
que todo nace del corazón  
de un minúsculo insecto.  
Pero nadie lo ve.  
Nadie lo toca.  
No hay señales visibles de él.  
Su latido revolotea  
    en nuestras arterias.

**d.**

Es todo un mundo  
lo que hay en la colmena.  
    Seres miel.  
    Seres abeja.

Ni siquiera  
es un libro sagrado  
    lo que se despagina  
    allí.

Es un mundo dentro del nuestro.  
Donde los sentidos  
    son reino.

e.

Cuando un panal de abejas  
tropieza en mi camino,  
debo entender que  
hay que callar.  
Lo que allí se encuentra  
es la asamblea de la mudez.  
El mundo contenido  
en una sílaba de silencio.



**Álex Duván Cardozo** (Ibagué, Tolima, 1989)

Profesional en Ciencias Sociales de la Universidad del Tolima y especialista en Pedagogía de la misma universidad. Docente de Sociales y Filosofía. Mención en el V Concurso Internacional “Mil poemas por la paz de Colombia” y ganador del 61 Concurso Internacional de Poesía y Narrativa “Premio a la palabra 2018” con su poema “Todo lo cambian por robots”. Miembro del taller Relata Liberatura desde 2015.

JESÚS ALBEIRO ZULUAGA LÓPEZ  
Taller de escritura creativa Amílkar U  
Santa Rosa de Cabal, Risaralda

# POESÍAS



## Posesión 1

La luna yace muerta, quieta sobre el cielo  
Con máscara de nubes que no logra ocultarla,  
La luna duerme pura, tan quieta pareciera  
Que en su dormir quisiera coleccionar mi alma.

La luna yace quieta y se muda a mis ojos,  
Me adorna la vista, adorna mi horizonte,  
La luna es hechicera, yo bebo su brebaje  
Y tomo mi equipaje para volverme loco.

Pronto desaparezco y ya no soy poeta,  
Es poeta la luna, con dedos luminosos,  
Despierto en su libreta convertido en metáfora  
O quizás en anáfora esparcida en su cielo.

Me transformo en poesía, procedo a ser la letra  
Que dibuja la luna con neta inspiración,  
Me hago tan ajeno, me convierto en su tinta  
Con la esencia extinta de un alma que robó.

### **Heredero de la noche**

A la noche le queda el último suspiro,  
El último aliento de sus luces pesarosas,  
Su cielo, cual sagrado mantel, se ha roto  
Y desecha fuertes ráfagas de dolor y pesares.  
Nosotros los nocturnos somos sus malditos.  
Hemos recibido sus lluvias de agonía,  
A diario diezmamos miserias de sonrisa,  
Y siempre cual soldados militamos penumbras,  
Tomando esencia pura de sus nubes deshechas,  
Tomando y compartiendo con ella los amores  
De los búhos cantores que habitan mi poesía.  
Somos herederos de la noche,  
Y nos excita mantenerla.

### **Pérdida**

Bajo el peso fuerte de aroma aplastante  
Cuenta sus secretos la e con dolor,  
En un retroceso de vida agobiante  
Halla en lo oscuro un extraño color.

La t juega a besos con su corta amante,  
La r mojada en lúbrico sudor,  
Resaltan la esencia del diablo parlante  
Que apuesta en sus mentes llenas de dolor.

En su tez la flor de espina punzante,  
Se duele la e y se queja de amor,  
Sujeta al respiro de su odio tajante,  
Firme se mantiene en su neutro valor.

En su abismo intenso la u en su talante  
Tan osado y fuerte sin ningún pudor  
Se aleja del risco de origen farsante  
Que le dio la vida como mal dador.

Al perder noción de lo que es importante  
Nace en sus montañas un trágico hedor,  
En llanto la m derrama abundante  
Su sangre sin gracia y muere su calor.



**Jesús Albeiro Zuluaga López** (Santa Rosa de Cabal, Risaralda, 2002).

Conocido artísticamente como Jesús Z, cursa el grado 11 en el Colegio Lorencita Villegas de Santos. Es escritor de poesía, cuento y artículos; coordinador del club de lectura Hojas de Hierba, que funciona en su colegio, y promotor de cultura y lectura en su municipio. Ha participado en recitales de poesía, tertulias literarias y eventos culturales a escala municipal y sus alrededores, como en Luna de Locos El Festival. Ha publicado activamente sus poesías en el periódico local *El Faro*. Desde hace dos años es integrante del taller de escritura creativa Amílkar U.

FERNANDA MELO RODRÍGUEZ  
Taller Manuel María Aya Díaz  
Fusagasugá, Cundinamarca

# LA VENTANA



Sus ojos son la ventana gris  
que solitaria deambula de un lado a otro  
cavilando pensamientos que jamás conoceré  
espiondo al gentío que pasa de a poco.

A través de la ventana veo su fragilidad  
las moscas aplastadas contra el cristal  
y una cortina hastiada de caricias  
son su refugio de usual ansiedad.

La ventana es para el anciano  
el asilo de sus penas calladas  
mis palabras son para él  
como rumor de aves extintas.



**Fernanda Melo Rodríguez** (Bogotá, D.C., 1991)

Comunicadora gráfica con diplomado en Fotografía Publicitaria. Fotógrafa especializada en moda. Residente en la ciudad de Fusagasugá desde el año 1995. Cinéfila, seriéfila y *animal lover*. Integra desde este año el taller Manuel María Aya Díaz, en Fusagasugá, adscrito a Relata.

HÉCTOR AUGUSTO CUESTAS VENEGAS  
Taller Manuel María Aya Díaz  
Fusagasugá, Cundinamarca

# UNA SOMBRA



Una sombra  
me visita todas las noches,  
una sombra larga,  
una sombra muda  
me asiste  
durante mis cielos sin luna:  
es la sombra de mis miedos,  
es la sombra de mis cuitas  
que se desdibuja ante el sol  
y se renueva cuando este se oculta  
tras la vasta montaña.  
Una sombra me cobija todas las noches,  
me envuelve tan fuerte  
que casi me asfixia.  
Y todos los días  
al despuntar el alba  
me asomo a la ventana  
con una sonrisa falsa.



**Héctor Augusto Cuestas Venegas** (Bogotá, D.C., 1965)

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás. Docente, fotógrafo artístico, miembro de la revista literaria *Grito*, del grupo literario Acoletas y del colectivo literario La Metáfora. Parte de su obra aparece en revistas y periódicos, así como en las antologías *Poetas locales* y *Artistas fusagasugueños*, de la Alcaldía de Fusagasugá, entre los años 2006 y 2012. Su cuento “Al filo de la medianoche” sale en la antología *Fusagasugá, terreno de historias*, publicada por la Asociación Cultural de Fusagasugá en 1989. Su cuento “Eloísa” aparece en la *Antología Nacional Relata* 2016, del Ministerio de Cultura, y su cuento “El trasplante” se publicó en la antología de cuento y poesía *Juntos contamos a Fusagasugá*, en el año 2017. Desde el año 2012 integra el taller Manuel María Aya Díaz, de Fusagasugá, adscrito a Relata.

LEANDRO SABOGAL  
Taller universitario de poesía Ulrika  
Bogotá, D.C.

# CATARSIS NOCTURNA



## Noche I. Estado crítico

Tengo los síntomas más severos:  
frío en los pies, limpias las uñas  
una leve sonrisa, casi postiza  
un deseo incontrolable  
de andar desnudo por la casa  
de alguna mujer desconocida.  
De fondo, el insomnio sin cansancio  
en la mente, un mural blanco;  
el cuarto con un orden moderado,  
la casa debidamente barrida y trapeada (pisos y paredes),  
los vidrios de las ventanas con los rasgos de una escobilla mal pasada,  
toda la ropa limpia y con suavizante.

Me rehúso a escribir cualquier frase que llegue a mi mente,  
temo escribir mentiras y temo escribir mi verdad.  
Prefiero robar las mentiras de otros  
para negarle a no sé quién en este espacio  
que padezco la enfermedad más terrible de la vida:  
ya no sucede nada.

## Noche II. Grietas

Desnudarse ya no es violencia  
ponerse trapos encima —en cambio—  
es el peor insulto a la verdad.  
No puedo ocultar los rasguños de mi espalda  
ni la carne entre las uñas  
ya no puedo dejar de gemir  
como perro hambriento y con frío.  
Cerrar los ojos a las tres de la mañana  
tampoco es violentar la costumbre  
de esperar el día en que no se vuelve a despertar.  
Amar de esta forma  
a la soledad y a la noche  
no es tampoco condenarse a sí mismo.  
El toque funesto de las palabras no es suficiente para quitarse de la  
lengua  
el mal sabor de la dulce esperanza  
fulera y postiza.

Sacar la basura  
otra forma de catarsis inducida...

## Noche III. Inconsistencias

Y si al abrazarme no sientes como si abrazaras a un árbol antiguo...  
de nada sirve el abrazo.  
Mejor vete...  
Y si al hablarme no escuchas tu propio eco...  
¡Date vuelta y vete!  
Porque no tengo el vacío suficiente  
para saber escuchar.

Y si te vas  
quizás al verte como un punto en el horizonte  
venga también  
el recuerdo de mí mismo  
antes de irme de mí.

Y en un impulso vuelva...

Las luces de la ciudad  
Las luces de la ciudad  
no caben en esta canción  
como las ganas que tengo  
de volver al mar  
pero esta vez junto a ti  
y, por qué no, si tengo suerte  
también junto a mí.

Esta guitarra ha estado rota  
muchas noches como hoy  
y rota  
flora  
encerrada en ese estuche  
que parece un ataúd  
un ataúd rodeado de ropa  
en el clóset  
bañado de libros  
que se abren como flores.

Y aunque mi cama  
no te reclame la ropa  
desnúdate y duerme  
No importa si no estoy...  
Déjame tu aroma.

El aire  
por sí solo  
no es capaz  
de darme aliento.

## Noche IV. Nadie

*...y nadie viene nadie  
nadie viene.*

RAFAEL DEL CASTILLO

No hay bancas al frente  
no hay un solo espectador.

¿A quién le importa que esté despierto ahora  
o si el frío de la madrugada entumece mis pies?

No hay graderías alrededor  
nadie quiere estar mirándose a sí mismo.

Acaba de sonar el teléfono.  
Es el primer llamado para abrir las puertas.

Ya afiné mis cabellos... templo, tiempo, tiemblo, tempo.  
A nadie le importa que haya sudor.

Tres puntos suspensivos.

Acabo de colgar el teléfono  
el "bip bip" me recuerda  
que no es que haya nadie  
sino que deseo la soledad.

Le tengo miedo a paréntesis tres puntos suspensivos.  
A esta hora los ojos arden como si las pestañas  
estuvieran hechas de fuego.

Ya se ha derramado toda mi sangre en el escenario.  
La función puede ser fotografiada...  
Nadie quiere verla  
nadie ha venido  
nadie se ha ido  
suena el teléfono  
nadie contesta.

## Noche final: Aves en mi cabeza

*¿Cuándo sentarás la cabeza?  
Un día la abriremos y bandadas de cotorras  
escaparán de ella.*  
ISMAEL SERRANO

Escucho aves en mi cabeza.  
Me lamento al pensar que están enjauladas  
Imagino que sufren de calambres en sus alas  
apretujadas en mis estrecheces mentales.

Podría abrirme una grieta contra el muro  
y fantasear que sus cuerpos majestuosos  
titilan en la lejanía.  
Pero no tiene sentido demoler la fuente  
de la que sus vidas penden de un hilo.

Escucho aves  
Aves en mi cabeza.  
Puede que apenas estén rompiendo sus criptas  
Puede que apenas estén rasguñando sus cáscaras.  
Lanzo mi vista con fuerza  
para hallar nuevos rumbos en lontananza.  
Dejo que mi mirada vuele y encuentre más cielo  
para cuando mis aves extiendan sus alas  
y emprendan su primer viaje.

Siembro un bosque para sus noches  
Para que  
hagan nidos en las ramas más altas  
y se alimenten de mis insectos más íntimos.  
Escucho aves en mi cabeza  
y soy muy cuidadoso con ellas,  
no permitiré que las vendas de la razón cubran mis ojos:  
sería una forma cruel de cortarles las alas.



**Leandro Sabogal** (Villanueva, Casanare, 1986)

Cantautor y poeta. Licenciado en Música de la Universidad Pedagógica Nacional. Ha publicado sus poemas en antologías y revistas de México, Argentina y Colombia. Fue incluido en la antología *Ríos paralelos* (Beca del Ministerio de Cultura para la publicación de antologías de talleres literarios, Ulrika Editores, 2018). Perteneció al grupo representativo institucional que conforma el taller de poesía Ulrika-UPN-Relata. Colabora en el Festival Internacional de Poesía de Bogotá y en las Jornadas Universitarias de Poesía.

JOHAN SEBASTIÁN BARBOSA MONTENEGRO  
Taller universitario de poesía Ulrika  
Bogotá, D.C.

# POCAS PALABRAS



## I

Uno de los dos tendrá que fingir los fuegos de sus más hondas  
pasiones  
y en otras manos solo habrá ceniza.

Como profetas se ungen en viento y aceite  
comprenden  
todo ha confabulado en contra suya.  
Si besan,  
los otros labios serán terreno cuarteado,  
cumbres escurridizas.

¿Por qué no solo forjan su labios de móviles arenas?  
No puede ocurrir que un solo amante  
sea remplazado  
por todas las camas  
todos los bares  
toda la sangre.

No pueden concederse  
nunca más  
un encuentro  
ni una noche de amor.  
Se encontrarán, sí,  
pero con otros rostros,  
un río de sangre desbordará sus párpados,  
destajarán sus carnes con otras pieles de cristal,  
las manos extendidas surgirán desde el olvido  
serán juntos sombra, juntos luna, juntos hielo.

Cantarán la canción de la venganza  
porque se han encontrado,  
pero sus abismos no podrán juntarse

nunca más.

## II

Es el tiempo de las horas amontonadas.

Inquebrantable, desátate,  
león, mantis,  
ruge, rasga, destaja

Este día estanca y se deshoja entre mis manos,  
las manecillas son un aglomerado de huesos  
llenándose de telarañas.

Mira las manecillas aferradas de tu oreja  
desúnete con ellas  
ahógate con ellas  
precipítate  
desplómate

Olvida que eres una caja de Pandora  
llena de vientos y susurros.

III

Lo encontré una noche en un sauna de Chapinero,  
primero están sus dientes de desterrado  
dientes, fieros cuchillos de la noche  
atravesándome el pecho.  
Puerta del infierno,  
y al fin un motivo y un  
sentido frágil, elemental, efímero.

Luego lame mis carnes  
quiere mi sangre  
quiere mi grito  
quiere ruñir como una bestia  
todas mis formas.

Están sus fauces  
con el cabello liso y la cara blanca  
como un drácula desorientado  
como un supermán borracho

“Qué calor hace esta noche”, dice  
y se agarra la bragueta.

Aunque es un felino  
teje y desteje cual viuda negra,  
para mí  
su telaraña.

Es un naufrago hambriento  
capaz de comerse su propia mano;  
aun los marinos hablan de su estrella,  
de su propensión  
de sus fuegos,  
de los ecos de sus fuegos...

Después me apresa con sus garras  
“A lo que vino y para lo que sirve”,  
y entonces  
juego de cuchillos  
carne destajada  
valle de lágrimas.

¿Qué harás, cazador de los saunas,  
cuando tus garras  
se desgajen  
y pierdas todos los dientes,  
dónde encontrarás el amor,  
así,  
en esas condiciones?

Precipitadamente desnuda el cuerpo  
dios Príapo del siglo XXI  
incendia el cuarto  
llénalo de colores

luego

semen  
culpa blanca sobre las margaritas en los pechos.

Consumado el juego de espada  
recién cortadas las carnes:

semen,  
detonación final  
anticipación de despedías.

¿Por qué los maricas cuando llegan,  
se vienen  
y se van,  
Dios mío?

IV

Un estrépito de puertas  
me lleva al templo de su cuerpo.

Muevo las cortinas,  
podrá decir se trata de una simple brisa.

Así, en el sueño,  
araña los muros rugosos de su cabeza,  
ya no hago parte de su memoria.

Sus ojos se entreabren como si un sueño lo visitara  
pero no soy más que una imagen borrosa.

dónde ha quedado el espacio de la ausencia  
nadie podrá preguntarle por mí:

Ni a dónde he ido  
Nadie dará razón  
Ni tendré nombre.



**Johan Sebastián Barbosa Montenegro** (Bogotá, D.C., 1998)

Cantautor y poeta. Cursó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de La Salle y actualmente es estudiante de Filosofía en la Universidad Pedagógica Nacional. Perteneció al grupo representativo institucional que conforma el taller universitario de poesía Ulrika-UPN-Relata. Fue incluido en la antología *Ríos paralelos* (Beca del Ministerio de Cultura para la publicación de antologías de talleres literarios, Ulrika Editores, 2018). Sus textos han aparecido también en revistas literarias como *Ulrika* y *Aldabón*. Colabora en el Festival Internacional de Poesía de Bogotá y en las Jornadas Universitarias de Poesía.

KAREN VIVIANA G. ÁLVAREZ  
Taller Distrital de Poesía  
Bogotá, D.C.

# EL BARCO



## **El barco**

De nuevo  
a las cinco de la mañana  
los pájaros se despiertan  
al sonido de los dedos de la abuela Nona  
a amasar las olas del mar

y vuelan convertidos en gaviotas  
sobre el lavadero que es un barco  
en el que zarpamos todos  
antes de cubrirnos con su magia  
para vestirnos  
e ir a tierra firme.

## **Bajo la lluvia**

Los pasos se quedan  
como la volqueta  
que dejamos atrás en la carretera del sol

llueve

y el camino de lodo nos derrota  
solo crece la saliva  
en la garganta

pero en medio del abandono  
viste una ola sobre ti  
a la que saltaste  
mientras me invitabas:

—Mija, los charcos también son el mar.

### **Los días en la casa de la abuela**

La calma que viene con olor a mediodía  
trae consigo los manteles del comedor  
las manos del sol en las ventanas  
los sonidos de la señal de radio  
y las casas que crecieron en los jardines

luego  
es de noche.



### **Karen Viviana G. Álvarez** (Bogotá, D.C., 1997)

Cursó Estudios Literarios en la Universidad Autónoma de Colombia. Participó en un colectivo de literatura expandida llamado Cromografías. Asistió al taller de poesía dirigido por Henry Alexander Gómez. Ha estado vinculada a talleres distritales de Idartes y Relata en los años 2018 y 2019.

YENIFER ELIANA SEPÚLVEDA GALVIS  
Taller Distrital de Poesía  
Bogotá, D.C.

# LOS DÍAS DESPUÉS



## Los días después

Deshacer los pasos como un invento de los vivos  
para creer que aquello que han amado les visita.

## Sueño

En tierra salvaje, los huéspedes duermen sobre sus sonrisas.  
Son bocas que estallan en las cabalgatas de la noche,  
corren y van de mundo en mundo.

## Paisaje

Quedarse en los huesos  
como una mariposa brillante  
lucir el traje envuelto de la piel la cáscara seca.

## El desierto y el polvo

Tengo la sensación de no poder con estas palabras construir un  
poema, como se construye una casa o como se construyen los días por  
la mañana:  
sueños, pasos, manos, ventana, río, machete.  
Entonces, hago el siguiente esfuerzo: abro mis puertas me  
invento el sol y, con su reflejo puesto sobre mis piernas frías,  
entiendo, el poema está hecho.



**Yenifer Eliana Sepúlveda Galvis** (PPereira, Risaralda, 1991)

Licenciada en Artes Visuales de la Universidad Tecnológica de Pereira y magíster en Estudios Artísticos de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Artista e investigadora. Escribe a ratos.

JUAN ANDRÉS FUENTES AVELLANEDA  
Taller Fernando Soto Aparicio  
Jericó, Boyacá

# NO ME HE OLVIDADO

(Poema épico)



No, no tienes que recordarme nada porque no me he olvidado. Al parecer, conmigo, el olvido se olvidó de olvidar, y el olvido no olvidado me hace recordar. No me he olvidado de nada, “de nuestro todo”, en realidad. No me he olvidado de esas frases que escribiste donde decías que “nada en la vida era posible lograrlo sin una mujer”, y tal vez era cierto. ¡Ay!, cómo te gustaba escribir sobre lo importante que era una mujer para el hombre, pero nunca estabas de acuerdo en que el hombre también era necesario para una mujer.

No, no me he olvidado de cómo maquillabas mis feos con tu mirada, de cómo guardabas los secretos en el baúl de los “estoy bien” y en los “no pasa nada”. No, no me he olvidado de tus escondites, de tu mal genio al perder, y tampoco de tus estrictas dietas, dietas del éxito que consistían en salir a comerte un helado y... muy de vez en cuando, comerme a besos.

No me he olvidado de nuestras canciones, de nuestras listas de reproducción en YouTube. Tengo tus recuerdos en modo aleatorio, y se me vienen de manera desordenada, así como tú te venías y yo me iba.

Pero tampoco me he olvidado de tu traición, y tal vez fue la forma más rápida que existió para que yo no quisiera seguir con mi vida, fue la fórmula perfecta para que yo cometiera una equivocación y me dijiste mil y una veces “perdóname”, y no te diste cuenta de que ya había muerto en vida. No quise seguir con mi vida porque era todo un desastre. Aquella estupidez pasó por mi mente y te lo confesé antes de hacerlo. ¿Lo recuerdas?... Te dije aquella noche oscura y de lluvia: “Adiós,

me tengo que ir, he decidido dejar de sufrir por amor y más que todo por un falso”. Tú me respondiste “¿Te vas?” y no quise seguir hablando porque el corazón no me lo permitió.

No, no me he olvidado de aquellas charlas que juntos hacíamos a diario donde tú me preguntaste el verdadero significado del amor y yo aún muerto de miedo te respondí: “El amor es felicidad, es confianza, es respeto”, y tú agachaste la cabeza como si hubieses hecho algo malo. Pero no me he olvidado tampoco de aquellos momentos de felicidad, o eso era lo que parecía cuando estábamos juntos.

Despierta... (susurrando)

Sí, hazlo, eso lo soñaba a cada noche y pensaba que era una simple pesadilla, pero no, era la realidad más atrofiante que existió en mi vida. Fue una simple señal de prevención que por mi mente pasaba a toda hora, pero no sabía lo que significaba en realidad.

Cuando me di cuenta de todo ya lo habías hecho, y sí, no lo he olvidado, me traicionaste, y... no solo te fue suficiente hacerlo, sino que lo hiciste con mi mejor amigo, “amigo”, si es que se le puede llamar así. Pero por qué, me pregunto ahora, si te di todo lo que me pediste. Te di amor, te di felicidad, te di sinceridad, pero nunca valoraste eso, y... me pagaste mal, me pagaste como si no te hubiesen interesado mis sentimientos, como si yo fuera una basura, y... ahora te preguntarás por qué te reprocho las cosas hasta ahora, pero quiero que entiendas que fuiste la culpable, tú me causaste esto, y aunque la venganza no es buena quisiera vengarme aunque no tengo cómo, porque no puedo, no puedo más que atormentarte en tus sueños, en tus pesadillas y en tus recuerdos.

Sí, no me he olvidado de nada, no me he olvidado de la mañana en que llegaste a mi casa y llorando te rendiste a mis pies, llorando me dijiste una vez más “perdóname”, no lo quise hacer, pero la tentación fue aún mayor que mi amor por ti.

Sí, lo sé, ya vas a despertar de esta pesadilla, pero seguirás sufriendo, tanto así como yo lo hice por ti, y ahora me quedo tranquilo, y siento que estás pagando lo que me hiciste, porque tú, ¡sí, tú!, eres culpable de todo lo que pasó, de mi enfermedad, de mis martirios en vida y de mi suicidio. Hiciste que yo enfureciera, me llenara de odio, de rencor y decidiera terminar con mi vida.

Mi vida a tu lado era casi un asco, por eso hice que mi corazón terminara de latir, hice que mis venas explotaran. Tú fuiste cómplice de

mi suicidio y culpable de esto.

Hoy es mi entierro, y quiero salir de este maldito ataúd y reprocharte aún más por las cosas que me hiciste, por todo lo que me causaste, por aquellas noches de dolor y los días completos en los que mi corazón dejaba de latir. Sí, lo sé, sufría del corazón pero no era una razón para suicidarme.

Estás despertando, lo sé, tal vez me quedan menos de dos minutos para decirte: “No me he olvidado de nada, siempre te amé y te sigo amando, aunque todo solo quede en una simple pesadilla de dolor y de recuerdos devastadores en tu memoria”.

Y sí, saliste ganando, porque un hombre no vive feliz sin una mujer y mírame, decidí perder mi vida y me resigné a seguir viviendo sin ti, y al final, la vida de un hombre sin una mujer no vale nada.

Es hora, levántate, se te hace tarde para mi funeral y mi cuerpo en un maldito ataúd queriendo salir corriendo y preguntar una vez más: “¿Por qué lo hiciste?”.

Despierta...



**Juan Andrés Fuentes Avellaneda** (Jericó, Boyacá, 2003)

Hizo su primaria en la escuela El Cocubal, situada en una de las veredas del municipio. Desde pequeño se ha interesado por la escritura. Actualmente, cursa el grado undécimo en la institución educativa técnica López Quevedo de Jericó, Boyacá. Su sueño es incorporarse a las Fuerzas Armadas de Colombia.

ELOCADIO ORTEGA CARVAJAL  
Taller Tinta de Yopos  
Yopal, Casanare

# QUIMERA DEL PANTANO DE VARGAS



En silencio la roca  
Inmensurable el río  
sustento del Achagua  
fortín de lanceros  
y heroínas.  
Oscuro el Casanare va  
presagia el invierno  
indomables centauros  
que de Apure vienen  
sus linajes tienen  
son yeguas magnesias  
de Apolo y Hebe.

Galopa el centauro  
viaja hacia la cima  
sin miedo en el alma  
los pies sin abrigo.

Lancero es, lanceros son  
lanceros de sol  
los bravos de Páez  
del Cuartel de Pore  
y de Carrastol,  
vencen en Termópilas  
Fortoul y Arredondo.

Santander gallardo  
domina el Picacho  
pierde su guerrera  
le asoma la piel.  
Asían finas lanzas  
de Rondón jinetes,  
a duelo se batan  
¡triumfan bajo el sol!

Bolívar hidalgo  
en postura heroica  
se angustia una vez.  
Divina Providencia,  
Virgen del Rosario  
del camino real  
pronto, pronto  
ven.

Lanceros de sol,  
valientes seguidme,  
enardecida voz.  
Inocencio Chincá  
enviste animado,  
a soldados del rey.

Es este el instante  
vencer o morir,  
meteórico avance  
Infante, Mojica y Carvajal  
valientes renombran  
al anochecer.  
León del Pantano  
esgrime su canto  
imbatible soy en el Barital.

Lancero es Rondón,  
al Cangrejo se ancló,  
Quimera del Llano  
a húsares del rey  
su gloria raptó.  
Cien centauros son,  
lanceros de sol,  
lancero es Rondón  
con marcial talante  
la patria salvó.



**Elocadio Ortega Carvajal (Orocué, Casanare, 1972)**

Médico veterinario zootecnista de la Universidad de los Llanos. Ha participado activamente en varios encuentros de poesía y talleres literarios, como Tinta de Yopos, Guaviarí y Relata; imparte talleres de doma racional de caballos (método *join-up*) y es pintor autodidacta. Ha publicado en las siguientes antologías: *Testigos y protagonistas. Relatos de región*, *Contar para la paz* y *Pinceladas con Tinta de Yopos*.

FRANCISCO MEJÍA  
Taller de poesía MECA  
Medellín, Antioquia

# LA BAÑERA



## I

La palangana en ardentía reposaba  
jabonadura de nubes locas  
lascivas hojarascas  
primaveras,  
la bañera anhelante rebosaba  
en el cuarto de cristales ahumados.

Erguidos  
abiertos muslos  
bella herida blandida y rubicunda  
postrada lengua en penitencia:  
el mozo libaba la fruta perfumada  
el olor del beso en la hendidura.

Bocas y bocas, apresuradas lenguas  
hinchadas, naufragadas  
piernas más piernas y piélagos de brazos,  
anudadas sierpes, trepaban  
el bejuco y la hinchadura, inseparables  
entrelazadas a la estera de jabón.  
Eclipsados cuerpos desmayados  
lívidas espumas colmaban  
lascivas oquedades.

II

Ella quería el ojo encaderado:  
¡hábitame, penétrame mi cuenca!  
¡Árdeme, culmíname!, quiero estrellarme los ojos...  
el erecto pináculo blandía  
el muscular impulso tribal

y ella acunaba el cántaro vacío.

Los espejos cada vez más anchos  
reflejaban desnudas porcelanas  
en el piso la piel jabonosa, inasible  
en la hirsuta caverna bruna.

Abajo, anublados por el suelo,  
chocan trenes de gemidos, sus vagones  
de huesos, de piernas, gestos insuficientes,  
suspiros...  
piafante la cadera desenmaraña el ojo negro  
y las carnaduras prestas se copulan...  
alaridos infrahumanos, aullidos  
nunca una palabra.

Dos universos de cristales en un crisol enamorado  
un poema en tinta blanca  
una estatua móvil de carnaduras voluptuosas  
poseyéndose o exterminándose afanosamente.

III

Analogía brutal de cuerpos diluidos  
como el amor, la víctima acuna a la muerte:  
“Asesinar un cuerpo con un abrazo emponzoñado  
blande el victimario el arma blanca  
el cuchillo escudriña el corazón  
en abrazo enamorado”.

IV

Los cuerpos eran invisible bruma  
misteriosa canibalesca epifanía  
inseparable instante de lucha tierna  
y rebosaba la palangana en lupanar de aromas  
el salitre azulejado.

En la sepultura abierta herida  
un grito mudo de telúrico vacío:  
la raja espumaba aromas  
rasurada grieta de almizcle  
en el horcón de mi casa un beso  
el solitario habitante del astro negro.



**Francisco Mejía** (Medellín, Antioquia, 1954)

Estudió Arquitectura en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, y Artes Plásticas en la Universidad de Bremen (Hochschule für Gestaltung, HfG). Ha realizado exposiciones en Europa y Colombia. Perteneció a la Asociación de Artistas Visuales de Bremen (Bundesverband Bildender Künstlerinnen und Künstler, BBK). Fundador del movimiento de artistas del oriente antioqueño llamado Caravana de Colores. En el 2018 publicó su primer libro, *Raciones de un viaje a un inmenso río*, y este año editará el segundo, *Ajedrez de espejos*. Actualmente participa en el taller de poesía MECA/Escritores y artistas de Medellín, dirigido por el maestro Raúl Henao.

DORIS ELIANA ARCILA TORO  
Tertulia literaria y cultura Pisisí Lee  
Turbo, Antioquia

## ¡SOY MUJER!



Sigues viéndome, espejo,  
el límite, la ausencia de lo femenino  
ahora es una revelación  
de otra forma de pensarnos  
¿que quién soy?  
¡soy mujer!  
No tan oscura, no tan enigmática  
Freud, no es un hijo mi deseo  
Lacan, tampoco el falo.  
Dime cultura, dime sociedad  
¿dónde escondiste mi goce?  
Me has discriminado,  
me enseñaste la vergüenza  
no soy criatura mutilada.  
¡Soy mujer!  
Quita etiquetas  
que me convierten  
en un ideal.  
Simplemente, ¡soy mujer!  
Soy mi propio deseo,  
lo que quiero ser  
dueña de mis sueños  
y mis decisiones  
¡soy mujer!



**Doris Eliana Arcila Toro** (Turbo, Antioquia)

Licenciada en Español y Literatura y magíster en Educación de la Universidad de Antioquia. Especialista en Pedagogía para el Aprendizaje Autónomo de la UNAD y en Pedagogía de la Virtualidad de la Universidad Católica del Oriente. Fue fundadora y coordinadora de la tertulia literaria Pisisí Lee, formó parte del semillero Identidad Cultural y fue editora de tres cátedras elaboradas por ellos. Participó como escritora en el proyecto “Formación de escritores de la región de Urabá: difusión de sus producciones literarias”, y publicó algunos poemas en el libro *Mar de letras*, registrado en el OPC del sistema de bibliotecas de la Universidad de Antioquia.

MAILIN JIMENA CÁRDENAS  
Taller de escritura Rayuela  
Pamplona, Norte de Santander

# ME HE MUERTO DOS VECES



Sonará inverosímil pero yo nací con ellos,  
tal vez fui esa energía, el gemido pasional,  
ese orgasmo placentero que hizo estremecer hasta la vida misma.  
Bendigo el día que los concibieron,  
me floreció la existencia y llenó de ímpetu este cuerpo lánguido de  
alma vagabunda.  
Sus brazos eran como el poema al que no se le escapan los mejores  
versos,  
me pintaban sonrisas, me enseñaban sin hablar,  
yo recorría sus silencios, sus líneas expresivas que dejaban ver  
la experiencia a flor de piel.  
Entonces me vi como un mar sin arena lloviendo a cántaros esa  
mañana gris,  
y de ahí hasta hoy respiro soledad.  
La nostalgia parece ser mi amante, pero no la deseo y me besa,  
siempre siempre.  
Las margaritas bailan con el viento y  
me soplan el recuerdo que me atraviesa la piel,  
una piel que no es mía porque ya no soy.  
Con lágrimas de sangre escribo,  
porque incluso viviendo nos están matando.



**Mailin Jimena Cárdenas** (Yopal, Casanare, 1997)

Estudiante de la Licenciatura en Lengua Castellana de la Universidad de Pamplona.  
Forma parte del taller de escritura Rayuela de Pamplona desde el año 2019.

MICHELLE ANDREA NATALIE CALDERÓN ORTEGA  
Taller Refata  
Cúcuta, Norte de Santander

# GOTAS, ASTILLAS Y RENUNCIAS



## El mensaje

Mariposa aturdida  
el día agita sus alas  
entra por la ventana  
tiembla

Es amarillo el día y verde  
Es delgado y está enfermo

Me mira  
con ojos opacos me mira  
con ojos de angustia me ve  
Abre su boca de labios secos y pálidos  
parece gritar algo  
gritar un presentimiento que es una calle  
y una mujer extraviada en tráfico de la ciudad

El día parece gritar  
Parece gritar y no lo escucho

Tiembla el día  
Sin que pueda ayudarlo  
Se quiebran sus alas en polvo brillante  
y antes de que muera  
lo escucho  
amor  
amor  
lo escucho  
y nada entiendo.

### **Emisarios tristes**

La lluvia llega con afán  
arrastrando hojas secas y ancianos  
Irrumpe en las casas y espanta las palomas  
arrastra botellas  
bolsas azules con forma de nube  
cucarachas rojizas bogando sobre la balsa de sus alas

Las gotas dejan una viruela ocre en el bosque  
aún solitario  
La lluvia corre con afán  
por las venas del barrio

Huele a tierra y niñez  
la lluvia  
que se cansa  
Sabe que va a dejar de ser  
que su viaje será breve  
Pero antes de alejarse asoma a las ventanas sus últimos emisarios tristes  
transparentes

La lluvia tiembla en el cristal  
Se apena  
porque le duele nuestra agonía  
tan lenta  
tan lenta  
tan lenta

## Consagración del silencio

Entre una y otra borrasca  
él los llama a gritos  
repite sus nombres de ausentes uno a uno  
El viento feroz le responde a la cara  
manotadas brucas de moscas sin alas

Asomado a los largos zaguanes  
los llama a todos  
a gritos los nombra  
a gritos  
Como quien lanza piedras  
así los reclama

un aullido de burla  
el viento destemplado responde al desespero  
y comienza a llover sobre la ciudad vacía  
borrosa  
dibujo de témpera sobre papel mojado

la lluvia rumorea  
 l calla  
y abre su boca de inocente torturado

Al cielo abre su boca sedienta  
Y a cada gota dulce consagra su silencio

## La espera

Antes de que cese el aguacero  
cuando tu madre finge cocinar  
y fingen tus hermanos que la miran

Antes de que acabe la lluvia  
Cuando recién camina por el barrio  
un viento distraído  
y el charco de barro  
se cobija con un cielo estrellado

Antes  
cuando recuerdas que aún no mueres  
y todavía resuenan en los techos de zinc  
las balitas inocentes de la lluvia

Antes  
un segundo antes  
en la incierta espera  
comprendes tu vida

pero en el techo la lluvia ya es silencio  
y debajo de él  
tus enemigos comienzan a derribar las puertas

### **Casi siempre a las once**

Un ejército de mujeres  
besan la tersa piel de sus hijos  
vigilan sus loncheras  
los llevan de la mano a la escuela  
pegan sus dibujos en puertas de neveras  
los ven crecer  
marchar a conquistar la vida  
regresar con una joven y una sonrisa  
partir otra vez a conquistar la vida  
y una mañana  
casi siempre a las once  
casi siempre mientras llueve  
rodeadas de otras mujeres  
ellas deben enterrarlos



**Michelle Andrea Natalie Calderón Ortega** (Cúcuta, Norte de Santander, 1990)

Abogada y máster en Derecho Administrativo de la Universidad Libre. Es doctoranda en Bioética de la Universidad El Bosque. Docente de la Universidad Libre, sede Cúcuta, es la editora de la revista *Academia & Derecho* de la misma universidad. Ganadora del Concurso Departamental de Poesía del Quindío (2002), semifinalista del Concurso Nacional de Cuento MEN-RCN (2013) y ganadora de la 6.<sup>a</sup> Convocatoria del Concurso de Cuento de la Universidad El Bosque (2019). Autora de los libros *Haciendo memoria en bibliotecas públicas* (2017) y *Haciendo memoria en bibliotecas públicas (especial Catatumbo)* (2018), en el marco del proyecto “Haciendo memoria en bibliotecas públicas” de la Biblioteca Pública Julio Pérez Ferrero y la Agencia de Cooperación Alemana (GIZ). Desde 2010 codirige el taller literario *Ella y un Café*, con apoyo del director de *Relata Cúcuta*. Es integrante de la tertulia *A Otro con Ese Cuento* y del taller *Relata Cúcuta*.

SAMIR ORTIZ ALTAMIRANDA  
Taller literario David Sánchez Juliao  
Montería, Córdoba

# FLOR EN MAYO



Si me naces en el pecho como flor en mayo, tierna y fuerte.  
Si te recreas en mi imaginario como un ave endémica.  
Serás suspiro profundo y armonioso.

Susurro del viento prominente del mar por el río.  
Eres un paraje desconocido, una maravilla hecha carne.  
El camino a tu universo son las palabras.

Si de alguna manera te encuentro.  
Hechiza mis delirios, mis demonios más podridos, duérmelos.  
Siembra en mi cuerpo los sentires más vírgenes de todos tus tiempos.  
Para ser bullicio o encanto del pueblo.  
La marca de Dios es una espiral entretejida de amor.  
Un árbol frondoso y risueño con raíces grandes.  
Conectados con la verdadera esencia del mundo.

Un beso metafísico, un enigma, un amor prodigio.  
Una flor en mayo que amanece llena de paz.  
Para dar vida como los cabellos del sol.  
Entre las hojas secas del mismo árbol nacen nuevos retoños



**Samir Ortiz Altamiranda** (Lorica, Córdoba, 1990)

Estudiante de décimo semestre de Comunicación Social en la Universidad Pontificia Bolivariana. Fotógrafo profesional. Poeta. Ha participado en recitales y eventos culturales en la región. Tiene tres libros de poemas inéditos.



acabar en un parpadeo, frágil, suenan las cigarras, van rompiendo el silente devenir de una noche cálida de la cual no tengo noticias y aún te espero, tras el indolente velo que día tras día desgasta mis ojos al ver cómo se van diluyendo en el aire, en los minutos y horas que me quedaron en cada latido. La noche vuelve a ser como antes fue, cuando cantaba el viejo bardo sus añoranzas, va entonando de nuevo su gemido triste en trovas antiguas, quizá con la esperanza de ser oído por su amada, allá en los rincones de un tiempo sin memoria, se escucha un lamento cortante y desgarrador de aquel que vio ponerse el sol quizá por última vez. Quedan solo amaneceres que se volvieron estrellas y días nublados, se yergue altiva en el firmamento la diosa ante la cual sucumbe la tenue luz que no prodiga más que un sutil canto que se perdió en la aurora y solo deja el agónico y delirante suspiro arraigado al pecho de aquel que despertó cubierto de musgo y hojas bajo la fría lápida.

### **Carpe diem**

¿Y qué hacer ahora?

Ahora que mi luz se torna difusa

¿Un grito desesperado al cielo de mis ángeles?

Tal vez sea simplemente el viento susurrando a través de nuestros secretos

Envuelto en parcial marginalidad, untadas las manos del lodo del hastío

por la existencia precaria que tal vez me permita la exteriorización eventual de lo común a lo sublime.

### **Veterano**

Soltando la perpetua costumbre de amontonar desteñidas memorias y días de homenajes enraizados en el pantano de un día que se perdió en el tiempo. Resoplando el chamizo que la lumbre prolonga a cambio de un poco de sacrificio hasta mutar en brillantes luciérnagas escarlatas. Se va percatando de que ya no se es el mismo, de que la camisa en que posaba el alfiler con medalla se diluyó en el tiempo y solo queda el pecho envejecido del héroe de guerra en cuyo interior continúa sonando la eterna marcha y en cuya memoria se añejan abúlicos deseos y remembranzas medidas que la inexorable *summa* hizo zozobrar en el mar del infortunio.

## Otredad

*Que te acoja la muerte  
con todos tus sueños intactos...*

ÁLVARO MUTIS

Lugares en los que se ha elegido vivir  
Residencias invisibles que uno se construye al margen del tiempo  
Cuento los pasos mientras mi mano pasea sobre la malla que limita  
aquel lugar  
Un hálito congelado cuando uno y uno ya no son dos  
Remembranza tortuosa  
Desesperanza servida en porcelana fina  
El horizonte la montaña  
El verde y gris del prado y el cielo  
Aun habitamos aquel lugar secreto, pero esta vez con las manos vacías  
Buscamos el camino que nos lleve a casa  
Cuando se nos rompe el alma  
Cuando el vencejo canta  
Cuando la nota triste del bandoneón  
Cuando la azucena  
Cuando el *apartheid*  
Cuando la lluvia  
Cuento los pasos mientras mi mano pasea sobre el infinito  
Residencias invisibles que uno se construye al margen del tiempo  
Cuando uno y uno ya no son dos.



## Héctor Díaz Zuleta (Maicao, La Guajira, 1979)

Egresado del pregrado de licenciatura en Lengua Castellana e Inglés de la Universidad Popular del Cesar. Asistió al taller de cómic Héroes de la Viñeta, auspiciado por la Agencia Cultural del Banco de la República en el año 2009. Integrante del taller Relata de Valledupar. En el año 2017 asistió a la relatoría de la antología poética Relata de autores del Cesar, durante el marco de la Feria Internacional del Libro de Bogotá, con la finalidad de hacer lectura de textos poéticos de su autoría que aparecen en la antología *Vuelo de palabra*, de los asistentes al taller José Manuel Arango, de Valledupar.

JENNIFFER CRAWFORD  
Taller Caminantes Creativos  
Barranquilla, Atlántico

# PRONOMBRES



Ese instante  
cuando alguna palabra  
retumba en la mente  
hasta perder su significado  
por completo.  
Ese instante  
en el que dejo de ser yo  
para convertirme en otro yo  
que anula el yo que no quiero ser.  
Ese instante  
cuando yo estoy sin estar,  
tú no estás, estando.  
Él estuvo y quizá no estará,  
ella estará o habrá estado  
y nosotros estuviéramos  
si ellos no hubieran estado  
donde no debían estar.

Vosotros perdonad...  
no estáis invitados.



**Jennifer Crawford Chatelain** (Barranquilla, Atlántico, 1979)

Estudió Finanzas y Relaciones Internacionales en la Fundación Universitaria San Martín. Actualmente se desempeña como asistente editorial de la revista *Eidos*, publicación seriada de filosofía editada por el Departamento de Humanidades y Filosofía de la Universidad del Norte. Desde el año 2018 es miembro del taller de escritura Caminantes Creativos, asociado a la Red de Escritura Creativa (Relata) del Ministerio de Cultura.

CRISTIAN ARRIETA MORALES  
Taller Maskeletras  
Barranquilla, Atlántico

# TODAS LAS PROMESAS ROTAS



Asistir a clase de francés un día lluvioso y nublado de principios de mayo. Como armadura, una camiseta roja a rayas, *jeans* y un par de chavos. Elegir, de entre todos los sitios posibles, Barranquilla: una ciudad donde, en cualquier caso, no hay un vuelo directo a París y un curso en la Alianza cuesta más que el mes de salario. Tomar el autobús. Contemplar por la ventana que la vida corre como el agua: aprisa, absurda. Transitar por una callecita sencilla, sostenida en asfalto, a la que llaman “vía” y tiene el número 40, aunque sea única, en género y especie. Quedar atascado en el tráfico. Percibir la frustración alrededor. Bajar, mojarse, llegar en pleno atardecer. La invariable sucesión de ciento veinte pasos, subir tres pisos de una vez. Detenerse. Explicar al profesor, por enésima vez, qué te traje hasta allí. Convencerte del plan. Hablar de Trois-Rivières, del intercambio, de los sueños y los años; obviando el hecho, por demás intrascendente, de no tener beca ni pasaporte ni mucho menos el tiquete de avión. Prometerte el 2023. Saberte ajeno, sentirte tonto. Permanecer, por espacio de cinco horas, en un salón diminuto, presidido por quien, con ese amor propio del que se sabe indispensable, se esfuerza por enseñar a otros una lengua que les permitirá emigrar o, si se quiere, escapar. Un gran aporte a la patria. Quedarse allí, abstraído, reconociendo la ausencia de quienes, por no estar ahí, nunca lo podrán lograr. Volver, como cada sábado, a una vida que podría ser.



**Cristian Arrieta Morales** (Barranquilla, Atlántico, 1992)

Abogado de la Universidad Libre. Actualmente, se encuentra cursando estudios de pregrado en la licenciatura en Español y Literatura de la Universidad del Atlántico, así como un diplomado en Argumentación en el Instituto Caro y Cuervo. Sus intereses creativos se inclinan hacia las *short stories* y los estudios literarios poscoloniales.



# DRAMATURGIA



ELIZABETH LÓPEZ  
Taller permanente de dramaturgia  
Manizales, Caldas

## LOS COMEMAPAS



*(En el lado derecho del escenario se encuentra Hernán, estatua humana de Shakespeare; al lado izquierdo, una estera, muchos papeles y mapas en el piso. Al lado de estos se encuentra Pacho, un habitante de la calle; en el centro hay un baúl grande; sobre el escenario, algunas botellas de vino. Entra al escenario Leticia, una mujer muy elegante, de vestido azul, sombrero, bolso y zapatos del mismo color, de unos cuarenta años, rubia, de hermosos ojos azules y mejillas encendidas. Desesperada, mira para todos los lados, mientras se da golpes de pecho)*

Pacho: Me imagino que la doña se da golpes de pecho, porque acabó de salir de la iglesia.

Leticia: No, es por otra cosa.

Pacho: Debe tener remordimiento de conciencia, ¿no ve que las señoras como usted nunca dan limosna?

Leticia: *(Saca una moneda del bolso, mientras se da golpes de pecho)*. Tenga.

Pacho: Esto no es nada, su remordimiento de conciencia se le está comiendo la cabeza, así como los piojos se comen la mía. *(Pausa)*. Ya que usted es tan gentil de darme una moneda, la invito a comer mi pan diario. *(Pausa)*. Mire todo este papelerío.

Leticia: Son mapas.

*(Leticia se da golpes de pecho)*.

Pacho: Sí, como puede ver esta es América, y aquí en la parte sur queda Colombia.

Leticia: Es usted muy culto, no parece un habitante de la calle.

*(Leticia se da golpes de pecho)*.

Pacho: Antes no lo era, me volví andrajoso porque fallecieron mis padres el mismo día, a la misma hora. (*Pausa*). Yo sí fui al colegio, estudié en La Salle hasta segundo de bachillerato, y ahora vea; es que nadie tiene comprado el destino (*pausa*). Le dije que la iba a invitar a mi propio pan diario.

Leticia: Pero tomemos una buena copa de vino (*se da golpes en el pecho*). Tengo que comprarlo.

Pacho: Yo la acompaño.

Leticia: No hay necesidad.

(*Leticia se da golpes de pecho*).

Pacho: Sí, yo la llevo; ¿usted ha visto alguna vez una estatua humana que habla y tira plumas?

Leticia: No, yo veo estatuas estáticas.

(*Leticia se da golpes de pecho*).

Pacho: Vamos entonces y compramos el vino. (*Caminan hasta el extremo derecho del escenario*). Él es Shakespeare.

Shakespeare: Romeo recibe la noticia equívoca de que Julieta yace muerta en el panteón de los Capuletos; desesperado, Romeo compra un veneno para morir al lado de su amada.

Leticia: Eso no es una muerte, es un suicidio.

Pacho: Sí te gusta la historia.

Leticia: Leí todo el libro en sexto de bachillerato.

Shakespeare: Fray Lorenzo conoce, por el mensajero, que la carta no es entregada a Romeo. Pero, por una fatal coincidencia, llega mucho antes el conde Paris que, aún enamorado de su prometida, le lleva unas flores a su tumba. Cuando Romeo llega al panteón, se encuentra con el conde, luchan y Romeo lo mata.

Leticia: ¡Qué muchedumbre!

Pacho: Y no dan plata; si mucho, hará dinero como para un almuerzo, hasta en la calle duerme y al lado mío.

Shakespeare: Romeo contempla por última vez el hermoso rostro de Julieta, toma el veneno y cae muerto. Julieta despierta, ve a su amor muerto, presa del dolor se apuñala. Vengan ustedes dos; ¿cómo se llama la hermosa dama?

Leticia: Leticia.

Shakespeare: ¿Y el caballero?

Pacho: Yo, don Francisco.

Leticia: (*A Pacho*) Yo pensé que ya se conocían.

Pacho: (A Leticia) Sí, pero chito, está timando.

Shakespeare: Denme sus manos.

(Shakespeare los ata por las muñecas, toma un tarro de pintura roja y la vacía sobre sus manos como si fuera sangre, luego toma un tarro con pintura púrpura y la deposita sobre las manos como si fuera sangre de linaje azul, toma una pluma de escribir que moja de tinta y empieza a escribir por sus brazos, luego vacía todo el tintero, arroja plumas al aire).

Shakespeare: Quedan unidos en perpetuo amor Julieta Capuleto y Romeo Montesco. ¡Que viva Verona! Y que la muchedumbre aclame ¡Que viva!

Pacho: ¿Vio lo particular?

Leticia: Cómo narra de hermoso.

Pacho: Está manifestándose acerca de Romeo y Julieta.

Leticia: Por favor, una botella del mejor vino, no importa cuánto valga.

(Ella toma una botella de vino del piso).

Pacho: Ahora sí la invito a una distinguida cena. (Toma los mapas, los arruga hasta convertirlos en una bola compacta, enseguida se los mete a la boca y los devora). Como mapas para fortalecer el intelecto, puedo saber dónde están Roma, el desierto del Sahara, el Everest, los Pirineos, el valle del Nilo, el gran río Sena, la isla de San Andrés y todo lo que pregunten de cartografía.

Leticia: (Sirve el vino) ¡Qué interesante!

Pacho: Ahora sí, vamos a brindar.

Leticia: Yo hago el brindis: por una amistad en la cual no importa la condición social, por el mundo intelectual que nos une. Salud.

Pacho: Salud.

Leticia: Quedé muy llena, nunca había comido papel, y menos mapas. Siento como si me hubiera devorado el mundo entero.

(Leticia se da golpes de pecho).

Pacho: Y vas a ver que vas a tener todo ese conocimiento, sabrás dónde quedan el Ártico, las montañas del Cáucaso, el río Po, Sicilia, la península de Yucatán, el Amazonas —que es tuyo—, Leticia y cualquier otro punto geográfico.

Leticia: Oye, ¿el Amazonas es mío?

Pacho: Sí. A propósito de tu nombre, tómalo; lo puedes devorar.

Leticia: Pero ¿y si me vuelvo una selva de pelo?

Pacho: Te puedes depilar.

Leticia: Por cierto, es usted muy importante.

*(Leticia se da golpes de pecho).*

Pacho: Y muy intelectual.

Leticia: Tomemos más vino

*(Leticia se da golpes de pecho).*

Pacho: Contemplemos las nubes. ¿Te gustan las esteras? Siéntate.

Leticia: En el piso no, y menos en un pedazo de papel periódico.

*(Leticia se da golpes de pecho).*

Pacho: Es una experiencia más.

Leticia: Mejor divisemos las nubes desde ese puente.

*(Leticia se da golpes de pecho. Se dirigen al proscenio).*

Pacho: Veo Norteamérica.

Leticia: La estatua de la Libertad.

*(Leticia se da golpes de pecho).*

Pacho: Norteamérica se convierte en conejo.

Leticia: Y la estatua de la Libertad parece la torre de Pisa.

*(Leticia se da golpes de pecho).*

Pacho: La bota itálica claramente la veo.

Leticia: Yo también. Mira más abajo... también está Sicilia.

*(Leticia se da golpes de pecho).*

Pacho: La isla se parece más bien a Japón.

Leticia: O a cualquier otra isla.

*(Leticia se da golpes de pecho).*

Pacho: No, se parece a Japón y listo.

Leticia: Y la bota itálica.

*(Leticia se da golpes de pecho).*

Pacho: Hace mucho tiempo se convirtió en carrito.

Leticia: Veo mi patria: Colombia *(se da golpes de pecho)*.

Pacho: Leticia, ¿por qué te das golpes de pecho?

Leticia: Por falta de amor y por esta sabrosa chocolatina que guardo justo debajo de mi corazón.

Pacho: Eso es remordimiento.

Leticia: No, un sarcasmo. ¿Te imaginas subir quince kilos por el simple hecho de comerse una chocolatina? Eso es un pecado contra una misma, pero ya limpio mi culpa. *(Saca la chocolatina y la muerde vorazmente)*. ¿Quieres?

Pacho: Sí. *(Pausa)*. Recuerdo que cuando papá y mamá estaban conmigo, comía muchas chokolatinas. Hace ya mucho tiempo ni las

probaba. *(Pausa)*. ¿Quieres un besito? Así disfrutamos más la chocolatina, yo te la paso con mi lengua.

Leticia: Jamás. El solo hecho de pensarlo me da náuseas.

Pacho: Ya no te das golpes de pecho.

Leticia: No, ya me comí la chocolatina, no tengo más pecados que esconder; la gula es un pecado.

Pacho: No para un pobre como yo. *(Pausa)*. Es que cuando yo como gula, mejor dicho, me siento... en pleno carnaval, me lleno de alegría y mi expresión facial se convierte en una fina mueca.

*(Hernán, la estatua humana de Shakespeare, se desviste rápidamente y se mete dentro del baúl).*

Leticia: ¿Qué es este armatoste?

Pacho: Es un baúl poco común.

Leticia: Sí. Es muy grande para serlo.

Pacho: Así y todo, es un baúl, y está lleno de recuerdos.

Leticia: Los quiero ver.

Pacho: Dilo con más ceremonia, es la forma de ganarme la vida; el que solo mendiga no llena el buche.

Leticia: Entonces lo digo con más ceremonia: amadísimo intelectual comemapas, gran cartógrafo, ¿usted que es tan docto tendría el privilegio de abrir este hermoso baúl de cedro con incrustaciones de plata y esmeraldas, exportado a la Nueva Granada en el año 1712.

Pacho: ¡Ojalá! Ya lo hubiera empeñado.

Leticia: En todo caso, abrámoslo.

*(Pacho toma una llave, abre el baúl, sale Hernán la estatua humana de Shakespeare del interior de este. Pacho se asusta y pega un grito).*

Pacho: ¡Hernán! Oiga, me asustó. ¿Usted no estaba pues en su trabajo de estatua humana?

Hernán: Es que quería caer de sorpresa. Viéndolo con semejante dama. Adivino... Tu nombre es Leticia. Qué bella música... Leticia.

Leticia: Lo sabes por...

Hernán: No importa, lo importante es que estamos juntos los tres. Te me haces conocida, dónde te vi... a ver... a ver.

Leticia: Estás confundido, no soy de estos lados.

Hernán: Entonces eres de Francia... de Nueva York... ¡ya has comido mapas!

Leticia: Sí, un suculento plato.

Hernán: Tú tienes un parecido con...

Leticia: No soy yo. Te repito: no soy de estos lados, no hablo inglés, pero soy de Canadá.

Hernán: Me suena a mentira.

Leticia: Pues no.

Pacho: No discutan más pendejadas, uno es de donde quiera ser y punto. (*Pausa*). Ven, Leticia, te muestro lo que contiene el baúl.

Leticia: Son recuerdos.

Pacho: Y puras fotos.

Leticia: ¿Que haces con estas?

Pacho: Vas a ver, (*a Hernán*) no le digas nada que es una sorpresa. (*Pacho se viste con una trusa color piel, se amarra hilos al cuerpo, saca del baúl muchas fotografías, las amarra a los hilos*). Salgamos a la calle.

Hernán: Ahora tú trabajas y yo mendigo; en este país ya uno no sabe qué es peor, si ganarse un peso en cualquier trabajo o mendigar.

Pacho: Yo por eso también hago lo mismo.

Leticia: No te deberías ir, Hernán; tomémonos toda la tarde. Vayámonos con Pacho a su trabajo y nos tomamos un vino.

Hernán: Un vino de los finos, porque usted tiene cara de ser muy rica y muy fina. Déjeme decirle además que es muy bonita: vea esos ojitos azules, esa piel blanca y esos cabellos rubios. Qué hermosa se ve además sonrojada.

Leticia: Gracias, voy a comprar como siempre el más caro.

Hernán: ¡Qué dicha!

Pacho: Vayamos a la plaza, yo trabajo solo una hora y después a brindar.

Hernán: Acompañamos el vino con un atlas nuevo que compré la semana pasada.

Leticia: Pero un atlas es muy caro.

Hernán: En un remate de libros no, me costó lo que cuesta un pan: doscientos pesos. Como trae muchas hojas y las puedo comer y al mismo tiempo llenarme de entendimiento, compré el libro inmediatamente.

Pacho: Olvidaba la tarima. Hernán, ayúdeme a cargarla.

Hernán: Por doscientos pesos.

Pacho: ¿Por qué me cobra los favores?

Hernán: ¿Y quién trabaja gratis?

Leticia: No peleen por eso, antes deberíamos pensar solo en el hoy y no en el día de mañana y gastarnos lo del rebusque en una maravillosa

noche; podríamos ir al puente y en vez de mirar nubes podríamos mirar las estrellas.

Hernán: Llegamos a la plaza.

*(Donde estaba Shakespeare, se ubica Pacho. Efectos sonoros de muchedumbre).*

Hernán: Ojalá sí den plata porque sinceramente es más el tumulto que lo que la gente deja.

*(Entra al escenario una niña de diez años).*

Una niña: Señor, ¿cierto que lo que usted tiene son recuerdos?

Pacho: Sí.

Una niña: Es el árbol genealógico de su familia.

Pacho: Sí, son fotografías muy antiguas, tomadas desde que apareció el invento de la cámara fotográfica.

Una niña: Señor, ¿usted gana mucho o más bien poco?

Pacho: Más bien poco. Pero no me haga más preguntas que me espanta la clientela.

Una niña: Es que quiero hacer una obra de caridad con usted.

Pacho: Sí, me parece formidable *(Le susurra en el oído a la niña)*. Soy muy pobre.

*(La niña saca un billete de cincuenta mil pesos y se lo da a Pacho. Luego observa muy bien las fotos una por una).*

Pacho: Gracias, ángel del cielo.

Una niña: Te lo mereces, es un arte muy bonito el que tú haces. Hasta luego. Espero que uses bien el dinero.

*(Continúa el efecto sonoro de la muchedumbre. Inmediatamente, caen billetes del cielo. Cesa el efecto sonoro).*

Pacho: Nos la hicimos, ¡qué cantidad de billete!

Hernán: ¡Qué es esto tan sorprendente!

Leticia: Esto solo nos sucede a nosotros.

Hernán: O pasa en las películas.

Pacho: *(A Leticia)* Hey, monita: usted es muy bonita, pero tiene una espalda que mejor dicho.

Leticia: Gracias, tengo una suerte muy bonita.

Pacho: Entonces no se diga más. Vámonos a brindar y a festejar que esta hermosa dama es parte de nuestro vínculo de amistad.

Hernán: Vamos hasta Castilla y de ahí al Mirador de las Flores. Comamos muchos mapas, compremos botellas del mejor vino y gastémonos todo eso, que lo que nada nos cuesta hagámoslo fiesta.

Pacho: No, hermano, respete. ¡Cómo es que me dice eso así en la cara! Voy a guardar para el mañana, con lo que sobre que pase siquiera una semana o hasta quince días; además, la niña me dijo que gastara bien el dinero.

Hernán: Mentiras, era un descache mío, usted sabe cómo soy yo de chichipato. (*Pausa*). Pero venga, hermano, gásteme; quiero comer los mejores mapas al lado suyo, beber bien... Podemos pagar un hotel y no dormir en la calle muertos del frío.

Pacho: Si le gasto.

Hernán: Ahora sí, a contar estrellas en el mirador.

Pacho: Pero antes compremos un atlas y el vino.

(*Caminan*).

Leticia: Ve qué peculiar, esa tienda tiene un letrero: "Aquí se venden mapas".

Pacho: Veo el letrero.

Hernán: Entonces vamos.

Pacho: Señor, ¿me puede dar una botella del vino más fino, no importa que sea el más costoso? Ah, y un atlas.

Hernán: Que no se venden atlas, se venden los mapas por separado.

Pacho: Cada mapa es a mil.

Hernán: Está caro. La semana pasada compré un atlas a doscientos.

Pacho: Pero no fue aquí.

Hernán: Pero eso no vale un mapa.

Pacho: No importa, no peleemos por eso que hay mucho dinero. Me da cinco mapas. ¡Ah!, y la botella de vino.

(*Toma del piso los mapas y el vino*).

Leticia: ¡El mirador! Es que es divino.

(*Se sitúan en la parte delantera del centro del escenario*).

Pacho: Uno no sabe si mirar las estrellas o las luces de la ciudad.

Leticia: No nos digamos mentiras: ver las luces de la ciudad desde aquí es un espectáculo parecido a ver las estrellas.

(*Disfrutan del vino y los mapas*).

Leticia: Me tocó comerme el mapa del río Amazonas.

Pacho: Me tocó comerme el mapa del río Amarillo.

Leticia: Ya decía yo para mis adentros: ese tiene la lengua amarilla. ¿Por qué será?

(*Toman vino, tragan mapas*).

Hernán: Leticia, ahora que estás tan cerca y con los traguitos encima, quítate la ropita.

Pacho: Empieza por el chal, luego por la blusa.  
*(Leticia se quita el chal y la blusa).*  
Hernán: Leticia, ¿con cuál de los dos quieres estar?  
Pacho: O formamos un trío.  
Leticia: Como soy atrevida, entonces decidámoslo a cara y sello: si cae cara, escojo a uno de los dos; si cae sello, armamos un trío.  
Pacho: Yo tiro la moneda.  
*(Tira la moneda hacia arriba y la toma en la palma de la mano).*  
Pacho: Sello. Gana el trío.  
Leticia: Esperen que voy a respirar profundo (respira).  
Hernán: Tengo un juego, y es que lo que yo te digo que te quites, eso te quitas.  
Quítate los zapatos.  
*(Leticia se los quita)*  
Quítate la camisilla.  
*(Leticia se la quita)*  
Quítate las medias veladas.  
*(Leticia se las quita)*  
Quítate la falda.  
*(Leticia se la quita).*  
Pacho: Cómo estás de hermosa así, solo te falta la ropa interior.  
*(Leticia se quita la ropa interior).*  
Pacho y Hernán: ¡Eduardo!  
Pacho: Nos engañaste desde el principio.  
Hernán: Yo sí decía que te había visto en alguna parte.  
Eduardo: Pero no pueden negar que hermosa sí soy.  
Pacho: Hagamos el trío, aunque sea un tren.  
*(Oscuro).*



### **Elizabeth López** (Manizales, Caldas, 1979)

Terminó su bachillerato en el Colegio Nuestra Señora del Rosario. Es integrante del taller permanente de dramaturgia desde 2014. Sus dos primeras obras de dramaturgia, “Dos más uno” y “Una pintura más”, se publicaron en la antología de dramaturgia *Seis formas de matar a una mujer*, de la editorial Universidad de Caldas, año 2016.

ABRIL M. PIMENTEL  
Taller permanente de dramaturgia  
Manizales, Caldas

# LA TELARAÑA DE MAMÁ



*Personajes:*

*Madre.*

*Rosa (hija).*

*(Sala de estar. Recortes de periódicos y revistas por todos lados. Rosa entra con una mochila que deja caer al piso. Se quita su ropa de adulto y se pone ropa de niña. Se avienta al sofá y prende el televisor. Mientras la madre habla, Rosa se va trenzando el cabello con listones).*

Madre: Mira las fotos que envió Dante. Son de su nueva casa en Australia, pobrecito de mi hijo. No sé qué hace allá tan lejos sin que nadie le haga de comer, sin que nadie le lave su ropa, sin que nadie le dé un masaje cuando regresa de trabajar tan cansado. Aquí, en México, yo haría todo para que estuviera mejor.

Rosa: *(Indiferente, viendo la televisión)* Hmmm...

Madre: ¿Qué te parece esta otra? *(Le muestra la foto)*. Es el bebé de Fernandito, míralo, qué bonito. Se parece a él cuando era chiquito; su misma boca, sus mismos dedos, su mirada *(en voz baja para ella misma)*, mi boca, mis dedos, mi mirada... No sé por qué no me llamaron el día en que nació. Yo hubiera podido ayudarlo en todo, ¡que para eso soy su madre! *(Preocupada)* Con esa mujer tan insoportable que tiene ha de haber pasado unos días bien difíciles. Ya me la imagino *(imitándola)* “Fernando, tráeme esto, tráeme aquello, baña al niño” *(mira nostálgica las fotos y suspira)*. Yo tanto que di por ellos y mira cómo me pagan estos malagradecidos hijos míos.

Rosa: *(Sin dejar de mirar la televisión)* Hmmm...

Madre: *(Se levanta súbitamente del sillón)* Deja ya de ver tanta televisión, niña. Nunca me prestas atención. Mejor ayúdame a poner la mesa

y coloca la vajilla azul, esa es la que le gusta al sacerdote Manuelito. Esta tarde nos acompañará a comer; estoy tratando de convencerlo de hacer un bautizo... a distancia para el bebé de Fernandito. Dice que no es posible, pero estas fotos son más que suficiente para que él se imagine al niño; puede hacerle la ceremonia. ¡Ah! Y prepárate un postre, algo rápido, una carlota de limón, un pastel de arándano, yo qué sé... ¡Ah! Y si te sobra tiempo, límpias tu cuarto. Tienes demasiadas muñecas. No sé por qué te compro tantas, si últimamente hablas de más con la gente. Ya habrá que poner nuevas reglas y una nueva repisa. *(Para sí misma)* Azul cielo, morado pastel, rosa mexicano... Bueno, eso lo vemos luego.

*(Rosa murmura algo).*

Madre: ¿Qué dices, niña? *(Articulando de forma exagerada)* Habla fuerte, abre bien la boca.

Rosa: Nada, mamá, nada. Como siempre, nada...

Madre: ¿Y todavía te enojas? Ahora me voy a bañar, y cuando salga quiero que mínimo hayas puesto la mesa.

Rosa: *(Se levanta de un salto con la mano en forma de saludo en la frente)* ¡Sí, mi coronel!

*(La madre le lanza una mirada de amenaza. Cuando la madre entra al baño, Rosa cierra por fuera con llave. Pausa. La madre va a salir. No puede abrir. Grita).*

Madre: Rosa, Rosa, la puerta se atoró. ¡Ven a abrirme!

*(Pausa).*

Madre: Rosa, Rosa... *(Rosa ríe)* ¡Hija de la chingada, ya te escuché! *(Molesta)* Ven a abrirme, ¡no estoy jugando!

Rosa: Ni yo tampoco, mamá...

Madre: Ahorita vas a ver cuando salga. Te vas a quedar castigada en tu cuarto y no vas a ir a tu clase de cocina.

Rosa: Al fin que ni me gusta.

*(Rosa ríe a carcajadas).*

Madre: ¿Qué dijiste?

Rosa: ¡Nada! Que ahorita busco las llaves.

*(Rosa se acuesta en el sillón a mirar la televisión y sube todo el volumen).*

Madre: Tranquilízate, Fernanda, respira *(Inhala y exhala)*. Nada malo va a pasar. Es como cuando tú y tus hermanos iban a jugar a los túneles del edificio que estaban construyendo en tu casa en Guanajuato cuando eras niña. ¿Te acuerdas? No, no, no... ahora no recuerdes eso. Ramiro, el perro, se quedó atorado y encontraron su cuerpecito dos

días después. ¿Y si encuentran mi cuerpo dos días después? O, mejor dicho, ¿si nunca lo encuentran? No, no, no, pero esto no va a pasar (*tratando de calmarse*). Es un baño, el baño de tu casa. Sí, eso es, ¡de tu casa! Sigue respirando (*histérica*) ¡¡¡Rosa!!! Pobre Ramiro, se puso morado y dicen que lo encontraron con los ojos saltones porque no pudo respirar. ¿Yo estaré morada? (*Corre al espejo*) ¡¡¡Rosa!!! (*histérica*). Si no me abres, te vas a quedar sin madre y ¿quién te va a sacar a pasear al parque, peinar con trenzas o confeccionarte vestidos? Ábreme, niña. Después el brazo se me va a entumir como cuando... como cuando la abuela Jacinta me castigó por comerme sus galletas. Se enojó tanto que me quemó con su cigarro (*se soba el brazo. Se pueden apreciar quemaduras en él*). Y me encerró en su armario; un armario tan pequeño que solo tenía polillas (*hace como si se le subieran las polillas. Está al borde del llanto*). Rosa, te cuento tres, y si no me abres vas a ver cuando salga. Uno, dos...

Rosa: ¡Si es que sales, vieja!

(Rosa ríe a carcajadas. Se escucha un grito de la madre y un fuerte golpe en el baño. El espejo cae. Rosa abre la puerta y esta se cierra al instante tras de ella).

Rosa: ¿Estás loca, mujer? ¿Por qué rompiste el espejo?

Madre: ¿Estás loca tú, Rosa? Sabes de sobra que no soporto estar en lugares encerrados y menos en el baño donde...

Rosa: (*Retándola*) ¿Dónde qué, mujer?

Madre: Donde nada, niña. Por eso siempre dejo abierta la puerta del baño.

Rosa: No soportas estar en lugares encerrados porque sabes que... (*La madre la va a golpear, pero se le entume el brazo*).

Madre: ¡Cállate! Te dije que no repitieras eso nunca.

(*La madre va a salir del baño y no puede abrir*).

Rosa: (*Espantada*) ¡Mamá, dejé la llave afuera!

(*Las dos se miran con espanto, largo silencio*).

Rosa: Perdóname, mamá, yo no quería... solo jugaba. Siento que tú siempre me sofocas y...

Madre: (*Contenida*) Cállate, niña, no me digas nada. Me voy a morir aquí adentro sin conocer a mi nieto en persona o la casa de tu hermano en Australia, y con esta sensación en el brazo que me acompaña desde la infancia, con el olor del armario y las polillas carcomiéndome los recuerdos (*gritando*), ¡carcomiéndome la puta vida!

Rosa: (*Indecisa*). Deja de engañarte ya, mamá. De sobra sabes que

Dante se fue lo más lejos posible para no verte, y que Fernando hace tiempo que ya...

*(La madre no la deja terminar la oración; la quiere golpear, pero el brazo entumido se lo impide).*

Madre: No repitas eso nunca. Tú qué sabes del amor que yo siento por ellos si nunca has sido madre, si no los cargaste nueve meses en el vientre, si no tuviste los dolores de parto ni esa sensación cuando te los ponen por primera vez en el pecho o cuando los alimentas... ¡Te la pasas arruinando mi vida! ¡Todo lo hice para protegerlos!

Rosa: *(Cobrando cada vez más fuerza)* ¿Para protegerlos? *(Risa sarcástica. Va desapareciendo la voz y postura de niña que Rosa tenía hasta ahora).* ¡Por favor! No dejabas a Dante ni ir al baño solo y Fernando tenía once años cuando tú te empeñabas en seguir dándole pecho y limpiarlo cuando iba al baño y meterte a la bañera con él. No querías que durmieran solos *(con mucha rabia)*; tú querías dormir en medio de ellos. ¿Y qué pasó cuando trajeron a su primera novia? Hiciste que la policía viniera, según tú porque ellas habían robado dinero de tu monedero y los hiciste crecer con un odio hacia todas las mujeres, menos a mamá. Hiciste que ellos también me odiaran, hiciste que me hicieran lo mismo que la abuela Jacinta te hizo a ti.

*(Rosa le enseña el brazo derecho, lleno de quemaduras idénticas a las de la madre).*

Madre: *(Con voz dulce, hundiéndose poco a poco en un estado de locura).* Los estaba protegiendo, nenita. Allá afuera la vida es muy peligrosa; hay hombres malos que hacen daño. Allá afuera el clima está muy feo; el mundo no es lugar para que unos nenes hermosos como ustedes anden por ahí solos, sabiendo que tienen a mamá. Mamá es una red en sus vidas que los sostiene cuando caen. Ven aquí, nena, ven con mamá.

*(Intenta abrazarla)*

Rosa: Deja de decirme nena. Ya no soporto que lo hagas. ¡Por Dios, mamá, tengo treinta años!

Madre: *(Con voz muy dulce, como hablándole a un bebé).* No, mi nena, solo estás jugando a ser alguien mayor, pero ve tu ropita de colores que yo misma tejí, ve los listones de tu cabello y las muñequitas de tu cuarto. Las mujeres mayores no tienen eso, mi amor...

Rosa: ¿Sabes qué, mamá? Si resistí tanto tiempo a tu lado fue porque después de la muerte de Fernando tú ibas al correo todos los días y fingías enviarte esas cartas, con recortes de revista y periódicos de la vida feliz

que jamás tuvimos. Me diste tanta lástima que dejé que me adornaras, que me vistieras y que me siguieras tratando como una niña de doce años: la edad en que él murió, o más bien la edad en que tú lo mataste.

*(La madre se tapa la cabeza, Rosa rompe la chapa del baño y sale sin voltear).*

Rosa: *(Gritando desde afuera)* En ese baño siempre van a habitar los fantasmas, mamá...

*(La madre toma una toalla y la enrolla como si fuera un bebé, le pone un recorte de revista para simular la cara, se saca el seno y lo amamanta).*

Madre: Duérmete ya, mi Fernandito; mamá está contigo, siempre está contigo. El mundo es un lugar peligroso para que un nene tan lindo como tú ande por ahí sin mamá. Duérmete ya.

Madre: *(Cantando)*

*Witzy witzy araña*

*subió su telaraña*

*hizo un hilo*

*y se puso a trepar...*

*Witzi witzi araña tejó su telaraña*

*vino la lluvia y se la llevó,*

*salió el sol y luego se metió*

*(Ríe y llora).*

Y witzi araña lo devoró. *(Mientras dice esto, pone una mano derecha en la cara del recorte de niño y hace como si lo asfixiara. Luego, lo besa).*

*(Susurro)* ¡Duérmete ya, mi Fernandito, mamá está contigo, siempre contigo!

*(Oscuro).*



**Abril M. Pimentel** (México, México, 1995)

Psicóloga y actriz. En 2018 realizó un intercambio académico en la Universidad de Caldas, y se integró al taller permanente de dramaturgia a cargo del profesor Carlos Molano. Como producto de esta experiencia, escribió “La telaraña de mamá”, basada en una teoría de Jacques Lacan. Como actriz, ha formado parte del elenco en *Último piso del Hotel California* (2016-2017), *Miércoles de Ceniza* (2016), *Las brujas de Salem* (2018) y *La*

*cocina* (2019). Además, ha hecho talleres en los que emplea el teatro como herramienta de socialización y desestigmatización de pacientes diagnosticados con esquizofrenia. Como resultado de esto, en 2019 produjo *Manifiesto de la locura por coincidencia*, una intervención escénica realizada con un grupo de pacientes del Hospital Psiquiátrico Víctor M. Concha, en Orizaba, Veracruz, México. Actualmente, está terminando su último semestre de Teatro en un segundo intercambio en la Universidad de Caldas.



NOVELA



DIEGO ORTIZ VALBUENA  
Taller Distrital de Novela  
Bogotá, D.C.

# LA VEGA

(Fragmento)



¿Sí ve? Usted me revuelca la cabeza como si entrara a mi cuarto y botara mis libros y pisara los acetatos. Usted, doctor, futuro doctor, doctor sin tinta de tinterillo. Usted que usa mi cepillo de dientes, se baña con mi jabón y se seca con mi toalla, escurre agua y lo deja todo lavado. Usted, siempre usted, tipo reservado de su vida. Aunque su rostro se deforme en gesticulaciones, no le escucho casi hablar de usted. En medio de sus soliloquios sobre los demás, agarra unas hojas y revela mi pasado; abre un libro y lee en silencio mi presente; se asoma a la ventana, esa minúscula ventana sucia de mi cuarto y se atreve a vaticinar mi futuro. Y yo nada más lo miro porque no sé prácticamente nada de usted. Si en una entrevista, esa misma que usted imagina todas las veces que hablamos de literatura, me preguntaran por una semblanza suya, apenas podría decir que fue el zipaquireño del año, que ha ganado un par de concursos literarios y pocas cosas más. Es la misma sensación de cuando iba a su apartamento, allá en La Soledad, y nada más sentarme en su sillón de cuerina vino tinto y el único sonido era el de las ollas en la cocina. Es un escozor en la piel, como escaldado. Y usted olisquea las cortinas para averiguar si sigo fumando a escondidas o si de verdad el olor es de hierro como la sangre. Y no puedo decir nada más de usted.

\*\*\*

—Arrancamos para La Vega, maestro.

—¿Taller nuevo?

—Más o menos.

—¿Cuál es la diferencia, doctor?

Ignora mi pregunta, entra al baño, abre la llave del lavamanos, se humedece el cabello, cierra, sale, mira qué libros nuevos he comprado. El doctor toma uno de los volúmenes de cuentos de Rubem Fonseca y lee en voz alta un pedazo de “Paseo nocturno”.

No es la primera vez que el doctor aparece repentinamente en mi apartamento a decirme “Nos vamos de viaje” o “Tenemos que dar un taller de poesía ecléctica para jubilados”. Agarro una maleta y le voy acomodando como puedo un par de pantalones, camisetas, medias y bóxers.

—Eche traje de baño.

—¡La vaina es con todo!

—No estoy seguro.

Me jode su inseguridad, pero tampoco le pido explicaciones. El doctor es un tipo ordenado hasta la obsesión y creo que eso balancea esas expresiones de duda que a veces se le escapan.

Mientras busco una pantaloneta, porque hace años que no tengo nada que se le parezca a un traje de baño, el doctor me habla de libros y de viajes y de mujeres mayores y de pezones perforados. Y poco le comprendo porque he perdido el hilo desde hace un buen rato. Eso mismo me pasó en los dos últimos talleres que dimos juntos, antes de las desapariciones. Él siempre ha sido su propio piloto automático, su disparador y cañón. Y cada vez que contaba su primer recuerdo para motivar a los participantes a que escribieran de sus vidas, jamás pude captar en mi mente una sola imagen clara de aquel suceso. No comprendía nada. Supongo que yo sonreía, porque es mi mecanismo de defensa. Ahora me cuenta un recuerdo y es para mí como una hoja llena de tachones en la que quedan apenas unas cuantas palabras legibles.

Y ahora, como un eterno presente, me cuenta sobre su padre y ese viaje licencioso en su más tierna pubescencia. La del doctor, no la de su padre. Si empezara ahora mismo a contarme otro primer recuerdo, yo le creería sin dudar y lo olvidaría al instante, apenas termine de contar la anécdota. Curiosamente, el recuerdo más claro que tengo del doctor fue el de la primera vez que lo vi.

\*\*\*

Mi recuerdo de la primera vez que nos encontramos está plagado de silencio de mi parte. El doctor era apenas un adolescente en el cuerpo de un niño y con la energía de una batería nueva de carro. A su lado, una mujer robusta, como extranjera, pálida y malacerosa. Nunca me imaginé que fuera el líder de una banda. Luego entendí que lo fue porque impuso su voluntad sobre las personalidades apocadas del bajista y del guitarrista. Yo, apenas era un invitado. ¿De qué hablamos en ese primer encuentro ahí sobre la carrera 30? Él hablaba, yo callaba. Seguramente, buscaba con angustia ese elemento *grunge* común que zanjaría nuestra diferencia de edad. Y ahí me dijo que los ensayos serían en Zipaquirá.

Ya no recuerdo cómo fue aquel primer ensayo, pero de tan repetidos y parecidos que fueron se me han amalgamado en un enorme recuerdo, como si fuera un domingo que duró dos años en el que lo único que hice fue viajar hasta su terruño y encerrarnos en el cuarto del bajista, un tugurio con afiches en las paredes de System of a Down y de Slipknot, y hacer bulla, porque aunque el guitarrista siempre tuvo talento, lo que se encerraba en esas paredes era solo eso, ruido. Y en medio del escándalo, de nuevo se imponía la voluntad de su voz, demasiado gruesa para un cuerpo aparentemente frágil. Gruesa, sí, bastante, pero siempre desafinada, como si fuera un pescado tratando de cantar. Nunca dije nada porque siempre me sentí como un invitado, como un extra en esa representación teatral que era aquella banda, pero siempre esperaba que al siguiente domingo el doctor afinara su oído y cantara rítmicamente con la guitarra. Eso nunca sucedió. Debo confesar que eso me mantuvo frustrado todo el tiempo que hicimos música. Aunque derrochábamos energía y algo de simpatía, en ese cuarto se acumulaba estridencia, como lijando con cepillo de metal.

\*\*\*

El Doctor, sentado frente al volante, es un adolescente temeroso. Enciende el auto, revisa la gasolina, me pregunta si hay una bomba cerca, se ajusta el cinturón de seguridad, me mira para que haga lo mismo. El doctor es un viejo atrapado en un rostro imberbe.

Salimos por la carrera octava para buscar la calle 11 sur. De ahí hasta la séptima y luego buscar la Circunvalar.

—¿De quién es el carro, doctor?

—De la ejecutiva de cartera.

—¿Y el de su papá?

—Me dijo que esta vez no.

—Raro que sea así de tajante.

—El viejo tiene sus rayes. Cuando le conté que íbamos para La Vega se arrepintió y me dijo que mejor no.

—¿Será que tiene su guardado por allá?

—El viejo puede ser todo menos infiel, maestro.

Pasamos frente a la iglesia de Egipto y quisiera contarle el día que estuve en una entrevista de trabajo detrás de esa iglesia, pero el doctor está concentrado en manejar y en poner música.

—¿Y va a escribir ese novelón sobre su papá, doctor?

Una vez, de camino a Pacho, el doctor me contó que quería escribir una novela sobre su papá. En uno de los regresos de Zipa después de ensayar, me fue describiendo quién era ese señor a quien yo nunca había visto. Cuando me pasó la primera versión del escrito, me sorprendí al ver lo diferente que era el personaje de la novela del tipo al que me hice idea en ese viaje de Zipa a Bogotá.

Hoy le pregunto si dejó nombres y fechas como en aquella primera versión y me suelta que no le gusta la autoficción.

—Pero ¿no me dijo usted que lo que debíamos hacer era precisamente eso? ¿Escribirnos y hacernos obra?

—Sí, maestro, cierto. Pero no quiero que el viejo se resienta cuando la lea.

—Ese es el riesgo que debemos correr. Obvio, da un miedo muy puto y todo. Yo no sé qué cara hubiera hecho mi señora madre si hubiera leído ese texto que escribí de ella.

—No lo hubiera escrito, maestro. Estaría viva.

—Sí, lo sé, pero si lo hubiera leído...

—¿De qué fue que se murió su madre?

Le digo al doctor que si baja por la Universidad de los Andes hasta la tercera, ahí hay una gasolinera.

Me sorprendo ante los pocos detalles que le he dado sobre la muerte de mi señora madre, a pesar del tiempo que llevamos de conocernos. Tal vez porque la vi agonizando durante dos años, tal vez porque murió mientras la tomaba de la mano, tal vez porque me costó cinco años salir de aquella depresión. Murió un 3 de enero. Después de ese día, mi concepción de la muerte cambió.

Años antes de que mi madre enfermara, siempre me hice el siguiente escenario: mi madre y mi padre mueren por causas naturales o desconocidas. Nunca de manera violenta. Al poco tiempo, podía ser unas cuantas horas después, yo me arrojaba a las ruedas traseras de un camión. Al rato, buscaba una cuerda de fique o un cinturón y me ahorcaba. No antes de un día, conseguía un arma de fuego y me descerrajaba un balazo en la sien. Y esa fue mi mayor fantasía por muchos años, al menos desde que llegué a la mayoría de edad y hasta el día de la muerte de mi señora madre. Al otro día, o tal vez en la velación, comprendí que la muerte es algo de poca relevancia.

Y si mi padre muere hoy o mañana por causas naturales o porque lo atropelle un bus, seguramente seré un tanto indiferente a dicha situación. No lo digo como un engreído, lo expreso con honestidad. Seguramente le endilgaré lo *post mortem* a mi hermano, ese sujeto del que el doctor sabe aún mucho menos, y yo buscaré seguir haciendo lo que he hecho en los últimos años. Seguramente terminaré viviendo en un cuarto más pequeño del que ya vivo, arrejuntado con algunas amigas lesbianas o con exnovias de antaño, viviendo una vida parca, austera y gris.

—Doctor, hoy eso ya no importa. Más bien, ¿ha pensado cómo será su muerte?

—Yo no pienso en esas maricadas.



**Diego Ortiz Valbuena** (Bogotá, D.C., 1977)

Licenciado en Educación Básica con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, y magíster en Comunicación-Educación de la misma universidad. Ganador del XXXVIII Concurso Nacional Metropolitano de Cuento (2015), del Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá (2014) y del concurso Ciudad Narrada 2013. Director del colectivo No Escritores. Participante en el Taller Distrital de Novela 2019.



CRÓNICA



ROSALBA POLANCO MAYORGA  
Taller Distrital de Crónica  
Bogotá, D.C.

# LOS TESOROS QUE REGALAN LAGUNA GRANDE Y NAVÍO QUEBRADO



Al llegar la lluvia, el río Camarones crece y los arroyos Coño y Pacho vuelven a la vida; uno y otros parten en veloz carrera a buscar el océano Atlántico, a pocos kilómetros de Riohacha, donde calman su sed de mar. En la recta final tienen que surtir un par de deltas rodeados de bosque seco tropical. En el proceso normal de desarrollo del calendario ecológico, fuertes golpes de sol y vientoorean las lagunas hasta hacerlas transmutar en dos inmensas cuajadas de sal.

Camarones y Perico son dos asentamientos poblacionales de indígenas wayús y campesinos criollos que, sumados, pueden llegar a 6.000 habitantes. Los nativos surten su despensa con los productos que les proveen Laguna Grande y Navío Quebrado, dos lagunas costeras.

“Estas lagunas son un sitio estratégico desde el punto de vista geográfico; desde el punto de vista de los recursos naturales. Es un espacio con una gran riqueza de especies, tanto vegetales como animales, porque también hay muchos manglares”, dice Fernanda Giraldo, una antropóloga bogotana que hace diecisiete años se desempeña por estos territorios. “Así como es atractivo para las aves, lo es también para los seres humanos porque genera un entorno natural muy rico en alimentos, como despensa para toda esta zona de La Guajira”.

Se interpone entre las lagunas y el bosque un cinturón de tierra arenosa que los lugareños llaman El Placer o La Plazoleta. Allí anclan los cayucos y “arranchan” cuando la cosecha de turno lo requiere.

Si se parte de Riohacha en dirección oeste por la troncal del Caribe, veinte kilómetros a la derecha asoma el corregimiento de Camarones; al avanzar cinco más, por la misma vía, se asienta Perico, vereda de Camarones. Ambos están dentro del territorio del Santuario de Fauna y Flora Los Flamencos, creado en 1977, declarado zona protegida por el gobierno nacional en 1992.

Con el agua, las lagunas vuelven a tomar su forma; se rebasan y, por un cuello de embudo que hace las veces de garganta, se conectan con el mar Caribe. Abren la boca de unos cuarenta metros de ancho, lo que permite que el líquido dulce pase de largo por ese cuello y, en contravía, el mar entre. Se forma un remolino que trae consigo la visita de camarones, jaibas, cangrejos, lebranches, lisas, anchoas y demás especies, atraídas por la frescura de las lagunas que los pobladores llaman también salinas o salinetas.

Acuatizan pelícanos, garzas, patos cuchara, gaviotas, cormoranes, chorlitos, martines pescadores, patos aguja, flamencos. Regresa el color verde al bosque; las ramas del olivo saludan como si entrara la Semana Santa; los troncos del dividivi y del uvito de playa engordan y regalan sus taninos; los ciruelos se cargan de frutos; las hojas siempre verdes de la “tripa de pollo” aumentan su reserva de agua; la flor del pichihuel decora vanidosa el ambiente; se llena de retoños el trupillo; el cardón dona sus entrañas de yotojoro para los kioscos; surten la sábila y la tuna. Se dejan ver en el bosque tupido las dantas, las guartinajas, los conejos, los armadillos, las iguanas.

La generosidad de la naturaleza se mezcla con la de los pobladores, que conducen los pasos de los turistas hacia la magia de este espectáculo.

Navío Quebrado, de 10,5 kilómetros cuadrados, recibe el agua del río Camarones. Laguna Grande, de 12,5, se surte de los dos arroyos estacionales. La hondura máxima que alcanzan es de 1,20 metros, pero al cerrar la boca, no pasa de 90 centímetros.

Cuando cesan los periodos de lluvia, el río se seca. Los arroyos desaparecen. Ya no corre líquido por el cuello de embudo que conecta a cada laguna con el mar. Los nativos terminan de sacar las especies vivas que quedaron atrapadas. Las jaibas salen por su propia voluntad. Las lagunas se van secando. Hay más salinidad. Mueren la lisa y el soco o lebranche pequeño y se convierten en “cachirra”.

Adolfo Rivadeneira, Ofito el Viejo, un campesino criollo de 69 años, hasta hace poco hacía rancho en El Placer de las lagunas, para

sustraer la bonanza de turno, en compañía de Elina Barros, su esposa. Él cuenta que “hay dos etapas de lluvias: la primavera y la segunda. La primavera se inicia, si cae agua, entre mayo y junio. En la segunda, entre septiembre y octubre, la lluvia es más fuerte. La salina abre la boca; el pez busca la orilla del mar y viene corriendo hacia la laguna”.

Su hijo, Kennedy Alfonso, de 36 años, fue guía turístico, pescador y recolector de sal hasta 2006, cuando logró ubicarse en la bananera. “Hace trece años no tengo esa labor, pero siempre vengo a pescar para el consumo de la casa. Nosotros desde peladitos estábamos aquí metidos. Lo que sucede es que aquí en el pueblo, los niños, desde los ocho o diez años, quieren ir a pescar para ayudar con lo de su ropa. Por acá se estrena el 13 de junio, que es la fiesta patronal, y en diciembre 7, 24 y 31”.

Cuando la primavera trae lluvia, en junio ya se abren los cuarenta metros de boca que tiene cada laguna y se saca producto hasta agosto. En la segunda, septiembre/octubre, de nuevo ingresa el mar. En esta ocasión la pesca va hasta febrero, pero si es buena en lluvias puede juntarse con la siguiente primavera. En ese caso, la redada acuática está activa casi por nueve meses.

La boca abre y, dos días después, Elkin Choles, Ilver Molina, Gerardo Bonivento y los demás alistan el chinchorro de trasmallo grande, una cava con hielo y una ponchera de plástico. Salen de sus viviendas un par de horas antes de que empiece el día siguiente. Van a lomo de burro, en carreta de llanta o en cicla. Cada uno busca, en El Placer, el cayuco que ha dejado anclado y se interna en las aguas decidido a sonsacarles a las lagunas la mayor cantidad de lebranches y lisas. La noche es más propicia porque la oscuridad no permite que el pescado vea la telaraña que forma el tejido de la red. Regresan a las seis de la mañana con los recipientes llenos. Ahí, en el pueblo, los espera el intermediario.

La cosecha buena de lebranche dura entre veinte días y un mes. “Es el mismo soco, pero después de grande lo llaman lebranche”, aclara Ofito el Viejo. Por unidad les pagan 10.000, 15.000 o 20.000 pesos, según el tamaño. Un lebranche grande puede llegar a pesar hasta dos kilos; por su sabor, es uno de los pescados más apetecidos en restaurantes y mercados. Por cinco lisas reciben entre 2.000 y 3.000 pesos. En una faena pueden sacar 500 pescados: 50 lebranches y los demás, lisas.

Continúa el curso del calendario ecológico y durante tres meses más se extraen la anchova, la lisa y las otras especies atrapadas en el charco cenagoso al cierre de la boca.

La pesca de camarón es aún más artesanal. Sin cayuco, sin más vehículo que las piernas, varias generaciones convergen en las lagunas. Dos meses después de abierta la boca, hileras de hormigas humanas con el chinchorro de malla menuda y una o dos poncheras al hombro dejan marcadas las pisadas desnudas y ásperas en el camino arenoso. Salen de Perico y Camarones y el recorrido a Navío Quebrado lo hacen en quince minutos. Más de una hora tardan si el destino es Laguna Grande. Nunca van solos. Se necesitan dos para el arrastre de la red. La pesca de camarón se hace por arrastre. A las lagunas van llegando entre doce de la noche y una de la mañana y a las seis ya regresan porque “viene la clara y el camarón se pone arisco”, dice Kennedy. “Para pescar de día hay que esperar a que el viento sople, el agua se vuelva turbia y el animal no vea el trasmallo”.

Cuando hay bastante camarón, en un arrastre se sacan entre una y dos poncheras, o sea, entre 45 y 90 kilos. Venden una buena cantidad sin arreglar. Así lo paga el intermediario a 2.500 pesos cuando se inicia la pesca y a 3.000 cuando ya se está poniendo escaso. Generalmente, dejan una porción que las mujeres de la casa pelan, cocinan, secan y empacan, para poderlo vender entre 12.000 y 20.000 pesos, según el tamaño.

Desde que la salina abre hay jaiba; a veces caen en el trasmallo cuando están camaroniando. En la agonía de la laguna, lo común es que salgan a El Placer, por su propia voluntad, en una lucha por atrapar el oxígeno. Aún vivas, las recogen los pescadores. “La pulpa de jaiba la apetecen bastante. El kilo lo pagan a 25.000 pesos al pescador. Aquí el señor Ébelson Gómez, un intermediario, promete a los restaurantes el marisco, camarón, langostino, jaiba”, comentan los nativos.

Ejemplares pequeños de mojarra, lisa, anchova, róbalo, soco y macabí, en su orden, terminan su vida con la laguna y flotan en el lodo salado. A estas especies, que se cosechan ya muertas, los nativos dieron en llamarlas cachirra; es un manjar que despide un mal olor al ser asado, pero que hace las delicias del paladar de periqueros y camaroneros; su consumo se ha extendido a La Guajira en general y hasta ha alcanzado a traspasar fronteras departamentales. “El olor para mí es normal. Al que no la conoce le puede incomodar. Después de que la prueban ya no les fastidia”, comenta Eloy López, un comerciante de cuarenta años, oriundo de Camarones, quien a los doce ya iba con Julia Mejía, su mamá, a recoger cachirra.

Las familias alistan plásticos, tobos, bañeras y se trasladan a arrancar en La Plazoleta por los veinticinco días que dura esta última bonanza pesquera. “A mí me ha gustado ir toda la vida”, dice Elina Barros. “Yo empecé a ir cuando tenía siete u ocho años. Mis hermanas eran flojas; ellas preferían quedarse durmiendo. Salíamos con mi mamá, en burro, a las tres o cuatro de la mañana, a coger la cachirra. Hacíamos una enramadita con olivo o dividivi. Llevábamos arroz, yuca, ñame, plátano, manteca. Cuando se acababa el recado yo me iba sola a Perico, en el burro. Traía arroz, ñame, malanga, para preparar”.

Arrastran las bañeras en el agua fangosa, como si fueran barquitos de juguete, y las van llenando. La cachirra se recoge con la mano, desde la orilla o tomando caminos que formaron, dentro de las lagunas, las conchas de la otrora bonanza ostrera de hace casi cien años. Tienden la pesca en El Placer para que el sol la seque. En dos días está lista para ser empacada. La intercambian por mercado con los indígenas que vienen de la Sierra o la venden para los abastos en Riohacha.

El agua merma. Pareciera que el suelo la chupara. Se forma una capa espesa de espuma lechosa que sigue secando hasta quedar convertida en gránulos cristalinos. A los dos meses de terminada la pesca hay sal.

En Manaure, a 140 kilómetros, la extracción de sal es permanente y la tecnificación ha hecho que ya no sea rentable sacar la que les regalan las “salinetas”. Es más barato comprarla en la tienda. “Antiguamente la gente hacía rancho de plástico y ahí dormía”, dice Kennedy. “Vivían dos meses cuando era época de sal. Iban a la casa, le daban vuelta y volvían. Mi mamá arranchaba con mi papá. Nosotros vivíamos en Camarones, donde la mamá de mi papá. En vacaciones veníamos todos”.

Todas las temporadas llaman la atención de los turistas, lo que representa una bonanza más para estas poblaciones. El avistamiento de aves, especialmente de flamencos, y el senderismo por el bosque seco tropical, son los principales atractivos. Los flamencos llegan a las lagunas a terminar de criar a sus polluelos; a lo lejos, antes de que se distinga su silueta, dejan escuchar un graznido fuerte de comadres garladoras; a medida que la distancia se acorta la vista se recrea, como en un cortometraje, con la coreografía que forma la manada de plumaje rosado: marchan al compás dando pasos hacia atrás y cuando despliegan las alas, en revista aérea, surge el tinte negro del envés, en una combinación majestuosa de color y acrobacias.

Luz de Molina cuenta que ha estado tres veces en las lagunas y quisiera volver. “Los flamencos se ven primero como una resolana; un espectáculo muy lindo. A medida que fuimos avanzando empezamos a distinguirlos. El guía no quiso que nos acercáramos mucho para no asustarlos. Luego fuimos a una ranchería y encontramos a unas mujeres tejiendo una hamaca”. Y agrega: “Los pobladores wayús son callados; los nativos criollos son dicharacheros; nos invitaban a rumba y a sancocho en anafe; viven en casas distintas, pero parecen una sola familia”.

La lluvia y las lagunas traen alegría a los pobladores. El comercio se mueve. Les va bien a los de las tiendas, a los vendedores de comida, de ropa. Pero las lagunas también tienen sus riesgos y de vez en cuando les juegan una mala pasada: hace ocho años, cuando Yesman, el mayor de los Rivadeneira Barros, salió de pesca, lo sorprendió un aguacero con tormenta eléctrica. Lo atrapó la descarga y quedó tendido sobre la superficie de Navío Quebrado. Hoy tendría 46 años.

Para los pobladores, las legislaciones no tienen ningún significado. Ellos acomodan la vida de acuerdo con los recursos que tienen a la mano. Este es su territorio. Perico fue Perico y Camarones fue Camarones mucho antes de ser Santuario. No hubo una concertación con ellos. Ya son muchas las viviendas que han reemplazado las paredes de bahareque y yotojoro por ladrillo y cemento. No les es fácil entender que por ser zona protegida eso no lo pueden hacer. En Perico, desde hace poco, tienen un microacueducto con un pozo sumergible. Están contentos. Eso hace que tengan servicio de agua por media hora, tres veces al día. Pagan 7.000 pesos mensuales. Camarones no cuenta con servicio de agua, pero tiene gas domiciliario y la vía principal pavimentada. Ambos tienen energía; a veces se va por algunas horas.

Los amaneceres de Laguna Grande y Navío Quebrado pasan del rojo intenso, en un degradé, a tonalidades amarillas; el azul del cielo los invade de a poco; los últimos lunares de ese matizado, como en una rebeldía adolescente, se resisten a desaparecer; finalmente, hacia las 5:30 de la mañana, la cobija infinita de color azul los arropa. El paso del viento, con una generosidad espontánea, de cuando en cuando invade los torrentes de calor y se difunde en una aleación fresca. Los pobladores con su sabrosura, sus algarabías, su vestuario colorido, siguen una vida sencilla, tranquila. Las playas están llenas de residuos de animales marinos, en un territorio donde la mano de la tecnología, del hombre civilizado, aún no ha puesto el pie.



**Rosalba Polanco Mayorga** (Dolores, Tolima, 1953)

Estudió y ejerció la Contaduría Pública, y en la búsqueda de actividades para ocupar el tiempo y la mente después de su retiro laboral se encontró una pluma en el camino; una pluma llamada talleres de escritura creativa. Empezó a escribir historias y en el primer semestre de 2019 incursionó en la crónica de la mano de Sergio Ocampo Madrid, director del Taller Distrital de Crónica. Como resultado de esto presenta “Los tesoros que regalan Laguna Grande y Navío Quebrado”.

ANDRÉS CALDERÓN BERNAL  
Taller Relata  
Riohacha, La Guajira

# RIOHACHA SIN NOMBRAR RIOHACHA

Entre corbatas y cinturones



*... sus calles de salitre que bajaban hacia un mar de lodo,  
no eran más que ensueños prestados por mis abuelos.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *Vivir para contarla*

Frente a una ciudad vieja —pero no por ello más sabia— se agita un mar engañoso, ilusionista y estirado. Con su espalda recta y ancha, pareciera tocar el cielo. Sus acuosos tentáculos tratan de abalanzarse torpemente sobre la arena. Tal vez manifiestan un deseo mudo de querer avanzar tierra adentro, sin lograr moverse demasiado lejos del lugar de donde lo intentan. Con su superficie a veces gris, a veces sepia, a veces verdosa, a veces marrón —casi nunca azul—, el mar intenta una y otra vez atrapar la atención de su compañera de turno: la ciudad, con pasado perlero y presente incierto.

Entre el mar camaleónico y la ciudad cuyo corazón está perforado por un hacha, permanecen muchos cocoteros: muchos están de pie y unos pocos de rodillas. Son un grupo de testigos organizados en una hilera extensa, formando precarias filas casi deshechas, con cabelleras verdes abundantes y pendientes de cocos colgando de sus lóbulos invisibles. Las palmeras son la barrera clorofílica que intenta, sin éxito, alterar el campo de visión entre mar y ciudad; sin embargo, si no estuvieran ocupando sus lugares y agitando su cabellera con los vaivenes del viento, ciudad y mar lo lamentarían. Serían como dos amantes que odiándose tendrían que verse todo el tiempo, sin renunciar al goce de verse a hurtadillas.

Tratando de aplacar el ímpetu del mar, la ciudad dispuso de una gran cantidad de rocas que ubicó perpendicularmente a la línea de acción de los tentáculos de su amante, seguramente para que nunca logren alcanzar su indumentaria. Las olas de manera calamitosa chocan contra los espolones, por lo que, con los años, han ido retrocediendo sobre el litoral. El muelle ha presenciado el proceso, de cómo las aguas saladas y algosas dieron paso a la arena blancuzca. Si las palmeras son la barrera, entonces el muelle es el puente: prueba tangible de que la ciudad no podría funcionar sin el mar y de que este último necesita alguien que contemple su colorida uniformidad.

\*\*\*

El guardarropa de la ciudad está tan vacío como cierta es su inexistencia. No dispone esta, al mismo tiempo, de todas las prendas y accesorios que debiera poseer. El collar que siempre usa es la avenida la Marina, hecha con hilo de asfalto y una sarta de monumentos y placas conmemorativas. No posee ninguna perla: al menos, no de las que producen ciertos tipos de molusco. Como parte de la gargantilla hay varios sitios importantes, entre los que se destacan el Centro de Cultura Departamental, agrietado en sus paredes bicolor; el Palacio de la Marina, sede del poder e impudicia del territorio en el que la ciudad mora; el parque Federmán, una explanada triangular frente al convento de los Hermanos Capuchinos (el parque fue bautizado en honor de un ser mítico, de quien se rumora que no pudo ser capaz de fundar una población contigua a la desembocadura del río Ranchería al no haberse mezclado con una tierra que tampoco pudo pisar). El nombre oficial del parque ha ido cayendo en desuso, siendo sustituido por el de parque de los Cañones, haciendo referencia a los artefactos bélicos que apuntan al mar, tratando de repeler a un enemigo que dejó de existir hace centurias. Los cinco cañones, pintados todos de negro y con la palabra paz difusamente escrita en ellos, almacenan en su interior envolturas y envases de todo tipo, una ignominia a la fuerza explosiva que solían ejercer.

En el fardel de su traje, sobre la parte superior izquierda, junto a su corazón y su hacha, hay un ornamento similar a una de esas medallitas que se otorgan los militares entre sí a manera de condecoración: es la plaza José Prudencio Padilla, símbolo de la territorialidad local, con árboles plantados en sus alrededores, muy apreciados por el sombrío

que brindan. En ella se encuentra la estatua del prócer al que debe su nombre y quien permanece sobre un pedestal de concreto, vigilante, enfundando una espada. Con sus fachadas, mirando de frente al ornamento insigne de la ciudad, está la catedral de Nuestra Señora de los Remedios; la Alcaldía Municipal, que cada vez que tiene la oportunidad se adjunta el adjetivo de Distrital; también uno que otro banco comercial, resguardando capitales y atrapando deudas, y el teatro Aurora, que al sol de hoy lo único que tiene de teatro es el nombre, unido a su pasado. Lo demás es desidia.

\*\*\*

Como toda urbe con historia, la ciudad de los cinco cañones posee una colección diversa de corbatas y cinturones en su indumentaria. Las normas comunes de vestuario dictan que solo se debe usar una corbata y un cinturón a la vez, pero esta ciudad convierte esa regla en polvo de cañón, pues gusta de usar todos sus cinturones y corbatas al mismo tiempo; solo que no los llama así: a los cinturones se les conoce como calles y a las corbatas como carreras.

La calle Ancha, que paradójicamente no es la más ancha de la ciudad, es el cinturón principal en uso. Conformada por viviendas longevas y establecimientos comerciales de larga data, a esta calle se conectan muchas callejas demasiado angostas para las exigencias actuales. “La Ancha”, en épocas pasadas, fue la principal vía de tránsito de la población. A pesar de que sigue siendo importante, cuando llueve se convierte en un canal de malas aguas que es mejor evadir.

Entre la avenida la Marina y la calle Ancha están las corbatas más viejas de la ciudad, como la carrera sexta, en la que a lo lejos y como en otras corbatas cercanas, es posible vislumbrar algunas palmeras de pie. En esta corbata se localizan varias casonas con tejados a doble vertiente o techos con buhardillas, paredes hechas de madera, barro y piedras y balcones con antepecho y suelo de madera. Todas estas casonas son administradas por bandadas de palomas que son las dueñas, pero no las señoras de estas viviendas. Por muy veraz que sea el hecho de que estas aves habitan las casas, no es posible otorgarles la etiqueta señorial a animales que cubren con sus despojos la herencia histórica de una ciudad vieja que reniega de su pasado, dejándolo a merced del abandono.

Entre las casonas, resalta una en cuya esquina se levanta un pilar con una imitación de capitel jónico en el medio y otra de capitel compuesto en su parte superior. Sus puertas de acceso están bloqueadas por un muro de ladrillos grises y huecos que se erige en los umbrales, mientras que de sus balcones de madera solo quedan palos que se mantienen unidos al resto de la estructura por la misericordia del tiempo. Esta casa resalta entre las otras porque se divide en dos: una parte de una sola planta con tejado a dos vertientes y la otra de dos plantas con techo de buhardilla del que solo queda un deprimente esqueleto de madera.

Una cuadra más hacia el collar de la ciudad, en lo que antes era una casa con ventanales anchos, puertas altas y paredes de hormigón, ahora funciona un parqueadero vehicular, quedando de la antigua casa un muro rosado que encierra tres orificios rectangulares enrejados y todavía con las puertas hechas de madera en su lugar.

Cuando el collar de la ciudad, es decir, la avenida la Marina, que en realidad es la calle Primera, se convierte en carrera en la curva frente al Centro de Cultura Departamental, pasa a ser la avenida de los Estudiantes, una de las corbatas más elegantes de la indumentaria citadina. La de “Los Estudiantes”, que en realidad se llama carrera quince, tal vez deba su nombre al Liceo Almirante Padilla, una de las instituciones educativas de primaria y secundaria más grandes de la población. En esta avenida están localizadas la mayoría de los centros de salud y sedes de organizaciones relacionadas con la atención médica de la ciudad, así que bien podría llamarse también la “avenida de los Enfermos”.

\*\*\*

Ciudades pobladas y fundadas junto a un río, o con uno surcándolas de extremo a extremo o, como en el caso de la “Ciudad de los Palomares Autónomos”, junto a una desembocadura, hay muchas en el mundo. Pero ciudades que fueron mudadas de su sitio geográfico no. Solo una. Y no mudada una vez, sino dos veces, y que, en el segundo territorio, la razón del asentamiento definitivo haya sido el encuentro de un hacha obsequiada, robada o abandonada en un río, seguro, hay pocas o solo una: esta.

El río Ranchería es la médula espinal de la ciudad, de la urbe que lo ha dejado a merced de la contaminación y lo ha convertido en sinónimo de turbiedad. Como la ciudad, el río también sostiene una relación

clandestina con el mar, uniéndose y separándose de él por temporadas; en época de lluvias, los tentáculos del mar alcanzan las aguas turbias del río, pero cuando las precipitaciones se ausentan, el río cae en un estado de timidez y decide sentarse a esperar a que vuelva la lluvia. Entretanto, pelícanos y aves de rapiña se estacionan en las riberas cercanas al puente del Riito, auspiciadas por la presencia de manglares que a pesar de la contaminación allí continúan resistentes.

Aparte de cinturones y corbatas, la ciudad dispone también de una banda, como la que usan dignatarios de altos rangos, desde el hombro hasta el costado inferior opuesto, a la que se denomina como calle quince. Demasiado inclinada para ser un cinturón, esta calle atraviesa la ciudad de este a oeste y viceversa, siendo más ancha que la calle Ancha. Sobre esta banda asfaltada se eleva una tríada de puentes peatonales, todos manchados de rojo y con antepechos compuestos por una balaustrada blanca con forma de botella. El aspecto de los puentes desde su exterior no tiene nada fuera de lo común si se es un observador esporádico, pero de cerca se puede ver cómo los cables electrificados de postes de energía cercanos pasan sobre los costados de cada puente. Además, para poner a prueba la pericia necesaria para esquivar los cables y evitar una descarga eléctrica, primero hay que atravesar los montones de basura vieja que hay en todo el trayecto de cada puente. Estos puentes son para la ciudad unos brazaletes obsequiados que no desea usar, a pesar de que le serían útiles si tuvieran las condiciones adecuadas.

Sobre la banda de la ciudad se localiza la terminal de buses, de una sola planta y con dos entradas frontales. Sobrecogedora y algo sombría, la terminal funciona a pesar de que en el papel no tiene permiso del Ministerio de Transporte para operar. Pero como en el papel, después de todo, es posible plasmar cualquier cosa cercana o alejada de la realidad, no es extraño que aun sin el beneplácito del gobierno la terminal recaude impuestos que la Alcaldía no tiene reparos en aceptar.

Entre tanto, aparte del hecho de que el río Ranchería sale al encuentro de las olas y la calle Ancha se convierte en “alcantarilla Ancha”, durante la época de lluvias también ocurre otro acontecimiento a resaltar: la transformación de parqueadero a ciénaga que sufre el espacio a donde van a parar los buses que recogen y dejan pasajeros en la parte posterior de la terminal. La “Ciudad de las Aguas Inoportunas” no sabe cómo clasificar este accesorio problemático, si como broche oxidado o como botón descosido, solo sabe que debe usarlo porque carece de uno similar.

La vestimenta de la ciudad, en su parte inferior, presenta multitud de jirones a los que comúnmente se les denomina periferia o barrios populares. En aquellos jirones todo es en menor cantidad que en las prendas más cotizadas del guardarropa invisible de la ciudad: menos agua llega, menor calidad del fluido eléctrico, menor extensión de las redes de alcantarillado o ninguna en absoluto, menor facilidad de transporte, menor, menos, menor... Lo único que sobra es la esperanza, pero eso abunda en todos lados.

\*\*\*

Pasada de moda o no, la ciudad vieja con sus peculiaridades y su relación ambigua con el mar *travestista*, al que no quiere ver, pero ve, sigue en su lugar: anhelando el desarrollo en todas sus formas, sin hacer lo requerido para llegar a él. Pasado, presente y futuro; río, ciudad y mar, todo pende del despertar cultural de la población o del embrujo del conformismo que la acecha.



**Andrés Eduardo Calderón Bernal** (Guateque, Boyacá, 1995)

Cursó la primaria en su pueblo natal, entre el Colegio Nacional Enrique Olaya Herrera y el Instituto Técnico Valle de Tenza. A los diez años se mudó con su núcleo familiar a la ciudad de Riohacha, en el departamento de La Guajira, donde reside. Se graduó de bachiller en la institución educativa Chon-Kay, en la capital guajira. Ingeniero de sistemas de la Universidad de La Guajira, forma parte del taller literario Relata Guajira, al cual se integró en 2019. Aspira a ser escritor.





